

DONDE TERMINA EL MAPA

*Un análisis desde primeros principios del colapso sistémico global y el orden humano
emergente*

Garó H. Armen, Ph.D.

Volumen Uno

Páginas preliminares y Partes Primera y Segunda

ÍNDICE

VOLUMEN UNO	1
SOBRE EL AUTOR	4
SINOPSIS	6
NOTA AL LECTOR	9
PARTE PRIMERA: EL ESTADO DEL SISTEMA EN VÍSPERAS DEL COLAPSO	10
CAPÍTULO 1. Cómo llegamos hasta aquí. La arquitectura de la fragilidad acumulada	11
CAPÍTULO 2. Las fragilidades singulares de la configuración occidental y estadounidense	18
CAPÍTULO 3. La burbuja a punto de estallar	24
CAPÍTULO 4. Oriente Medio como detonante	30
PARTE SEGUNDA: LA MECÁNICA DEL COLAPSO	36
CAPÍTULO 5. Cómo fallan los sistemas. La arquitectura de la cascada	37
CAPÍTULO 6. El agotamiento de la opción del rescate	44
CAPÍTULO 7. El colapso del contrato y del acceso	50
CAPÍTULO 8. Las etapas del colapso. Qué se despliega, cuándo y a qué velocidad	58
FIN DEL VOLUMEN UNO	65
VOLUMEN DOS	66
PREFACIO AL VOLUMEN DOS	67
PARTE TERCERA: LA DIMENSIÓN HUMANA DEL COLAPSO	69
CAPÍTULO 9. Lo que la escasez hace a los seres humanos	70
CAPÍTULO 10. Anarquía, pánico y las dinámicas del colapso social	78
CAPÍTULO 11. El mito del búnker. Por qué la preparación aislada fracasa	85
PARTE CUARTA: ANÁLISIS GEOGRÁFICO Y CIVILIZATORIO	95
CAPÍTULO 12. El marco de los impulsores de supervivencia	96
CAPÍTULO 13. Análisis región por región	103
CAPÍTULO 14. El caso estadounidense en profundidad	113
FIN DEL VOLUMEN DOS	123
VOLUMEN TRES	124
PREFACIO AL VOLUMEN TRES	125
PARTE QUINTA: LA PREPARACIÓN. EL CAMINO REAL	128
CAPÍTULO 15. La jerarquía de la preparación	129
CAPÍTULO 16. La capa física	137
CAPÍTULO 17. La capa financiera	145
CAPÍTULO 18. La capa de sentido y comunidad	153
CAPÍTULO 19. Actuar ante las señales tempranas	158
PARTE SEXTA: LOS QUE YA ESTÁN POSICIONADOS	165
CAPÍTULO 20. Comunidades y poblaciones naturalmente bien posicionadas	166

CAPÍTULO 21. Individuos y familias adinerados que se posicionan correctamente	173
CAPÍTULO 22. Casos de estudio en la práctica	179
FIN DEL VOLUMEN TRES	185
VOLUMEN CUATRO	186
PARTE SÉPTIMA: EL NUEVO ORDEN	187
CAPÍTULO 23. El colapso del poder actual	188
CAPÍTULO 24. Las nuevas clases emergentes	197
CAPÍTULO 25. La forma del nuevo orden	206
PARTE OCTAVA: TRANSICIÓN Y CONCLUSIÓN	215
CAPÍTULO 26. Quiénes llegan al otro lado	216
CAPÍTULO 27. El sentido más hondo	221
CAPÍTULO 28. Probabilidad y momento	226
CAPÍTULO 29. La secuencia práctica de acción	232
CAPÍTULO 30. Una meditación final	238
REFERENCIAS	243
FIN DEL VOLUMEN CUATRO	251
FIN DEL LIBRO	252

SOBRE EL AUTOR

El autor ha pasado más de tres décadas en la intersección de la ciencia, el capital y las consecuencias. Ha construido una empresa biotecnológica desde una idea de investigación hasta convertirla en un desarrollador en fase clínica de inmunoterapias contra el cáncer que hoy llegan a pacientes con cánceres antes considerados intratables. Ha entrado en una gran empresa cotizada al borde de la insolvencia y la ha rescatado del colapso. Ha construido una obra filantrópica que ha alterado de manera mensurable las condiciones de vida de decenas de miles de niños en la Armenia rural. Es propietario y operador de una granja diversificada en funcionamiento que produce alimentos reales a una escala significativa. El hilo que recorre estos esfuerzos es el mismo hilo que recorre este libro. El valor real, producido por trabajo real, al servicio de necesidades humanas reales, se sostiene cuando los sistemas que lo rodean dejan de sostenerse.

En 2002 se le pidió asumir la presidencia de Elan Corporation, la farmacéutica irlandesa cuya acción se había desplomado un noventa y seis por ciento en medio de acusaciones de fraude contable que la prensa internacional había empezado a llamar el Enron de Europa. La compañía enfrentaba aproximadamente dos mil millones de dólares en deuda por vencer que ya no podía atenderse, la discontinuación de un programa clínico crítico, la pérdida de la confianza de los inversores y la perspectiva de una quiebra que habría acabado con toda posibilidad de llevar sus terapias a los pacientes. A lo largo de los dos años siguientes dirigió un programa de reestructuración de mil millones de dólares, desinvirtió activos no esenciales, reenfocó la compañía en sus capacidades centrales de desarrollo clínico y estabilizó sus finanzas. Para 2004, el Sunday Times de Londres describía lo ocurrido como una de las grandes historias de recuperación corporativa. El caso Elan se enseña hoy en la escuela de negocios Kellogg como caso de estudio en gestión de reestructuraciones. Las terapias que la compañía desarrollaba llegaron a los pacientes que las necesitaban.

La compañía que fundó en 1994 y que dirige desde entonces, originalmente Antigenics y hoy Agenus, ha dedicado más de tres décadas a desarrollar inmunoterapias que activan el propio sistema inmunitario del paciente contra el cáncer. El trabajo ha sido largo, costoso y en muchos momentos incierto. También ha producido terapias que están llegando a pacientes con los cánceres que el tratamiento convencional no ha logrado abordar. La terapia combinada conocida como BOT/BAL ha mostrado tasas de respuesta notables en pacientes con cáncer colorrectal metastásico, una enfermedad que históricamente ha tenido opciones de tratamiento limitadas y un pronóstico brutal. La terapia anterior, Oncophage, una vacuna personalizada contra el cáncer, fue la primera de su tipo en recibir aprobación regulatoria en el mundo. Construir esta clase de capacidad a lo largo de más de treinta años, a través de múltiples ciclos de mercado y de las extraordinarias exigencias de capital de la biotecnología, ha requerido sostener la convicción científica en condiciones en las que la mayoría de las empresas no sobrevive lo suficiente para cumplir.

En 2003 fundó el Children of Armenia Fund, el Fondo para los Niños de Armenia. La misión era específica y ambiciosa: tomar aldeas rurales armenias, comunidades devastadas por el colapso postsoviético que habían perdido la infraestructura básica de una infancia saludable, y reconstruirlas desde los cimientos. En las más de dos décadas transcurridas, el fondo ha ejecutado más de cien millones de dólares en proyectos en más de cien aldeas. Se han reconstruido escuelas. Se han establecido y dotado clínicas de salud. Se han construido jardines de infancia, centros comunitarios, infraestructura agrícola y laboratorios de creatividad. La Iniciativa SMART, lanzada en 2014, ha creado una red de centros rurales de última generación que llevan tecnología, educación y oportunidad económica a zonas que el sistema económico general había dado por perdidas. El cambio en las aldeas donde trabaja COAF es visible en lo que de verdad importa. Niños que se habrían marchado a las ciudades a la primera oportunidad están eligiendo quedarse. Los nacimientos superan a las muertes. Los jóvenes están creando empresas. La trayectoria de declive que había definido a la Armenia rural desde el colapso soviético se ha revertido en las comunidades donde el trabajo se ha hecho.

La granja de Maine produce verduras, frutas, hierbas, cereales, huevos y cordero. La operación funciona con prácticas orgánicas y regenerativas, con múltiples invernaderos, producción hortícola intensiva, huertos de frutales perennes, ganado rotado en pastura y una cocina comercial que convierte la cosecha en alimentos preparados que se venden a la comunidad circundante. El equipo incluye agricultores y cocineros que viven en la propiedad todo el año. El trabajo es producción real de alimentos a escala significativa, integrada con la comunidad que compra lo que produce. Es también un modelo en funcionamiento de cómo la agricultura seria puede combinarse con el comercio serio y la comunidad seria.

Su herencia armenia lo conecta con un pueblo cuya historia encarna la supervivencia a través de disrupciones civilizatorias que otros pueblos no han enfrentado y no habrían sobrevivido. El genocidio. La dispersión por los continentes. El colapso postsoviético que dejó a la Armenia rural en condiciones de privación severa. Las presiones permanentes de la exposición geopolítica en una región donde el país tiene pocos aliados naturales. Lo que los armenios han hecho frente a estas condiciones, mantener identidad, lengua, fe y comunidad a lo largo de siglos en los que la geografía y la política estaban en su contra, es la clase de logro que el análisis de este libro se toma en serio. La comprensión que produce, que las cosas que perduran no son las que uno habría predicho a partir de las medidas superficiales, informa el trabajo que sigue.

El Dr. Armen recibió su doctorado en Química Física de la City University de Nueva York. Llegó a Estados Unidos en 1970, a los diecisiete años, con un inglés limitado, y trabajó como mensajero y ayudante de cocina antes de abrirse camino. El trayecto desde allí hasta aquí ha sido largo. El libro es el producto de lo aprendido a lo largo de ese camino.

SINOPSIS

Este libro es una llamada de atención. Está escrito para todos: para la persona que trabaja y para la persona adinerada, para el escéptico y para el creyente, para el responsable de políticas que da forma a los sistemas y para el ciudadano que depende de ellos. Su tema no es un futuro hipotético ni un escenario marginal. Su tema es la configuración de la civilización humana tal como existe realmente en 2026, las fragilidades específicas que esa configuración ha acumulado, los detonantes ya visiblemente en marcha y la pregunta práctica de cómo pueden protegerse las personas, las familias y las comunidades a través de lo que puede venir.

El argumento del libro es simple de enunciar e incómodo de asimilar. El sistema global de las últimas décadas ha producido una abundancia material extraordinaria y ha conectado a los seres humanos de todo el planeta como ninguna era anterior lo logró. También se ha vuelto estructuralmente dependiente del funcionamiento continuo de cada componente interconectado: el financiero, el energético, el alimentario, el hídrico, el de comunicaciones, el de gobierno, el de transporte, el médico. Cada componente depende de los demás. Cada uno fue optimizado para la eficiencia en condiciones estables. Ninguno tiene la redundancia ni la autosuficiencia local que las civilizaciones anteriores mantenían como cosa natural. El sistema funciona asombrosamente bien mientras nada importante se rompe. No tiene capacidad significativa de absorber una disrupción seria de múltiples componentes a la vez.

Nos estamos acercando, y puede que ya las hayamos cruzado, a las condiciones bajo las cuales la disrupción simultánea seria deja de ser un riesgo remoto para convertirse en un desenlace probable. La deuda acumulada de gobiernos, empresas y hogares está en niveles sin precedente histórico en tiempos de paz. La financiarización de las economías occidentales ha vaciado la capacidad productiva. La credibilidad institucional de gobiernos, bancos centrales, medios y demás instituciones de referencia se ha erosionado de manera sostenida. El experimento social occidental de construir sociedades sobre derechos individuales, consumo e identidad, en lugar de vínculos comunes, fe y obligación, ha producido poblaciones que carecen de la cohesión para atravesar juntas la adversidad. El crisol debía fundir poblaciones diversas en una identidad común a lo largo de generaciones. No ha tenido tiempo suficiente, y puede que el tiempo no llegue, porque la abundancia que disimulaba la ausencia de identidad común se está agotando también.

Los detonantes están visiblemente en marcha. La guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán ya ha perturbado la infraestructura energética más estratégica del planeta, ha demostrado que centros de riqueza y poder supuestamente estables como Dubái y Riad son vulnerables de maneras que sus habitantes jamás imaginaron, y aún no ha llegado a su conclusión. La disrupción energética se propaga a la disrupción de los fertilizantes, que se propaga a la disrupción de la producción de alimentos. Entretanto, el sistema financiero occidental está estructuralmente agotado en su capacidad de respuesta. Los manuales de crisis de 2008 y 2020 no pueden ejecutarse otra vez. Los colchones están gastados. La

bazuca está vacía.

Lo que hace único este momento, y lo que vuelve inadecuado el precedente histórico, es la conectividad global sin precedentes. Todos los colapsos anteriores de la historia registrada ocurrieron en un mundo donde la mayoría de los seres humanos no dependía de sistemas globales. El colapso de la Edad del Bronce, la disolución romana, la Peste Negra, la Gran Depresión, incluso el colapso soviético: en todos ellos, el sustrato de la vida era local. La gente cultivaba alimentos donde vivía, sacaba agua de fuentes locales, conocía a sus vecinos, vivía bajo autoridades que no dependían de un sistema bancario conectado globalmente. Nada como la configuración actual ha existido jamás, y nada como su colapso ha sido observado jamás. Estamos en territorio no cartografiado, y los mapas trazados a partir de episodios anteriores no sirven. Ese es el significado del título.

El libro que sigue analiza este momento con honestidad. No predice con falsa precisión. No aboga por el pánico. No ofrece el consuelo cómodo de que el sistema se corregirá por sí solo sin intervención. Mira de frente lo que está ocurriendo y lo que puede ocurrir, identifica qué protege a los seres humanos en condiciones de disrupción severa y traza una guía práctica para que personas, familias y comunidades se posicionen.

La protección que describe no es una fantasía de búnker ni un manifiesto de supervivencialismo. Es la integración de un pequeño número de elementos esenciales en la vida ordinaria, de maneras que producen a la vez vidas mejores ahora y vidas viables si llega lo peor. La unidad que sobrevive tiene un tamaño manejable, típicamente un hogar integrado en una comunidad de cincuenta a varios cientos de personas, y las capacidades requeridas están al alcance de la mayoría de quienes decidan construirlas. El libro describe lo que ha funcionado en todos los colapsos que los seres humanos han vivido, y lo que tiene de único este momento que vuelve inadecuados algunos enfoques tradicionales y más importantes que nunca otros.

El libro examina quién está naturalmente bien posicionado, quién se ha estado preparando deliberadamente de maneras que funcionan y de maneras que no, y qué optimización sigue siendo posible para quienes reconocen la situación. Analiza las variaciones geográficas y civilizatorias, las regiones y poblaciones que conservaron rasgos hoy revelados como ventajas, y las regiones y poblaciones cuya modernidad se ha convertido en su vulnerabilidad. Examina la verdad dura sobre Estados Unidos: que posee, en términos absolutos, los recursos y la geografía para ser el gran país más resiliente del mundo, mientras alberga a la población menos preparada psicológica y socialmente para lo que esos recursos tendrán que sostener.

El libro examina también la dimensión más honda, la pregunta por lo que sobrevive en la persona humana y en la comunidad humana cuando se retiran los soportes de la vida moderna. La preparación material importa. Las destrezas importan. Las reservas de valor importan. Pero lo que determina si los seres humanos sobreviven con su humanidad intacta, y lo que determina si las comunidades se mantienen unidas en lugar de fragmentarse en depredación y desesperación, es algo más profundo. Es

el marco de sentido que hace soportable la penuria, las relaciones de obligación y confianza que ligan a las personas entre sí, la estructura moral que distingue a una comunidad de una turba. Nada de esto puede adquirirse en plena crisis. O está presente cuando la crisis llega o no lo está, y su presencia o ausencia es el mayor determinante individual del desenlace.

El libro no suaviza sus observaciones por comodidad política. Dirá cosas incómodas para lectores de todo el espectro. La fragilidad de las poblaciones sin vínculos comunes no es una observación cómoda en sociedades que han hecho de la diversidad su identidad definitoria. La resiliencia relativa de las comunidades religiosas tradicionales no es una observación cómoda en una cultura que ha pasado décadas tratando a esas comunidades como obsoletas o atrasadas. El destino probable de las grandes ciudades costeras no es una observación cómoda para los millones de personas que viven en ellas. La dependencia del poder actual respecto de sistemas que pueden fallar no es una observación cómoda para quienes detentan ese poder. Estas observaciones se hacen porque el análisis las exige, no porque sea grato formularlas.

El libro cierra con la pregunta más honda, la del sentido. Mirar de frente la posibilidad del colapso es difícil, y muchos no lo harán. Pero mirarla con honestidad es la condición previa para actuar con sabiduría, y actuar con sabiduría es la condición previa para llegar al otro lado con algo por lo que valga la pena vivir. Las tradiciones de sabiduría que la humanidad ha desarrollado a lo largo de milenios han abordado exactamente esta clase de momento muchas veces. Su guía está disponible. La decisión de recibirla o no es de cada persona.

Lo que sigue se ofrece al servicio de la visión clara, la acción práctica y los bienes humanos que vale la pena preservar a través de la transición que venga.

NOTA AL LECTOR

Esta obra se redactó a lo largo del período que va de 2024 a comienzos de 2026. El lector que la toma ahora no está fuera del período hacia el que apuntan sus primeros capítulos. Está dentro de él. El detonante que el marco describe como visible en Oriente Medio ya no es una perspectiva. Es un acontecimiento en curso, que oscila entre la desescalada y la reescalada en una escala de semanas, con los precios del petróleo moviéndose al compás de los titulares y las rutas de navegación del estrecho de Ormuz alternativamente abiertas y perturbadas. He decidido no actualizar el texto con precios ni fechas específicas, porque cualquier cifra nombrada hoy estará desactualizada cuando se lea, y el argumento del libro no depende del nivel específico al que cotice ningún mercado en ninguna semana en particular. Lo que importa es que las condiciones estructurales que el libro fue escrito para describir están hoy visiblemente activas y no hipotéticas, y que el lector está dentro del período en el que la acción o se toma o se deja pasar.

El marco no exige que el lector acepte ninguna predicción particular sobre cómo se resuelve la escalada actual. Le pide solamente que reconozca dónde está parado en la secuencia que el libro expone. Algunos lectores concluirán, como yo, que la disrupción aguda es hoy más probable que en cualquier momento de las dos décadas precedentes. Otros concluirán que las tensiones actuales se desescalarán como se han desescalado otras. El marco acomoda ambas conclusiones, porque el argumento a favor de la clase de preparación que esta obra describe no depende del momento de ningún acontecimiento aislado. Depende del reconocimiento de que la preparación es trabajo de años, de que los años no pueden comprimirse una vez llegadas las condiciones agudas, y de que el hogar que comienza el trabajo ahora, en las circunstancias en que se encuentre, está en una posición fundamentalmente distinta de la del hogar que espera certeza. El libro fue escrito con ese reconocimiento en mente. Debe leerse del mismo modo.

PARTE PRIMERA: EL ESTADO DEL SISTEMA

EN VÍSPERAS DEL COLAPSO

CAPÍTULO 1

Cómo llegamos hasta aquí. La arquitectura de la fragilidad acumulada

El sistema que existe en 2026 no fue diseñado. Se acumuló. Cada capa fue añadida por personas que resolvían el problema que tenían delante, optimizando para las condiciones de su momento, sin arquitecto general y sin plan general. El resultado es una estructura de capacidades extraordinarias y de vulnerabilidades específicas extraordinarias, y para entender por qué esas vulnerabilidades importan ahora necesitamos entender brevemente cómo llegaron a existir.

El momento definitorio del sistema monetario moderno fue el 15 de agosto de 1971, cuando el presidente Nixon puso fin a la convertibilidad del dólar estadounidense en oro. El sistema de Bretton Woods (el orden monetario internacional de posguerra, llamado así por el balneario de New Hampshire donde las naciones aliadas se reunieron en 1944 para fijar sus reglas) había anclado las demás monedas al dólar y el dólar al oro a treinta y cinco dólares por onza. Para 1971, Estados Unidos había emitido más dólares de los que podía respaldar con sus reservas de oro, y antes que aceptar la disciplina de contraer la oferta monetaria o devaluar, Nixon simplemente puso fin al vínculo. El dólar se convirtió en una moneda puramente fiduciaria (dinero que tiene valor porque el gobierno emisor lo declara y porque todos los demás lo aceptan, y no porque pueda cambiarse por una cantidad fija de oro o plata), respaldada por nada más que la credibilidad del gobierno de Estados Unidos y la disposición de otros a tenerla.

La decisión se tomó por razones comprensibles en su momento. La guerra de Vietnam y los programas de la Gran Sociedad habían producido un gasto que no podía financiarse sin expandir la oferta monetaria. La disciplina que el oro imponía era dolorosa, y la clase política eligió eliminar el dolor antes que aceptarlo. Pero la decisión desató dinámicas que han dado forma a todos los aspectos del mundo desde entonces. Sin la restricción del oro, la expansión de la oferta monetaria se volvió una elección política y no una restricción económica. Los gobiernos podían gastar sin cobrar impuestos si podían emitir deuda que los mercados compraran. Los bancos centrales podían crear dinero para atender problemas económicos sin límite físico inmediato. La disciplina que el oro había impuesto sobre la conducta de gobiernos y bancos, a veces dolorosa pero con una función protectora real, quedó eliminada.

Las consecuencias tardaron en emerger. Los años setenta produjeron una inflación que destruyó los ahorros de una generación. Los estadounidenses a quienes se había dicho que ahorrarán dólares para su retiro descubrieron que sus dólares habían perdido la mitad de su valor en la década. La desinflación de Volcker de comienzos de los ochenta (llamada así por Paul Volcker, el presidente de la Reserva Federal que quebró la inflación de dos dígitos elevando las tasas de interés de corto plazo por encima del veinte por ciento y aceptando una recesión profunda como precio) restauró la credibilidad, pero a un costo enorme. Las cuatro décadas siguientes, sin embargo, estuvieron marcadas por una larga tendencia descendente de las tasas de interés, una larga tendencia ascendente de los precios de los activos, una

larga expansión de la deuda en todas las categorías y una financiarización constante de las economías occidentales, en la que las finanzas pasaron de ser un servicio útil que apoyaba la actividad económica real a un sector dominante que existe cada vez más para sí mismo.

Los años ochenta trajeron la desregulación de los mercados financieros, el auge de las compras apalancadas, la introducción de derivados complejos (contratos financieros cuyo valor se deriva del precio de otra cosa, una tasa de interés, una acción, una divisa, una materia prima, usados para protegerse de movimientos de precios no deseados o para apostar por ellos; una permuta de tasas de interés, por ejemplo, permite a dos partes intercambiar un pago de interés fijo por uno variable sin intercambiar ningún préstamo real) y el comienzo de la deslocalización de la manufactura estadounidense. Los noventa trajeron el auge de las puntocom, la expansión adicional de los derivados, la desindustrialización continuada de Occidente y la integración de China al sistema global de comercio en términos que inundaron los mercados occidentales de bienes baratos y los mercados financieros occidentales de ahorro chino. Los años dos mil trajeron la burbuja inmobiliaria, la explosión de los productos financieros estructurados (paquetes complejos de préstamos, hipotecas y otras deudas reempaquetados y vendidos en tramos con distintos perfiles de riesgo, diseñados para repartir el riesgo pero que en la práctica a menudo lo concentraban y lo escondían) que casi nadie entendía del todo, y la crisis de 2008, que reveló que toda la arquitectura era más frágil de lo que sus participantes habían creído.

La respuesta a 2008 fijó el patrón de todo lo que ha ocurrido desde entonces. En lugar de permitir que el sistema se depurara, dejando quebrar a las instituciones fallidas, dejando amortizar las malas deudas, dejando que los mercados encontraran sus precios reales, los bancos centrales y los gobiernos intervinieron con un apoyo sin precedentes. Se crearon billones de dólares para apuntalar a los bancos. Las tasas de interés se recortaron a cero y se mantuvieron allí durante años. La flexibilización cuantitativa (la práctica de los bancos centrales de crear dinero nuevo y usarlo para comprar bonos del gobierno y otros activos, con el fin de empujar las tasas de interés a la baja y sostener los precios de los activos) se volvió un rasgo permanente de la política. La crisis fue contenida, pero al costo de demostrar que el sistema no podía sobrevivir sin una intervención masiva continua. La disciplina que alguna vez impuso el oro, y luego los mercados, ya no la impondría nadie.

La respuesta de 2020 fue más lejos. Cuando la pandemia de COVID amenazó con la disrupción económica, la Reserva Federal creó aproximadamente cuatro billones de dólares en unos pocos meses, el gobierno federal emitió billones en pagos de apoyo financiados con déficit y hubo intervenciones similares en todo el mundo desarrollado. La escala carecía de precedente en tiempos de paz. La justificación fue la emergencia, pero el precedente quedó sentado: cualquier problema suficientemente grande podía atenderse simplemente creando dinero. La restricción que había gobernado la política económica durante siglos, el requisito aproximado de que lo que los gobiernos gastaban tenía que estar respaldado por lo que sus economías producían, era ahora visiblemente opcional.

Estas intervenciones funcionaron en el sentido de que impidieron el colapso inmediato. También acumularon consecuencias que se han venido componiendo desde entonces. La deuda total del gobierno de Estados Unidos ha cruzado los treinta y siete billones de dólares. El costo de los intereses de esa deuda supera hoy el presupuesto de defensa. El balance de la Reserva Federal, que antes de 2008 rondaba los ochocientos mil millones de dólares, llegó a un máximo de nueve billones y se mantiene en torno a los siete billones. Los mercados de acciones, los mercados inmobiliarios y los mercados de bonos han sido apuntalados hasta valuaciones que guardan poca relación con los fundamentos económicos subyacentes. Los precios de los activos se han disparado mientras los salarios se estancaban, produciendo la mayor concentración de riqueza desde los años veinte. La clase media que fue la columna vertebral de la estabilidad social y política estadounidense ha sido vaciada: los precios medianos de la vivienda exigen hoy ingresos que la familia mediana no gana, los costos universitarios exigen deudas que los estudiantes no terminarán de pagar en su vida laboral, los costos de salud consumen una fracción cada vez mayor de los presupuestos de los hogares, y la seguridad del retiro es cada vez más inalcanzable salvo para quienes acumularon activos antes de que las condiciones financieras hicieran imposible la acumulación.

Debajo de la historia financiera hay otra más honda, la de la economía productiva. Estados Unidos y la mayor parte de Europa occidental han pasado los últimos cuarenta años desmantelando sistemáticamente su capacidad productiva. La manufactura se trasladó a Asia. La minería y la refinación se trasladaron al exterior. La agricultura se consolidó en operaciones industriales masivas dependientes de cadenas globales de suministro para fertilizante, combustible, semilla y equipo. La producción de energía fue deliberadamente restringida en muchos países occidentales por razones ambientales, creando una dependencia de importaciones que se convirtió en palanca geopolítica. Las economías occidentales, definidas alguna vez por su capacidad de hacer cosas, pasaron a definirse por su capacidad de diseñar cosas, financiar cosas y consumir cosas mientras otros las hacían.

Este giro se justificó con una teoría de la ventaja comparativa que funcionaba sobre el papel. Cada país se especializa en lo que mejor hace, comercian entre sí y el producto total aumenta. En la práctica creó un mundo occidental que produce notablemente poco de lo que consume, que depende de flujos continuos de bienes y capital a través de un sistema global, y que ha perdido el conocimiento práctico de cómo hacer las cosas esenciales. Las disrupciones de las cadenas de suministro de 2020 a 2022 dieron un pequeño anticipo de lo que la dependencia de este sistema significa realmente. Artículos rutinarios desaparecieron de los estantes. La producción industrial se detuvo por falta de componentes. Escasearon medicamentos críticos. El sistema que se suponía debía entregarlo todo, en todas partes, todo el tiempo, resultó ser más frágil de lo que sus planificadores habían asumido.

La capa institucional acumuló una fragilidad similar. Los gobiernos occidentales, ante la demanda pública de servicios en expansión permanente y sin la voluntad de subir los impuestos en correspondencia, financiaron la brecha con deuda. El Estado regulatorio se expandió sin pausa, y cada nueva regla añadía una carga de cumplimiento que consumía capacidad productiva en actividad improductiva. El sistema legal, el contable, el de información financiera, el médico, el educativo: cada

uno quedó envuelto en capas crecientes de cumplimiento y de protección frente a la responsabilidad legal que no mejoraban nada pero consumían recursos enormes. Industrias que debían ser eficientes, el derecho, la medicina, la contabilidad, las finanzas, pasaron a estar dominadas por el trabajo de protegerse de la exposición regulatoria en lugar del trabajo que la industria debía hacer. Una consulta médica que hace treinta años empleaba a un médico y una recepcionista emplea hoy a un médico, varios administradores, varios especialistas en facturación, varios responsables de cumplimiento y varios especialistas en codificación. El trabajo médico es el mismo. Los gastos generales son dramáticamente mayores. La experiencia del paciente es peor. La satisfacción del médico con su trabajo es menor. Pero el sistema en su conjunto está más entreverado con estructuras regulatorias y de seguros que exigen toda esa carga para funcionar.

La misma acumulación ocurrió en todas las instituciones occidentales. Las universidades emplean hoy más administradores que profesores. Los hospitales, más administradores que médicos. Las agencias de gobierno, más personal de cumplimiento que personal de línea. Los bufetes de abogados pasaron de asesorar a los clientes a documentar defensas contra responsabilidades futuras. Las firmas contables pasaron de ayudar a las empresas a entender sus finanzas a certificar el cumplimiento de reglas que se han vuelto tan complejas que se necesita software especializado solo para seguirlas. El resultado es una civilización entera que gasta porciones crecientes de su capacidad productiva en actividades que no producen valor real, todo en el espíritu de protegerse de una responsabilidad legal que existe, a su vez, porque el sistema legal y regulatorio se ha vuelto tan oneroso que protegerse de él es esencial para poder funcionar.

Esto importa para nuestro análisis porque estas capas de cumplimiento y protección dependen, a su vez, de que el sistema siga funcionando. En un colapso no valen nada. El responsable de cumplimiento no puede cultivar alimentos. El abogado corporativo no puede defender una comunidad. El especialista regulatorio no puede reparar un motor. Cuando el sistema que requiere sus servicios se contrae o falla, estas poblaciones de profesionales descubren que han pasado sus carreras desarrollando destrezas que no son trasladables a ningún otro contexto. Lo mismo vale para vastas porciones del sector financiero, del sector de consultoría, del sector de marketing y publicidad y de la clase gerencial en general. Su trabajo depende de que el sistema exista en su forma actual. Si no existe, ellos tampoco.

La credibilidad institucional del sistema lleva décadas declinando de manera sostenida. La confianza en el gobierno, en los medios, en la academia, en las instituciones corporativas y en las religiosas ha caído de forma consistente en los datos de encuestas de todo el mundo occidental. Las razones difieren, escándalos de corrupción, percepción de indiferencia de las élites ante las preocupaciones ordinarias, captura ideológica de las instituciones por facciones estrechas, demostraciones repetidas de incompetencia en los momentos que importaban, pero la tendencia es consistente. Para 2026, la proporción del público estadounidense que expresa confianza en las grandes instituciones está en mínimos históricos en prácticamente todas las categorías medidas. La Reserva Federal, la Corte Suprema, el Congreso, la presidencia, los grandes medios, las grandes corporaciones, la religión organizada, las escuelas públicas, el establishment médico: todos han perdido la confianza

pública amplia que alguna vez tuvieron. Patrones similares se observan en la mayoría de los países occidentales.

Esto importa porque las instituciones sostienen su autoridad a través de la creencia. Cuando porciones suficientes de la población dejan de creer, las instituciones conservan sus oficinas y su papelería, pero pierden la capacidad de dirigir realmente los acontecimientos. Un banco central en el que la población confía puede gestionar una crisis financiera mediante un compromiso creíble. Un banco central en el que la población no confía, no puede. Un gobierno en el que la población confía puede llamar al sacrificio en tiempos difíciles. Un gobierno en el que la población no confía, no puede. Las instituciones occidentales están hoy en la posición de haber gastado su credibilidad hasta niveles en los que quizá no puedan funcionar en la próxima crisis, aunque su personal sea competente y sus herramientas adecuadas.

Entretanto, el tejido social debajo de estas instituciones ha venido cambiando de maneras que agravan el problema. Los patrones migratorios posteriores a 1965 hacia Estados Unidos, y patrones similares en Europa occidental, trajeron poblaciones de regiones y culturas que históricamente habían tenido poca presencia en estos países. El modelo del crisol suponía que, con tiempo suficiente y el marco cultural adecuado, poblaciones diversas se integrarían en una identidad común que trascendería sus orígenes. Esto había funcionado, imperfectamente, con las olas de inmigración europea de fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte, que produjeron una identidad estadounidense que absorbió con éxito a italianos, irlandeses, europeos del este, alemanes y otros en una cultura común hacia la tercera generación.

La ola posterior a 1965 ha sido más grande, más reciente, más diversa, y llegó a un ambiente cultural que ya no exigía ni facilitaba la asimilación. Para los años noventa, el multiculturalismo había reemplazado a la asimilación como ideología oficial de la integración en buena parte de Occidente. Ya no se esperaba que los recién llegados adoptaran la cultura del país anfitrión; se esperaba que el país anfitrión acomodara las culturas de los recién llegados. Esto se presentó como un avance moral. Sus consecuencias para la cohesión social no se examinaron con honestidad.

El resultado, en 2026, es una serie de sociedades occidentales que contienen poblaciones con trasfondos culturales, religiosos, lingüísticos e históricos enormemente distintos, que a menudo viven en proximidad pero rara vez en comunidad genuina, y que carecen de la identidad común que les permitiría actuar como una sociedad en momentos de tensión. Las grandes ciudades estadounidenses contienen hoy vecindarios cuyos residentes tienen más en común con sus países de origen que con sus vecinos estadounidenses, y donde las instituciones de identidad común, las asociaciones cívicas, las iglesias, las escuelas que enseñaban una herencia cultural compartida, han sido debilitadas tanto por política deliberada como por cambio demográfico.

Esto no es un argumento contra ninguna población ni ningún origen en particular. Es una observación sobre la ingeniería de la cohesión social. Las poblaciones diversas pueden convertirse en

una sociedad unificada, pero el proceso requiere generaciones de trabajo deliberado, instituciones comunes, desafíos comunes, marcos de sentido comunes y tiempo. El experimento estadounidense posterior a 1965 no ha tenido tiempo suficiente ni ha tenido el trabajo deliberado. La integración que ocurrió a comienzos del siglo veinte ocurrió sobre el telón de fondo de dos guerras mundiales, la Gran Depresión y un marco cultural cristiano compartido que ejercía su fuerza asimiladora sobre muchas de las diferencias. Ninguna de estas fuerzas está operando actualmente.

Lo que esto significa para nuestro análisis es que las poblaciones de los grandes países occidentales, y en particular la de Estados Unidos, carecen de uno de los siete impulsores críticos de la supervivencia en el colapso: la cohesión social y el marco de sentido. Los vínculos que permiten a las comunidades actuar juntas, compartir la escasez, defenderse mutuamente y organizar una autoridad legítima están presentes en algunas poblaciones estadounidenses y sustancialmente ausentes en otras. La presencia se concentra en las comunidades religiosas tradicionales, en los pueblos pequeños de larga historia, en algunos enclaves étnicos que mantuvieron cohesión interna y en ciertas culturas regionales que conservaron una identidad común pese a las tendencias generales. La ausencia se concentra en las grandes áreas metropolitanas, en la clase profesional y gerencial, en las poblaciones suburbanas y en las poblaciones cuya identidad primaria se construye alrededor del consumo, la carrera y la comunidad digital, y no del lugar físico y el vínculo común.

Esta bifurcación es el rasgo más consecuente y menos discutido con honestidad de la sociedad estadounidense contemporánea. El país contiene bolsones de resiliencia notable y bolsones de fragilidad notable, en un patrón que no se alinea prolijamente con las categorías políticas vigentes. Las élites progresistas y las conservadoras tienden por igual a vivir en los bolsones frágiles. Los bolsones resilientes tienden a ser invisibles para los medios y para la atención de las políticas públicas, desestimados cuando se los nota, y políticamente impotentes salvo en sorpresas electorales ocasionales.

La estructura acumulada puede resumirse así. Un sistema monetario que perdió su ancla de oro y depende hoy de una gestión continua para evitar la pérdida de confianza. Un sistema financiero que creció hasta dominar las economías occidentales y depende de la expansión continua de la deuda y de los precios de los activos para mantenerse. Una economía productiva vaciada y reemplazada por cadenas globales de suministro dependientes del funcionamiento continuo en múltiples jurisdicciones. Una capa institucional que gastó su credibilidad hasta niveles que quizá no sobrevivan la próxima prueba. Una superestructura regulatoria y de cumplimiento que consume recursos enormes y no produce valor, pero que el sistema no puede reducir con facilidad. Un tejido social en el que los vínculos que permiten a las poblaciones actuar juntas han sido debilitados por política deliberada y cambio demográfico sin reemplazo adecuado. Una población en la que la mayoría no tiene ni las destrezas prácticas ni el marco psicológico para funcionar en condiciones en las que los sistemas modernos no provean a sus necesidades.

Este es el sistema en la víspera de lo que venga. No es robusto. No es frágil de maneras obvias que alertarían a sus participantes. Es frágil de la manera específica en que se vuelven frágiles los sistemas

de ingeniería cuando han sido optimizados demasiado tiempo bajo condiciones estables: capaces de un desempeño extraordinario dentro de su rango de operación, y capaces de una falla catastrófica súbita cuando se los empuja fuera de él. La pregunta ya no es si esto puede ocurrir. La pregunta es si las condiciones para ello están ya presentes, y si hay algo ya en movimiento que empuje al sistema más allá de su rango de operación.

La respuesta a esa pregunta es el tema de los capítulos que siguen.

CAPÍTULO 2

Las fragilidades singulares de la configuración occidental y estadounidense

El mundo occidental, y Estados Unidos en particular, ha construido a lo largo de los últimos sesenta años una configuración de la sociedad humana que no tiene precedente histórico y cuyas fragilidades no son adecuadamente comprendidas por quienes viven dentro de ella. Para entender qué está en riesgo, necesitamos examinar qué se ha construido realmente y qué se ha desmantelado en el proceso.

Empecemos por el sistema del dólar. El dólar estadounidense no es meramente la moneda de Estados Unidos. Es la unidad de cuenta del comercio global, la reserva que mantiene prácticamente todo banco central, el denominador de la mayor parte del crédito transfronterizo, el precio del petróleo y de otras materias primas, y el medio por el que se liquidan las transacciones financieras globales. Aproximadamente el sesenta por ciento de las reservas globales de divisas (los dólares, euros, yenes y otras monedas principales que los bancos centrales de los países mantienen para gestionar sus propias monedas y pagar las importaciones que necesitan del exterior) se mantiene en dólares. Alrededor de la mitad del comercio internacional fuera de Estados Unidos se factura en dólares. La mayor parte de la deuda transfronteriza soberana y corporativa está denominada en dólares. La arquitectura de las finanzas globales es, en términos operativos, una arquitectura del dólar. El dólar es, en la frase técnica, la moneda de reserva mundial: el dinero que los demás países mantienen como su principal depósito de valor externo, y en el que se conducen mayormente el comercio y el crédito internacionales.

Los beneficios para Estados Unidos han sido enormes y en gran medida invisibles para los estadounidenses de a pie. El país pudo mantener déficits comerciales indefinidamente, porque los tenedores extranjeros de dólares no podían canjearlos fácilmente por otra cosa que activos estadounidenses. El país pudo endeudarse a tasas más bajas de lo que su trayectoria fiscal habría permitido de otro modo, porque los bancos centrales extranjeros mantenían su deuda como reservas. El país pudo proyectar poder globalmente, porque sus sanciones, denominadas en la moneda del comercio global, tenían un filo que las sanciones de ningún otro país podían igualar. Los consumidores estadounidenses pudieron comprarle al resto del mundo más de lo que Estados Unidos producía para venderle, porque los dólares enviados al exterior regresaban como inversión en bonos del Tesoro y en activos estadounidenses. Este arreglo, que el ministro de finanzas francés Valéry Giscard d'Estaing llamó en 1965 el privilegio exorbitante (su frase para la ventaja única que Estados Unidos derivaba de emitir la moneda de reserva del mundo, una ventaja de la que ningún otro país gozaba), ha persistido en forma modificada desde entonces.

El privilegio exorbitante tiene costos. La demanda extranjera continua de dólares encarece el dólar más de lo que valdría sobre la sola base de los flujos comerciales, lo que resta competitividad a las exportaciones estadounidenses y acelera la pérdida de la manufactura. Los excedentes de capital que regresan como inversión inflan los precios de los activos, en particular los inmobiliarios y financieros,

más allá de lo que la economía subyacente sostendría. El incentivo político para conservar el privilegio sesga la política a favor de los intereses del sector financiero sobre los del sector productivo, y del consumo sobre la inversión. Estos costos se han pagado durante cincuenta años y han producido el Estados Unidos que existe en 2026: más financierizado, menos productivo, más desigual y más dependiente del ingreso continuo de capital que el país que emergió de la Segunda Guerra Mundial.

Este sistema lleva más de una década mostrando tensión. La crisis de 2008 reveló que la gestión financiera estadounidense no era infalible, que el dólar podía degradarse mediante la flexibilización cuantitativa y que el privilegio de ser la moneda de reserva global podía abusarse. El congelamiento de las reservas del banco central ruso en 2022 demostró a todos los bancos centrales del mundo que tener dólares no era seguro si Washington decidía otra cosa. La polarización política de Estados Unidos planteó dudas sobre si el país podría mantener la estabilidad de políticas que el estatus de moneda de reserva exige. A medida que Estados Unidos ha usado su moneda como arma con mayor agresividad, el cálculo de costos y beneficios de los tenedores extranjeros ha cambiado. A medida que se han desarrollado sistemas alternativos, el costo de cambiarse ha caído. A medida que las trayectorias fiscales estadounidenses se han deteriorado, la credibilidad del valor del dólar se ha debilitado.

China, Rusia, India, Brasil y un número creciente de otros países han venido desarrollando activamente sistemas de pago alternativos, acumulando reservas de oro, liquidando comercio en sus propias monedas donde es posible y reduciendo sus exposiciones al dólar. El ritmo ha sido gradual, pero la dirección es inconfundible. La participación del dólar en las reservas de los bancos centrales del mundo ha venido declinando de manera gradual pero consistente. La trayectoria no apunta a un colapso súbito sino a una erosión continuada. En algún punto la erosión produce una transición de fase, y la estructura de las finanzas globales se reorganiza alrededor de otras anclas.

La aritmética fiscal de Estados Unidos vuelve más aguda esta preocupación. En el año fiscal 2025, el gasto federal en intereses cruzó el billón de dólares, superando por primera vez en la historia moderna el presupuesto de defensa. La Oficina Presupuestaria del Congreso proyecta déficits promedio de 2,4 billones de dólares anuales hasta 2036. La deuda federal total se acerca a los cuarenta billones de dólares y sigue creciendo. El costo de los intereses de esta deuda depende de tasas que el gobierno no controla; si la demanda extranjera de bonos del Tesoro se debilita y las tasas suben, los costos de intereses suben en correspondencia, lo que exige más endeudamiento para pagar intereses, lo que exige tasas más altas, lo que eleva los costos de intereses. Esta es la espiral fatal sobre la que los analistas fiscales llevan años advirtiendo y que hoy está visiblemente engranando. Por ahora la espiral se mantiene a raya gracias a la demanda extranjera y doméstica continua de bonos del Tesoro, a las intervenciones de la Reserva Federal cuando los mercados se agarrotan y a la ausencia de una alternativa obvia hacia la cual pueda fluir el ahorro global. Ninguno de estos soportes es permanente.

La situación europea es en algunos aspectos más frágil. El euro es una moneda sin soberano, emitida por el Banco Central Europeo pero moneda de múltiples soberanos con trayectorias fiscales distintas, capacidades productivas distintas y culturas políticas distintas. Italia, Francia, España,

Bélgica, Grecia y Portugal cargan todas con relaciones deuda-PIB que se considerarían alarmantes si tuvieran monedas propias. El BCE ha sido el comprador de última instancia de estas deudas, pero su capacidad está limitada por consideraciones de inflación y por la resistencia política de los países acreedores, en particular Alemania. La crisis de deuda europea de 2010 a 2012 se contuvo mediante el compromiso del BCE de hacer lo que hiciera falta, pero las trayectorias fiscales subyacentes no han hecho más que empeorar desde entonces. Una prueba seria de los mercados de bonos europeos, y la disrupción energética de la guerra de Oriente Medio es exactamente esa clase de prueba, podría desencadenar presiones de fragmentación que el BCE no puede absorber.

La situación japonesa es el caso más extraño. Japón carga con la mayor relación entre deuda soberana y PIB de todos los países desarrollados, actualmente por encima del doscientos cincuenta por ciento. Según cualquier análisis convencional, esto debería haber producido hace mucho un impago o una hiperinflación. No lo ha hecho, porque la deuda japonesa está abrumadoramente en manos de instituciones y hogares japoneses con pocas alternativas para su ahorro, porque la cuenta corriente japonesa sigue siendo positiva, porque Japón tiene activos externos sustanciales que compensan la deuda doméstica, y porque el Banco de Japón ha venido cubriendo la diferencia con compras masivas de bonos que lo han dejado como dueño de más de la mitad de toda la deuda pública japonesa. Esto es insostenible en cualquier plazo razonable. Cuando Japón llegue al punto de quiebre, las consecuencias para los mercados globales de bonos serán sustanciales, porque las instituciones japonesas son grandes tenedoras de deuda extranjera que necesitarán liquidar para financiar sus obligaciones domésticas.

La situación alemana, menos aguda que las otras pero más relevante para la prosperidad occidental ordinaria, se ha deteriorado significativamente. Alemania construyó su milagro económico de posguerra sobre energía barata, en particular gas natural ruso, combinada con exportaciones manufactureras de gama alta. El suministro energético ruso quedó cortado por la respuesta a la guerra de Ucrania. La industria alemana se ha venido vaciando a medida que los costos de la energía vuelven no competitiva la producción. Volkswagen, BASF, Bayer y otros campeones industriales históricos han venido anunciando despidos, cierres de plantas y relocalizaciones. El efecto acumulado es la desindustrialización de la mayor economía europea, con consecuencias para el resto de Europa que aún no se han manifestado del todo.

Estas fragilidades nacionales específicas existen dentro de un patrón más amplio. El mundo occidental tomó en las últimas décadas una serie de decisiones que, vistas una por una, parecían razonables. Trasladar la manufactura a jurisdicciones de menor costo. Reducir la producción doméstica de energía. Expandir los servicios financieros como núcleo económico. Liberalizar el comercio y los flujos de capital. Permitir una inmigración a gran escala sin política de integración. Expandir el Estado regulatorio y el de bienestar. Emitir deuda para financiar consumo corriente en lugar de inversión. Externalizar el conocimiento práctico de la producción física. El efecto acumulado fue un mundo occidental que produce poco de lo que consume, que depende de flujos continuos de bienes y capital a través de un sistema global cuya estabilidad no controla, que ha perdido buena parte del conocimiento práctico que las generaciones anteriores daban por sentado, y que alberga poblaciones sin los vínculos

de identidad común que les permitirían actuar juntas en la adversidad.

La cadena de suministro farmacéutica pasa por India y China. Los principios activos de la mayoría de los medicamentos recetados que se venden en Estados Unidos se fabrican en esos dos países. Una disrupción seria de cualquiera de las dos fuentes produce escasez de medicamentos en cuestión de semanas. La industria de los semiconductores está concentrada en Taiwán a tal grado que una disrupción de Taiwán paralizaría la tecnología occidental en cuestión de meses. El fertilizante que alimenta la agricultura estadounidense depende de insumos de gas natural y de importaciones de un pequeño número de productores, varios de ellos en regiones inestables. El sistema de distribución de alimentos funciona con camiones a diésel, gestión computarizada de inventarios y cadenas de suministro justo a tiempo, con tres días de inventario en la mayoría de los minoristas. La red eléctrica depende de gas natural de un pequeño número de productores, de una infraestructura de transmisión con décadas de antigüedad y de sistemas de control digitales cada vez más vulnerables al ciberataque.

Una disrupción seria de cualquiera de estas dependencias se propagaría en cascada por las demás. La disrupción energética eleva los costos del fertilizante, que elevan los costos de los alimentos, que tensionan los presupuestos de los hogares, que tensionan la estabilidad política. La disrupción de los semiconductores detiene la manufactura en múltiples sectores. La disrupción farmacéutica produce crisis médicas en semanas. La disrupción financiera detiene los camiones que mueven los alimentos, porque los camioneros no conducen sin cobrar. Las interdependencias que hacen eficiente al sistema también lo hacen vulnerable, de maneras que los operadores del sistema en general no han modelado con honestidad.

La población estadounidense que vive dentro de este sistema no tiene, en la mayoría de los casos, comprensión alguna de cómo funciona ni de qué depende. La mayoría de los estadounidenses no puede identificar de dónde viene su comida más allá del supermercado. La mayoría no puede hacer reparaciones básicas de sus vehículos o sus casas. La mayoría no sabe cultivar alimentos, criar animales ni conservar una cosecha. La mayoría no tiene destrezas funcionales fuera de especializaciones profesionales estrechas que solo existen dentro del sistema moderno. La mayoría no tiene lazos comunitarios más allá de la proximidad. La mayoría no tiene un marco religioso o filosófico para comprender el sufrimiento o el sacrificio. La mayoría carga deudas significativas. La mayoría no tiene ahorros significativos. La mayoría vive en lugares que no pueden alimentarse, abastecerse de agua ni defenderse sin insumos continuos de otras partes.

Considérese una ilustración concreta. En agosto de 2003, un apagón golpeó el noreste de Estados Unidos y partes de Canadá, dejando a unos cincuenta millones de personas sin electricidad por períodos que fueron de horas a días. La ciudad de Nueva York estuvo sin energía alrededor de un día y medio en la mayoría de las zonas. El comportamiento fue, en términos generales, civilizado. La gente ayudó a sus vecinos. Hubo relativamente poco saqueo. A las cuarenta y ocho horas volvió la luz y la vida se reanudó.

Pero considérese qué hizo que eso funcionara. La disrupción fue corta. La ayuda venía visiblemente en camino. Las autoridades mantuvieron su credibilidad. La crisis se entendía como temporal. El clima de verano era lo bastante cálido como para que la hipotermia no fuera un riesgo. Nadie tuvo tiempo de pasar hambre de verdad ni de temer de verdad por su supervivencia de largo plazo.

Considérese ahora el huracán Katrina en Nueva Orleans en 2005. El mismo país. Menos de dos años después. La disrupción duró más. Las autoridades perdieron credibilidad. La crisis se entendía como potencialmente indefinida. El clima era hostil. A las setenta y dos horas el comportamiento había cambiado dramáticamente. Saqueo, violencia, abandono del orden público, negativa de policías de Nueva Orleans a presentarse a trabajar, familias separadas e incapaces de encontrarse, hospitales abandonando pacientes: los elementos del colapso social que asociamos con lugares lejanos, apareciendo en una gran ciudad estadounidense. La misma población que se habría comportado como en el apagón de 2003 se comportó de manera muy distinta en el huracán de 2005, porque la duración y la pérdida de confianza institucional empujaron la situación más allá del umbral dentro del cual la cohesión social se sostiene aun cuando los vínculos que hay debajo son débiles.

Un caso específico es informativo. A fines de 2012, el huracán Sandy golpeó la ciudad de Nueva York y dejó porciones sustanciales de la ciudad sin electricidad durante más de una semana. El bajo Manhattan quedó a oscuras. Los hospitales tuvieron que evacuar. Las gasolineras se volvieron escenas de peleas y de filas de horas. El transporte público quedó interrumpido. El sector financiero trasladó operaciones esenciales a sitios de respaldo en Nueva Jersey. Las entregas de alimentos se ralentizaron. La ciudad de Nueva York, la ciudad más rica del país más rico del mundo, estuvo visiblemente al borde en cuestión de días, y a ese borde la llevó una sola tormenta severa en una sola región, mientras el resto del país seguía normal y podía enviar ayuda. Si la disrupción hubiera sido nacional, o hubiera durado tres semanas en vez de una, la ciudad habría cruzado umbrales que nadie quería descubrir. El apagón de Nueva York de 1977, que duró solo veinticuatro horas, produjo más de mil incendios y más de cuatro mil arrestos. Las condiciones de entonces eran distintas en aspectos que complican la comparación, pero el punto de fondo se sostiene: el tejido social de Nueva York se mantiene en su lugar gracias al funcionamiento continuo de soportes que, cuando fallan, dejan a la población dramáticamente expuesta.

Así se ve en la práctica la fragilidad urbana estadounidense, incluso en tiempos normales. Las mismas dinámicas, escaladas a un evento nacional o global de mayor duración, producen desenlaces para los que la población no está preparada ni psicológica ni prácticamente. La riqueza, la tecnología, la infraestructura legal, la supuesta sofisticación de estas poblaciones no las protege. De hecho las vuelve más vulnerables, porque la riqueza produce dependencia, la tecnología produce fragilidad, la infraestructura legal se disuelve sin quien la haga cumplir, y la sofisticación apunta en direcciones que nada tienen que ver con la supervivencia.

La clase profesional dentro de estas poblaciones urbanas está singularmente expuesta. Abogados, contadores, consultores, profesionales financieros, profesionales del marketing, trabajadores tecnológicos en aplicaciones no esenciales, académicos en campos no aplicados, periodistas,

burócratas: todas estas profesiones existen dentro del sistema moderno y dependen de él. Sus destrezas no son trasladables a un contexto en el que el sistema moderno no funciona. Su riqueza está en activos financieros que dependen de que el sistema financiero continúe. Sus identidades están envueltas en un estatus profesional que no significa nada en el contexto nuevo. Sus redes sociales son redes profesionales que se dispersan cuando cambian las condiciones que reunieron a los profesionales.

Estas mismas poblaciones se concentran en áreas metropolitanas costeras donde los costos de la vivienda exigen que ambos cónyuges trabajen en empleos profesionales, donde los hijos son criados por cuidadores pagados y escuelas de élite, donde la familia extendida está geográficamente lejos, donde la comunidad religiosa es débil o inexistente, donde los vecinos son desconocidos, donde la participación cívica es simbólica y no sustantiva. Las estructuras que permitieron a clases profesionales similares de generaciones anteriores atravesar la dificultad, las iglesias, las asociaciones cívicas, las redes de familia extendida, los lazos de vecindario, están en gran medida ausentes. El profesional de 2026 está más aislado que el profesional de 1956, pese a la apariencia superficial de una conexión digital que excede todo lo que las generaciones anteriores conocieron.

Lo que falta en la configuración recién descrita, y falta precisamente en las poblaciones más expuestas a ella, es el marco de sentido que permite a los seres humanos soportar la penuria. Las fuentes tradicionales de esos marcos han sido debilitadas o activamente dismanteladas. La práctica religiosa cristiana ha caído bruscamente, en particular en las clases educadas y en las grandes ciudades. La estructura familiar se ha debilitado, con altas tasas de matrimonio tardío, de no matrimonio, de divorcio y de ausencia de hijos. La participación cívica ha caído. La pertenencia comunitaria ha caído. Los reemplazos que han surgido para estas fuentes tradicionales de sentido, el logro profesional, el consumo, la identidad digital, la política ideológica, no proporcionan lo que los marcos religiosos y familiares proporcionan, porque no trascienden al yo individual del modo en que los marcos de sentido deben trascenderlo para funcionar en condiciones de sufrimiento.

La afirmación honesta es que el mundo occidental, y Estados Unidos en particular, ha construido una sociedad brillante en tiempos normales y excepcionalmente frágil en tiempos extraordinarios. El intercambio parecía razonable mientras las condiciones se sostuvieran. Las condiciones están ahora bajo una tensión que puede exceder la tolerancia del sistema. Los capítulos que siguen examinan las tensiones específicas, los detonantes específicos y las dinámicas específicas por las cuales un sistema como este pasa de funcionar a fallar.

CAPÍTULO 3

La burbuja a punto de estallar

La acumulación de fragilidad descrita en el capítulo anterior no es abstracta. Se manifiesta en mercados específicos, instrumentos específicos, instituciones específicas y una aritmética específica que puede examinarse directamente. Este capítulo recorre la dimensión financiera con el detalle suficiente para dar al lector una comprensión operativa de por qué incluso los analistas financieros convencionales que no se consideran alarmistas están cada vez más preocupados.

El problema fundamental es que los precios de los activos en prácticamente todas las grandes categorías llevan tanto tiempo desconectados de su economía subyacente que la desconexión se ha vuelto estructural. Los mercados de acciones, los inmobiliarios, los de bonos, los de arte y coleccionables y las valuaciones de los mercados privados están todos valuados como si las condiciones de los últimos cuarenta años fueran a continuar indefinidamente. No lo harán, porque las condiciones de los últimos cuarenta años han sido una combinación única de tasas de interés en descenso, comercio global en expansión, absorción creciente de deuda, vientos demográficos a favor y apoyo continuo de los bancos centrales. Cada una de estas condiciones o bien se ha revertido o se está revirtiendo.

El S&P 500 lleva varios años valuado a relaciones precio-beneficio (el precio de una acción dividido por las ganancias anuales por acción de la empresa, una medida básica de si las acciones están caras o baratas en relación con las utilidades que las compañías subyacentes realmente producen) que históricamente han estado asociadas con grandes techos de mercado. La relación precio-beneficio ajustada por ciclo (un refinamiento de la medida básica, desarrollado por el economista Robert Shiller, que compara los precios de las acciones con diez años de ganancias promedio en lugar del último año solamente, suavizando las oscilaciones de corto plazo para dar una lectura más clara) ha estado por encima de treinta durante un período prolongado, un nivel alcanzado antes solamente en el pico de 1929, en el pico de las puntocom de 1999 y en un toque breve a comienzos de 2022. Esos episodios anteriores fueron seguidos por caídas de entre el cincuenta y el noventa por ciento a lo largo de períodos de varios años. El nivel actual se sostiene por la entrada continua de capital desde los fondos indexados pasivos, por las recompras de acciones corporativas financiadas con deuda, por la demanda extranjera de activos estadounidenses como refugio percibido y por la ausencia de alternativas atractivas. Ninguno de estos soportes es permanente, y varios están en reversión activa.

La concentración del mercado accionario es extrema. Las diez mayores compañías del S&P 500 representan más de un tercio del valor total del índice. La mayoría son empresas tecnológicas cuyas valuaciones exigen un crecimiento continuo que es matemáticamente imposible de sostener a las tasas implícitas. Los fondos de pensión, los fondos patrimoniales y las cuentas individuales de retiro que dependen de una exposición accionaria diversificada no están en realidad tan diversificados como creen. Un puñado de nombres impulsa el grueso de los retornos, e impulsaría el grueso de las pérdidas

si esos nombres corrigieran hacia las normas históricas.

Los mercados inmobiliarios del mundo desarrollado tienen características similares. La vivienda en las grandes ciudades occidentales ha estado valuada a niveles que requieren tasas de interés bajas continuas y crecimiento continuo de los ingresos para sostenerse. Ambas condiciones se han debilitado. Tasas hipotecarias por encima del seis por ciento vuelven insostenibles los precios de compra para niveles de ingreso que no han seguido el ritmo. El desplazamiento de la compra al alquiler, aunque pospone el ajuste de precios, ha producido costos de alquiler que han cruzado el umbral en el que consumen una parte demasiado grande del ingreso para sostener el gasto de consumo. El inmobiliario comercial, en particular el de oficinas, ha sido trastocado por el giro pospandémico al trabajo remoto y enfrenta un muro de refinanciaciones de deuda a tasas muy superiores a las de los préstamos originales. Las estimaciones de las pérdidas del inmobiliario comercial que eventualmente se reconocerán ascienden a billones de dólares, con los bancos regionales cargando buena parte de la exposición.

Los mercados de bonos ya experimentaron una de las peores caídas de la historia durante la subida de tasas de 2022 a 2023, con los bonos del Tesoro de larga duración perdiendo aproximadamente el cuarenta por ciento de su valor desde el máximo. Muchas instituciones aún llevan esos títulos a su costo original en los libros, porque las reglas contables lo permiten mientras tengan la intención de mantenerlos hasta el vencimiento. La propia Reserva Federal carga pérdidas no realizadas sustanciales en su cartera de bonos del Tesoro y de títulos respaldados por hipotecas. Los bancos cargan más. Las aseguradoras, más. Los fondos de pensión, más. La magnitud acumulada de estas pérdidas no realizadas, distribuida por el sistema financiero, supera el billón de dólares incluso con estimaciones conservadoras. Mientras los tenedores no se vean forzados a vender, las pérdidas no afectan al sistema financiero. Cuando las circunstancias los fuercen a vender, las pérdidas cristalizan y se convierten en la primera cascada del colapso más amplio.

El propio mercado de bonos del Tesoro muestra tensiones específicas. Las subastas han venido cerrando con cola con mayor frecuencia, es decir, con el rendimiento final aceptado por encima de lo que el mercado indicaba antes de la subasta, señal de que la demanda al rendimiento vigente era insuficiente. Los operadores primarios (el pequeño grupo de grandes bancos autorizados a pujar directamente en las subastas del Tesoro y obligados a absorber la emisión que el público no compre) han venido absorbiendo porciones mayores de la emisión, señal de que los compradores finales están tomando menos. Las ratios de cobertura (la relación entre el total de ofertas presentadas y los bonos disponibles en una subasta del Tesoro; un número más alto significa demanda más fuerte) se han venido debilitando en los títulos de mayor plazo. Las tenencias extranjeras de bonos del Tesoro han estado planas o en descenso como porcentaje de la emisión, con la participación extranjera en las tenencias totales cayendo de manera sostenida. Ninguna de estas señales constituye por sí sola una crisis, pero la tendencia es clara y preocupante.

La aritmética de fondo que impulsa esta tensión es la trayectoria de la política fiscal estadounidense. El gobierno federal mantiene déficits de aproximadamente el seis por ciento del

producto interno bruto en un período de pleno empleo, algo sin precedente fuera de una gran guerra o una recesión. La deuda federal total en manos del público se acerca al cien por ciento del PIB (el producto interno bruto, la producción económica anual total del país, usado como denominador que permite comparar niveles de deuda entre países y entre épocas), un nivel que históricamente se ha asociado con crisis de deuda soberana en otros países. El costo de intereses de la deuda cruzó el billón de dólares anuales y sigue subiendo. Las proyecciones de largo plazo de la Oficina Presupuestaria del Congreso no muestran ninguna senda plausible hacia la estabilidad fiscal con la ley vigente. O los impuestos suben dramáticamente, o el gasto cae dramáticamente, o el dólar se degrada mediante una expansión monetaria que erosione el valor real de la deuda, o alguna combinación de lo anterior, pero la matemática no cierra como está. No existe una senda política plausible hacia ninguno de estos ajustes en ausencia de crisis, y la crisis es precisamente lo que la trayectoria actual invita.

La situación europea es paralela a la estadounidense, pero en algunos aspectos peor. Italia carga con una deuda superior al ciento treinta por ciento del PIB y con condiciones demográficas que empeoran la trayectoria en vez de mejorarla. Francia lleva años incurriendo en déficits que violan las reglas fiscales de la Unión Europea y ha perdido la voluntad política de hacer cumplir sus propios compromisos de estabilidad fiscal. Bélgica, España, Portugal y Grecia tienen problemas similares. El Banco Central Europeo ha sido el comprador marginal de la deuda soberana de estos países, pero el espacio político para compras ilimitadas se ha estrechado a medida que las preocupaciones alemanas por la inflación se han endurecido.

La situación china es la mayor incógnita. Las cifras oficiales de deuda de China subestiman el problema, porque buena parte de la deuda está en los gobiernos provinciales, las empresas estatales y los vehículos de financiamiento de los gobiernos locales, que no se consolidan en los números que informa el gobierno central. La deuda total sobre el PIB, medida correctamente, es comparable a la de las economías desarrolladas más endeudadas. El sector inmobiliario, que ha sido el motor de la acumulación de riqueza de los hogares chinos, lleva varios años en un colapso en cámara lenta. Grandes desarrolladores han caído en impago. La construcción nueva ha caído bruscamente. Los precios de la vivienda en muchas ciudades llevan tres años en descenso. Los efectos riqueza de la caída de los precios de la vivienda sobre el consumo de los hogares chinos son significativos y aún no se han manifestado plenamente en los datos económicos.

Debajo de estos números visibles se asienta una estructura mucho mayor y menos visible: el mercado global de derivados. El valor nocional (el valor nominal de los activos subyacentes a los que los contratos de derivados hacen referencia, usado para dimensionar el mercado; el dinero realmente en riesgo es mucho menor, pero la cifra nocional indica la escala de los contratos en circulación) de los derivados vigentes en el mundo se estima en más de seiscientos billones de dólares, aproximadamente seis veces el PIB global. La gran mayoría corresponde a derivados de tasas de interés, creados ostensiblemente para permitir a las instituciones cubrir el riesgo de tasas. La realidad es más compleja.

Cuando los derivados se desarrollaron por primera vez, la justificación era la cobertura. Un fondo de pensión con obligaciones a largo plazo podía usar derivados para asegurarse de que los movimientos de tasas no perturbaran su capacidad de cumplirlas. La realidad, como cualquier operador honesto reconocerá en privado, es que los derivados han crecido mucho más allá de cualquier necesidad real de cobertura hasta constituir un vasto aparato especulativo cuyo propósito principal es generar utilidades de intermediación para las instituciones que los crean. El tamaño del mercado de derivados es tan grande que se ha vuelto opaco incluso para sus creadores. Los grandes bancos que dominan la emisión de derivados mantienen modelos de riesgo que intentan estimar la exposición de la firma, pero los modelos dependen de supuestos sobre correlación, volatilidad y liquidez que se cumplen en tiempos normales y fallan en tiempos de tensión.

La crisis de 2008 demostró que instituciones que se creían cubiertas estaban en realidad concentradas, que contrapartes que habían asumido sólidas estaban deterioradas, que la liquidez que habían asumido disponible no estaba disponible, y que los acuerdos de compensación en los que habían confiado funcionaron de otro modo cuando llegó la hora de la verdad. AIG (American International Group, entonces una de las mayores aseguradoras del mundo) estuvo a punto de destruir el sistema financiero global por sus exposiciones a permutas de incumplimiento crediticio (una permuta de incumplimiento crediticio, en inglés credit default swap, es un contrato derivado en el que una parte acuerda pagar a otra si un bono o un deudor específico incumple; AIG había vendido volúmenes enormes de estos contratos sobre títulos respaldados por hipotecas, asegurando en la práctica al sistema financiero global contra pérdidas que no podía realmente cubrir) que su propia dirección no entendía. Las fallas de contraparte de Lehman Brothers se propagaron en cascada por el sistema de maneras que los modelos no anticiparon. Las intervenciones de emergencia de la Reserva Federal fueron necesarias no porque las pérdidas crediticias subyacentes fueran las mayores de la historia, las pérdidas realizadas sobre las hipotecas subprime no fueron catastróficas en relación con el tamaño del sistema financiero, sino porque la capa de derivados multiplicó esas pérdidas y las propagó de maneras que amenazaron el colapso sistémico.

Desde 2008, las reformas regulatorias han atendido algunos de los peores rasgos del mercado de derivados. Compensación centralizada para muchos derivados de tasas y de crédito. Mayores requisitos de capital en los grandes bancos. Información más transparente de las posiciones. Estas reformas han reducido algunas de las vulnerabilidades obvias. No han eliminado el problema de fondo, que es que el mercado de derivados es demasiado grande y demasiado complejo para que sus participantes lo comprendan del todo o para que los reguladores lo supervisen del todo.

La descripción honesta del mercado de derivados es que es una caja negra incluso para la gente que lo construyó. Los directores ejecutivos y los responsables de riesgo de los grandes bancos tendrían dificultades para dar una descripción precisa de la exposición real de su firma en condiciones de tensión. Los reguladores tienen menos capacidad que los propios bancos para evaluarla. El resultado es un sistema financiero global que ha llegado a depender de una capa de instrumentos que nadie comprende del todo, que se comporta bien en condiciones estables y que tiene un historial de fallar de

maneras que sorprenden a sus creadores cuando las condiciones cambian.

Los mercados de crédito están en una posición similar. La emisión de deuda corporativa ha estado en niveles récord durante la mayor parte de la última década. Buena parte de esa deuda se emitió a tasas extremadamente bajas y se está refinanciando ahora a tasas mucho más altas. Las ratios de cobertura de intereses de muchas corporaciones han caído significativamente. Las tasas de impago han comenzado a subir. El mercado de alto rendimiento (el mercado de bonos emitidos por compañías con calificaciones crediticias por debajo del grado de inversión, también llamados bonos basura, donde tasas de interés más altas compensan a los prestamistas por un mayor riesgo de impago) tiene en particular valuaciones estiradas que dependen del crecimiento económico continuo. El crédito privado (préstamos otorgados por fondos de inversión en lugar de bancos, que se expandió enormemente durante la era de tasas bajas a medida que los inversores institucionales buscaban rendimientos mayores que los de los bonos tradicionales) está poniendo ahora a prueba sus supuestos en condiciones de tasas más altas y crecimiento más lento.

Los sistemas de pensiones y de retiro se asientan sobre estos cimientos. Las pensiones de beneficio definido (planes de retiro en los que el empleador promete un pago mensual específico en la jubilación, típicamente basado en los años de servicio y el salario final, con el empleador asumiendo el riesgo de inversión; el predecesor, hoy mayormente reemplazado, del 401(k), en el que el riesgo de inversión lo asume el empleado) calculan su situación de financiamiento sobre retornos supuestos del siete al ocho por ciento anual. Esos retornos no son alcanzables en las condiciones actuales sin asumir riesgos que generaciones anteriores de fiduciarios habrían considerado imprudentes. Los grandes sistemas públicos de pensiones están en su mayoría subfinanciados por cientos de miles de millones de dólares en valor presente, y el déficit solo se manifestará como problema real cuando los jubilados exijan pagos que los sistemas no puedan atender. El subfinanciamiento de las pensiones estatales y municipales asciende a billones de dólares con supuestos realistas. Las promesas hechas a los empleados públicos en las últimas décadas no van a cumplirse en ningún sentido ajustado por inflación, y la crisis política que seguirá cuando esto se haga evidente será sustancial.

Lo que ata todo esto es una sola observación. El sistema financiero occidental se ha mantenido funcionando desde 2008 mediante una intervención extraordinaria continua. Cada intervención ha producido nuevas distorsiones que exigen más intervención. Los colchones que generaciones anteriores de banqueros centrales y ministros de finanzas podían desplegar en una crisis están sustancialmente agotados. La próxima crisis llegará en condiciones en las que las respuestas estándar no estarán disponibles a escala, en las que las instituciones son menos creíbles que en los episodios anteriores, y en las que el sistema ha acumulado más apalancamiento y más fragilidad que en cualquier punto previo.

El detonante que rompa este sistema puede venir de muchas direcciones. Una subasta fallida del Tesoro lo haría. Una crisis seria de deuda soberana en Europa lo haría. Una crisis bancaria china que exceda la capacidad del gobierno central lo haría. Un choque geopolítico que perturbe los mercados de energía lo haría. Un ciberataque serio contra infraestructura financiera crítica lo haría. La quiebra de un

banco grande que la Reserva Federal no pueda contener lo haría. Cualquiera de estos es plausible dentro de los próximos años. Varios son más probables que improbables dentro de la próxima década.

La disrupción energética de la guerra de Oriente Medio es el candidato más visible actualmente en movimiento. La cadena que va del conflicto entre Irán, Israel y Estados Unidos a una crisis financiera occidental es corta, directa y se está demostrando en este momento. Salto del precio del petróleo. Presión inflacionaria. Tensión en el mercado de bonos. Caída de las bolsas. Efecto riqueza sobre el gasto de consumo. Temor de recesión. Ampliación de los diferenciales de crédito. Desarme del apalancamiento. Llamados de margen. Liquidaciones. Cascada.

Que este detonante en particular produzca el colapso, o que el sistema lo absorba y espere a un detonante distinto, es incognoscible de antemano. Lo que sí puede saberse es que el sistema está en una configuración en la que algún detonante, tarde o temprano, producirá un colapso que no podrá gestionarse con las herramientas que se usaron en 2008 y 2020. Ese colapso es de lo que se ocupa el resto de este libro.

CAPÍTULO 4

Oriente Medio como detonante

Durante la mayor parte de los últimos cincuenta años, el mundo ha mirado los conflictos de Oriente Medio como se mira un incendio al otro lado del río: con preocupación, con simpatía, a veces con cálculo estratégico, pero con la suposición de que el fuego se queda donde está. Las guerras del Líbano, Irak, Siria, Yemen, Israel, Irán: todas fueron absorbidas por el sistema global sin perturbar su funcionamiento básico. Los precios del petróleo saltaban ocasionalmente y luego se asentaban. Los flujos de refugiados producían tensiones políticas en Europa, pero no colapso social. El sistema financiero continuaba. Las cadenas de suministro continuaban. Los consumidores occidentales seguían recibiendo todo lo que querían desde cualquier lugar del que lo quisieran.

Lo que ocurre ahora es distinto en especie, no solo en grado. La guerra de Estados Unidos e Israel contra Irán que comenzó en serio a comienzos de 2026 no es un conflicto regional que moverá los precios del petróleo por unos meses. Es un choque estructural contra la arquitectura de las finanzas, la energía, el comercio y el poder globales, y sus consecuencias seguirán desplegándose mucho después de que termine cualquier fase militar en particular.

Para ver por qué, necesitamos entender qué es realmente Oriente Medio en el sistema global actual. Se nos ha enseñado a pensarlo como una región periférica, geopolíticamente importante por el petróleo pero por lo demás marginal a las preocupaciones centrales del mundo moderno. Esa comprensión es errónea. Oriente Medio, mirado con honestidad, es el sistema nervioso central de la economía global. Es la fuente de la energía que alimenta la civilización, la ubicación de los cuellos de botella por los que pasa el comercio mundial, el hogar de los fondos soberanos (fondos de inversión de propiedad estatal que los países con ingresos excedentes, típicamente por exportaciones de petróleo, usan para invertir en el exterior en nombre de la nación; los grandes fondos de los Estados del Golfo mantienen colectivamente billones de dólares en los mercados globales) que poseen billones de dólares de activos occidentales, el foco de las tensiones religiosas y civilizatorias que motivan porciones sustanciales de la política global, y el punto de encuentro de las grandes potencias cuyo alineamiento o conflicto determina el orden internacional general.

Mírese la región funcionalmente y se verá el cuello de botella por el que pasa a diario aproximadamente el veinte por ciento de todo el petróleo transportado por mar y una parte significativa del gas natural marítimo. Se verá la fuente del capital excedente que se ha reciclado de vuelta hacia los mercados financieros occidentales durante cincuenta años, sosteniendo los precios de los activos y los déficits públicos de Occidente. Se verá, en suma, un componente del sistema sin el cual la economía global no puede funcionar en su forma actual.

Imagínese la economía global como un vasto piso de fábrica con miles de máquinas funcionando juntas. La mayoría de las máquinas puede fallar sin detener la producción, porque hay respaldos y

sustitutos. Pero ciertas máquinas, si fallan, lo detienen todo hasta que se las repara o reemplaza. La infraestructura energética de Oriente Medio es una de esas máquinas. El estrecho de Ormuz (el paso angosto entre Irán y la península arábiga, de apenas veintiuna millas, unos treinta y cuatro kilómetros, en su punto más estrecho, por el que pasan cada día unos veinte millones de barriles de petróleo, lo que lo convierte en el cuello de botella más importante del sistema energético global) es el punto único de falla más angosto. Una disrupción seria allí se propaga en cascada por todas las economías que dependen de los mercados globales de petróleo, que son todas.

La guerra comenzó en febrero de 2026 con un ataque coordinado de Estados Unidos e Israel contra instalaciones nucleares e infraestructura militar iraní. La decisión fue tomada conjuntamente por el presidente Donald Trump, en su segundo mandato, y el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu. Ambos líderes tenían incentivos personales y políticos que sesgaban hacia la acción militar. La base política cristiana evangélica sionista de Trump proporcionaba un fuerte apoyo doméstico a la acción contra Irán. El riesgo legal de Netanyahu en Israel y su necesidad política de redefinir su legado creaban incentivos para una campaña exitosa que pudiera eclipsar otras preocupaciones. Los ataques procedieron.

La respuesta iraní no apuntó solamente a Israel sino también a los Estados del Golfo que habían proporcionado bases o apoyo político a la operación. Baréin fue atacado. Catar fue atacado, del modo más consecuente en la instalación de Ras Laffan, uno de los mayores complejos de exportación de gas natural licuado del mundo. Los ataques a Ras Laffan demostraron algo que la arquitectura de la riqueza del Golfo se había construido para negar: que la infraestructura física de la que depende la prosperidad del Golfo es vulnerable, y que las garantías de seguridad que supuestamente la protegían pueden ponerse a prueba.

Durante cincuenta años, los fondos soberanos y la riqueza privada del Golfo se construyeron sobre el supuesto de que la infraestructura física del Golfo era permanente y sus regímenes políticos estables. Billones de dólares de decisiones de inversión, hacia el Golfo y desde él, dependían de este supuesto. Los ataques a Catar volvieron el supuesto visiblemente falso. Si Ras Laffan puede ser golpeado, también pueden serlo las instalaciones de Saudi Aramco. También las plantas de desalinización que convierten el agua de mar en el agua potable que permite que Arabia Saudita exista como país. También los aeropuertos, los puertos y la infraestructura eléctrica que permiten que Dubái sea Dubái. El supuesto de que el Golfo estaba protegido por el poder estadounidense fue puesto a prueba y resultó, si no fallido, al menos seriamente cuestionado.

Los Estados del Golfo han sido presentados al mundo como zonas de riqueza estable en una región caótica. La realidad, que se hace evidente bajo tensión, es que son sociedades minuciosamente diseñadas por ingeniería que existen desafiando su geografía. Arabia Saudita en su forma actual es imposible sin la desalinización continua, intensiva en energía, del agua de mar. Dubái en su forma actual es imposible sin la importación continua de casi todo lo que consumen sus residentes. No son sociedades en el sentido histórico. Se sostienen por el flujo constante de ingresos de las exportaciones

de energía, que financia la importación de alimentos, infraestructura hídrica, mano de obra, materiales y seguridad.

Quítese el ingreso energético, o quítese la infraestructura de seguridad que lo protege, o quítese la disposición de la mano de obra extranjera a permanecer en el país, y estos Estados no pueden existir en su forma actual por mucho tiempo. Las poblaciones nativas son una pequeña fracción de los residentes reales. La mano de obra extranjera está allí abrumadoramente por el dinero, y se marcharía si las condiciones se deterioraran de manera significativa. Las cadenas de suministro de alimentos pasan por un pequeño número de puertos y dependen de que la navegación funcione. El suministro de agua depende de la operación continua de plantas desalinizadoras que requieren un combustible que, paradójicamente, se importa cada vez más a medida que la producción doméstica se destina a exportaciones de mayor valor.

Piénsese así: imagínese un rascacielos lujoso construido sobre un banco de arena en medio de una planicie de marea. Mientras la ingeniería aguante y los suministros fluyan, los residentes pueden vivir con una comodidad extraordinaria, una comodidad que excede lo posible en el suelo firme de los alrededores. Imagínese ahora que la ingeniería recibe un golpe y los suministros se detienen. El rascacielos no se vuelve gradualmente menos cómodo. Se vuelve inhabitable en días. No porque esté mal construido, sino porque las condiciones que lo hicieron posible fueron siempre artificiales. Los Estados del Golfo son rascacielos sobre bancos de arena. Parecen centros de poder permanente. Son cualquier cosa menos eso.

Esta vulnerabilidad importa no solo para los propios Estados del Golfo sino para toda entidad en el mundo cuya posición financiera depende de la riqueza del Golfo. Los fondos soberanos, el Public Investment Fund de Arabia Saudita, la Abu Dhabi Investment Authority, la Qatar Investment Authority, la Kuwait Investment Authority, mantienen colectivamente entre tres y cuatro billones de dólares en inversiones por los mercados globales. Son grandes inversores en capital privado, bienes raíces, empresas tecnológicas, proyectos de infraestructura y bonos de gobiernos occidentales. Los mercados financieros occidentales los han tratado como capital paciente de largo plazo con entradas consistentes. Si se ven forzados a liquidar para financiar la respuesta a una crisis doméstica, o si sus gobiernos colapsan y los activos quedan en un limbo legal, las consecuencias de mercado se propagan por todas las grandes clases de activos.

Muchos de los fondos de capital de riesgo y de capital privado más prominentes de Silicon Valley y Londres tienen fondos soberanos del Golfo como grandes socios limitados (los inversores de un fondo de inversión privado, que aportan el capital pero no lo gestionan en el día a día, a diferencia del socio general, que gestiona el fondo y toma las decisiones de inversión). Las compañías en las que estos fondos han invertido tienen estrategias de crecimiento que dependen de infusiones continuas de capital de esos socios limitados. Si los socios limitados no pueden fondear sus compromisos, toda la cadena de inversión se ralentiza, las compañías recortan, se despide a empleados, y los efectos se propagan por el empleo del sector tecnológico, los valores inmobiliarios de las ciudades tecnológicas y el gasto de

consumo en esas metrópolis. Nada de esto es hipotético. Es la consecuencia mecánica predecible de la interrupción de los flujos de capital.

La capacidad iraní de sostener el daño y seguir escalando también se malinterpreta. El análisis occidental ha subestimado consistentemente a Irán durante cuarenta años. Irán opera bajo sanciones desde 1979, con severidad creciente desde 2018. Esto ha producido un país más pobre de lo que sería de otro modo, pero también un país que ha desarrollado una capacidad notable de autosuficiencia, precisamente porque los suministros externos no podían darse por garantizados. Irán produce la mayor parte de sus propios alimentos. Fabrica sus propias armas, incluidos misiles y drones cada vez más sofisticados. Ha construido un sector tecnológico doméstico. Mantiene una población que lleva décadas preparándose psicológicamente para la penuria. El pueblo iraní tiene una historia civilizatoria que se remonta miles de años, y se entiende a sí mismo como heredero de una gran civilización que ha capeado conquistas antes. Han sido invadidos, ocupados, devastados, y siempre se han reconstituido. No son el Líbano, que carecía de una profundidad comparable, ni Irak, que fue un constructo colonial. Irán es una civilización real, con una población real y una capacidad económica real, y no se desmoronará simplemente porque Israel y Estados Unidos la hayan golpeado.

Esto es importante porque la guerra no ha terminado. Los arreglos de cese del fuego vigentes al momento de escribir son frágiles. Los incentivos del régimen iraní para continuar la resistencia son más fuertes que sus incentivos para llegar a un arreglo en términos occidentales, porque arreglar significa una humillación que el régimen no puede sobrevivir políticamente, mientras que continuar significa una penuria que el régimen puede absorber. La escalada no se ha desplegado del todo. La capacidad de respuesta adicional, incluidos ciberataques contra infraestructura occidental, ataques a la navegación fuera del golfo Pérsico y acciones a través de intermediarios como Hezbolá, los hutíes en Yemen y varias milicias iraquíes, sigue disponible para Irán y solo se ha usado parcialmente.

Donald Trump está en su segundo mandato, con un legado por establecer y una autoconcepción construida alrededor de la acción dramática y decisiva. Su base política incluye un componente cristiano evangélico sionista fuerte, para el cual el apoyo a la acción israelí contra Irán tiene significado religioso. Entre sus asesores hay figuras que llevan décadas abogando por el cambio de régimen en Irán. La lógica política que produjo los ataques iniciales sigue operando y puede producir más escalada si Irán no capitula.

Benjamin Netanyahu ha estado en el poder durante casi todas las últimas dos décadas y enfrenta a la vez un riesgo legal en su país y la perspectiva de ser recordado como el primer ministro que perdió Gaza, perdió Cisjordania y presidió el declive israelí. Sus incentivos apuntan a buscar una victoria definitiva que redefina su legado. La guerra con Irán le dio la oportunidad. No está claro si puede proclamar victoria sin un cambio de régimen en Teherán, y el deseo de proclamarla crea presión hacia más escalada.

Ambos líderes, en suma, tienen incentivos personales que los sesgan hacia la escalada, al margen de lo que recomendaría el análisis estratégico. Esta es la clase de situación que produce guerras mucho mayores de lo que ninguno de los participantes se propuso inicialmente.

La respuesta de los mercados financieros hasta ahora ha sido moderada en relación con lo que está realmente en juego. El Brent tocó brevemente los ciento diez dólares por barril durante la fase más aguda de los ataques y se ha asentado en un rango elevado respecto de los niveles de preguerra, pero no en niveles de crisis. Las tarifas de seguro para la navegación por el golfo Pérsico se han multiplicado. Los compradores asiáticos de energía del Golfo han estado buscando alternativas, acelerando el desplazamiento del comercio de energía fuera de la liquidación en dólares que venía desplegándose gradualmente desde hace años. Los mercados de bonos han absorbido las implicaciones inflacionarias del salto energético elevando los rendimientos de largo plazo, lo que presiona las valuaciones bursátiles y las finanzas públicas.

Pero esta es la reacción temprana, cuando la situación todavía puede interpretarse como un conflicto regional contenido que se resolverá. Si el conflicto escala más, o si la inestabilidad del Golfo se acelera, o si las respuestas asimétricas iraníes producen daño en Occidente, o si las tensiones del sector financiero se agudizan, la respuesta del mercado será mucho más severa que la vista hasta ahora. El sistema está posicionado de tal modo que las malas noticias adicionales producirán reacciones no lineales, en lugar de lineales.

Los escenarios específicos por los que esto se convierte en el detonante de un colapso sistémico, y no en un conflicto regional contenido, son varios.

Primero, un cierre serio del estrecho de Ormuz, aunque fuera por semanas, empujaría los precios del petróleo a niveles, posiblemente doscientos dólares por barril o más, que aplastarían a las economías occidentales. La recesión estaría asegurada. La inflación se dispararía. Los bancos centrales enfrentarían la elección entre acomodar la inflación, con la consecuente depreciación de la moneda, o mantener la línea contra la inflación, con la consecuente recesión más profunda. Cualquiera de las dos elecciones produce consecuencias serias en los mercados financieros.

Segundo, la inestabilidad de los Estados del Golfo podría desencadenar un congelamiento de los flujos de capital de los que depende el sistema global. Si Arabia Saudita o los Emiratos enfrentan una crisis política interna, los compromisos de los fondos soberanos con las inversiones globales quedarían suspendidos. Las valuaciones a valor de mercado del capital privado, los bienes raíces y otros activos que dependen de esos flujos colapsarían. Los mercados de crédito que financiaban sobre el supuesto de flujos continuos se agarrotarían.

Tercero, la respuesta asimétrica iraní mediante ciberataques contra la infraestructura financiera occidental agravaría la presión financiera. Irán ha demostrado en operaciones cibernéticas una capacidad que ha sido menos comentada que su capacidad cinética. Un ciberataque serio contra la infraestructura bancaria, los sistemas de pagos o los sistemas de negociación podría producir un pánico

inmediato que las autoridades tendrían dificultades para contener.

Cuarto, las dinámicas de alianzas que arrastren a más países al conflicto ensanchan la guerra hasta algo que ya no puede contenerse. El apoyo ruso y chino a Irán ha continuado pese a la presión occidental. Si la guerra se expande hasta comprometer activos rusos o chinos, o si ataques israelíes golpean posiciones donde haya personal ruso o chino, el carácter del conflicto cambia fundamentalmente. La guerra regional actual podría convertirse en la chispa de una confrontación más amplia entre grandes potencias, que los mercados financieros occidentales no absorberían sin pánico.

Quinto, incluso si ninguna de estas escaladas específicas ocurre, el efecto acumulativo de la continuación del conflicto, el drenaje constante de recursos, atención y credibilidad que produce el conflicto prolongado, termina por agotar la capacidad del sistema occidental de absorberlo sin romperse. La guerra se convierte en la condición de fondo que, combinada con otras tensiones emergentes, empuja al sistema a través de su transición de fase.

El lector debería detenerse en lo que esto significa realmente. No estamos discutiendo si los precios del petróleo estarán más altos el año próximo. Estamos discutiendo si el sistema financiero global, que se ha mantenido funcionando mediante intervención extraordinaria desde 2008, puede absorber un choque de este carácter sin romperse. La respuesta honesta es que nadie lo sabe, pero las condiciones para la ruptura están visiblemente presentes como no lo han estado en ningún momento de la memoria reciente.

El estadounidense común que lee esto en su casa suburbana, mirando la cobertura noticiosa de ataques lejanos y asumiendo que nada de esto lo afecta, está cometiendo un error de categoría. Vive en un sistema que depende del funcionamiento terso de flujos globales complejos. La guerra contra Irán no es un acontecimiento lejano. Está ocurriendo en el sistema nervioso central del sistema que mantiene su vida en funcionamiento. Si ese sistema se rompe, su vida se rompe con él, de maneras que no son previsibles en el detalle pero que son predecibles en su carácter general.

Este es el detonante que puede estar en marcha. Puede resolverse. Puede escalar más. Puede catalizar un colapso más amplio. No lo sabemos. Lo que podemos decir es que las condiciones para que sea un detonante de colapso están hoy más presentes que en cualquier momento de la era de posguerra, y que la respuesta prudente no es asumir que el sistema lo absorberá, sino prepararse para la posibilidad de que no lo haga.

PARTE SEGUNDA: LA MECÁNICA DEL COLAPSO

CAPÍTULO 5

Cómo fallan los sistemas. La arquitectura de la cascada

Cuando la gente imagina la falla de un sistema, suele imaginar algo parecido a un declive lento: servicios que se vuelven gradualmente menos confiables, precios que suben de manera sostenida, condiciones que empeoran a lo largo de meses o años hasta que alguien toma medidas. Este modelo mental es reconfortante porque sugiere tiempo para reaccionar, tiempo para ajustarse, tiempo para hacer planes. También es erróneo. Las fallas sistémicas reales en los sistemas interconectados modernos no se despliegan de forma gradual. Se despliegan en etapas, donde cada etapa es corta y la transición entre etapas es súbita.

Para ver por qué, considérese una analogía simple. Una pila de arena crece grano a grano. Durante mucho tiempo, añadir granos solo hace más alta la pila. Luego, en algún punto, añadir un grano más provoca una pequeña avalancha. Se acumulan más granos, ocurren más avalanchas pequeñas. Luego, en algún punto, añadir un grano más provoca una avalancha grande que reconfigura la pila entera. El grano que desencadenó la avalancha grande no era distinto de los granos que desencadenaron las pequeñas. La diferencia era el estado de la pila cuando ese grano en particular cayó. Los físicos llaman a esto criticalidad autoorganizada (la propiedad de ciertos sistemas complejos por la cual evolucionan naturalmente hacia un punto de inflexión en el que perturbaciones pequeñas pueden producir avalanchas de cualquier tamaño, siendo el momento de la próxima avalancha grande fundamentalmente impredecible a partir de las perturbaciones pequeñas que la precedieron), y describe el comportamiento de una gama notable de sistemas complejos. El sistema absorbe la tensión suavemente hasta que alcanza un estado crítico, punto en el cual cualquier tensión adicional produce una transición de fase.

Los sistemas interconectados modernos, los sistemas financieros, las cadenas de suministro, las instituciones de gobierno, se comportan como esta pila de arena. Acumulan tensión durante largos períodos a través de su operación normal. La mayoría de las tensiones produce pequeños ajustes que el sistema absorbe. En algún punto, la tensión acumulada alcanza un nivel en el que la siguiente tensión normal produce un ajuste grande en lugar de uno pequeño. El grano que desencadenó la avalancha no era inusual. La pila estaba en estado crítico.

La crisis financiera de 2008 es el ejemplo reciente más claro. El detonante fue la quiebra de Lehman Brothers (el cuarto banco de inversión más grande de Estados Unidos, que se declaró en bancarrota el 15 de septiembre de 2008, en la que sigue siendo la mayor presentación de quiebra de la historia estadounidense; su colapso desencadenó la fase más severa de la crisis financiera global), que era un banco de inversión importante pero no la mayor institución financiera ni una fuente única de riesgo. Las hipotecas subprime llevaban más de un año fallando antes de que cayera Lehman, y las quiebras previas, Bear Stearns (un banco de inversión caído antes, cuya adquisición por JPMorgan Chase orquestó la Reserva Federal en un solo fin de semana de marzo de 2008, la primera señal importante de que la arquitectura de las finanzas estaba fallando), IndyMac, otras, habían sido

absorbidas sin crisis. Lo distinto era que, para septiembre de 2008, el sistema había absorbido tanta tensión que una quiebra bancaria más ya no era un acontecimiento manejable. Era una transición de fase. En cuestión de días, los fondos del mercado monetario rompieron el dólar (se supone que un fondo del mercado monetario mantiene un precio constante de un dólar por participación, con los retornos pagados como interés; romper el dólar significa que el precio de la participación cae por debajo de un dólar, algo que solo había ocurrido una vez antes en la historia financiera; cuando el Reserve Primary Fund rompió el dólar el 16 de septiembre de 2008, el día después de la caída de Lehman, desató un pánico inmediato en todo el mercado monetario), los mercados de papel comercial se congelaron, los bancos dejaron de prestarse entre sí y el sistema financiero global entero entró en crisis activa. La transición del funcionamiento normal a la crisis aguda fue cuestión de días, no de meses.

La misma dinámica gobierna todas las grandes fallas sistémicas. El colapso soviético de 1991 fue precedido por años de tensión acumulada que el sistema absorbió mediante un declive gradual. Luego, a fines de 1991, en cuestión de semanas, el sistema simplemente terminó. El colapso bancario libanés de 2019 fue precedido por años de problemas evidentes que el sistema sorteaba. Luego, en octubre de 2019, los depósitos fueron bloqueados y los ahorros libaneses esencialmente dejaron de existir como riqueza accesible. El colapso del régimen zarista en 1917 fue precedido por tensiones que llevaban décadas acumulándose. Luego, en febrero de ese año, en cuestión de días, el régimen que había gobernado Rusia durante siglos simplemente terminó.

La razón por la que estas transiciones son súbitas y no graduales está en la naturaleza de los sistemas basados en la confianza. Los sistemas financieros modernos funcionan sobre la confianza: la confianza en que los bancos honrarán los depósitos, en que las contrapartes cumplirán sus contratos, en que los activos líquidos podrán venderse a los precios esperados, en que el dinero conservará su valor, en que las instituciones seguirán funcionando. Mientras la confianza se sostiene, el sistema funciona. Cuando la confianza se pone en duda, los tenedores de derechos buscan racionalmente convertirlos en formas más seguras. Cuando todos buscan seguridad a la vez, el sistema no puede acomodar la demanda y las instituciones cuestionadas quiebran. La quiebra ratifica la pérdida de confianza y la acelera por el resto del sistema.

Por eso las corridas bancarias, en cualquier época y en cualquier país, siguen el mismo patrón. El banco en cuestión está, según los estándares ordinarios, sano el viernes. Durante el fin de semana, los depositantes deciden que quieren retirar. El lunes por la mañana se forman filas frente al banco. En cuestión de horas, el banco no puede atender los reembolsos y es cerrado. Los activos del banco no cambiaron entre el viernes y el lunes. Cambió la confianza de los depositantes. El giro en la confianza produjo la quiebra del banco, no la condición subyacente del banco.

Los sistemas interconectados modernos tienen varios rasgos específicos que producen patrones de cascada predecibles cuando la tensión alcanza la transición de fase. Entender estos rasgos ayuda a aclarar qué clases de cascadas cabe esperar y cómo se ven sus etapas.

El primer rasgo es el acoplamiento estrecho. Los sistemas modernos están estrechamente acoplados, lo que significa que los componentes dependen directamente unos de otros, sin amortiguadores entre ellos. Un camión que reparte alimentos depende del diésel de una refinería, del procesamiento de pagos de un banco, de las instrucciones de despacho de un sistema logístico computarizado, del GPS de una red satelital, de la gestión del tránsito del gobierno local y de un conductor pagado que depende de su propio sistema de pagos para alimentar a su familia. Cada uno de estos eslabones es necesario para que el camión reparta efectivamente los alimentos. Si un solo eslabón falla, el camión no se mueve, los alimentos no llegan, el supermercado no repone y el consumidor no come. En el estado ordinario, todos los eslabones funcionan y los modos de falla ni siquiera se notan. Cuando un solo eslabón falla por la razón que sea, la cascada a través de los sistemas dependientes es rápida y visible.

El segundo rasgo es la interconexión en red. Los sistemas modernos están fuertemente conectados en red, lo que significa que las fallas se propagan con rapidez. El banco que quiebra afecta a toda contraparte con exposición a él. La fábrica que cierra afecta a todos sus proveedores y a todos sus clientes. La empresa de transporte que deja de operar afecta a todas las tiendas que servía. La interconexión que produce eficiencia en tiempos normales produce propagación en tiempos de tensión, y los efectos de red suelen ser más poderosos de lo que aprecian los operadores de los nodos individuales.

El tercer rasgo es la infraestructura compartida. Los sistemas modernos funcionan sobre infraestructura compartida: internet, el sistema de pagos, la red eléctrica. Cuando la infraestructura compartida tiene un problema, todos los sistemas que dependen de ella tienen un problema simultáneamente. El apagón del noreste de 2003 afectó a cincuenta millones de personas porque la red eléctrica es compartida. Un ciberataque serio contra el sistema de pagos afectaría cada transacción comercial del país porque el sistema de pagos es compartido. La infraestructura compartida es la ruta crítica que, cuando falla, arrastra todo lo que depende de ella.

El cuarto rasgo son las dependencias ocultas. Los sistemas modernos cargan dependencias ocultas que sorprenden a todos en cada crisis. El terremoto japonés de 2011 perturbó la producción automotriz en todo el mundo porque una sola fábrica japonesa era la fuente de un pigmento específico de pintura automotriz que nadie había considerado una dependencia crítica hasta que intentaron encontrar sustitutos y descubrieron que no los había. Las disrupciones de las cadenas de suministro por el COVID en 2020 revelaron cientos de dependencias ocultas similares en todos los sectores: productos que dependen de un único proveedor, componentes que vienen de un solo país, materiales que no tienen sustituto. En tiempos normales estas dependencias ocultas son invisibles. En un sistema bajo tensión se revelan todas a la vez, y muchas no pueden atenderse con rapidez.

El quinto rasgo es la pérdida de capacidad local. Los sistemas modernos han reemplazado la capacidad local por la eficiencia central. La panadería local ha sido reemplazada por la producción industrial de pan en fábricas distantes. El procesador local de carne ha sido reemplazado por

instalaciones enormes que sirven a regiones enteras. El taller local de reparaciones ha sido reemplazado por bienes manufacturados diseñados para ser reemplazados y no reparados. La granja local ha sido reemplazada por la agricultura industrial en regiones distantes. Cuando un sistema central falla, no existe un respaldo local. La comunidad ha perdido la capacidad de producir las cosas que consume, y esa capacidad no puede reconstituirse en una escala de tiempo relevante.

Estos rasgos combinados significan que, cuando los sistemas modernos fallan, fallan de maneras rápidas, amplias y difíciles de revertir. El modelo mental ordinario del declive gradual no describe lo que realmente ocurre.

Permítaseme describir cómo se ve una cascada real, usando un caso hipotético que combina elementos que ya han ocurrido en formas menores.

Día uno. Una subasta del Tesoro cierra con una cola severa. La subasta en sí es un evento rutinario, pero el resultado, con los compradores finales absorbiendo solo una pequeña fracción de la emisión y los operadores primarios forzados a tomar el resto, es ampliamente reportado en la prensa financiera. Los mercados lo interpretan como evidencia de que los compradores extranjeros están reduciendo su participación en el mercado del Tesoro. Los rendimientos de los bonos del Tesoro de largo plazo suben con fuerza. Las bolsas caen por la implicación para las valuaciones. Los mercados inmobiliarios empiezan a paralizarse porque las tasas hipotecarias suben. El dólar se debilita frente al oro y frente a las monedas de países percibidos como menos tensionados fiscalmente. Nada de esto es todavía una crisis. Es un solo mal día en los mercados financieros.

Día dos. Los mercados siguen digiriendo el resultado de la subasta. Un banco regional importante informa pérdidas no realizadas en su cartera de bonos que exceden su capital tangible, lo que lo coloca en insolvencia técnica bajo el estándar contable que se aplicaría si las pérdidas tuvieran que realizarse. El banco sostiene que tiene la intención de mantener los bonos hasta el vencimiento y que las pérdidas, por lo tanto, no son reales. Los mercados no se tranquilizan. Los depositantes empiezan a mover dinero de este banco hacia instituciones percibidas como más seguras. El banco pierde el diez por ciento de sus depósitos en veinticuatro horas.

Día tres. Los reguladores cierran el banco durante el fin de semana y transfieren los depósitos a otra institución. El cierre se anuncia como ordenado y los depositantes quedan protegidos. Pero otros bancos regionales empiezan a ver también fuga de depósitos. La Reserva Federal anuncia líneas de préstamo de emergencia para apoyar a los bancos. La reacción del mercado es fuertemente negativa, porque las líneas de préstamo de emergencia son una admisión de que algo anda seriamente mal. La bolsa cae varios puntos porcentuales. El dólar se debilita más. El oro sube con fuerza.

Día cuatro. Los fondos del mercado monetario (fondos mutuos que mantienen deuda de muy corto plazo y muy segura, y que los inversores usan como un sustituto del efectivo con un rendimiento ligeramente mayor, en el entendido implícito de que los fondos mantienen un precio estable de un dólar por participación y de que las solicitudes de reembolso pueden atenderse en cualquier momento)

experimentan grandes reembolsos a medida que los inversores institucionales buscan reducir su exposición a cualquier cosa que dependa del sistema bancario. Para atender los reembolsos, los fondos venden papel comercial (pagarés de corto plazo que las grandes compañías emiten para financiar sus operaciones cotidianas, el equivalente corporativo de un hogar que usa una tarjeta de crédito como puente hasta el día de pago; el papel comercial es lo que las compañías usan para pagar la nómina, pagar a los proveedores y financiar el inventario mientras esperan el cobro de sus cuentas), la deuda de corto plazo que las compañías usan para financiar la operación diaria. Las compañías que dependen del papel comercial, que son la mayoría de las grandes, se encuentran con que no pueden renovar su deuda a tasas aceptables. Algunas empiezan a demorar los pagos a proveedores. La cadena de suministro empieza a ralentizarse.

Día cinco. Los camiones que reparten alimentos son operados por empresas de transporte que dependen del papel comercial y del crédito bancario para su capital de trabajo. Las empresas, incapaces de renovar su deuda o de pagar a tiempo sus facturas de combustible, demoran los pagos a los conductores y demoran las compras de combustible. Algunos conductores dejan de conducir hasta que les paguen. Las entregas de combustible se ralentizan porque a las compañías de combustible tampoco les están pagando sus clientes. Las entregas a los supermercados se ralentizan. Los supermercados empiezan a notar brechas en el suministro.

Día seis. La cobertura noticiosa de las brechas en los supermercados genera pánico entre los consumidores. Los compradores compran más de lo que necesitan, lo que vacía más los estantes. El fenómeno es nacional en veinticuatro horas, porque está en las noticias y porque los consumidores de todas las regiones ven la misma cobertura y reaccionan igual. Las tiendas instituyen límites de compra. Algunos artículos simplemente no están disponibles. La indisponibilidad de artículos que siempre estuvieron disponibles conmociona a la población y acelera el pánico.

Día siete. Emergen escaseces de gasolina en algunas regiones, porque las entregas de combustible se han ralentizado y porque los conductores, ansiosos por la disponibilidad, llenan el tanque con más frecuencia de lo habitual. Se forman filas en las estaciones que tienen combustible. Algunas estaciones cierran porque no consiguen entregas. La escasez de combustible reduce aún más la actividad comercial, porque los camiones que dependen de él no pueden operar. La disrupción de la cadena de suministro se profundiza.

Día ocho. La Reserva Federal anuncia préstamos ilimitados contra colateral de alta calidad. El Tesoro anuncia una garantía sobre todo el papel comercial. El presidente se dirige a la nación, llama a la calma y asegura que las autoridades están respondiendo. Estas respuestas son mayores que las de 2008 y se habrían considerado extremas apenas unas semanas antes. Calman los mercados temporalmente. La bolsa deja de caer. Los rendimientos de los bonos se estabilizan. Regresa cierta apariencia de orden.

Pero el daño ya está hecho. Las compañías que sufrieron la disrupción de su financiamiento en los días cuatro y cinco tienen que reconstruir la confianza con sus proveedores y prestamistas. Muchas no sobreviven. La disrupción de la cadena de suministro, una vez experimentada, deja a los supermercados desabastecidos durante semanas, porque el inventario agotado debe reponerse a través de cadenas de suministro que están, a su vez, perturbadas. La confianza del consumidor perdida en el pánico no regresa de inmediato. El ambiente político es ahora hostil a las instituciones que se vieron forzadas a intervenir con medidas tan grandes.

Días nueve a catorce. Empiezan los despidos en las compañías que estaban al borde antes de la crisis y que la disrupción empujó al otro lado. Las transacciones inmobiliarias se ralentizan dramáticamente, porque nadie quiere comprometerse a una compra mayor en este ambiente. Los negocios locales que dependen del gasto de consumo ven caídas de ingresos del veinte al cuarenta por ciento. Algunos empiezan a quebrar. El mercado laboral empieza a deteriorarse visiblemente.

Semanas tres a seis. La cascada sigue abriéndose paso por el sistema. Las compañías que dependen de las compañías caídas experimentan sus propios problemas. Los fondos de pensión que tenían la deuda de las compañías caídas asumen pérdidas. Las aseguradoras reevalúan sus exposiciones. La tasa de desempleo empieza a subir. Los ingresos fiscales estatales y locales caen. Los gobiernos estatales y locales, que no pueden imprimir dinero, enfrentan crisis presupuestarias y deben recortar servicios o buscar apoyo federal de emergencia.

Meses dos a seis. La nueva forma de la situación se hace evidente. Los precios de los activos han caído significativamente en la mayoría de las categorías. El efecto riqueza sobre el gasto de consumo es sustancial. La economía está ahora en recesión profunda o algo peor. Los déficits públicos se han inflado porque los ingresos fiscales cayeron mientras el gasto de emergencia subía. Los mercados de bonos están poniendo a prueba la capacidad del gobierno de financiar sus déficits. El dólar se ha debilitado significativamente. Las presiones inflacionarias de la debilidad de la moneda se están acumulando incluso mientras la actividad económica se contrae, que es el problema de la estanflación (la combinación de estancamiento, es decir, bajo crecimiento o recesión, con inflación, es decir, precios en alza; convencionalmente considerada lo peor de ambos mundos, porque las respuestas de política estándar para una empeoran la otra, y los responsables de políticas, por lo tanto, no tienen opciones buenas) para el que los responsables de políticas no tienen buena respuesta.

Esta secuencia es hipotética, pero cada uno de sus elementos ha ocurrido en formas menores en crisis recientes. La crisis de 2008 recorrió un patrón similar a menor escala. La disrupción del COVID en 2020 recorrió un patrón similar. Lo distinto del escenario actualmente en movimiento es que la capacidad de respuesta está reducida. La Reserva Federal tiene menos margen para expandir su balance sin desatar inflación. El Tesoro tiene menos margen para expandir garantías sin desatar el castigo del mercado de bonos. El ambiente político hace más difícil promulgar rescates a gran escala que en los episodios anteriores. La credibilidad institucional para convencer a los mercados de que la respuesta funcionará es menor. Cada uno de estos factores hace que una cascada sea más difícil de contener que

las cascadas anteriores.

La experiencia del huracán Katrina en 2005 es instructiva en el plano social. En setenta y dos horas, la población que permanecía en Nueva Orleans se había bifurcado. Quienes podían irse se habían ido. Quienes permanecieron, en particular en el Superdome y el Convention Center, vivieron condiciones que descendieron al caos. Los relatos de violencia, agresiones sexuales y abandono, que pueden haber sido exagerados en algunos detalles, capturaron sin embargo la realidad del colapso social que ocurrió cuando desaparecieron las instituciones que ordinariamente mantenían el orden. Cientos de agentes del Departamento de Policía de Nueva Orleans no se presentaron a trabajar. Los hospitales abandonaron pacientes. El gobierno de la ciudad dejó efectivamente de funcionar. Lo que emergió en ausencia de autoridad no fue ayuda mutua espontánea sino depredación sobre los más vulnerables.

Lo que hizo recuperable a Katrina fue su límite geográfico. El resto del país podía enviar recursos, podía absorber refugiados, podía reconstruir. En un colapso nacional o global, las dinámicas de Katrina escalan a poblaciones urbanas enteras de millones de personas, en condiciones en las que la capacidad de respuesta de los gobiernos está desbordada y en las que la cohesión social de las poblaciones está siendo puesta a prueba de maneras en que no ha sido puesta a prueba en nuestras vidas.

El propósito de este capítulo no es predecir ninguna cascada específica. Es aclarar la arquitectura de cómo funcionan realmente las cascadas, para que el lector pueda reconocer las etapas tempranas cuando ocurran y entender que el tiempo entre reconocer la cascada y no poder actuar es corto. La cascada discutida en este capítulo se desplegaría a lo largo de semanas en sus elementos macro y a lo largo de días en las disrupciones más agudas. Quien espere actuar cuando la cascada sea visible para la población general llegará demasiado tarde. Las acciones que protegen a un hogar son las que se toman antes de que la cascada comience, y esas acciones son de lo que se ocupa el resto de este libro.

CAPÍTULO 6

El agotamiento de la opción del rescate

Cuando algo va seriamente mal en el sistema financiero, se despliega una secuencia familiar de respuestas. Los bancos centrales recortan las tasas de interés. Los gobiernos aumentan el gasto. Los secretarios del Tesoro aparecen en televisión para proyectar calma. Se anuncian paquetes de rescate. Se crea y se despliega dinero. En cuestión de semanas o meses, la crisis inmediata queda contenida. Los precios de los activos se recuperan. La confianza regresa. La vida se reanuda.

Esta secuencia se ha repetido una y otra vez durante las últimas tres décadas. La crisis financiera asiática de 1997 se contuvo mediante la intervención del FMI y los recortes de tasas de la Reserva Federal. El estallido de las puntocom de 2000 a 2002 se contuvo mediante recortes agresivos de tasas y estímulo fiscal. La crisis financiera global de 2008 se contuvo mediante billones de dólares de intervención monetaria y fiscal. La crisis de deuda soberana europea de 2010 a 2012 se contuvo mediante el compromiso del BCE de hacer lo que hiciera falta. El pánico financiero del COVID en 2020 se contuvo mediante la mayor respuesta fiscal y monetaria en tiempos de paz de la historia. Cada vez, la respuesta fue mayor que la anterior. Cada vez, funcionó en el sentido inmediato de restaurar el funcionamiento de los mercados e impedir el colapso visible. Cada vez, dejó al sistema más dependiente de la intervención continua para mantenerse estable.

El patrón se parece al de una persona que toma una aspirina para el dolor de cabeza, descubre que funciona y aumenta la dosis cada vez que el dolor regresa. Durante un tiempo, las dosis crecientes siguen funcionando. Luego, en algún punto, la tolerancia del cuerpo alcanza un nivel en el que las dosis ordinarias de aspirina ya no ayudan, y las dosis requeridas para funcionar están dañando los órganos de la persona. La persona está ahora en peor posición que si nunca hubiera empezado a tomar aspirina, porque la causa de fondo de los dolores de cabeza nunca se atendió y ahora el cuerpo depende de la aspirina para funcionar mientras esta lo daña.

Esta es la situación en la que se encuentran ahora los bancos centrales y los gobiernos occidentales. Las herramientas que usaron en las crisis anteriores se han usado con tanta intensidad que han perdido eficacia. La próxima crisis llega en una situación en la que la respuesta estándar no puede desplegarse a la escala que se requeriría, en la que los efectos secundarios de intentar desplegarla causarían daño por sí mismos, y en la que el apoyo político a las medidas de emergencia es más débil que en los episodios anteriores. La opción del rescate, que ha sido el supuesto implícito de todos los actores económicos durante las últimas décadas, está agotada.

Para ver esto en concreto, examínense las herramientas específicas que se han usado y las restricciones que ahora se aplican.

En 2007, en vísperas de la crisis financiera global, la deuda federal de Estados Unidos en manos del público era de aproximadamente cinco billones de dólares, en torno al treinta y cinco por ciento del

PIB. El balance de la Reserva Federal (las tenencias de activos del banco central, principalmente bonos del Tesoro y títulos respaldados por hipotecas, pagados con dinero de nueva creación; cuando el balance se expande, se ha creado dinero y se lo ha inyectado en el sistema financiero; cuando se contrae, se ha retirado dinero) era de aproximadamente ochocientos mil millones de dólares. La tasa de fondos federales (la tasa de interés de corto plazo que la Reserva Federal fija directamente como objetivo, la tasa a la que los bancos se prestan entre sí de un día para otro, y que sirve de ancla para casi todas las demás tasas de interés de la economía) era del 5,25 por ciento, lo que daba un margen significativo para recortar tasas como respuesta a una crisis. El déficit corría a aproximadamente el 1,1 por ciento del PIB, lo que significaba que la expansión fiscal era una respuesta disponible sin desatar de inmediato las preocupaciones del mercado de bonos. El estatus del dólar como moneda de reserva estaba fuera de duda. La credibilidad institucional de la Reserva Federal, del Tesoro y de las grandes instituciones financieras estaba relativamente intacta.

Para 2026, la situación se ha transformado. La deuda federal en manos del público supera los veintiocho billones de dólares, aproximadamente el cien por ciento del PIB. El balance de la Reserva Federal, tras llegar a un máximo de nueve billones de dólares durante el COVID, es de aproximadamente siete billones. La tasa de fondos federales está en un rango de entre 3,5 y 4 por ciento, lo que da algún margen para recortar, pero mucho menos que en 2007. El déficit corre a aproximadamente el seis por ciento del PIB en un período de pleno empleo, algo sin precedente fuera de una gran guerra o una recesión. El estatus del dólar como moneda de reserva está siendo activamente cuestionado y gradualmente erosionado. La credibilidad institucional está en mínimos históricos.

Estos números describen una capacidad fiscal y monetaria sustancialmente agotada. El margen para recortar tasas de interés es mucho menor. El margen para expandir el balance del banco central está restringido por la inflación que cualquier expansión adicional produciría. El margen para expandir el gasto fiscal está restringido por la creciente renuencia del mercado de bonos a absorber emisión adicional del Tesoro a rendimientos aceptables. El margen para desplegar intervenciones de emergencia está restringido por una polarización política que vuelve imposible replicar la clase de apoyo bipartidista que 2008 recibió.

En 2008, la Reserva Federal recortó las tasas del 5,25 por ciento a esencialmente cero. Expandió su balance de ochocientos mil millones a más de cuatro billones de dólares a través de tres rondas de flexibilización cuantitativa. El gobierno federal promulgó el TARP (el Troubled Asset Relief Program, la autoridad de emergencia de setecientos mil millones de dólares que el Congreso dio al Tesoro en octubre de 2008 para comprar activos en problemas a los bancos e inyectar capital en las instituciones financieras; la pieza aislada de legislación de crisis más controvertida de la historia estadounidense moderna) por setecientos mil millones, la ARRA (la American Recovery and Reinvestment Act de 2009, el paquete de estímulo económico de ochocientos mil millones de dólares aprobado al comienzo de la administración Obama para apoyar la economía mediante recortes de impuestos, gasto en infraestructura, ayuda a los gobiernos estatales y prestaciones de desempleo extendidas) por ochocientos mil millones, y varias otras medidas, desplegando más de dos billones de dólares en

respuesta fiscal. Estas medidas fueron lo bastante grandes, se desplegaron con la rapidez suficiente y contaron con la credibilidad institucional suficiente para detener la cascada. No atendieron los problemas de fondo, pero impidieron el colapso visible que era inminente a fines de 2008 y comienzos de 2009.

En 2020, las respuestas fueron aún mayores y más rápidas. La Reserva Federal recortó las tasas de vuelta a cero en dos días. Expandió su balance en aproximadamente cuatro billones de dólares en unos pocos meses. El gobierno federal desplegó aproximadamente seis billones de dólares en estímulo fiscal a través de la CARES Act y la legislación posterior. La respuesta total, monetaria y fiscal combinadas, fue del orden de los diez billones de dólares en una economía de aproximadamente veintitrés billones. Esa proporción no tiene precedente en tiempos de paz.

La próxima crisis no puede atenderse con respuestas de magnitud similar, por varias razones específicas.

Primero, la restricción del mercado de bonos es hoy vinculante de un modo en que no lo era en los episodios anteriores. La respuesta de 2020 se financió con emisión de deuda absorbida por mercados que todavía tenían confianza en el dólar y en los mercados del Tesoro. La Reserva Federal creó el dinero que compró buena parte de la emisión, pero los mercados lo aceptaron sin daño permanente al estatus del dólar porque la credibilidad institucional subyacente estaba intacta y porque se asumía que la inflación resultante sería transitoria. La próxima respuesta debe financiarse en condiciones en las que los mercados del Tesoro ya muestran tensión, en las que el estatus de reserva del dólar ya está siendo cuestionado, en las que los balances de los bancos centrales ya son grandes, en las que las expectativas de inflación están menos ancladas que antes, y en las que la credibilidad institucional ha sido dañada por las fallas visibles de los años recientes. Una respuesta de magnitud comparable en estas condiciones no sería absorbida en silencio. Desataría el rechazo del mercado del Tesoro, la depreciación del dólar, la diversificación acelerada de los tenedores extranjeros fuera de los activos en dólares, y una inflación que la Reserva Federal no podría contener sin desatar la recesión que intentaba prevenir.

Segundo, la restricción del balance del banco central es hoy vinculante. El balance de siete billones de dólares de la Reserva Federal ya es grande según cualquier medida histórica. Duplicarlo en una crisis futura, que es lo que sugerirían los patrones de respuesta de las crisis anteriores, empujaría el balance a catorce billones de dólares o más. El efecto mecánico de esta expansión sería un aumento sustancial de la oferta monetaria y un debilitamiento sustancial del dólar. La inflación resultante no sería transitoria. Representaría una reducción permanente del poder adquisitivo del dólar y erosionaría los ahorros de todo estadounidense que tenga activos denominados en dólares, incluidos los ahorros de las mismas personas a las que la respuesta nominalmente pretendía proteger.

Tercero, la restricción política es hoy vinculante. Las respuestas de 2008 y 2020 requirieron el consenso político de que la situación era una emergencia que exigía acción inmediata al margen del desacuerdo político normal. Ese consenso fue difícil de lograr incluso en 2008 y 2020, con una

oposición republicana significativa al TARP y una oposición demócrata significativa al apoyo posterior al sector bancario. Para 2026, el ambiente político está más polarizado, la tolerancia a las medidas de emergencia dirigidas por las élites es menor, y los movimientos populistas tanto de izquierda como de derecha son explícitamente hostiles a los rescates del sector financiero. Las condiciones políticas que permitieron promulgar las respuestas anteriores pueden no existir cuando se necesite la próxima respuesta.

Cuarto, la situación europea es en algunos aspectos peor. El Banco Central Europeo (el banco central de los diecinueve países que usan el euro, con sede en Fráncfort; a diferencia de la Reserva Federal, que sirve a un solo país, el BCE debe conducir la política monetaria para naciones soberanas con trayectorias fiscales y condiciones económicas muy distintas) opera una moneda única para diecinueve países soberanos con trayectorias fiscales distintas. El espacio político para compromisos ilimitados de compra de bonos se ha estrechado a medida que las preocupaciones alemanas por la inflación se han endurecido. La respuesta de 2010 a 2012, en la que Mario Draghi (el presidente del BCE de 2011 a 2019, cuya declaración de julio de 2012 de que el BCE haría lo que hiciera falta para preservar el euro es acreditada con haber detenido la crisis de deuda soberana europea mediante puro compromiso verbal) se comprometió a hacer lo que hiciera falta, funcionó en su momento, pero no puede repetirse a escala, porque el apoyo político se ha erosionado y porque las consecuencias inflacionarias serían más severas.

Quinto, el Banco de Japón está en la posición más extrema. El Banco de Japón posee más de la mitad de todos los bonos del gobierno japonés y lleva tanto tiempo manteniendo las tasas de interés cerca de cero que cualquier normalización aplastaría la cartera de bonos y desataría pérdidas masivas en las instituciones japonesas. Japón está esencialmente atrapado, incapaz de normalizar su política sin producir la crisis financiera que la normalización de la política se supone debe prevenir. Cuando Japón llegue al punto de quiebre, cosa que la matemática dice que debe ocurrir en algún momento aunque el momento sea impredecible, las consecuencias para los mercados globales de bonos serán sustanciales, porque las instituciones japonesas son grandes tenedoras de deuda extranjera que necesitarán liquidar para financiar sus obligaciones domésticas.

La dimensión política de este agotamiento es tan importante como la financiera. En 2008, la clase política pudo promulgar paquetes de rescate pese a una oposición pública significativa, porque había suficiente consenso entre las élites en que la alternativa era peor. Para 2026, tanto el consenso de las élites como la tolerancia pública a las medidas de emergencia se han debilitado. La confianza pública en las instituciones está en mínimos récord. Los movimientos populistas de izquierda y de derecha han vuelto políticamente tóxicos los rescates de instituciones financieras. La clase profesional que integra el aparato de respuesta está experimentando ella misma una credibilidad reducida. Los secretarios del Tesoro ya no tienen la credibilidad personal de Hank Paulson o Tim Geithner. Los presidentes de la Reserva Federal ya no tienen la credibilidad personal de Alan Greenspan en su mejor momento. Las instituciones aún tienen autoridad nominal, pero la deferencia de la que esa autoridad depende se ha erosionado.

Hay una dimensión más que vale la pena examinar, la capacidad de coordinación internacional. En 2008, los grandes bancos centrales coordinaron estrechamente sus respuestas. La Reserva Federal, el Banco Central Europeo, el Banco de Inglaterra, el Banco de Japón y otros se movieron juntos. Esta coordinación fue facilitada por una cultura institucional compartida y por un compromiso compartido con el orden financiero internacional. Para 2026, ese compromiso compartido se ha debilitado. El uso de sanciones financieras contra Rusia en 2022, incluido el congelamiento de las reservas del banco central ruso, demostró a todos los bancos centrales del mundo que tener dólares conlleva riesgo político. China ha venido reduciendo activamente su exposición al dólar. Arabia Saudita ha venido cotizando algunas ventas de petróleo en yuanes. India ha venido negociando arreglos bilaterales de pago con Rusia y con otros. La confianza que subyace a la coordinación internacional es más débil de lo que era, y la próxima crisis puede no ver la clase de respuesta unificada que las crisis anteriores vieron.

Lo que esto significa para la gente común es que el supuesto del rescate institucional, que ha sido la base implícita de la planificación financiera ordinaria durante las últimas décadas, no debe darse por garantizado. La gente asume que si su banco tiene un problema, el seguro de depósitos la protegerá. Asume que si la bolsa cae, la Reserva Federal intervendrá para sostenerla. Asume que si su empleo está en riesgo, el estímulo fiscal mantendrá la economía en funcionamiento. A lo largo de sus vidas, la mayoría de los adultos actuales ha vivido en un mundo donde los problemas serios desencadenaban respuestas serias que funcionaban. Estos supuestos, profundamente arraigados en poblaciones que nunca han experimentado su falla, no están garantizados en las condiciones que ahora se desarrollan.

Las implicaciones para la planificación financiera individual son directas. Los ahorros mantenidos en forma denominada en dólares pueden no conservar su poder adquisitivo en una respuesta seria a la próxima crisis. Las tenencias de acciones y bonos pueden no ser sostenidas por la intervención en la medida en que lo han sido en crisis anteriores. Los valores inmobiliarios pueden no ser apuntalados por intervenciones en el mercado hipotecario. Las promesas de pensiones y de retiro pueden no honrarse en términos reales. El supuesto de que las instituciones protegerán las tenencias financieras ordinarias ha sido el cimiento de la mayor parte de la planificación financiera de los hogares, y el cimiento está mostrando grietas.

Este es el agotamiento de la opción del rescate. No es que los rescates no puedan ocurrir. Es que los rescates a la escala que un colapso serio requiere no pueden ocurrir sin desatar crisis secundarias que agraven el problema original. La clase política intentará rescatar de todos modos, porque no tiene otro manual. El mercado de bonos y el mercado de divisas responderán. El resultado será una clase distinta de crisis superpuesta a la original, depreciación de la moneda, inflación acelerada, pérdida parcial del estatus de moneda de reserva, que la población experimentará como una reducción sostenida de su poder adquisitivo y de su estabilidad económica.

El planteamiento honesto para la gente común es que la próxima gran crisis se experimentará de manera muy distinta a las últimas. No será un susto financiero contenido por las autoridades. Será un

período sostenido de disrupción en el que las autoridades serán visiblemente insuficientes frente al desafío. La capacidad de navegar esa disrupción dependerá de la preparación individual y familiar, y no del rescate institucional. Esa preparación es el tema de buena parte del resto de este libro.

CAPÍTULO 7

El colapso del contrato y del acceso

La riqueza moderna es, en su mayor parte, una idea. Este es el hecho más extraño del mundo contemporáneo, y es el hecho que a la gente común, incluida la gente común muy adinerada, más le cuesta captar hasta que ha vivido sus consecuencias.

Cuando usted consulta su cuenta bancaria en el teléfono, el número que ve no es una representación de dinero depositado en algún lugar a su nombre. Es un asiento en una base de datos que mantiene su banco. El banco no tiene el dinero. El banco tiene una pequeña fracción del dinero en forma física para los retiros diarios y, para todo lo demás, el banco tiene sus propios derechos sobre otras instituciones, la Reserva Federal, otros bancos, el mercado de bonos, los préstamos que el banco ha hecho. Cada capa de esto depende de que todas las demás capas sigan honrando sus derechos. El número en la pantalla de su teléfono es el extremo visible de una cadena de promesas que se extiende a través de instituciones, marcos regulatorios, sistemas legales y, en última instancia, la disposición del sistema en su conjunto a reconocer que el derecho tiene valor.

Cuando el sistema funciona con normalidad, esto es invisible. Usted decide gastar el dinero, lo transfiere, la transferencia ocurre y usted tiene lo que compró. La cadena de promesas opera en silencio y con fiabilidad. El hecho de que usted no tiene realmente el dinero en ningún sentido físico, de que lo que tiene es un derecho que el sistema hace valer, queda oculto detrás del funcionamiento terso del sistema.

Cuando el sistema falla, la falla se manifiesta de un modo específico: el número en la pantalla sigue existiendo, pero la capacidad de usar realmente ese número para cualquier propósito práctico desaparece. Esto es lo que ocurrió en el Líbano, en Argentina, en Venezuela, en Chipre durante la crisis de 2013, en Grecia durante la crisis de 2015 y en muchos otros episodios menores y mayores a lo largo de la historia. La riqueza sobre el papel sigue existiendo como registro. La riqueza en la práctica, no.

El colapso bancario libanés de 2019 es el ejemplo reciente más claro. Durante décadas, el Líbano había sido considerado el centro financiero de Oriente Medio. El sistema bancario del país era sofisticado, sus bancos estaban bien capitalizados en apariencia y ofrecían tasas de interés atractivas que atraían depósitos de todo el mundo árabe y de las comunidades de la diáspora libanesa en todo el planeta. Familias libanesas adineradas y depositantes árabes mantenían cientos de miles de millones de dólares en los bancos libaneses. El sistema libanés era admirado y considerado seguro.

En octubre de 2019, una ola de protestas contra la corrupción gubernamental y la mala gestión económica desató una ola de preocupación por la estabilidad del sistema bancario. Los depositantes empezaron a intentar retirar fondos. El sistema bancario, que había estado prestando al gobierno libanés y a entidades vinculadas al gobierno libanés a tasas insostenibles, no tenía los dólares para honrar los retiros a escala. En cuestión de días, los bancos impusieron restricciones primero informales y luego

formales a los retiros en dólares. En cuestión de semanas, los límites se habían estrechado a unos pocos cientos de dólares por semana por depositante. En cuestión de meses, las restricciones se habían endurecido hasta convertirse en lo que es esencialmente un sistema de depósitos congelados que siguen existiendo sobre el papel pero a los que no puede accederse a nada cercano a su valor nominal. A los depositantes que intentan retirar sus dólares se les paga en libras libanesas a tasas oficiales que son una pequeña fracción del valor real de mercado, lo que significa que sus ahorros denominados en dólares valen, en términos operativos, quizá entre diez y veinte centavos por dólar.

El médico libanés-estadounidense de Detroit que tenía varios millones de dólares en depósitos en su banco libanés descubrió que esos millones ya no eran riqueza en ningún sentido práctico. Los números seguían apareciendo en sus estados de cuenta. El banco seguía reconociendo el depósito. Pero no podía transferir el dinero fuera del Líbano. No podía retirar más que cantidades ínfimas en efectivo. No podía usar el depósito para comprar nada sustancial. Para 2024, depósitos que habían sido cinco millones de dólares en 2019 valían quizá unos pocos cientos de miles en cualquier forma utilizable, y el sistema bancario no había colapsado a la manera dramática de las quiebras bancarias de las películas viejas. Los bancos siguen abiertos. Las sucursales operan. Se emiten estados de cuenta. Los depósitos simplemente no son accesibles.

Este patrón no es exclusivo del Líbano. Argentina ha vivido múltiples versiones de él, siendo el corralito de 2001 a 2002 la más famosa. El corralito (el diminutivo de corral con el que los argentinos bautizaron el congelamiento de los retiros bancarios durante la crisis financiera argentina, que atrapó los ahorros de los depositantes dentro de los bancos argentinos durante más de un año mientras la moneda perdía la mayor parte de su valor; el término se ha convertido desde entonces en la palabra genérica en español para cualquier congelamiento de depósitos bancarios) vio los depósitos bancarios convertidos en una cuenta especial de la que solo podía retirarse en pequeñas cantidades a lo largo del tiempo. Chipre impuso en 2013 una quita sobre los depósitos (la quita chipriota tomó aproximadamente el cuarenta por ciento de los ahorros no asegurados de los grandes depositantes, por encima de los cien mil euros, y los convirtió en acciones bancarias para recapitalizar los bancos en quiebra; fue la primera vez en la era europea moderna en que depositantes bancarios por encima del umbral asegurado perdieron principal, y estableció que las autoridades europeas estaban dispuestas a hacer pagar a los depositantes las quiebras bancarias en lugar de garantizar todos los depósitos con dinero público) que tomó porcentajes de los depósitos grandes y los convirtió en acciones bancarias, confiscando en la práctica riqueza que los depositantes habían creído suya. Grecia impuso en 2015 controles de capital (restricciones gubernamentales al movimiento de dinero fuera de un país, incluidos límites a los retiros de efectivo, a las compras de divisas y a las transferencias internacionales; los controles de capital se imponen durante las crisis financieras para impedir la fuga de dinero que de otro modo aceleraría la crisis, pero atrapan la riqueza dentro del país en el momento en que su moneda y sus activos pierden valor con mayor rapidez) que limitaron los retiros diarios de cualquier cuenta a sesenta euros durante un período prolongado. Cada uno de estos episodios demostró que la riqueza mantenida en sistemas bancarios es riqueza que depende de que el sistema bancario siga honrando sus obligaciones.

Los mecanismos por los que esto ocurre en un colapso serio son varios, y suelen darse en secuencia a lo largo de semanas o meses, y no como un único acontecimiento dramático.

Primero viene el feriado bancario. Cuando la tensión sobre el sistema bancario alcanza un nivel que las autoridades consideran peligroso, los bancos se cierran por un período. El cierre se presenta como una breve medida técnica para permitir que los sistemas se estabilicen, pero su propósito real es impedir las corridas bancarias que de otro modo ocurrirían. Mientras los bancos están cerrados, los cajeros automáticos pueden seguir operando, pero con límites estrictos. La banca en línea continúa, pero con las transacciones mayores bloqueadas. El feriado bancario señala a los depositantes que algo anda seriamente mal y acelera el deseo de retirar, razón por la cual es seguido por la siguiente etapa.

Segundo viene la imposición de límites de retiro. Cuando los bancos reabren, se imponen límites de retiro diarios y semanales para impedir las corridas que de otro modo ocurrirían. Los límites se presentan como temporales, pero tienden a volverse permanentes. La crisis griega de 2015 impuso límites diarios de sesenta euros en los cajeros durante un período prolongado, con los límites relajados gradualmente a lo largo de años. En un colapso serio, los límites se vuelven mucho más estrictos y permanecen vigentes mucho más tiempo.

Tercero viene la imposición de controles de capital. Las transferencias internacionales, las compras de divisas y los retiros grandes se restringen o se prohíben. La justificación es impedir la fuga de capitales que empeoraría la crisis. El efecto es atrapar la riqueza dentro del país en el momento en que la moneda y los activos del país pierden valor con mayor rapidez. Quienes no movieron activos al exterior antes de que se impusieran los controles descubren que su riqueza, denominada en la moneda local, se deprecia más rápido que cualquier retorno que puedan obtener sobre ella.

Cuarto viene el bloqueo de reembolsos (la suspensión de los derechos normales de reembolso en fondos de inversión y otros vehículos, por la cual los tenedores no pueden retirar su dinero a la vista como habían asumido que podrían; el fondo sigue existiendo sobre el papel, pero los reembolsos se restringen o se suspenden hasta que el gestor determina que las condiciones permiten reanudarlos) de los fondos del mercado monetario y de otros instrumentos que los depositantes habían asumido esencialmente equivalentes al efectivo. Los fondos del mercado monetario, que en tiempos normales pueden reembolsarse a la par en cualquier momento, suspenden los reembolsos o imponen límites. Las cuentas de inversión que incluían barridos automáticos hacia fondos del mercado monetario no pueden liquidarse. Las cuentas de corretaje que incluían instrumentos similares quedan congeladas. Los instrumentos que la gente común había considerado equivalentes al efectivo resultan ser equivalentes al efectivo solo mientras el sistema funciona. Cuando el sistema está bajo tensión, se diferencian del efectivo en aspectos importantes.

Quinto viene el bloqueo de los fondos mutuos, los fondos de cobertura y los vehículos de inversión privados. A medida que las demandas de reembolso suben, los fondos descubren que no pueden liquidar los activos subyacentes a precios aceptables. Antes que vender a precios de liquidación, los

fondos suspenden los reembolsos hasta que las condiciones mejoren. El inversor que creía tener mil millones de dólares en un fondo de cobertura descubre que los mil millones no pueden tocarse. El fondo mutuo que permitía liquidez diaria pasa a liquidez mensual o trimestral, y luego suspende del todo. Los bloqueos de reembolso pueden permanecer vigentes durante meses o años.

Sexto viene la disrupción de los reclamos de seguros y pensiones. Las aseguradoras y los fondos de pensión, enfrentando la misma clase de tensión, empiezan a demorar los reclamos o a honrarlos parcialmente. Las rentas vitalicias que pagan un ingreso regular reducen o suspenden los pagos. Los reclamos de seguros de vida quedan sujetos a revisión adicional. Los beneficios de pensión se reducen o se pagan en una moneda inflada que vale menos que el monto originalmente prometido. Las promesas en las que la gente había confiado para la seguridad de su retiro resultan menos vinculantes de lo que los contratos sugerían.

Séptimo viene la disrupción de los sistemas de pago. Incluso cuando las cuentas tienen fondos nominales, los sistemas de pago a través de los cuales ocurren las transacciones pueden no funcionar. Las redes de tarjetas de crédito pueden tener interrupciones. Los sistemas de transferencia pueden tener demoras de días o semanas. Las transacciones ACH (transacciones de la Automated Clearing House, la red de pagos electrónicos por la que se procesan la mayoría de los depósitos de nómina, los pagos recurrentes de facturas y las transferencias entre bancos en Estados Unidos; la ACH maneja billones de dólares en transacciones cada semana y es la infraestructura invisible debajo de la vida financiera ordinaria) pueden no compensarse. El mecanismo por el que la riqueza se convierte en gasto se vuelve poco fiable.

Octavo viene la disrupción de las transacciones transfronterizas. El comercio internacional depende de relaciones de corresponsalía bancaria en funcionamiento (los arreglos por los cuales un banco de un país usa una cuenta en un banco de otro país para manejar las transacciones internacionales de sus clientes; estas cadenas de relaciones de corresponsalía son la manera en que el dinero se mueve realmente a través de las fronteras, y cuando se rompen, el comercio internacional se ralentiza o se detiene) y de mercados de divisas en funcionamiento. Cuando estos están bajo tensión, las transacciones internacionales se vuelven difíciles o imposibles. Las compañías que dependen de importaciones no pueden pagar a sus proveedores. Las compañías que dependen de exportaciones no pueden recibir el pago por los bienes embarcados. La división internacional del trabajo de la que depende la economía global empieza a fragmentarse.

Noveno viene la disrupción de los mercados de derivados. A medida que los mercados se vuelven más volátiles, los requisitos de margen suben, forzando a las instituciones a conseguir efectivo que pueden no tener. La tensión de las contrapartes hace que algunas posiciones en derivados no se comporten como se esperaba. Las coberturas que las instituciones creían que las protegían resultan no protegerlas en los escenarios específicos que se materializan. Las pérdidas que siguen son grandes e imprevistas.

Décimo, atravesándolo todo, está la capa legal y contractual. Muchas obligaciones que instituciones e individuos han asumido dependen de que el sistema legal siga funcionando y de que los contratos sean exigibles. Cuando el sistema legal está tensionado por el volumen de disputas, por el ambiente político o por la incapacidad de hacer cumplir efectivamente las sentencias, los contratos se vuelven más difíciles de invocar. La riqueza que depende de derechos contractuales es más frágil de lo que los tenedores de esos derechos entienden.

El efecto acumulado de estos mecanismos es que la riqueza sobre el papel diverge de la riqueza en la práctica de maneras que no son visibles en tiempos normales pero se vuelven agudas durante el colapso. El hogar que tenía sobre el papel un millón de dólares en activos financieros, más una casa que valía medio millón, más un 401(k) de ochocientos mil, más una póliza de seguro de vida con un beneficio por muerte de un millón, más varios otros activos, descubre que en un colapso serio la riqueza realmente utilizable es una pequeña fracción del total nominal. La cuenta bancaria está bloqueada. La cuenta de corretaje está congelada. El 401(k) está atrapado en fondos que han suspendido los reembolsos. La casa no puede venderse porque no hay compradores. El seguro de vida está en moratoria. Los diversos activos no pueden liquidarse. El hogar se había pensado adinerado. En términos operativos, tiene quizá unos pocos miles de dólares en efectivo y lo que pueda extraerse lentamente de las cuentas bloqueadas.

Considérese el hogar profesional suburbano con un perfil financiero típico: unos pocos cientos de miles en cuentas 401(k), quizá cien mil en una cuenta de corretaje, quizá cincuenta mil en cuentas corrientes y de ahorro, una hipoteca sobre una casa con un patrimonio sustancial, dos préstamos de auto, ahorros universitarios para los hijos, seguro de vida, quizá algunos otros activos. En tiempos normales, este hogar gestiona sus finanzas a través de una aplicación en el teléfono y rara vez piensa en las instituciones subyacentes. En un colapso serio, cada componente está en riesgo. El 401(k) está invertido en fondos mutuos que pueden bloquear los reembolsos, con acciones que pueden haber perdido del cuarenta al sesenta por ciento de su valor y bonos que pueden haber perdido del veinte al treinta por ciento. La cuenta de corretaje está expuesta de manera similar. Las cuentas corrientes y de ahorro están sujetas a límites de retiro y posiblemente a quitas sobre los depósitos. La deuda hipotecaria sigue venciendo, pero el valor de la casa ha caído, así que el patrimonio es menor. Los préstamos de auto siguen venciendo, pero los autos son esenciales y no pueden venderse. Los ahorros universitarios, que estaban en planes 529 ligados a fondos mutuos, están sujetos a los mismos bloqueos. La aseguradora de vida está en moratoria de reclamos. La riqueza accesible del hogar, que parecía de casi un millón de dólares en el resumen financiero, puede ser en términos prácticos unos pocos miles de dólares en efectivo físico, más lo que pueda extraerse lentamente de las cuentas bloqueadas a lo largo de semanas y meses.

Para los hogares más adinerados, el cuadro es similar pero de mayor amplitud. Una familia con veinte millones de dólares distribuidos entre cuentas de inversión, bienes raíces, inversiones privadas y productos de seguros puede descubrir que la porción realmente accesible de esta riqueza es una pequeña fracción del total. Las cuentas de inversión están bloqueadas o congeladas. Los bienes raíces

no pueden venderse a ningún precio razonable porque el mercado se ha agarrutado. Las inversiones privadas son ilíquidas por diseño, y los fondos pueden estar exigiendo a la familia capital adicional en el peor momento posible. Los productos de seguros están en moratoria. La familia que creía tener veinte millones tiene, en términos operativos, quizá un millón o dos en forma genuinamente accesible, mientras debe pagar los costos operativos de propiedades, personal y obligaciones que escalan con el supuesto patrimonio de veinte millones.

Para los multimillonarios, el problema se agrava aún más. Una persona con un patrimonio neto de dos mil millones de dólares típicamente mantiene esa riqueza como participación accionaria concentrada en una o más compañías, complementada con activos financieros, bienes raíces y varias otras tenencias. En un colapso, la acción de la compañía ha caído el cincuenta por ciento o más. Los activos de apoyo están bloqueados. Las líneas de crédito que permitían monetizar la acción sin venderla se reducen o se revocan. La persona de los dos mil millones descubre que su riqueza realmente accesible es quizá de decenas de millones en efectivo y cuasi efectivo, combinada con activos que no pueden liquidarse y con obligaciones continuas que escalan con su patrimonio anterior. Los costos operativos de su vida, múltiples residencias, personal, aviones, compromisos filantrópicos, inversiones en fondos que están exigiendo capital, exceden mes a mes el ingreso accesible. La persona que a comienzos de año aparecía como multimillonaria está, en términos operativos, luchando por financiar sus gastos mensuales básicos al terminar el año.

Esta es una comprensión crítica que los propios ricos suelen resistir. La estructura de la riqueza moderna está construida sobre el supuesto del acceso continuo a los mercados. La participación accionaria concentrada es una forma útil de riqueza mientras la acción pueda venderse o usarse como garantía de préstamo. Cuando ninguna de las dos cosas es posible, la acción se convierte en un activo restringido que no produce ingreso y no puede desplegarse para ningún propósito práctico. El multimillonario queda reducido al efectivo que tenga a mano más el ingreso que generen sus activos no accionarios, que es típicamente mucho menos de lo que su estilo de vida y sus obligaciones requieren.

La verdad más dura es que la posición social del multimillonario dependía de la demostración continua de riqueza, y la demostración dependía de que la riqueza fuera utilizable. Cuando la riqueza se vuelve inutilizable, la posición social queda en riesgo junto con la posición financiera. La jerarquía que dependía de que la riqueza pudiera desplegarse no sobrevive a que la riqueza no pueda desplegarse. El multimillonario puede conservar el título legal de la riqueza, pero puede no conservar la capacidad práctica de usarla, y la capacidad práctica es aquello en lo que la riqueza realmente consiste.

Esta dinámica es la que captura la expresión al toque de un interruptor. En la vida económica moderna, el acceso a la riqueza depende del funcionamiento continuo de intermediarios, bancos, corredoras, aseguradoras, redes de pago, sistemas legales, que median entre la riqueza sobre el papel y la riqueza en la práctica. Cuando estos intermediarios fallan o restringen el acceso, la riqueza que existe sobre el papel no se traduce en forma gastable. El depositante en el Líbano despertó un lunes por la mañana pudiendo retirar libremente y se acostó el miércoles por la noche sin poder retirar en absoluto.

La transición fue de unos pocos días, después de los cuales la situación nunca volvió a ser lo que había sido.

Lo mismo puede ocurrir a una escala mucho mayor en un colapso serio. Las cuentas a las que los depositantes habían podido acceder el viernes pueden no ser accesibles el lunes siguiente. Las cuentas de corretaje que permitían operar en cualquier momento pueden no permitir operar. Las tarjetas de crédito que funcionaban en todas partes pueden dejar de ser aceptadas. Los reclamos de seguros que se procesaban automáticamente pueden ser denegados o demorados. Nada de esto requiere una confiscación explícita de activos. Requiere solamente la interrupción de las funciones de intermediación de las que la riqueza depende.

Para la gente común cuya riqueza está en forma financiera convencional, esto implica que el supuesto del acceso continuo no debe darse por sentado. La capacidad de acceder a la riqueza en condiciones de tensión no es un rasgo de la riqueza misma. Es un rasgo del sistema que la alberga, y ese sistema puede no funcionar como se espera. Las implicaciones sobre cómo debe mantenerse la riqueza, en qué proporciones, en qué formas, son el tema de capítulos posteriores. El propósito de este capítulo es establecer que la cuestión del acceso es real, que el supuesto del acceso carece de fundamento y que la planificación financiera ordinaria no ha considerado adecuadamente los escenarios en los que el acceso se pierde.

La dimensión del trueque que se sigue de esto merece examinarse. Cuando los sistemas de pago electrónico se perturban, cuando los bancos están bloqueados, cuando la moneda es inestable, la gente vuelve al intercambio directo de bienes y servicios. En toda crisis prolongada, ciertos artículos emergen como monedas informales. Los cigarrillos en la Europa de posguerra y en las economías carcelarias. El alcohol en muchas crisis. El café, el té, el azúcar, la sal. La munición en escenarios donde las armas de fuego son comunes. El combustible. Los fármacos, en particular los antibióticos. La miel, que se conserva indefinidamente. Las herramientas y los bienes durables. Los metales preciosos, que han servido como dinero a lo largo de la historia precisamente porque tienen las propiedades correctas para serlo.

Los rasgos comunes de las monedas de trueque son: almacenabilidad, divisibilidad, valor reconocido entre múltiples partes, portabilidad y ausencia de dependencia de infraestructura para su valor. Las cosas que cumplen estos criterios se convierten en dinero en la práctica cuando el dinero oficial falla. Los hogares comunes pueden prepararse para esto manteniendo reservas modestas de artículos que funcionarían como monedas de trueque en su región.

La comprensión más honda de este capítulo es que la riqueza en la sociedad moderna es permiso. El permiso lo conceden los intermediarios que mantienen los registros y procesan las transacciones que hacen utilizable la riqueza. Cuando el permiso se retira, la riqueza sobre el papel se convierte en riqueza solo de nombre. Las formas de riqueza que no dependen de este permiso son las formas que sobreviven a su colapso. El oro y la plata físicos en su poder. El efectivo en su poder. La tierra productiva de la que

se es dueño sin deudas. Las herramientas y las destrezas que pueden desplegarse directamente. Las relaciones de obligación mutua con personas físicamente cercanas. El conocimiento en la cabeza y en los libros físicos.

Estas son las formas de riqueza que no dependen de que el sistema siga reconociendo el derecho de cada uno. Son formas inferiores de riqueza en tiempos normales, porque no producen retornos y son incómodas de mantener. Son formas superiores de riqueza en el colapso, porque no requieren permiso para usarse. La sabiduría de mantener alguna porción de la riqueza en estas formas, aun al costo de retornos sacrificados en tiempos normales, es la sabiduría de reconocer que el supuesto del permiso no siempre está justificado.

CAPÍTULO 8

Las etapas del colapso. Qué se despliega, cuándo y a qué velocidad

Una de las cosas más difíciles de transmitir sobre el colapso sistémico es la velocidad a la que puede ocurrir. Quienes han vivido toda su vida dentro de sistemas estables asumen naturalmente que el cambio ocurre al ritmo del ciclo noticioso ordinario. Un problema se desarrolla a lo largo de meses o años. Las autoridades responden. La política se ajusta. La vida continúa. Este patrón es tan familiar que la alternativa es difícil de imaginar.

Pero los colapsos sistémicos no se mueven al ritmo del ciclo noticioso. Se mueven al ritmo del pánico humano y de la falla institucional, que pueden comprimir meses de cambio en días. La Unión Soviética parecía estable a comienzos de 1991 y dejó de existir a fines de 1991. Los bancos libaneses funcionaban un viernes de octubre de 2019 y estaban bloqueados el miércoles siguiente. Silicon Valley Bank (el decimosexto banco más grande de Estados Unidos, el socio bancario principal de buena parte de la industria tecnológica y del capital de riesgo, que colapsó en marzo de 2023 tras una corrida de depósitos que drenó el veinticinco por ciento de sus depósitos en un solo día; su quiebra desencadenó el cierre de Signature Bank ese mismo fin de semana y la eventual adquisición de First Republic Bank por JPMorgan, las quiebras bancarias estadounidenses más significativas desde 2008) tenía calificación de grado de inversión un miércoles de marzo de 2023 y estaba cerrado el viernes por la mañana. Bear Stearns pasó de ser un banco de inversión sano con un balance sólido a una adquisición a precio de liquidación en un solo fin de semana de marzo de 2008.

Entender las etapas reales de cómo se despliega el colapso es esencial por varias razones. Permite reconocer en qué punto de la secuencia está la situación, lo que informa qué acción es todavía posible. Calibra las expectativas sobre cómo serán las condiciones en las distintas etapas, lo que informa qué preparaciones se necesitan. Y proporciona un marco para distinguir entre acontecimientos que parecen serios pero son absorbibles y acontecimientos que marcan transiciones de fase genuinas.

Este capítulo recorre las etapas de un colapso sistémico serio, con atención específica a cómo se ve cada etapa en el plano de la vida cotidiana ordinaria y a qué clases de decisiones siguen disponibles para individuos y familias en cada etapa.

La etapa uno, el período previo al detonante, es el período en el que las condiciones para el colapso se han acumulado pero ningún acontecimiento específico ha desencadenado todavía la cascada. Aquí es donde estamos ahora, en 2026, y donde hemos estado durante varios años. La tensión sobre el sistema es visible para quienes la buscan. Los mercados financieros muestran señales de tensión. La situación geopolítica se deteriora. La credibilidad institucional se erosiona. Las cadenas de suministro son visiblemente frágiles en lugares específicos. Pero para la mayoría de la gente, la vida parece normal. Los supermercados están abastecidos. Las gasolineras tienen combustible. Los bancos funcionan. El proceso político continúa, contencioso pero reconocible.

En esta etapa, las acciones que se necesitarían para prepararse para el colapso siguen disponibles. Puede adquirirse propiedad en regiones resilientes. La riqueza puede reposicionarse en formas que sobrevivan la disrupción. Pueden desarrollarse destrezas. Pueden unirse o construirse comunidades. Pueden cultivarse relaciones. La ventana para la acción está abierta. El precio de actuar es real pero soportable. El costo de actuar es modesto en relación con las consecuencias potenciales de no actuar.

La mayoría de la gente en esta etapa no actúa. La respuesta psicológica dominante es asumir que las condiciones, por preocupantes que parezcan, serán gestionadas por las instituciones cuyo trabajo es gestionarlas. Este supuesto no es irrazonable a la luz de la experiencia de las últimas décadas. Las crisis han llegado, las autoridades han respondido, las condiciones se han gestionado. El patrón se ha sostenido con tanta consistencia que el supuesto de que seguirá sosteniéndose es la expectativa por defecto. La minoría que reconoce que las condiciones esta vez son distintas, y que actúa sobre ese reconocimiento, es típicamente desestimada como alarmista por la mayoría que continúa con la vida normal.

Esta dinámica produce un desenlace específico: quienes se preparan adecuadamente son quienes reconocen la situación temprano y actúan pese a la presión social en contra. Quienes no se preparan son quienes siguen la señal social de que todo está bien. La señal social está equivocada, pero el costo de equivocarse sobre ella lo carga el individuo y no el ambiente social general que produjo la señal. El reconocimiento de que uno debe actuar sobre su propio análisis, contra la señal social dominante, es en sí mismo un logro psicológico difícil.

La etapa dos, el acontecimiento detonante, es el momento específico que inicia la cascada. El detonante puede no parecer inicialmente un acontecimiento mayor. A menudo el detonante real es un evento técnico de mercado que los grandes medios apenas cubren. Una subasta fallida del Tesoro. Un banco importante anunciando pérdidas inesperadas. Una rebaja de calificación de deuda soberana. Un acontecimiento geopolítico específico que cruza un umbral antes implícito. El acontecimiento detonante en sí no es lo más dramático que ocurrirá, pero pone en movimiento las dinámicas que producen las cosas más dramáticas.

En las primeras veinticuatro horas después de un detonante serio, los mercados financieros responden con violencia. Los índices bursátiles caen varios puntos porcentuales. Los rendimientos de los bonos se disparan o se desploman según la naturaleza del detonante. El dólar se mueve con brusquedad. El oro sube significativamente. Los precios del petróleo saltan si el detonante involucra a Oriente Medio. La prensa financiera está llena de cobertura agitada. Las cadenas de noticias por cable abren con los acontecimientos. Las redes sociales están saturadas de comentario, mucho de él informado, pero mucho no.

Para la gente común, las primeras veinticuatro horas típicamente pasan sin impacto práctico inmediato. Las tiendas siguen abiertas. Los bancos funcionan con normalidad. Los cajeros dispensan efectivo. Las gasolineras tienen combustible. Las noticias financieras inquietan, pero todavía no se

manifiestan en la vida diaria. La clase profesional que sigue la cobertura financiera puede estar alarmada por sus carteras, pero todavía no preocupada por sus víveres.

Para quienes reconocieron la situación temprano y se prepararon, este es el momento de verificar sus preparaciones. Debe confirmarse el efectivo a mano. Deben revisarse los suministros. Deben probarse las comunicaciones. Los planes de viaje, si la relocalización es parte de la estrategia, deben repasarse. Pueden aparecer las primeras filas en los cajeros, en particular cerca de las sucursales de las instituciones nombradas en la cobertura noticiosa, pero todavía son cortas y ordenadas.

La etapa tres, el período de disrupción temprana, ocupa la primera o las dos primeras semanas después del detonante. El efecto acumulado del detonante y de sus consecuencias de mercado se vuelve más difícil de negar. Grandes instituciones financieras informan nuevos problemas. Se anuncian medidas gubernamentales de emergencia. El presidente se dirige a la nación. Algunas compañías anuncian despidos o pausas en sus operaciones. Los mercados financieros no se han estabilizado, sino que oscilan con más caídas que subidas.

Para la gente común, el impacto empieza a ser visible. Algunos supermercados experimentan brechas de suministro a medida que consumidores en pánico compran más de lo habitual. Las gasolineras ocasionalmente se quedan sin combustible. Los cajeros se quedan sin efectivo con más frecuencia. Las filas bancarias se alargan. Las tarjetas de crédito funcionan la mayor parte del tiempo, pero ocasionalmente fallan. La primera ola de acaparamiento en los supermercados está en marcha. La gente que había ignorado las noticias ahora se siente inquieta. La minoría que sigue insistiendo en que todo está bien es vista, cada vez más, como desconectada de la realidad.

Para el final de las dos primeras semanas, el patrón está establecido. Las tiendas están notablemente más vacías. Algunos artículos esenciales simplemente no están disponibles. El combustible es más difícil de encontrar en algunas regiones. Los retiros bancarios están limitados. Las transacciones con tarjeta de crédito ocasionalmente se rechazan. La palabra escasez ha entrado en el vocabulario cotidiano. El ambiente político se ha vuelto contencioso a medida que las distintas facciones asignan culpas.

Para quienes estaban preparados, esta es una ventana de oportunidad que se cierra rápido. Todavía pueden hacerse las compras finales. Todavía puede ocurrir el posicionamiento final. Viajar todavía es posible, aunque difícil. La ventana para las acciones que debieron tomarse en el período previo al detonante se está cerrando ahora con rapidez, pero todavía no se ha cerrado del todo.

La etapa cuatro, el giro del reconocimiento, es la transición psicológica de asumir que la crisis es temporal a reconocer que representa un cambio fundamental. Esto ocurre típicamente en la tercera o cuarta semana después del detonante y es un giro de toda la población, no de individuos aislados. Acontecimientos específicos cristalizan el reconocimiento. Un banco importante quiebra pese a las medidas de emergencia. Un programa gubernamental específico no entrega lo que prometió. Un segundo acontecimiento detonante mayor se suma al primero. El efecto acumulado de semanas de

disrupción.

Cuando el giro del reconocimiento ocurre, el comportamiento de la población cambia dramática y rápidamente. En cuestión de horas, los estantes de las tiendas se vacían a medida que el reconocimiento desata las olas finales de compras de pánico. Los cajeros se secan cuando todos intentan retirar efectivo a la vez. En las gasolineras se forman filas de cuadras enteras. Las sucursales bancarias enfrentan multitudes de depositantes intentando retirar. Los caminos de salida de las grandes ciudades se congestionan a medida que la gente decide irse hacia lugares más seguros.

Esta es la etapa más peligrosa desde la perspectiva de la seguridad personal, porque los patrones de comportamiento antes estables se están rompiendo más rápido de lo que los patrones nuevos pueden establecerse. El crimen aumenta a medida que gente desesperada toma acciones desesperadas. El orden civil es puesto a prueba de maneras en que no ha sido puesto a prueba. Las instituciones que ordinariamente mantienen el orden están estiradas al límite y pueden no ser capaces de responder con eficacia. Las dinámicas del huracán Katrina escalan a poblaciones de millones en las grandes áreas metropolitanas simultáneamente.

Para quienes no estaban preparados, este es el momento de crisis psicológica más honda. El reconocimiento de que la situación no va a volver a la normalidad en el futuro inmediato, combinado con el reconocimiento de que no se han preparado para las condiciones nuevas, produce una clase específica de angustia. Algunos responden con una negación que se endurece en terquedad. Algunos responden con un pánico que produce decisiones irracionales. Algunos responden con una parálisis que impide la acción incluso cuando la acción todavía es posible. Una minoría responde con aceptación lúcida y adaptación inmediata. La variación en las respuestas no es predecible solo a partir de la personalidad previa, aunque la preparación y los marcos de sentido se correlacionan fuertemente con las respuestas lúcidas.

La etapa cinco, el período de bifurcación, ocupa aproximadamente del segundo al sexto mes después del detonante. El pánico agudo del giro del reconocimiento se ha asentado en algo más sostenido. La población se ha bifurcado según la preparación previa, los lazos comunitarios previos, la ubicación previa y los recursos previos. Quienes tienen recursos, contactos y planes ejecutan sus planes. Quienes no, enfrentan la situación de manera reactiva.

Para quienes tienen recursos y planes, este período consiste en implementar las acciones para las que la preparación los preparó. Relocalización a lugares predeterminados. Activación de las redes comunitarias. Uso de los suministros almacenados. Uso del valor almacenado en formas físicas. Coordinación con la familia extendida. El ajuste es real pero manejable. Sus vidas son distintas de lo que eran, pero no catastróficas.

Para quienes no tienen recursos ni planes, este período es mucho más duro. Dependen de la respuesta de emergencia que el gobierno haya montado, que es típicamente inadecuada para la escala de la disrupción. Dependen de la bondad de la familia o de la comunidad, que puede estar disponible o

no. Enfrentan decisiones diarias sobre cómo alimentarse, cómo conservar su vivienda, cómo manejar hijos cuyas escuelas pueden no estar funcionando, cómo manejar condiciones de salud cuyo tratamiento puede estar perturbado. Las decisiones se acumulan a lo largo de semanas y meses, y el desgaste acumulado sobre la gente que no está preparada es severo.

Los despidos continúan y se aceleran durante este período. Empiezan a ocurrir ejecuciones hipotecarias a medida que la gente no puede pagar hipotecas con ingresos que ya no tiene. Los valores de las cuentas de inversión siguen cayendo. Los mercados inmobiliarios están esencialmente agarrotados, con transacciones que ocurren solo en circunstancias de urgencia. La atención de salud continúa, pero en forma degradada, con demoras para la atención no urgente, escasez de algunos medicamentos y acceso reducido a los especialistas. Los servicios públicos se contraen a medida que caen los ingresos de los gobiernos estatales y locales. El crimen aumenta significativamente en las zonas donde la cohesión social ya era débil.

La migración se convierte en un rasgo definitorio de este período. La gente que puede salir de las zonas más tensionadas lo hace. Las regiones receptoras, principalmente el Oeste montañoso, Texas, el Sureste y partes del Medio Oeste, enfrentan el desafío de absorber migrantes cuyo número excede la capacidad local de integrarlos. Algunas zonas absorben con eficacia. Otras se resisten. Otras quedan desbordadas. Las dinámicas políticas de esta migración son intensas y contribuyen a una fragmentación política más amplia.

La etapa seis, el período del nuevo equilibrio, empieza a emerger en algún momento de la segunda mitad del primer año. La crisis aguda se ha asentado en algo más parecido a una dificultad sostenida. La economía opera quizá al setenta u ochenta por ciento de su capacidad previa a la crisis, con el veinte o treinta por ciento perdido representando los sectores financiero y de consumo que más se han contraído. Algunas instituciones han quebrado de forma permanente. Otras han sido recapitalizadas en forma modificada. El ambiente político ha cambiado dramáticamente, con movimientos antes marginales convertidos ahora en corriente principal, y viceversa.

Los estados con bases agrícolas intactas, economías productivas y poblaciones cohesionadas se adaptan a las condiciones nuevas y empiezan a funcionar. Texas sigue operando con una disrupción relativamente limitada. Idaho, Utah, Tennessee, las Dakotas, estados similares con características comparables, funcionan como unidades soberanas efectivas dentro de la estructura federal. Sus poblaciones han absorbido la migración donde pudieron y la han rechazado donde no. Sus gobiernos estatales han asumido funciones antes desempeñadas por el gobierno federal, incluida cierta regulación financiera, cierta coordinación de la respuesta de emergencia, cierto mantenimiento del orden público.

Los estados dependientes de los servicios financieros, del empleo público o de industrias dependientes de importaciones siguen batallando. California, Nueva York, Illinois enfrentan dificultades severas, porque sus poblaciones son mayores, sus costos más altos, su dependencia del sistema general mayor y su cohesión más débil. Sus gobiernos estatales están estirados al límite e

incapaces de desempeñar las funciones que el gobierno federal ya no desempeña. Sus ciudades operan por debajo de su capacidad, con partes de la población que huyeron a regiones más seguras y partes que permanecen en condiciones de penuria sustancial.

El gobierno federal sigue existiendo, pero su capacidad efectiva está reducida. Todavía puede coordinar la defensa nacional, todavía puede mantener la estructura básica de los tribunales federales, todavía puede emitir moneda, pero su capacidad de dirigir los acontecimientos en el plano estatal se ha debilitado. El ambiente político es contencioso de maneras que no se han visto en la memoria viva, pero el país no se ha fragmentado. La soberanía estatal efectiva que ha emergido es reconocible como el federalismo estadounidense en una forma más cercana a la de comienzos del siglo veinte que a la de fines del siglo veinte, pero no como algo ajeno a la tradición constitucional estadounidense.

La etapa siete, el desenlace de más largo plazo, depende sustancialmente de cuán hondo llegó el colapso y de cómo respondió la población. En un escenario moderado, el colapso es severo pero contenido, y la reorganización produce una economía de menor escala que funciona de maneras reconocibles. Las megaciudades han perdido población, las ciudades menores han ganado, las zonas rurales y los pueblos pequeños han crecido en importancia relativa, y la vida procede a un ritmo distinto y con expectativas distintas que antes. El nivel de vida es más bajo de lo que era, pero no catastrófico. El nuevo equilibrio es sostenible.

En un escenario más severo, ha ocurrido una fragmentación regional, con la soberanía efectiva desplazándose a estados o coaliciones de estados. El gobierno federal ha fallado sustancialmente en sus funciones y no se ha recuperado. El país, aunque sigue siendo nominalmente un país, opera como una confederación laxa de regiones con caracteres muy distintos. El nuevo equilibrio es más difícil, con una dislocación sustancial que sigue produciendo problemas continuos.

En el escenario más severo, el colapso es civilizatorio. El gobierno federal falla como entidad en funcionamiento. Las soberanías regionales se consolidan en algo parecido a países separados. Algunas regiones se integran productivamente mientras otras se fragmentan más. Las condiciones se asemejan a las de una época mucho más temprana de la historia estadounidense, antes de que el Estado nación moderno se consolidara, pero con las complicaciones añadidas de la tecnología moderna, las armas modernas y unas poblaciones modernas que carecen de las destrezas prácticas que los estadounidenses de antes tenían.

Lo que esta línea de tiempo revela es que el colapso no es un acontecimiento único. Es un proceso que se despliega a lo largo de años, con las fases más agudas comprimidas en semanas pero con la transformación más amplia tomando mucho más tiempo. Las decisiones tomadas en el período previo al detonante determinan cómo entran al colapso los individuos y las comunidades. Las decisiones tomadas en las etapas tempranas determinan cómo lo navegan. Las decisiones tomadas en el plazo más largo determinan qué construyen del otro lado. No hay un momento único para actuar. Hay muchos momentos, y el efecto acumulado de las decisiones a través de esos momentos es lo que determina los

desenlaces.

Para los lectores en el período previo al detonante, que es donde está la mayoría de los lectores al publicarse este libro, la implicación es que el momento de actuar es ahora. La ventana no anunciará su cierre. Para cuando el cierre sea inconfundible, la ventana se habrá cerrado para la mayor parte de lo que habría sido útil. Las acciones descritas en los capítulos siguientes de este libro son las que deben tomarse ahora, antes de que llegue el detonante, mientras las condiciones para la acción siguen siendo favorables. El costo de actuar ahora es modesto. El costo de no actuar y descubrir que la ventana se cerró es profundo.

FIN DEL VOLUMEN UNO

El Volumen Uno ha cubierto las páginas preliminares y las dos primeras partes del libro: el estado del sistema en vísperas del colapso y la mecánica del colapso mismo.

El Volumen Dos continuará con la Parte Tercera, sobre la dimensión humana del colapso, y la Parte Cuarta, sobre el análisis geográfico y civilizatorio.

El Volumen Tres continuará con la Parte Quinta, sobre la preparación, y la Parte Sexta, sobre quienes ya están posicionados, incluidos los casos de estudio.

El Volumen Cuatro continuará con la Parte Séptima, sobre el nuevo orden, la Parte Octava, sobre la conclusión y la acción, y la sección de referencias.

DONDE TERMINA EL MAPA

*Un análisis desde primeros principios del colapso sistémico global y el orden humano
emergente*

Garó H. Armen, Ph.D.

Volumen Dos

Partes Tercera y Cuarta

PREFACIO AL VOLUMEN DOS

El Volumen Uno describió la arquitectura de la fragilidad acumulada, las vulnerabilidades singulares de la configuración occidental y estadounidense, las burbujas específicas a punto de estallar y Oriente Medio como el detonante ya visiblemente en marcha. Recorrió la mecánica de cómo fallan los sistemas, el agotamiento de la opción del rescate, el colapso del contrato y del acceso en la riqueza moderna, y las etapas por las que se despliega realmente un colapso serio. El capítulo final de aquel volumen cerraba con una observación específica: que la ventana de preparación no anunciará su cierre, y que las acciones que protegen a un hogar se toman antes de que llegue el detonante.

Dicho todo eso, quedaba una pregunta sin responder. Supongamos que el colapso llega. ¿Qué les hace realmente a las personas?

Esa es la pregunta que aborda el Volumen Dos, y hay que abordarla con honestidad, porque el resto del análisis depende de la respuesta. Un libro sobre el colapso sistémico que no se toma en serio la dimensión humana produce una guía para sobrevivir a una abstracción. El colapso no es una abstracción. Es algo que les ocurre a personas, en cuerpos concretos, en relaciones concretas, en comunidades concretas, en lugares concretos. Lo que hace con esos cuerpos, esas relaciones, esas comunidades y esos lugares es lo que determina si alguien sale al otro lado, como qué sale, y con qué cuenta para construir una vez allí.

Las dos partes de este volumen abordan directamente las dimensiones humana y geográfica del colapso.

La Parte Tercera, la dimensión humana, examina qué les sucede a los seres humanos cuando se retiran los soportes de la vida moderna. El Capítulo 9 examina los efectos documentados de la escasez sostenida sobre los seres humanos, apoyándose en el Experimento de Inanición de Minnesota y en el registro histórico de hambrunas, asedios y campos de concentración, para establecer qué muestra realmente la evidencia sobre cómo el carácter se sostiene y cómo se quiebra bajo la privación. Los hallazgos son aleccionadores y tienen implicaciones directas para el orden en que debe organizarse la preparación. El Capítulo 10 examina las dinámicas a nivel de población, la curva del pánico, las etapas por las que las multitudes pasan de la negación al regateo, a la toma de conciencia y a la bifurcación, y el modo de falla específico de las comunidades prósperas con vínculos débiles. El Capítulo 11 aborda lo que quizá sea la conclusión individual más consecuente del análisis: que los búnkeres fallan, que la preparación aislada no funciona, que la unidad que realmente sobrevive al colapso es la comunidad de cincuenta a varios cientos de personas, y que la imagen popular del preparacionista solitario con un complejo fortificado es un autoengaño peligroso.

La Parte Cuarta se vuelve hacia la geografía. El Capítulo 12 introduce el marco de los impulsores de supervivencia, los siete rasgos específicos de las poblaciones y los lugares que determinan la resiliencia en condiciones en las que los sistemas modernos ya no proveen de manera confiable lo que

las poblaciones necesitan. El Capítulo 13 recorre las grandes regiones del mundo con este marco como lente, con resultados que a menudo invierten las clasificaciones producidas por las métricas estándar de desarrollo. El Capítulo 14 examina Estados Unidos en profundidad, porque el caso estadounidense contiene una resiliencia extraordinaria y una fragilidad extraordinaria dentro de las mismas fronteras, y porque la mayoría de los lectores de este libro enfrentará las condiciones que vienen desde algún punto dentro de esas fronteras.

Varios temas atraviesan las dos partes de este volumen, y el lector debería tenerlos presentes a medida que los capítulos se despliegan.

El primero es que la preparación material por sí sola es insuficiente. Los suministros sostienen el cuerpo. La comunidad sostiene a la persona. Ambos son necesarios, y ninguno puede sustituir al otro. Esta es la comprensión que la literatura supervivencialista ha pasado por alto con mayor consistencia y que el registro histórico confirma con mayor consistencia.

El segundo es que las poblaciones y los lugares que obtenían las puntuaciones más altas según los estándares de la modernidad tardía no son las poblaciones y los lugares que puntúan más alto en condiciones de colapso. Esto es incómodo para los lectores que construyeron sus vidas sobre el supuesto de que la modernización es progreso, pero la evidencia no se pliega a la incomodidad.

El tercero es que las decisiones que determinan la supervivencia no se toman en la crisis sino en los años y las décadas anteriores a la crisis. Construir comunidad, incorporarse en serio a una tradición religiosa, adquirir destrezas prácticas, criar hijos en condiciones que forman el carácter, elegir dónde vivir con atención a las condiciones que importan: todo esto se logra a lo largo de años. No puede lograrse en las semanas de la disrupción aguda. La ventana para las decisiones relevantes es el momento presente, y lo que se elige con la inacción es la decisión de no prepararse.

El cuarto es que el análisis se ofrece sin halagos políticos. La Parte Tercera dice cosas incómodas para quienes han construido vidas modernas sobre la autorrealización individual. La Parte Cuarta dice cosas incómodas para quienes viven en las grandes ciudades costeras, y para quienes viven en países que se han considerado modelos de éxito. La incomodidad no es el punto. La incomodidad es el costo de describir la situación con honestidad.

Lo que sigue es la culminación del fundamento diagnóstico. El Volumen Tres pasará del diagnóstico a la construcción, recorriendo la senda práctica de la preparación y los casos de estudio de operaciones en funcionamiento que demuestran cómo se ve la preparación seria en la práctica. El Volumen Cuatro cerrará la obra con la pregunta por el nuevo orden que puede emerger y por lo que ese orden exige de quienes quieran ayudar a construirlo. Pero antes de que la construcción pueda comenzar, el diagnóstico debe estar completo. Esa culminación es el trabajo del volumen que el lector tiene en las manos.

PARTE TERCERA: LA DIMENSIÓN HUMANA DEL COLAPSO

CAPÍTULO 9

Lo que la escasez hace a los seres humanos

Este capítulo examina qué muestra realmente la evidencia sobre cómo responden los seres humanos a la privación sostenida. Apoyándose en el Experimento de Inanición de Minnesota, en los relatos de hambrunas y asedios a lo largo de la historia y en las observaciones de psiquiatras y sobrevivientes que vivieron los campos de concentración y el Gulag soviético, establece que la capacidad moral humana tiene un piso biológico, que ese piso varía según el individuo pero existe para todos, y que lo que determina quién se mantiene a sí mismo en condiciones que deberían destruirlo no es la fuerza, ni la inteligencia, ni la astucia, sino algo más hondo. El capítulo tiene implicaciones directas para el orden en que debe organizarse la preparación, con un almacenamiento de alimentos calibrado para proteger no solo la existencia física sino la existencia moral que depende de una ingesta calórica adecuada.

Empecemos por una pregunta que la mayoría de los lectores de este libro nunca ha tenido que hacerse. ¿Qué es usted cuando no ha comido lo suficiente durante mucho tiempo? No qué hace, ni qué sufre, sino qué es. ¿Qué queda de la persona que usted entiende que es cuando los fundamentos biológicos de esa persona le han sido retirados progresivamente a lo largo de semanas y meses?

No es una pregunta abstracta. Se ha estudiado con cuidado en condiciones controladas, se ha observado a lo largo de siglos de hambrunas y asedios, se ha documentado en las memorias de quienes atravesaron condiciones extremas y sobrevivieron para escribirlo. Los hallazgos son notablemente consistentes. Los hallazgos son también más aleccionadores de lo que la mayoría de los lectores estará preparada para asimilar. Van al corazón de lo que el colapso serio significa para los seres humanos ordinarios, y tienen implicaciones directas para el orden en que debe organizarse la preparación.

El estudio más riguroso jamás realizado sobre lo que el hambre hace a los seres humanos fue el Experimento de Inanición de Minnesota (un estudio controlado realizado en la Universidad de Minnesota de 1944 a 1945 bajo la dirección de Ancel Keys, el destacado fisiólogo estadounidense que más tarde se haría conocido por su trabajo sobre la dieta y la enfermedad cardíaca; el experimento empleó a treinta y seis voluntarios jóvenes y sanos a quienes se sometió a aproximadamente la mitad de su ingesta calórica normal durante seis meses, con el fin de informar la respuesta que se planeaba dar a la inanición masiva en Europa tras la guerra; sigue siendo el estudio más exhaustivo jamás realizado sobre lo que la semiinanición sostenida hace a seres humanos ordinarios en condiciones controladas). Treinta y seis hombres jóvenes y sanos, objetores de conciencia que se habían ofrecido como voluntarios para el estudio como servicio alternativo al deber militar, fueron sometidos a una dieta controlada de aproximadamente 1.560 calorías diarias, más o menos la mitad de la ingesta calórica normal. Los hombres fueron estudiados cuidadosamente durante seis meses mientras sus cuerpos y sus mentes respondían a la semiinanición sostenida, y luego realimentados de manera gradual durante un período de seguimiento.

Los hallazgos no fueron los que los investigadores esperaban. Los hombres eran voluntarios sanos en un entorno controlado, sabían que el experimento terminaría, sabían que después serían alimentados con normalidad y participaban en algo que creían dotado de propósito moral. A pesar de todos estos factores protectores, la restricción calórica sostenida produjo cambios en su conducta, su personalidad y su función mental que ni ellos ni sus investigadores habían anticipado.

En cuestión de semanas, los hombres quedaron obsesionados con la comida. Pensaban en comida constantemente. Hablaban de comida constantemente. Leían libros de cocina y contemplaban fotografías de platos. El espacio mental que habían ocupado sus intereses normales, el sexo, la política, las amistades, los pasatiempos, las ideas, fue sustancialmente tomado por la comida. Sus personalidades cambiaron. Hombres que habían sido generosos se volvieron mezquinos. Hombres que habían sido sociables se retrajeron. Varios desarrollaron una depresión lo bastante severa como para requerir atención psiquiátrica. Varios llegaron a robarse comida entre sí pese a las condiciones experimentales. Un hombre se cortó tres dedos de la mano en lo que aparentemente fue un intento desesperado de ser liberado del estudio. Los voluntarios, que habían sido seleccionados por su carácter estable y su seriedad moral, se convirtieron, bajo la privación calórica sostenida, en personas distintas de las que habían sido al comienzo.

La lección del estudio de Minnesota, confirmada por la investigación posterior y por incontables observaciones del mundo real, es que el carácter humano depende más de las condiciones biológicas de lo que a los seres humanos les gusta creer. La personalidad que presentamos al mundo, los valores que sostenemos, las relaciones que mantenemos, los compromisos morales que honramos, todo descansa sobre un fundamento de ingesta calórica adecuada, sueño, hidratación y función física básica. Retírese el fundamento y la estructura cambia. No porque seamos débiles. Porque somos organismos biológicos cuya vida mental depende de insumos biológicos.

Este hallazgo tiene implicaciones profundas para pensar cómo se ve realmente el colapso para la gente ordinaria. El supuesto convencional es que las personas que enfrentan la penuria revelan quiénes son de verdad, que los buenos siguen siendo buenos y los malos se vuelven peores, pero que el carácter de fondo perdura. Este supuesto es reconfortante pero incorrecto. Lo que la penuria revela no es quiénes son las personas sino cómo responde su biología a la privación. La misma persona en condiciones distintas es genuinamente una persona distinta, y las diferencias no son menores.

Los relatos de las hambrunas y los asedios reales a lo largo de la historia humana forman un patrón deprimentemente consistente. El sitio de Leningrado, de 1941 a 1944, en el que aproximadamente un millón de civiles murió de inanición. El Invierno del Hambre en los Países Bajos, durante el invierno de 1944 a 1945, cuando la ocupación alemana cortó el suministro de alimentos y los civiles holandeses comieron bulbos de tulipán y remolacha azucarera para sobrevivir. La Gran Hambruna China, de 1959 a 1961, en la que las estimaciones de muertes van de quince a cuarenta y cinco millones. La hambruna norcoreana de los años noventa. El Holodomor (la hambruna deliberadamente diseñada en la Ucrania soviética de 1932 a 1933, en la que varios millones de ucranianos murieron de inanición como

consecuencia de las políticas de colectivización de Stalin y de la requisita del grano, usada como herramienta contra la resistencia campesina ucraniana), en el que varios millones murieron de una inanición deliberadamente diseñada. Las marchas de la muerte del genocidio armenio, en las que la privación sostenida fue una herramienta de exterminio. Cada uno de estos acontecimientos produjo relatos detallados de lo que la escasez sostenida hace a los seres humanos, y los relatos convergen en las mismas observaciones.

Las primeras semanas de privación severa producen una etapa de apoyo mutuo. La gente comparte lo que tiene. Las comunidades organizan el socorro. Los lazos sociales se estrechan a medida que las personas responden a la dificultad compartida. Este es el patrón que se recuerda en retrospectiva, porque confirma la visión reconfortante de la naturaleza humana, y porque quienes sobreviven suelen ser aquellos a quienes el apoyo comunitario amortiguó lo suficiente para salir adelante. Los impulsos prosociales de los seres humanos son reales y emergen en las etapas tempranas de la crisis.

La segunda fase, que comienza entre unas semanas y unos meses después, produce fragmentación social. La comunidad extendida se vuelve demasiado grande para mantenerse. La gente empieza a concentrarse en círculos más pequeños. Los recursos se acaparan en lugar de compartirse. El robo aumenta. Los niños que habían sido los niños de todos pasan a ser los niños de cada familia. Las interacciones entre desconocidos se vuelven tensas. Las conductas que antes de la privación se veían como antisociales se convierten en conductas de supervivencia durante ella, y el tejido social que había ligado a la comunidad empieza a deshacerse.

La tercera fase, en la escasez severa y sostenida, produce el quiebre de las relaciones cercanas. Los desconocidos se roban entre sí primero. Luego los vecinos. Luego los amigos. Luego la familia lejana. Luego la familia cercana. Luego la familia inmediata. Luego, en los peores casos, los padres a los hijos. El orden es consistente entre culturas y a través de los siglos. Los relatos de Leningrado, del Holodomor, de los peores episodios de la hambruna china incluyen los mismos horrores. Canibalismo. Venta de niños. Abandono de los ancianos. Asesinato de familiares por comida. No son las acciones de gente mala. Son las acciones de organismos biológicos cuya capacidad moral ha sido empujada más allá del punto en el que puede sostenerse contra las exigencias del cuerpo.

Los relatos más perturbadores de estos acontecimientos no son la crueldad de los desconocidos, sino los momentos en que personas que se amaban perdieron ese amor bajo la privación sostenida. La esposa que vio morir a su marido porque se comió su ración. La madre que podía alimentar a dos de sus tres hijos y eligió. El hermano que mató a su hermana por lo que llevaba encima. No eran malas personas portándose mal. Eran personas ordinarias cuyos sistemas biológicos, en condiciones de escasez sostenida, produjeron conductas que semanas antes habrían considerado imposibles.

Lo que emerge de estos relatos es que la capacidad moral humana tiene un piso biológico. Por encima de ese piso, nuestros valores, compromisos y relaciones se sostienen. Por debajo, no. El piso varía según el individuo, en función de la fisiología, el condicionamiento, el marco de sentido y el

contexto social. Pero el piso existe para todos, y la privación seria y sostenida empuja a la mayoría de las personas por debajo de él. La dieta de 1.560 calorías del estudio de Minnesota bastó para empujar a voluntarios jóvenes y sanos a cambios de conducta que los sorprendieron. Las condiciones de hambruna severa, prolongadas durante meses, empujan a casi todos más allá de su piso.

La implicación no es que los seres humanos sean malos. La implicación es que no puede asumirse que los valores que mantenemos en condiciones de apoyo biológico adecuado se mantendrán en condiciones de privación sostenida. La persona que usted imagina en condiciones normales, comportándose según los valores que se enuncia a sí misma y a los demás, no es necesariamente la persona que será tras meses de comida, sueño y seguridad insuficientes. Será, en el sentido más hondo, ella misma. También será, bajo presión sostenida, capaz de cosas de las que se habría considerado incapaz. El financiero adinerado que se imagina caritativo en condiciones normales, eligiendo entre alimentar a su hijo y alimentar a su padre anciano porque no puede alimentar a ambos. La persona que usted imagina en el segundo escenario no es la persona que conoce en el primero. Los valores no están a la altura de las condiciones. El cuerpo tiene exigencias que la mente consciente no puede anular indefinidamente. Bajo presión sostenida, el cuerpo gana, y la persona que usted conocía ya no está.

Esto no es pesimismo. Es realismo. Y tiene implicaciones directas para pensar la preparación. La primera implicación es que la preparación no es meramente una cuestión de suministros. Es una cuestión de impedir las condiciones bajo las cuales el carácter es puesto a prueba más allá del punto de quiebre. Un hogar que ha almacenado alimentos, agua y suministros básicos suficientes para capear seis meses de disrupción protege no solo su existencia física sino su existencia moral. Los miembros de ese hogar se ahorran las condiciones que los empujarían por debajo de su piso biológico. Siguen siendo ellos mismos.

Los factores que determinan cuál escenario emerge no se comprenden a la perfección, pero la investigación y los relatos históricos han identificado algunos. El factor más importante, quizá el único que predice de manera consistente quién se mantiene a sí mismo en condiciones extremas, es el marco de sentido. Las personas que tienen un marco religioso o filosófico que da sentido al sufrimiento, que ofrece esperanza más allá de las circunstancias inmediatas, que las conecta con algo más grande que ellas mismas, mantienen su humanidad en condiciones en las que las personas sin esos marcos se quiebran.

Las observaciones de Viktor Frankl desde los campos de concentración son la articulación canónica de este hallazgo. Frankl (el psiquiatra austríaco que estuvo preso en Auschwitz y en otros campos nazis de 1942 a 1945, y cuyo libro de 1946, *El hombre en busca de sentido*, escrito en nueve días tras su liberación, se apoyó en su formación clínica y en su propia supervivencia para articular lo que llamó logoterapia, la escuela de práctica psicológica fundada en la necesidad humana de sentido) era un psiquiatra formado antes de la guerra, que observaba a sus compañeros de prisión en condiciones de privación, brutalidad e incertidumbre extremas. Notó que la supervivencia en los campos no se correlacionaba con los factores obvios. La fuerza no salvaba a la gente. La inteligencia no salvaba a la

gente. La astucia no salvaba a la gente. La educación no salvaba a la gente. Entre prisioneros con condiciones físicas similares y trato similar, algunos se mantenían y otros se derrumbaban, y el diferenciador no era visible desde afuera.

Lo que Frankl identificó, trabajando desde su formación clínica y su propia experiencia, fue que los prisioneros que se mantenían tenían algo por lo cual vivir que los campos no podían quitarles. Para algunos, era una persona que esperaba fuera del campo. Para algunos, era una obra inconclusa, un libro no escrito, un descubrimiento no realizado. Para algunos, era una fe religiosa que situaba su sufrimiento en un contexto cósmico. Para algunos, era la determinación de dar testimonio de lo que habían visto si sobrevivían. La fuente específica del sentido variaba, pero el patrón era consistente. Los prisioneros con un sentido que los campos no podían destruir se mantenían. Los prisioneros que habían construido su identidad sobre lo que los campos les habían quitado (el estatus, la profesión, los logros, la familia si la familia se había perdido) no tenían recurso interior al cual acudir, y se derrumbaban.

Los relatos de Aleksandr Solzhenitsyn desde el sistema del Gulag soviético llegan a la misma conclusión por observaciones distintas. Solzhenitsyn (el novelista e historiador ruso que pasó ocho años en el sistema soviético de campos de trabajo, de 1945 a 1953, tras escribir una carta privada que criticaba a Stalin, y que más tarde produjo *Archipiélago Gulag*, la historia documental en tres volúmenes del sistema de campos soviético que fue decisiva para destruir la legitimidad soviética en Occidente) pasó ocho años en los campos y escribió sobre lo que vio con la atención concreta de quien lo vivió en lugar de estudiarlo. El patrón que documentó fue que los prisioneros que se mantenían tenían algo que las condiciones no podían quitarles. La fe religiosa era el factor protector más común. Los compromisos familiares fuertes, con fotografías escondidas contra la confiscación y recuerdos repasados cada noche, eran otro. Un marco filosófico, en el caso de Solzhenitsyn una fe ortodoxa rusa que se profundizó durante su cautiverio, era un tercero.

La investigación posterior ha confirmado y ampliado este hallazgo. Los sobrevivientes del Holocausto que fueron objeto de estudios psicológicos en las décadas posteriores a la guerra mostraron patrones notablemente similares a los que Frankl identificó. Los prisioneros de guerra estadounidenses en los campos de prisioneros vietnamitas, en particular los oficiales de mayor rango como James Stockdale y Jeremiah Denton (Stockdale era el oficial naval estadounidense de mayor jerarquía en el Hanoi Hilton, retenido durante más de siete años y torturado repetidamente, cuyas reflexiones de posguerra sobre la filosofía estoica como el marco que lo sostuvo se han estudiado ampliamente; Denton era otro oficial, que célebremente parpadeó la palabra "tortura" en código morse durante una entrevista televisada forzada, sostenido por su fe católica a lo largo de ocho años de cautiverio), articularon observaciones similares a partir de sus experiencias. Los presos políticos de varias dictaduras del siglo veinte, que dejaron memorias sobre sus experiencias, apuntan en la misma dirección. El patrón es demasiado consistente para ser coincidencia. El recurso interior que permite a los seres humanos mantenerse en condiciones que deberían destruirlos es lo que marca la diferencia entre mantenerse y derrumbarse.

¿Qué es el recurso interior? Es lo que los filósofos llaman la voluntad de sentido, lo que los teólogos llaman fe, lo que las culturas tradicionales llaman honor, deber o rectitud. Los nombres varían. El fenómeno es el mismo. Es la capacidad humana de interpretar las circunstancias como dotadas de sentido dentro de un marco mayor, y el marco debe ser algo que las circunstancias inmediatas no puedan amenazar. Un marco construido sobre circunstancias que pueden perderse (la carrera, las posesiones, el estatus social, incluso la familia inmediata en algunos casos) no ofrece protección alguna cuando esas circunstancias se pierden. Un marco construido sobre algo que trasciende las circunstancias (la fe, el amor más allá del momento presente, el deber hacia algo más grande que el yo) ofrece una protección que no puede arrebatare.

Por eso las tradiciones religiosas tienen historiales tan consistentes de producir sobrevivientes con la humanidad intacta. La religión, en su nivel más hondo, es precisamente la construcción de marcos de sentido que trascienden las circunstancias. El cristiano que cree que su sufrimiento es participación en el sufrimiento de Cristo, el judío que sitúa su sufrimiento dentro de la larga historia de su pueblo, el musulmán que se somete a la voluntad de Dios sean cuales sean las condiciones, el budista que ve el sufrimiento como la condición humana universal que ha de transformarse mediante la sabiduría: todos tienen marcos que las condiciones no pueden quitarles. Los marcos pueden ser teológicamente distintos, pero su función psicológica es similar. Sitúan las circunstancias inmediatas dentro de un cuadro mayor que les da sentido.

La experiencia armenia es aquí particularmente instructiva. El pueblo armenio ha sobrevivido a un genocidio, a la persecución y a disrupciones civilizatorias que deberían haberlo terminado como pueblo, y ha salido al otro lado con su identidad intacta. El factor que permitió esa supervivencia no fue la fuerza militar, ni el poder político, ni los recursos económicos, todos los cuales les faltaban a los armenios en los momentos en que más los necesitaban. El factor fue el marco religioso y cultural, la Iglesia Apostólica Armenia, la lengua, las estructuras familiares y comunitarias, que situaba el sufrimiento dentro de una historia que el sufrimiento mismo no podía destruir. Los armenios que sobrevivieron al genocidio y a la dispersión subsiguiente llevaron esos marcos consigo. Construyeron iglesias en sus nuevos países. Enseñaron a sus hijos la lengua y la historia. Mantuvieron el sentido que transcendía las circunstancias. El resultado es que, un siglo después de los acontecimientos que deberían haberlos terminado, siguen siendo un pueblo, con comunidades florecientes por el mundo y una patria reconstituida desde las ruinas.

La cultura secular moderna de Occidente ha pasado décadas desmantelando los marcos de sentido en los que se apoyaban las generaciones anteriores, celebrando a menudo el desmantelamiento como progreso. La religión ha sido tratada como superstición para los poco sofisticados. La filosofía ha sido reducida a ejercicio académico en lugar de guía para vivir. La tradición ha sido tratada como atraso. Los marcos en los que se apoyaban las generaciones anteriores han sido socavados activamente, sin que se construyera un reemplazo que cumpla la misma función psicológica.

Los reemplazos que han surgido (el logro profesional, el consumo, la autorrealización individual, la política ideológica, la identidad digital) no proporcionan lo que los marcos religiosos proporcionan, porque no trascienden las circunstancias. Son circunstancias. Cuando se pierden, el sentido que proporcionaban se pierde con ellas. El logro profesional que daba sentido cuando la carrera era posible ya no da sentido cuando la carrera se ha ido. El consumo que llenaba la vida cuando los bienes estaban disponibles ya no la llena cuando no lo están. La autorrealización individual que organizaba la identidad adulta se derrumba cuando desaparecen las condiciones que la permitían. La política ideológica que daba la sensación de contribuir a una lucha importante se vuelve hueca cuando la política misma parece irrelevante para la supervivencia inmediata.

Por eso las poblaciones seculares enfrentan el colapso psicológicamente menos preparadas que las poblaciones religiosas. No es que los individuos seculares sean más débiles que los religiosos. Es que han construido su identidad y su sentido sobre circunstancias que pueden no sobrevivir, mientras que los individuos religiosos han construido los suyos sobre algo que sí sobrevive.

Los efectos biológicos de la privación sostenida persisten más allá del período de privación mismo. Los niños holandeses cuyas madres estaban embarazadas durante el Invierno del Hambre mostraron tasas aumentadas de trastornos metabólicos, enfermedad cardíaca y ciertas enfermedades mentales a lo largo de sus vidas. Sus nietos mostraron tasas elevadas de algunas de estas condiciones, lo que sugiere mecanismos epigenéticos (las vías biológicas por las cuales las experiencias y las condiciones del entorno pueden alterar el modo en que los genes se expresan sin cambiar los genes mismos, con patrones de expresión alterados que a veces heredan las generaciones siguientes) que transmiten los efectos a través de las generaciones. Los descendientes de los sobrevivientes del Holocausto muestran patrones mensurables de alteración psicológica y fisiológica que los investigadores atribuyen al trauma heredado. Los descendientes de esclavos, de sobrevivientes de hambrunas, de refugiados de guerra, muestran patrones similares. Los efectos biológicos de la privación severa no quedan contenidos en la vida de la persona que los experimentó. Se transmiten hacia adelante.

Para un hogar que se prepara para una posible privación seria, esta prioridad debería ser explícita. El almacenamiento de alimentos, las fuentes de proteína, las reservas de vitaminas y minerales deberían calibrarse para asegurar que las mujeres embarazadas y los niños puedan alimentarse adecuadamente aunque los adultos deban aceptar raciones reducidas. Los adultos cargan con el costo para que la próxima generación no cargue con las consecuencias. Así han manejado siempre la escasez las familias en las culturas que entendían la biología, y eso es lo que debería guiar las prioridades del almacenamiento de alimentos en la preparación de cualquier hogar.

Las implicaciones para la preparación son directas. Primero, impedir las condiciones bajo las cuales el carácter es puesto a prueba más allá del punto de quiebre. Mantener alimentos, agua y suministros básicos en niveles que amortigüen contra las condiciones que empujarían a las personas por debajo de su piso biológico. Segundo, desarrollar y mantener un marco de sentido que trascienda las circunstancias. Un compromiso religioso o filosófico de profundidad sustantiva, sostenido en los

tiempos normales, es lo que proporciona el recurso interior que las condiciones de crisis exigen. Tercero, aceptar que la dimensión humana de la preparación es tan real como la dimensión material y es, al final, más importante que la dimensión material. Los suministros sostienen el cuerpo. El sentido sostiene a la persona. Ambos son necesarios, y ninguno puede sustituir al otro.

Los capítulos que siguen desarrollan estos temas con más detalle y los traducen en guía específica para personas, familias y comunidades. El propósito de este capítulo ha sido establecer, mediante evidencia y no retórica, que la dimensión humana del colapso es la dimensión que en última instancia determina si algo más importa. El hogar más rico, con los suministros más extensos y los defensores más capaces, si carece de marco de sentido, se fragmentará. El hogar más pobre, con suministros modestos pero con la fe intacta y la comunidad intacta, se sostendrá. El patrón está documentado a través de siglos y culturas. Es uno de los hallazgos más confiables de la literatura sobre la respuesta humana a lo extremo. Merece tomarse en serio en lugar de desestimarse como sentimentalismo religioso, porque las consecuencias de desestimarlo son severas y las consecuencias de tomarlo en serio son protectoras.

CAPÍTULO 10

Anarquía, pánico y las dinámicas del colapso social

Este capítulo aborda qué hacen las poblaciones cuando se retiran los soportes de la vida normal, con atención particular a las etapas predecibles del pánico masivo, a los efectos de sincronización que producen los entornos informativos modernos y al modo de falla específico de las comunidades prósperas con vínculos débiles. La conducta de las multitudes bajo tensión no es aleatoria. Se mueve por etapas identificables, cada una con dinámicas características, y reconocer en qué punto de esta secuencia está una población informa qué acción sigue siendo posible. El capítulo cierra con la observación de que los patrones de confianza, cooperación y autoridad que determinan los desenlaces en el colapso se construyen, o no se construyen, a lo largo de años de vida ordinaria. No pueden construirse en la crisis. Están presentes cuando la crisis llega o no lo están.

El capítulo anterior examinó qué ocurre dentro de los seres humanos individuales bajo la escasez sostenida. Este capítulo amplía el lente. La psicología individual opera dentro de un contexto social, y el contexto social amplifica las respuestas individuales, las acelera, a veces las mitiga. La mayoría de los lectores de este libro enfrentará las condiciones que vienen rodeada de otras personas cuya conducta moldea las condiciones tanto como la propia. Entender qué hacen las multitudes cuando los sistemas fallan es por tanto esencial, tanto para reconocer dónde está realmente una situación en desarrollo como para actuar con eficacia dentro de ella.

El concepto más útil para entender la conducta a nivel de población bajo tensión es la curva del pánico. El pánico no es un estado único sino un proceso que se despliega en etapas, cada una con sus conductas características. Reconocer en qué etapa está una población ayuda a aclarar cuáles son realmente las condiciones en cada momento y qué clases de acción son posibles.

La primera etapa es la negación. Cuando comienza una disrupción mayor, la respuesta dominante en las poblaciones es negarse a actualizar los modelos mentales. La gente continúa con sus rutinas normales. Mira las noticias con una preocupación vaga pero no hace cambios fundamentales. Se dice a sí misma que los expertos se harán cargo, que no puede ser tan grave como sugieren los titulares, que la situación se resolverá. La respuesta de negación es psicológicamente funcional en tiempos normales, porque la mayoría de las disrupciones es en efecto temporal, y la respuesta de pánico sería esfuerzo desperdiciado. La respuesta de negación es también un fenómeno social, en el que cada persona toma señales de la calma de quienes la rodean y contribuye a la calma de la que otros toman señales.

En un colapso real, sin embargo, la respuesta de negación es catastrófica. La ventana durante la cual la preparación todavía es posible se cierra durante la etapa de negación. Los suministros que habrían sido útiles siguen disponibles, pero no se compran porque nadie alrededor los está comprando. Las reubicaciones que habrían sido posibles siguen siéndolo, pero no se hacen porque nadie alrededor se está mudando. El reposicionamiento financiero que habría protegido los ahorros sigue siendo

posible, pero no se hace porque nadie alrededor lo está haciendo. Para cuando la negación se rompe, la ventana se ha cerrado.

La etapa de negación dura típicamente desde el comienzo de la disrupción hasta la primera o segunda semana. Durante este período, los signos visibles de la disrupción están presentes pero pueden interpretarse como tensión normal. Los mercados están volátiles, pero los mercados suelen estar volátiles. Las cadenas de suministro muestran tensión, pero ya la han mostrado antes. Las tensiones geopolíticas suben, pero ya han subido antes. Las personas que reconocen la situación correctamente son una pequeña minoría. La mayoría continúa la vida normal.

La segunda etapa es el regateo. La disrupción ha continuado lo suficiente como para que la negación no pueda sostenerse del todo, pero la población aún no ha aceptado que la situación es fundamentalmente distinta de lo normal. La gente empieza a hacer ajustes parciales. Acumula algunos artículos, pero no en serio. Hace planes de contingencia, pero no actúa sobre ellos. Reconoce que las cosas son preocupantes, pero asume que la resolución vendrá de afuera, de las autoridades, de las instituciones o de los mercados corrigiéndose solos.

La etapa de regateo dura típicamente desde el final de la segunda semana hasta la tercera o cuarta semana de una disrupción seria. Durante este período, los signos visibles se vuelven más claros. Instituciones específicas fallan de manera visible. Se anuncian medidas de emergencia del gobierno. Los despidos se aceleran. Emergen algunas escaseces. La minoría que había reconocido la situación temprano ha completado en gran medida sus preparativos. La mayoría todavía está en movimiento, pero se mueve despacio.

La tercera etapa es el giro de la toma de conciencia. En algún punto, a menudo desencadenada por un acontecimiento específico que cristaliza la situación, la población pasa colectivamente del regateo al reconocimiento. El giro es súbito. Lo que había sido un desasosiego vago se convierte en alarma aguda en cuestión de horas. El acontecimiento desencadenante suele ser una falla institucional específica, el cierre de un banco importante, un anuncio de política gubernamental que delata desesperación, un quiebre visible del orden público en algún lugar prominente, que permite a todos ver lo que la mayoría se había negado a ver.

Cuando ocurre el giro de la toma de conciencia, la conducta de la población cambia dramática y rápidamente. En cuestión de horas, los estantes de las tiendas se vacían. Los cajeros automáticos se quedan sin efectivo. Las gasolineras forman filas de cuadras. Los bancos ven colas de depositantes tratando de retirar fondos. Las carreteras se congestionan con gente tratando de salir de las ciudades. Las redes telefónicas se sobrecargan con personas llamando a sus parientes. Las redes sociales se inundan de contenido que muestra los signos visibles del cambio. El giro no es ordenado. Es de pánico. Y el pánico mismo es lo que produce las condiciones que seguirán.

Esta es la etapa más peligrosa desde la perspectiva de la seguridad personal, porque los patrones de conducta antes estables se están rompiendo más rápido de lo que los patrones nuevos pueden

establecerse. El delito aumenta a medida que gente desesperada toma acciones desesperadas. El orden civil es puesto a prueba de maneras en que no ha sido puesto a prueba en la memoria viva. Las instituciones que ordinariamente mantienen el orden están estiradas al límite y pueden no ser capaces de responder con eficacia. Las fuerzas policiales pueden experimentar dotaciones reducidas a medida que los agentes se quedan en casa con sus familias. Los hospitales pueden enfrentar una demanda abrumadora. Las comunicaciones pueden verse perturbadas por la sobrecarga de las redes.

Para quienes estaban preparados, el giro de la toma de conciencia es un momento para estar en posición, no en movimiento. Viajar se vuelve peligroso porque las carreteras están congestionadas y el delito está subiendo. Ir a las tiendas se vuelve peligroso porque las condiciones allí se están deteriorando. Visitar los bancos se vuelve peligroso por las multitudes. La ventana de acción que se cerró durante la etapa de regateo no puede reabrirse. Las acciones que debían tomarse se tomaron o no se tomaron, y lo que toca ahora es capear la disrupción desde la posición que se haya establecido.

La cuarta etapa es la bifurcación. La población empieza a dividirse en categorías distintas de respuesta según sus circunstancias individuales y su preparación previa. Quienes tienen recursos, contactos y planes ejecutan sus planes. Se repliegan a lugares más seguros si esos lugares existen. Echan mano de los suministros almacenados. Activan sus redes de apoyo mutuo. Sus vidas se vuelven difíciles pero no catastróficas.

Quienes no tienen recursos ni planes enfrentan la situación de manera reactiva. Dependen de la respuesta de emergencia que el gobierno haya montado. Dependen de la bondad de la familia o la comunidad, que puede estar disponible o no. Enfrentan la etapa con lo que casualmente tenían en el momento. Los dos grupos, que habían vivido vidas similares en tiempos normales, divergen ahora bruscamente. Las diferencias de desenlace que emergen durante la etapa de bifurcación son mayores de lo que las diferencias de recursos por sí solas sugerirían, porque las diferencias de preparación y de conexión comunitaria se componen con las diferencias de recursos.

La etapa de bifurcación continúa durante semanas o meses. Durante este período, la población se va ordenando en categorías estables. Los bien preparados. Los razonablemente posicionados. Los vulnerables. Los indigentes. Las categorías no son aleatorias. Reflejan decisiones previas y circunstancias previas. Tampoco se correlacionan perfectamente con la riqueza previa. Algunas personas ricas terminan en la categoría de los indigentes porque su riqueza era financiera y el sistema financiero ha fallado. Algunas personas modestas terminan en la categoría de los razonablemente posicionados porque tenían destrezas prácticas y lazos comunitarios que resultaron más valiosos que el dinero en las condiciones nuevas.

La quinta etapa es la emergencia de patrones nuevos. El pánico inicial cede porque la situación se ha convertido en la nueva normalidad. La población ha encontrado su nivel. Nuevos patrones de conducta, nuevas estructuras de autoridad, nuevos arreglos económicos, nuevas relaciones sociales: todo empieza a formarse. Las comunidades con cohesión preexistente se organizan alrededor de sus

estructuras preexistentes. Las instituciones religiosas que mantuvieron su función se convierten en puntos importantes de coordinación. Las redes familiares que eran fuertes se convierten en la unidad de supervivencia. Las comunidades sin cohesión se fragmentan en unidades más pequeñas que compiten por los recursos en lugar de cooperar.

La emergencia de patrones nuevos continúa durante meses o años. Las condiciones del colapso temprano se van asentando gradualmente en las condiciones del nuevo equilibrio. Las personas que sobreviven aprenden a funcionar dentro de las condiciones nuevas. Las destrezas que eran útiles en el sistema viejo pero no en el nuevo se abandonan. Las destrezas que no eran útiles en el sistema viejo pero sí en el nuevo se desarrollan. Las relaciones sociales que funcionaban en las condiciones viejas pero no en las nuevas se atrofian. Las relaciones que funcionan en las condiciones nuevas se fortalecen.

Los lugares que experimentan el pánico más severo y los peores desenlaces comparten ciertas características. Están densamente poblados. Tienen un costo de vida alto. Tienen poblaciones con lazos comunitarios débiles. Tienen una alta dependencia del sistema general para las necesidades diarias. Según estos criterios, las grandes áreas metropolitanas costeras estadounidenses están en lo alto de la lista de riesgo. Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, Boston, Washington DC, Seattle, Chicago y ciudades similares albergan poblaciones que son ricas en términos nominales pero expuestas en términos operativos, cuya comida viene de cadenas de suministro continentales, cuya agua depende del funcionamiento continuo de la infraestructura municipal, cuyo tejido social es delgado, cuyos marcos de sentido son débiles. Cuando el giro de la toma de conciencia ocurra en estas poblaciones, el pánico será severo.

Las dinámicas del entorno informativo moderno añaden al pánico una dimensión nueva que no estuvo presente en colapsos anteriores. Las redes sociales aceleran el pánico. Un video de estantes vacíos en un lugar llega a millones de personas en otro lugar en cuestión de minutos. El rumor de la quiebra de un banco se propaga más rápido de lo que las comunicaciones del propio banco pueden responder. Una escena de desorden en una ciudad siembra expectativas de desorden en otras ciudades. El entorno informativo que en tiempos normales ha venido creando ansiedad ambiental se convierte en acelerador del pánico en el colapso. La sincronización de conductas entre ciudades, que era rara en eras anteriores, es casi simultánea en el entorno moderno.

Esto tiene implicaciones para las clases de colapso que son probables. En eras anteriores, las disrupciones regionales podían contenerse mientras el resto del país brindaba apoyo. El apagón del noreste de 2003 se contuvo porque el resto del país funcionaba y podía enviar recursos. El huracán Katrina se contuvo porque el resto del país funcionaba y podía absorber refugiados. En el entorno moderno, con las redes sociales sincronizando las respuestas de la población, las disrupciones regionales corren el riesgo de desencadenar un pánico nacional que impida que la contención regional funcione. Las condiciones que habrían producido una crisis regional en 1980 producen una crisis nacional en 2026, por la velocidad de propagación de la información y por la tendencia de la población a reaccionar a la información sobre lugares distantes como si fuera información sobre su propia

situación.

Las decisiones de la gente ordinaria durante las etapas tempranas tienen consecuencias a nivel de sistema. La persona que continúa con calma la vida normal durante la etapa de regateo, mientras hace en silencio preparativos prudentes, contribuye a la estabilidad del sistema durante una ventana crítica. La persona que entra en pánico visiblemente contribuye a la aceleración del colapso. La mayoría de la gente no es consciente de esta dimensión de su conducta, pero importa significativamente. Una población que se maneja con compostura durante las etapas tempranas de una disrupción sería da a sus instituciones espacio para responder. Una población que entra en pánico priva a sus instituciones del espacio que necesitan.

Para los individuos que intentan navegar el colapso, esto implica una disciplina específica. La conducta visible debe mantenerse calmada y anodina. Los preparativos deben hacerse en privado y de manera progresiva, no dramática y pública. Los recursos no deben exhibirse de maneras que atraigan atención. Las publicaciones en redes sociales sobre la situación deben ser mínimas. La meta es navegar la situación sin contribuir a su aceleración y sin convertirse en blanco.

Esta disciplina es más difícil de lo que suena. El instinto de la gente moderna, en especial la que tiene presencia en redes sociales, es compartir sus reacciones a los acontecimientos. El instinto de las comunidades de afines es discutir qué está pasando y qué están haciendo al respecto. Ambos instintos contribuyen a las dinámicas que empeoran el colapso. Suprimirlos exige esfuerzo consciente y conducta disciplinada. Los hogares que practican esta disciplina en tiempos normales están mejor posicionados para mantenerla bajo tensión.

Las dinámicas del colapso social producen también un modo de falla específico de las comunidades prósperas que vale la pena examinar directamente. Las zonas ricas con lazos comunitarios débiles suelen desempeñarse peor durante el colapso que las zonas menos ricas con lazos más fuertes. Las zonas ricas tienen recursos pero ningún mecanismo de coordinación para usarlos. Los vecinos no se conocen. Las casas son grandes pero aisladas. Las instituciones locales son débiles porque los residentes pagan alternativas privadas. El gobierno local tiene capacidad limitada porque los residentes pueden pagar seguridad privada y servicios privados.

Cuando el sistema general falla, los recursos de la zona rica están dispersos entre hogares individuales, cada uno aislado de los demás. No hay comunidad que coordine la respuesta. No hay institución en la que los residentes confíen para organizar la defensa o la ayuda mutua. La riqueza que se tenía en forma financiera queda reducida. La riqueza que queda en forma física está concentrada en posesiones que no son productivas. El hogar tiene autos caros pero ningún mecánico. Electrónica cara pero ninguna fuente de energía. Ropa cara pero ninguna comunidad en la cual participar. El hogar rico descubre que la riqueza en ausencia de comunidad es una vulnerabilidad, no una ventaja.

La zona menos rica con lazos fuertes maneja la situación de otro modo. Los vecinos se conocen y se conocen desde hace años. La iglesia o el centro comunitario local ofrece un lugar de encuentro y un

mecanismo de coordinación. El cuerpo de bomberos voluntarios ha entrenado y organizado a los residentes. El gobierno local ha conservado capacidad porque los residentes han seguido involucrados. Los vínculos de obligación mutua que ligan a las personas en comunidad se activan. La gente comparte lo que tiene. Organiza la defensa colectiva si hace falta. Toma decisiones en conjunto. La comunidad funciona como unidad aun mientras el sistema general falla.

Esta no es una afirmación romántica. Está documentada en el registro real de cómo se han desempeñado las comunidades durante las disrupciones. La Gran Depresión golpeó a los vecindarios obreros con más dureza en términos financieros que a los ricos, pero los vecindarios obreros a menudo se mantuvieron unidos mejor en lo social. El apagón de Nueva York de 1977 produjo conductas muy distintas en vecindarios distintos, con la diferencia correlacionada con la cohesión social y no con la riqueza. La experiencia del huracán Katrina mostró a las zonas más ricas de Nueva Orleans recuperándose más rápido que las pobres en algunos aspectos, pero con un tejido comunitario más débil en otros. Los patrones son complicados, pero la observación general se sostiene. La cohesión es lo que determina cómo se desempeñan las comunidades bajo tensión, y la cohesión es en parte independiente de la riqueza.

Imagínese una comunidad cerrada y adinerada de casas grandes en lotes de varios acres, con residentes que interactúan sobre todo mediante avisos de la asociación de propietarios sobre infracciones en el cuidado del césped. Imagínese ahora un vecindario obrero de casas más pequeñas donde los residentes se conocen desde hace décadas, comparten el cuidado de los niños, asisten a las mismas iglesias, se reúnen en fiestas de cuadra y han respondido juntos a los problemas locales durante años. La primera comunidad se ve mejor en tiempos normales. La segunda maneja mejor la disrupción. Tras tres meses de colapso, los generadores de la comunidad adinerada se han quedado sin combustible, sus despensas están agotadas, sus guardias de seguridad se han marchado para estar con sus propias familias, y los residentes están aislados en sus casas preguntándose qué hacer. El vecindario obrero, que empezó con menos en términos absolutos, tiene la estructura social para seguir funcionando. Organizan huertos vecinales, comparten lo que cazan o pescan, se reparten los trabajos de reparación, organizan la defensa si hace falta y siguen funcionando como comunidad. Las ventajas de la comunidad adinerada son individuales y agotables. Las del vecindario obrero son colectivas y renovables.

Esta es una de las observaciones del análisis más difíciles de comunicar a personas que han pasado la vida construyendo riqueza y asumiendo que la riqueza brinda protección. La riqueza brinda protección en condiciones de funcionamiento normal. Brinda mucha menos protección en condiciones de falla del sistema. La protección en esas condiciones viene de la comunidad, y la comunidad es algo que el dinero no puede comprar. Los ricos que reconocen esto e invierten en lazos comunitarios reales antes de que se necesiten están en una posición distinta de la de quienes asumen que su riqueza por sí sola es suficiente.

El patrón que ha emergido en las situaciones reales de colapso del último siglo, desde el colapso postsoviético hasta las guerras yugoslavas, el Líbano, Siria, Afganistán y muchos otros casos, es que el

poder local llena el vacío que deja la autoridad central que falla. El poder local pueden ser instituciones religiosas. Pueden ser grupos étnicos. Pueden ser organizaciones paramilitares. Pueden ser empresas criminales. Pueden ser estructuras tribales. El carácter del poder local que emerge moldea la experiencia diaria de la población durante años.

Las zonas que tenían instituciones cívicas y religiosas fuertes antes del colapso tienden a desarrollar un poder local relativamente benigno. Las zonas que tenían instituciones débiles desarrollan un poder local más violento y depredador. El carácter del poder nuevo está prefigurado por el carácter de las instituciones existentes. Una comunidad cuya institución más fuerte antes del colapso es su iglesia, su sinagoga o su mezquita tiende a desarrollar un orden poscolapso en el que la autoridad religiosa es central y las reglas son aproximadamente las reglas de la tradición religiosa. Una comunidad cuya institución más fuerte es una organización criminal tiende a desarrollar un orden poscolapso en el que la organización criminal es el gobierno de facto y las reglas son las reglas de la organización criminal.

Para los individuos que eligen dónde vivir en los años previos a que el colapso se vuelva agudo, la pregunta por el poder local que emergería si el sistema general falla merece examinarse. Una comunidad con instituciones religiosas fuertes, vida cívica intacta y ayuda mutua visible está mejor posicionada que una comunidad sin estos rasgos. Una comunidad con empresas criminales activas que ya han establecido control territorial está peor posicionada. Los patrones son lo bastante predecibles como para informar las decisiones de ubicación de quienes pueden tomarlas.

La observación de cierre de este capítulo es que la dimensión humana del colapso no es primariamente una cuestión de suministros o destrezas, por importantes que sean. Es una cuestión de los patrones de confianza, cooperación y autoridad que existen entre las personas que enfrentan juntas la situación. Estos patrones se construyen, o no se construyen, a lo largo de años y décadas de vida ordinaria. No pueden construirse en la crisis. Están presentes cuando la crisis llega o no lo están, y su presencia o ausencia está entre los mayores determinantes de cómo se despliega realmente el colapso para quienes lo viven.

Las implicaciones para la preparación individual son claras. El trabajo de construir comunidad debe preceder al trabajo de almacenar suministros. El trabajo de incorporarse a instituciones religiosas o cívicas, o de fortalecerlas, debe estar en marcha antes de que las instituciones se necesiten. El trabajo de ser conocido y de gozar de la confianza de personas que ayudarían en una crisis debe hacerse en los tiempos normales, cuando la ayuda todavía no se necesita. No son preparativos glamorosos. No producen cosas que puedan fotografiarse o contarse. Pero son los preparativos que determinan los desenlaces más que ningún otro, y son los preparativos que más a menudo descuida la gente cuya comprensión de la preparación ha sido moldeada por la literatura supervivencialista que enfatiza la capacidad individual y los recursos materiales.

CAPÍTULO 11

El mito del búnker. Por qué la preparación aislada fracasa

Este capítulo aborda lo que quizá sea la conclusión individual más consecuente del análisis: que la imagen popular del preparacionista solitario con un complejo fortificado es un autoengaño peligroso, y que la unidad que realmente sobrevive al colapso es la comunidad de cincuenta a varios cientos de personas que se conocen, comparten compromisos y pueden funcionar como un todo coordinado. El capítulo examina los requisitos de trabajo, seguridad, destrezas y psicología de la supervivencia en un colapso sostenido, demuestra que ningún hogar aislado puede satisfacerlos, y recorre los ejemplos en funcionamiento de las comunidades anabaptistas y mormonas para mostrar cómo se ve en la práctica la preparación basada en la comunidad. La observación de cierre es que el trabajo de construir comunidad es trabajo de décadas, no de semanas, y que el hogar que ha hecho este trabajo descubre que la comunidad que ha construido es lo más valioso que posee.

Imagínese al hombre que ha construido el complejo. Está de pie en la luz de la mañana, en el lindero de su propiedad, contemplando lo que ha reunido. La casa está reforzada. Las cercas recorren el perímetro. Los paneles solares siguen al sol. El pozo es profundo. La despensa está llena. Las armas están limpias y cargadas. Ha pensado en cada contingencia. Ha pasado años y ha gastado un dinero considerable preparándose para lo que venga, y se propone capearlo desde esta posición. Está, según su propia evaluación y según los estándares de la cultura supervivencialista que ha moldeado su pensamiento, bien preparado.

También está equivocado. Casi todo en el modo en que ha organizado su preparación le fallará bajo las condiciones para las que se ha preparado. Las razones son específicas, y el registro histórico sobre la preparación aislada es lo bastante consistente como para que el fracaso pueda predecirse con confianza. La imagen del preparacionista solitario, su propiedad fortificada y sus suministros acumulados ha sido promovida por la literatura supervivencialista, por ciertas historias mediáticas prominentes sobre gente rica construyendo búnkeres y por una vertiente cultural estadounidense particular que enfatiza la autosuficiencia individual por encima de la comunidad. La imagen es atractiva porque sugiere que el esfuerzo individual y los recursos individuales pueden resolver el problema. No pueden, y el atractivo de la imagen es en sí mismo una forma de autoengaño que impide el trabajo real de preparación que sí importaría.

El registro histórico sobre la preparación aislada es consistente a través de los siglos y las culturas, y la consistencia apunta a una conclusión distinta. La preparación aislada fracasa. La unidad que sobrevive al colapso es la comunidad, no el búnker. Hay razones específicas para ello, enraizadas en lo que la supervivencia realmente exige en condiciones de colapso sostenido, y merecen examinarse directamente porque invierten los supuestos sobre los que descansa la mentalidad del búnker.

Considérense los requisitos de trabajo. Una propiedad capaz de sostener a una familia por un período prolongado requiere trabajo continuo para funcionar. La comida debe prepararse a partir de ingredientes almacenados, lo que es más trabajo del que aprecia quien no lo ha hecho. Los sistemas de agua deben mantenerse, con bombas inspeccionadas, filtros cambiados y tanques limpiados. Los sistemas de energía deben monitorearse, con baterías revisadas, paneles limpiados y generadores en mantenimiento. Los animales requieren cuidado diario, con alimentación, agua, vigilancia sanitaria y protección contra depredadores. Los huertos requieren atención continua, con siembra, deshierbe, riego, cosecha, conservación y resiembra. Las fortificaciones requieren inspección regular, con cercas remendadas, portones reparados y cerraduras aceitadas. La atención médica, cuando se necesita, requiere a alguien que pueda brindarla. La seguridad, que es continua, requiere a alguien despierto y alerta en todo momento.

Una familia de cuatro no puede mantener todas estas funciones indefinidamente. Cada adulto puede rendir quizá de ocho a diez horas de trabajo físico exigente por día antes de que la fatiga y el estrés se acumulen a niveles que producen errores y lesiones. Las funciones enumeradas suman mucho más de lo que dos adultos pueden sostener. Incluso con una división estricta del trabajo, la tarea excede las horas adultas disponibles, en particular cuando se requiere seguridad continua. La familia que intenta hacer todo esto por su cuenta se atrasa en múltiples funciones a la vez, y el efecto acumulado de atrasarse produce el fracaso en todas las funciones.

Considérense los requisitos de seguridad. Una propiedad con suministros sustanciales, en una región donde los suministros escasean, se convierte en blanco. Los defensores necesitan dormir. Los atacantes pueden esperar. Los defensores deben defender todos los accesos. Los atacantes pueden elegir cuál acceso usar. La asimetría favorece a los atacantes en cualquier escenario sostenido. Una fuerza militar o paramilitar entrenada, aun pequeña, puede tomar un complejo fortificado defendido por una familia de cuatro con relativa facilidad si está motivada para hacerlo. La historia de la guerra de asedio a lo largo de la historia humana es la historia de fortificaciones que terminan cayendo ante atacantes decididos. El complejo moderno no es la excepción. Las cercas pueden cortarse. Los portones pueden forzarse. Las cámaras pueden observarse y evitarse. A los defensores se los puede ir eliminando uno por uno o abrumarlos en momentos de fatiga.

Incluso frente a amenazas menos organizadas, la aritmética no favorece al complejo aislado. Una sola familia armada no es rival para un grupo de diez o veinte personas desesperadas que deciden que el complejo tiene lo que necesitan. La asimetría numérica puede compensarse parcialmente con posición, entrenamiento y equipo superiores, pero solo parcialmente, y solo frente a oponentes que no estén a su vez entrenados y organizados. En un colapso serio, las amenazas que enfrentarán los complejos incluirán oponentes entrenados y organizados, desde exmilitares caídos en desgracia hasta grupos criminales organizados que siempre estuvieron allí y estructuras de poder local que emergen cuando falla la autoridad central.

Considérense los requisitos de destrezas. Una propiedad capaz de autosuficiencia de largo plazo requiere una gama amplia de destrezas. Destrezas mecánicas para el mantenimiento de vehículos y equipos. Destrezas médicas para la atención rutinaria y de emergencia. Destrezas agrícolas para la producción y la conservación. Destrezas de construcción y reparación para los edificios. Destrezas defensivas. Destrezas de cocina con ingredientes almacenados, que es distinta de cocinar con comida comprada en la tienda. Cría de animales. Carpintería. Plomería. Trabajo eléctrico. Comunicaciones. Enseñanza, si la familia incluye niños. Resolución de conflictos y apoyo emocional. La lista sigue.

Ningún individuo tiene todas estas destrezas a alto nivel. Una familia de cuatro las tiene típicamente a un nivel adecuado para la vida normal, en la que pueden contratarse especialistas para todo lo que exceda lo básico. Cuando los especialistas ya no están disponibles, la familia descubre que las destrezas que tiene no son adecuadas para las condiciones que enfrenta. Incluso las familias que se han preparado en serio y han adquirido destrezas en múltiples categorías descubren que tienen brechas importantes cuando algo específico falla. Cuando la brecha se topa con un problema serio, la carencia se vuelve aguda.

Considérense los requisitos psicológicos. Vivir en una propiedad aislada y fortificada bajo amenaza continua es psicológicamente exigente. La vigilancia continua agota. La falta de contacto social desgasta a las personas. El miedo a lo que está ocurriendo afuera genera ansiedad. Los niños que crecen en esas condiciones enfrentan desafíos de desarrollo que los afectan de por vida. Los adultos enfrentan depresión, ansiedad, paranoia y las tensiones relacionales que produce estar atrapado indefinidamente con las mismas pocas personas.

Esto no es teórico. Está documentado en las experiencias de diversos grupos que han intentado la supervivencia aislada, desde cultos religiosos que se retiraron a complejos hasta extremistas políticos que intentaron la vida fuera de la red y preparacionistas ricos que efectivamente se mudaron a los búnkeres que construyeron. El patrón es consistente. En cuestión de meses, la tensión psicológica empieza a manifestarse. Al año, las relaciones de las que depende el complejo típicamente se están deteriorando. A los pocos años, el complejo a menudo ha sido abandonado o ha implosionado en conflicto familiar.

Compárese esto con una comunidad de cincuenta a varios cientos de personas en una zona defendible, con recursos y destrezas compartidos. La comunidad puede rotar los turnos de seguridad para que la gente duerma lo suficiente. Puede especializar el trabajo para que cada función tenga a alguien competente. Puede resistir ataques, porque los números con defensa coordinada vencen a los números con defensa individual. Puede absorber las fallas individuales, porque otros miembros de la comunidad las compensan. Puede sostenerse psicológicamente, porque las personas tienen contexto social, sentido compartido y apoyo mutuo. Puede transmitir destrezas entre generaciones, porque hay niños a quienes enseñar y mayores que les enseñen.

La comunidad de cincuenta a varios cientos no es un número arbitrario. Es aproximadamente el tamaño en el que la redundancia de destrezas, la división del trabajo, la capacidad de seguridad y el apoyo emocional pueden estar presentes a la vez, sin dejar de ser lo bastante pequeña para mantener las relaciones personales que ligan a las personas entre sí. Las unidades más pequeñas carecen de estas capacidades. Las más grandes empiezan a enfrentar problemas de coordinación que les impiden funcionar como unidades.

Este tamaño de comunidad ha sido la unidad operativa de la supervivencia humana durante casi toda la historia humana. La banda de cazadores-recolectores. La aldea agrícola. El clan. El vecindario en las ciudades premodernas. La congregación religiosa. La unidad militar. El asentamiento pionero. Cada uno tiene aproximadamente el mismo tamaño, porque ese es el tamaño que funciona. El énfasis de la era moderna en los individuos y las familias nucleares es una desviación de esta norma, hecha posible por la abundancia y la seguridad que los sistemas modernos proveen. Cuando esos sistemas fallan, la desviación se convierte en vulnerabilidad, y las poblaciones que mantuvieron la norma histórica quedan aventajadas.

Los relatos históricos de supervivencia en el colapso lo confirman de manera consistente. Las comunidades que sobrevivieron intactas al colapso soviético no eran familias aisladas con suministros acumulados. Eran aldeas, vecindarios urbanos o redes de familia extendida que mantuvieron la cohesión interna y compartieron los recursos. Las familias mormonas que atravesaron los períodos difíciles de fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte lo hicieron como parte de estructuras de barrio y estaca que organizaban sus esfuerzos. Las comunidades anabaptistas (la familia amplia de grupos cristianos que incluye a los amish del Viejo Orden, los huteritas y los menonitas conservadores, que remontan sus orígenes a la Reforma radical del siglo dieciséis, que practican el bautismo de adultos, la separación del mundo circundante, la ayuda mutua dentro de la comunidad y el rechazo selectivo de la tecnología moderna allí donde perturbaría su modo de vida; en conjunto suman hoy aproximadamente cuatrocientas mil personas en América del Norte y han venido creciendo con rapidez por sus altas tasas de natalidad y la alta retención de los hijos en la fe) que se han mantenido durante siglos lo han hecho como comunidades de decenas a cientos de familias con instituciones compartidas y fe compartida. Las aldeas italianas que salieron de la Segunda Guerra Mundial con sus comunidades intactas habían sido aldeas durante siglos antes de la guerra y siguieron funcionando como aldeas después de ella.

Las comunidades anabaptistas merecen aquí atención particular, porque ofrecen el ejemplo norteamericano más claro de cómo funciona realmente la supervivencia basada en la comunidad. Los amish del Viejo Orden, los menonitas y los huteritas han mantenido modos de vida que se aproximan mucho a lo que sería útil en el colapso. Viven en comunidades de típicamente veinte a doscientas familias. Producen localmente la mayor parte de su propia comida. Mantienen destrezas como la herrería, la carpintería, la costura, la agricultura, la cría de animales y la conservación de alimentos, que son de utilidad inmediata cuando los sistemas modernos fallan. Tienen estructuras religiosas y familiares fuertes que proveen sentido y obligación mutua. Tienen sistemas de ayuda mutua que

brindan auxilio a las familias que enfrentan enfermedad, lesiones u otras dificultades. Rechazan las tecnologías que perturbarían su modo de vida y aceptan solo las que juzgan útiles.

Las comunidades anabaptistas no son búnkeres. Son comunidades integradas que cumplen funciones que las unidades individualmente débiles no pueden cumplir. Cuando una familia amish necesita un granero, la comunidad se reúne para levantarlo. Cuando una familia amish enfrenta una emergencia médica que excede los recursos de la comunidad, los miembros contribuyen para financiar la atención. Cuando una familia amish pierde a su sostén principal por muerte o lesión, la comunidad se asegura de que la familia tenga comida y techo. Nada de esto depende del gobierno, de los seguros ni del dinero. Depende de que la comunidad funcione como comunidad. Y la comunidad funciona porque las personas que la integran se han comprometido unas con otras mediante la fe compartida, el trabajo compartido y la vida compartida a lo largo de años y décadas.

Dos limitaciones específicas del modelo anabaptista merecen reconocimiento directo, porque la propia lógica del marco las plantea y el análisis queda incompleto sin abordarlas.

La primera limitación es la integración comercial. Las comunidades anabaptistas no son economías cerradas. Venden productos agrícolas, lácteos, panificados, muebles, colchas, estructuras y trabajo calificado a la economía no anabaptista circundante, y el ingreso de esas ventas paga la tierra, los impuestos, el diésel que mueve los equipos que sí usan, la atención médica que compran a médicos de afuera y las herramientas y suministros específicos que no pueden fabricar por sí mismos. Quítense los compradores y el modelo queda tensionado. Las comunidades no colapsarían, porque producen la mayor parte de su propia comida y mantienen internamente una economía no monetaria robusta, pero enfrentarían una reducción de su estándar material y una crisis de efectivo que restringiría los impuestos sobre la tierra, la atención de salud y el pequeño número de necesidades importadas específicas de las que depende la comunidad. Es una exposición real, menor que la de un hogar profesional costero pero no nula.

La segunda limitación es más consecuente y es teológica antes que económica. Las comunidades anabaptistas son pacifistas. Esto no es incidental. Es un compromiso central de la tradición, que se remonta al siglo dieciséis y se ha sostenido sin interrupción desde entonces. Los amish del Viejo Orden, los huteritas y los menonitas conservadores por lo general no poseen armas de fuego para la defensa propia, no sirven en el ejército, no entablan demandas judiciales, no usan la violencia ni siquiera para proteger su propiedad o a sus familias. Las comunidades anabaptistas han sido asaltadas, perseguidas, robadas y asesinadas muchas veces a lo largo de los siglos, y no han respondido con la fuerza. Han sufrido la pérdida, han emigrado o han reconstruido.

En un colapso serio, esta es la vulnerabilidad. Una granja anabaptista próspera, con tierra productiva, comida almacenada, ganado en funcionamiento, familias intactas y prosperidad visible es, por la propia lógica del marco, un blanco. Los mismos rasgos que hacen a la comunidad resiliente hacia adentro la hacen atractiva hacia afuera. La comunidad no se defenderá con la fuerza. Depende de la

población no anabaptista circundante, de los alguaciles locales y del orden civil general para proveer la capa defensiva que la comunidad no provee por sí misma. Cuando las capas defensivas externas funcionan, como han funcionado en Pensilvania, Ohio, Indiana y los demás estados donde las comunidades anabaptistas se han establecido, el modelo produce una resiliencia extraordinaria. Cuando las capas externas fallan, el modelo queda expuesto.

El registro histórico confirma esta exposición. Las comunidades anabaptistas de la Ucrania y la Rusia soviéticas de los años veinte y treinta, que habían construido asentamientos agrícolas prósperos a lo largo del siglo anterior, fueron blanco de asaltantes criminales durante la guerra civil rusa y luego destruidas por las autoridades soviéticas durante la colectivización. Muchos fueron asesinados. Muchos murieron de hambre. Los sobrevivientes huyeron. Las comunidades habían sido modelos de productividad agrícola y de vida comunitaria intacta. Fueron destruidas porque el orden civil externo que las había protegido desapareció y las comunidades no tenían la capacidad interna de reemplazarlo.

La lección para los lectores no anabaptistas es por tanto más específica que la versión general. No es solo "construyan comunidades como estas". Es que la cohesión interna al estilo anabaptista funciona en una clase específica de entorno regional, la clase en la que la capa defensiva la proveen los vecinos armados, los alguaciles locales competentes y la estructura civil más amplia que las comunidades anabaptistas mismas se niegan teológicamente a construir. El marco predice que la posición más fuerte es la combinación: la cohesión interna al estilo anabaptista (familia intacta, vida económica productiva, destrezas tradicionales, comunidad densa, marco religioso, tecnología selectiva) más la capacidad defensiva que la tradición anabaptista declina proveer. Las comunidades que combinan ambas capas capearán condiciones que destruyen a las comunidades que tienen solo una. Cada elemento de la capa interna puede adoptarse parcialmente sin volverse anabaptista. Compromisos familiares más fuertes. Una economía del hogar más productiva. La adquisición de destrezas tradicionales. Una integración comunitaria más honda. Una práctica religiosa activa. Una adopción selectiva y no maximalista de la tecnología. A esto, el marco añade lo que los anabaptistas mismos no pueden añadir: capacidad defensiva organizada a nivel de la comunidad.

La cultura mormona de preparación para emergencias ofrece otro ejemplo instructivo, con especificidades distintas pero conclusiones estructurales similares. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días ha enseñado durante mucho tiempo a sus miembros a mantener almacenamiento de alimentos, reservas financieras y preparación de emergencia a nivel del hogar. La enseñanza es parte del marco religioso, incrustada en la doctrina de la autosuficiencia y la mayordomía que la Iglesia enfatiza. Se espera que los miembros mantengan al menos un suministro de alimentos para tres meses y un suministro de más largo plazo de artículos básicos, que a menudo se extiende a un año o más.

Pero la preparación mormona no es preparación aislada. Está emparejada con una estructura comunitaria extensa. El barrio (la congregación mormona local, típicamente de doscientos a quinientos miembros, que funciona como la unidad básica de la vida comunitaria mormona y se reúne

semanalmente para el culto y la convivencia), la congregación local de doscientos a quinientos miembros, se reúne cada semana y forma la unidad primaria de la vida comunitaria. Los miembros se conocen bien. El obispo (el líder laico de un barrio, típicamente un miembro local que sirve durante varios años sin remuneración mientras continúa con su ocupación ordinaria, con responsabilidad pastoral sobre los miembros y autoridad sustancial dentro de la congregación), un líder laico que sirve durante varios años, tiene la responsabilidad pastoral del barrio. La Sociedad de Socorro (la organización de mujeres de la Iglesia, fundada en 1842, que opera dentro de cada barrio para organizar la obra caritativa, la ayuda mutua y las actividades de bienestar que sostienen a los miembros necesitados), la organización femenina, organiza la ayuda mutua y el bienestar. Los sumos sacerdotes, el grupo de liderazgo masculino, coordinan los asuntos más amplios. La enseñanza en el hogar, en la que los miembros se visitan regularmente unos a otros, asegura que ningún miembro quede desconocido o sin apoyo.

La estaca (el nivel de organización mormona por encima del barrio, que comprende típicamente de cinco a doce barrios de una región y provee coordinación, capacitación y recursos más amplios de los que los barrios individuales pueden proveer; comparable a una diócesis en escala, aunque distinta en función), que comprende varios barrios de una región, provee el siguiente nivel de organización comunitaria. Las estacas mantienen almacenes del obispo (instalaciones mormonas regionales que guardan alimentos y suministros básicos para distribuirlos a los miembros necesitados, y que sirven como infraestructura práctica del programa de bienestar de la Iglesia; los almacenes reciben donaciones y productos de las granjas y los ranchos propiedad de la Iglesia, y distribuyen a través de los obispos, que pueden brindar asistencia a los miembros en dificultades) con alimentos y suministros básicos para la distribución de emergencia. Organizan capacidad de respuesta ante emergencias. Coordinan actividades comunitarias mayores. La estructura provee recursos y coordinación que ningún barrio individual podría igualar por sí solo.

La Iglesia en su conjunto mantiene recursos de bienestar sustanciales. Ranchos, granjas, instalaciones de producción de alimentos y depósitos propiedad de la Iglesia proveen un sistema alimentario paralelo que puede servir a los miembros en crisis. La Iglesia ha demostrado capacidad para responder con eficacia a desastres naturales y otras disrupciones, brindando un socorro que complementa o sustituye la respuesta del gobierno.

El resultado es que los hogares y las comunidades mormonas están posicionados para la disrupción de maneras en que muy pocas otras comunidades lo están. La combinación de preparación individual del hogar, estructura comunitaria a nivel de barrio, coordinación a nivel de estaca y recursos de toda la Iglesia provee múltiples capas de resiliencia. Una disrupción seria que devastaría a las comunidades no mormonas de la misma región afectaría a las comunidades mormonas significativamente menos, porque las estructuras preexistentes siguen funcionando.

Lo que otros pueden aprender del ejemplo mormón es similar a lo que pueden aprender del ejemplo anabaptista. No que todos deban volverse mormones, sino que las lecciones estructurales están

disponibles sin conversión. Las comunidades religiosas o seculares pueden adoptar prácticas similares: enseñanza explícita sobre la preparación del hogar, estructuras de ayuda mutua a nivel comunitario, capacidad de coordinación regional, integración de la preparación en la vida religiosa o comunitaria ordinaria en lugar de tratarla como algo separado de la vida normal.

La lección de estos ejemplos es que la preparación eficaz requiere tanto la capa física como la capa social. Cualquiera de las dos por sí sola es inadecuada. La capa física sin la capa social es un búnker, y los búnkeres fallan por las razones descritas arriba. La capa social sin la capa física es una comunidad sin recursos, y una comunidad sin recursos no puede sostenerse indefinidamente en condiciones de colapso. La combinación es lo que funciona, y la combinación debe construirse deliberadamente a lo largo de años, no improvisarse de prisa en la crisis.

Esto significa que los individuos ricos que han construido búnkeres en Nueva Zelanda, Wyoming u otros lugares remotos han malentendido fundamentalmente el modelo de amenaza. El búnker puede sostenerlos durante una disrupción breve, quizá semanas o unos pocos meses. No puede sostenerlos durante un colapso prolongado. El dueño rico del búnker que llega a su propiedad de Nueva Zelanda cuando comienza la disrupción descubre que la comunidad local lo mira como a un extraño, que el personal que contrató para mantener la propiedad puede no quedarse cuando sus propias familias estén en riesgo, que los suministros que acumuló se agotan con el tiempo, y que la seguridad que contrató depende del pago continuo en una moneda que puede no conservar su valor. Al cabo de un año, el dueño del búnker que se imaginaba protegido ha descubierto que su protección era ilusoria.

Los ricos que se están posicionando correctamente intentan algo distinto. No están construyendo búnkeres. Están tratando de integrarse en comunidades funcionales existentes. Están comprando propiedades rurales en regiones como Montana, Idaho, Wyoming, el Oeste de las Montañas en general. Están pasando tiempo en esas comunidades, contribuyendo a las instituciones locales, contratando trabajadores locales, apoyando las escuelas y las iglesias locales. Están haciendo el trabajo lento de volverse parte de comunidades establecidas, en lugar del trabajo rápido de construir propiedades defendibles propias.

Esta estrategia funciona cuando funciona y fracasa cuando fracasa, y las condiciones que determinan cuál desenlace se obtiene merecen nombrarse directamente. La estrategia funciona cuando el migrante llega con paciencia, acepta que la comunidad ya tiene su propia estructura y su propio liderazgo, contrata localmente en lugar de importar personal, envía a sus hijos a las escuelas locales, asiste a las iglesias locales si es religioso o se mantiene fuera de las instituciones religiosas si no lo es, y se abstiene de intentar remodelar la comunidad en direcciones que la población local no pidió. La integración en estos términos puede lograrse en cinco a diez años y produce una pertenencia real.

La estrategia fracasa cuando el migrante llega con el supuesto de que la riqueza compra la pertenencia, construye un complejo en las afueras del pueblo en lugar de unirse al pueblo, trae seguridad privada que separa visiblemente al hogar de los vecinos, envía a sus hijos a internados en otra

parte y propone a la comunidad mejoras que los locales viven como condescendencia. El migrante rico que intenta la integración de esta manera no es absorbido. Se convierte en un extraño tolerado cuyo dinero es bienvenido y cuya persona no lo es. En el colapso, la diferencia importa. El migrante absorbido tiene vecinos que se movilizarán cuando las condiciones lo exijan. El extraño tolerado tiene una propiedad en una región que ha decidido defenderse primero a sí misma y al extraño no defenderlo en absoluto.

La estrategia fracasa también a escala, al margen de la conducta individual, cuando los migrantes ricos llegan en números que exceden la capacidad de absorción de la comunidad receptora. El patrón es visible en Bozeman, en Jackson Hole, en partes de Idaho y Tennessee que han visto flujos sustanciales desde 2020. Las poblaciones locales han respondido con precios de vivienda en alza que desplazan a los residentes de larga data, con tensión política entre recién llegados y nativos, y con la clase de resentimiento que no se convierte en conflicto abierto en tiempos normales pero que en un colapso serio moldearía a quién se defiende y a quién no. Incluso los migrantes individuales que se comportan correctamente pueden ser arrastrados por el resentimiento que el flujo agregado ha producido.

El patrón de migración desde California, Nueva York e Illinois hacia Texas, Florida, Tennessee, Idaho, Wyoming y destinos similares es observable desde hace más de una década y se ha acelerado desde 2020. La migración no está impulsada solo por los impuestos, aunque las consideraciones fiscales son parte de ella. Está impulsada también por el reconocimiento de que ser parte de una comunidad funcional importa más que vivir en una zona rica. Pero el reconocimiento por sí solo no garantiza la integración. La integración depende de lo que el migrante hace después de llegar, y de si los migrantes llegan en números que la comunidad receptora pueda absorber sin perder el carácter que hizo que valiera la pena migrar hacia ella en primer lugar.

El principio escala. Del individuo a la familia y a la comunidad de cincuenta a varios cientos. La unidad que sobrevive es la comunidad a esta escala. Por encima de varios cientos, la coordinación se vuelve difícil y la unidad empieza a fragmentarse en unidades menores dentro de ella. Por debajo de unos treinta, la unidad carece de la redundancia y las destrezas para manejar desafíos serios. El tamaño que funciona es el tamaño en el que los seres humanos han evolucionado para funcionar, y las condiciones del colapso revelan este tamaño como la unidad operativa aun cuando la civilización más amplia se haya organizado a escalas muy distintas.

Para un individuo o una familia que decide cómo prepararse, este análisis señala una prioridad clara. Encontrar o construir comunidad primero. Todo lo demás es secundario respecto de esto. La comunidad puede ser religiosa, étnica, familiar o de base geográfica. Puede estar en un pueblo específico o en un vecindario específico. Puede ser una comunidad de educación en el hogar, una comunidad de iglesia, un arreglo de familia extendida multigeneracional o una comunidad intencional deliberada. La forma importa menos que la sustancia, y la sustancia es personas que se conocen, que se han comprometido unas con otras, que han compartido sentido y trabajo a lo largo de años, y que se movilizarían unas por otras cuando las condiciones lo exigieran.

El trabajo de construir comunidad es trabajo de décadas, no de semanas. No puede lograrse en la crisis. Debe hacerse en los tiempos normales, cuando las relaciones todavía no se necesitan, cuando los compromisos parecen opcionales, cuando el trabajo se siente menos urgente que otras prioridades. El hogar que hace este trabajo descubre que la comunidad que ha construido es lo más valioso que posee. El hogar que no lo hace descubre, en la crisis, que todos los demás preparativos que hizo son inadecuados sin la comunidad en la cual usarlos.

Esta es la conclusión central de este capítulo, y está entre las más importantes de este libro. Los búnkeres fallan. Las comunidades tienen éxito. El trabajo de preparación es primariamente el trabajo de construir comunidad, con la preparación material como actividad secundaria de apoyo. El énfasis cultural en la autosuficiencia individual ha producido una generación de preparacionistas que han invertido estas prioridades, con una preparación material extensa construida alrededor de hogares aislados que carecen de lazos comunitarios. La inversión no funciona, y los capítulos que siguen desarrollan en detalle el enfoque que sí funciona, con la comunidad como fundamento y la preparación material como el apoyo que la comunidad despliega.

PARTE CUARTA: ANÁLISIS GEOGRÁFICO Y CIVILIZATORIO

CAPÍTULO 12

El marco de los impulsores de supervivencia

Este capítulo introduce el marco analítico que el resto de la Parte Cuarta aplicará: siete impulsores específicos que determinan si las poblaciones y los lugares pueden sostenerse en condiciones de disrupción severa. La autosuficiencia calórica, la autosuficiencia hídrica, la coherencia defensiva, la cohesión social y el marco de sentido, la legitimidad de la gobernanza, la distribución de destrezas y la disposición psicológica para la complejidad reducida. El marco descansa en primeros principios, no en la convención. A menudo invierte las clasificaciones producidas por las métricas estándar de desarrollo, con las sociedades ricas y modernizadas puntuando mal y las sociedades tradicionales más pobres puntuando bien. El capítulo cierra con una lista de verificación que el lector puede aplicar a su propia ubicación, su comunidad, sus destrezas y su disposición psicológica, con el reconocimiento de que la puntuación honesta es la condición previa de la acción.

Las medidas convencionales del éxito nacional tienen una cosa en común: todas asumen que las condiciones que produjeron esas medidas continuarán. El producto interno bruto per cápita, la riqueza financiera, la sofisticación tecnológica, las tasas de urbanización, la integración en los mercados globales: todas nos dicen a qué países les fue bien durante los últimos cuarenta años de condiciones globales estables y comercio global en expansión. Nos dicen poco sobre a qué países les irá bien durante los próximos veinte en condiciones que pueden divergir bruscamente del pasado.

El lector que piensa en su propio posicionamiento, o en el de su familia o su comunidad, necesita un marco distinto. Un marco que no asuma que las condiciones del pasado continuarán. Un marco que pregunte qué necesitan realmente las poblaciones para sobrevivir en condiciones en las que el sistema global moderno ya no provee de manera confiable lo que las poblaciones necesitan, y que identifique los rasgos de las poblaciones y los lugares que les permiten proveerse a sí mismos.

Hay siete impulsores de esa clase. Cada uno es necesario, ninguno es suficiente por sí solo, y las posiciones más fuertes combinan los siete. Las posiciones más débiles carecerán de uno o más, y las brechas específicas determinan cómo quedará expuesta la población cuando las condiciones la tensionen.

El primer impulsor es la autosuficiencia calórica. ¿Puede la unidad de población alimentarse con recursos locales sin insumos externos continuos? Este es el piso biológico. Una población que no puede alimentarse depende del funcionamiento continuo de cadenas de suministro que pueden no funcionar. Una población que puede alimentarse puede sobrevivir incluso a disrupciones severas de los demás sistemas. La pregunta no es si hay comida disponible en tiempos normales, cuando el comercio global lleva comida a todas partes. La pregunta es si existe producción local de alimentos a escala suficiente para alimentar a la población local si el comercio global se perturba.

La mayoría de las poblaciones occidentales modernas reprobaría esta prueba. La población estadounidense produce en conjunto más comida de la que consume, pero la producción está concentrada en regiones agrícolas que no son donde vive la mayoría de la gente, y la distribución depende del funcionamiento continuo de cadenas de suministro largas. La ciudad de Nueva York no produce esencialmente nada de su propia comida. Los Ángeles produce muy poca. La mayoría de las grandes áreas metropolitanas estadounidenses produce menos del cinco por ciento de lo que consumen sus residentes. Según el criterio de la autosuficiencia calórica, estos lugares son extremadamente vulnerables. Las zonas rurales con agricultura local activa son mucho menos vulnerables, porque producen lo suficiente para alimentarse a sí mismas y a sus alrededores inmediatos aunque las cadenas de suministro más amplias fallen.

A nivel global, la situación varía enormemente. Rusia, Brasil, India, buena parte del Sudeste Asiático y porciones significativas de África tienen poblaciones que conservan una producción agrícola significativa a escala local. Los Estados del Golfo, Japón, Corea del Sur, buena parte de Europa occidental y otras economías altamente urbanizadas tienen poblaciones cuya seguridad alimentaria depende por entero del comercio global. Los países que puntúan alto en autosuficiencia calórica no son siempre los que puntúan alto en las métricas estándar de desarrollo, y la divergencia es informativa.

El segundo impulsor es la autosuficiencia hídrica. El agua para beber, limpiar, sanear y cultivar es enorme en volumen y requiere lluvias confiables, agua superficial o agua subterránea accesible sin bombeo industrial. La infraestructura hídrica que depende de electricidad continua para bombear de pozos o ríos falla cuando la electricidad falla. Los sistemas de agua que funcionan por gravedad, manantiales o bombas manuales siguen funcionando de todos modos. La pregunta por la autosuficiencia hídrica es por tanto en parte una pregunta por la disponibilidad de agua y en parte por la infraestructura del agua.

Las regiones más secas del mundo (Oriente Medio, partes del norte de África, partes del suroeste estadounidense, partes de Australia) puntúan mal en este impulsor, porque su agua depende de una infraestructura continua e intensiva en energía para extraerla de acuíferos profundos o desalinizarla del mar. Las selvas tropicales, las zonas templadas con lluvias confiables, las regiones con abundante agua superficial (buena parte de América del Sur, el sureste de Estados Unidos, partes de Europa, buena parte del Sudeste Asiático) puntúan mejor.

Dentro de las regiones, los lugares específicos varían. Una propiedad en el lluvioso Noroeste del Pacífico, con un arroyo y un pozo de bomba manual, está en una posición distinta de una propiedad en la California interior seca con un pozo eléctrico profundo. La variación importa a nivel del hogar tanto como a nivel del país.

El tercer impulsor es la coherencia defensiva. ¿Puede la unidad de población impedir la depredación organizada? Esto requiere gente, organización, armas y disposición a usarlas. Requiere también legitimidad, el acuerdo social interno de que la violencia en defensa es justa cuando se

necesita. Las comunidades que tienen todo esto pueden defenderse. Las comunidades que carecen de ello son vulnerables a las fuerzas que emerjan con la capacidad y la disposición de tomar lo que las comunidades tienen.

La población estadounidense es única en el mundo desarrollado por la amplitud de la posesión civil de armas, con aproximadamente cuatrocientos millones de armas de fuego en manos privadas en una población de trescientos treinta millones. La capacidad defensiva estadounidense, en materia prima, es enorme. Que esa materia prima esté organizada en capacidad defensiva efectiva varía según la comunidad. Algunas comunidades tienen una fuerte tradición de ciudadanía armada emparejada con coordinación efectiva a través de iglesias, oficinas del alguacil, cuerpos de bomberos voluntarios e instituciones similares. Esas comunidades podrían organizar una defensa efectiva contra la mayoría de las amenazas. Otras comunidades tienen armas limitadas o coordinación limitada, y serían más vulnerables.

Las poblaciones europeas tienen condiciones muy distintas. La posesión civil de armas está restringida en la mayoría de los países. La capacidad defensiva de las poblaciones es correspondientemente limitada. La dependencia de las fuerzas de seguridad del Estado es mucho mayor. Cuando las fuerzas de seguridad del Estado están estiradas o comprometidas, las poblaciones europeas tienen menos recursos para la defensa propia que las estadounidenses.

El cuarto impulsor es la cohesión social y el marco de sentido. Es el impulsor más hondo y más consecuente, y se ha discutido extensamente en los capítulos anteriores. Las poblaciones bajo tensión se mantienen unidas o se fragmentan en función de factores que incluyen el marco religioso, la estructura familiar, la identidad compartida, el propósito común y la red de relaciones entre los miembros de la comunidad. Las poblaciones con estos factores se mantienen a través de la penuria a tasas dramáticamente más altas que las poblaciones sin ellos.

La variación de la cohesión social entre países y regiones es grande y no siempre está correlacionada con otras medidas de desarrollo. Italia, por PIB per cápita, es mucho más rica que el México rural. Por cohesión social, la aldea rural mexicana a menudo puntúa más alto, porque la aldea conserva estructuras familiares intactas, vida religiosa intacta y organización comunitaria intacta que las poblaciones urbanas italianas más modernizadas han perdido. La relación entre modernización y cohesión social es complicada y varía según la población específica, pero el patrón general es que la alta modernización tiende a producir una cohesión social reducida mediante mecanismos específicos (la movilidad, el individualismo, la secularización, el debilitamiento de las estructuras familiares) que operan de manera similar en todas las culturas.

El quinto impulsor es la legitimidad de la gobernanza. ¿Puede la unidad de población tomar decisiones que sus miembros acepten como vinculantes? En el colapso, las estructuras formales de autoridad a las que la gente ordinaria se somete en tiempos normales suelen perder su efectividad. El gobierno federal no puede hacer cumplir sus decisiones si su capacidad de ejecución está reducida. El

gobierno estatal puede enfrentar las mismas restricciones. La pregunta es qué autoridad acepta la población cuando las autoridades formales no pueden hacer cumplir sus decisiones.

Las comunidades con autoridad informal fuerte (líderes religiosos, mayores de la comunidad, figuras locales respetadas) pueden tomar decisiones que los miembros aceptan. Las comunidades sin esa autoridad informal enfrentan problemas en los que cada decisión se disputa, cada acción requiere un consenso amplio que no puede alcanzarse, y la comunidad no puede actuar colectivamente ni siquiera cuando la acción colectiva se necesita. La presencia o ausencia de autoridad informal legítima es un predictor sustancial de cómo se desempeñan las comunidades en condiciones en las que la autoridad formal está reducida.

El sexto impulsor es la distribución de destrezas. ¿Tiene la población, distribuidas entre sus miembros, las destrezas prácticas necesarias para mantener la vida en condiciones reducidas? Las destrezas incluyen la agricultura, la cría de animales, la conservación de alimentos, la reparación mecánica, la atención médica básica, la construcción, la defensa, la enseñanza y muchas otras. No son destrezas glamorosas en el entorno profesional moderno, pero son las destrezas que importan cuando el entorno profesional moderno ya no es el contexto relevante.

La pregunta por la distribución de destrezas es afilada en las poblaciones occidentales modernas. La clase profesional y gerencial tiene destrezas que dependen por completo del sistema moderno. El abogado, el consultor, el ejecutivo de marketing, el analista financiero, el académico, el periodista: todos tienen destrezas valiosas en condiciones normales e inútiles en condiciones en las que el sistema moderno ha fallado. El plomero, el electricista, el agricultor, el soldador, el paramédico, el carpintero, el mecánico tienen destrezas que conservan su valor a través de las condiciones. La valoración relativa de estas destrezas en tiempos normales y en el colapso es dramáticamente distinta, y las destrezas que han sido subvaloradas en la jerarquía de la clase profesional moderna resultan ser las que importan cuando las condiciones cambian.

El séptimo impulsor es la disposición psicológica para la complejidad reducida. ¿Puede la población aceptar vivir a un estándar material más bajo? Las poblaciones cuya imagen de sí y cuyo sentido vital están contruidos alrededor de la abundancia moderna viven la privación como catástrofe incluso cuando la privación es moderada. Las poblaciones cuyas vidas siempre han transcurrido a estándares materiales más bajos viven la privación moderada como dificultad ordinaria y no como catástrofe.

Este impulsor es en parte cultural y en parte experiencial. Las poblaciones que han vivido la penuria en la memoria viva (las poblaciones de Europa del Este que vivieron el colapso soviético, la población griega que vivió su crisis financiera, la población libanesa que ha vivido múltiples interrupciones económicas, la población argentina que ha vivido crisis monetarias repetidas, la población rusa que ha vivido múltiples interrupciones) han desarrollado una disposición psicológica de la que carecen las poblaciones que solo han vivido la abundancia. La población estadounidense, con la

excepción parcial de quienes vivieron la Gran Depresión, no ha experimentado una reducción material sostenida en la memoria viva. El ajuste psicológico, cuando llegue, será sustancial.

Estos siete impulsores no pesan igual. La autosuficiencia calórica y la hídrica son necesarias; sin ellas, los demás no importan, porque las poblaciones que no pueden alimentarse y abastecerse de agua no estarán presentes el tiempo suficiente para que los demás impulsores se apliquen. La cohesión social y el marco de sentido es el siguiente más decisivo, porque las poblaciones que se fragmentan bajo presión no pueden mantenerse por muchos recursos que tengan. La coherencia defensiva se necesita para proteger lo que la población ha construido y producido. Los impulsores restantes, la legitimidad de la gobernanza, la distribución de destrezas y la disposición psicológica, son amplificadores que marcan la diferencia entre un posicionamiento adecuado y uno excelente.

Cuando aplicamos este marco a lugares específicos, los resultados a menudo invierten las expectativas producidas por las métricas estándar de desarrollo. Las sociedades ricas y modernizadas suelen puntuar mal en los impulsores de supervivencia. Las sociedades tradicionales más pobres suelen puntuar bien. Los países que el pensamiento moderno del desarrollo ha considerado atrasados resultan a menudo ser los países mejor posicionados para las condiciones que vienen. Los países que se han considerado modelos de éxito resultan a menudo ser los más expuestos.

Considérese un experimento mental. Imagínense dos poblaciones que enfrentan condiciones idénticas de colapso. La Población A es una comunidad suburbana estadounidense adinerada en una gran área metropolitana. La Población B es una pequeña aldea mexicana del altiplano central. En tiempos normales, la Población A es más rica, más sana, más longeva, más educada, más cómoda y más conectada a la cultura global que la Población B según todas las medidas estándar. En el colapso, la Población A enfrenta desafíos que la Población B no enfrenta. La Población A no puede alimentarse, porque no produce comida localmente. La Población B en gran medida sí puede, porque la agricultura de la aldea produce la mayor parte de lo que los aldeanos comen. La Población A tiene lazos comunitarios débiles, porque los residentes apenas conocen a sus vecinos. La Población B tiene redes densas de parentesco y amistad construidas a lo largo de generaciones. La Población A tiene un marco de sentido débil, porque la mayoría de los residentes es mínimamente religiosa. La Población B tiene una vida religiosa católica intacta que sitúa la penuria dentro de un marco dotado de sentido. La Población A tiene destrezas útiles solo dentro del sistema moderno. La Población B tiene destrezas directamente aplicables a las condiciones nuevas. La Población A tiene disposición psicológica solo para la abundancia continuada. La Población B tiene disposición psicológica para la clase de condiciones difíciles que la aldea ha conocido periódicamente a lo largo de generaciones.

Tras tres meses de colapso, la Población A está en serios problemas. A los seis meses, la situación es desesperada. A los dos años, la Población A ha experimentado una reducción significativa de su población, una transformación social dramática y una pérdida sustancial de los recursos que la hacían rica en primer lugar. La Población B ha sido golpeada, pero funciona. La población está alimentada, la comunidad está intacta, el marco de sentido se sostiene y la aldea ha seguido siendo una aldea. La

población materialmente más pobre ha superado dramáticamente, en términos de supervivencia, a la materialmente más rica.

Este experimento mental no es meramente hipotético. Describe aproximadamente lo que ocurrió durante el colapso soviético en distintas partes de la antigua Unión Soviética. Las poblaciones urbanas de Moscú y otras grandes ciudades, que habían sido las partes más modernizadas del sistema soviético, experimentaron el colapso con mayor severidad. Las poblaciones rurales, que habían conservado aldeas intactas y agricultura local intacta, lo experimentaron con menor severidad. Los ricos según los estándares soviéticos se volvieron pobres. Los pobres según los estándares soviéticos continuaron aproximadamente al mismo nivel, con la diferencia de que ahora tenían más libertad política pero menos apoyo central.

El mismo patrón se observó en las guerras posyugoslavas, en los colapsos económicos libaneses, en las crisis argentinas repetidas y en muchos otros casos. El patrón es lo bastante consistente como para informar las expectativas sobre lo que ocurriría en otros lugares que enfrentaran condiciones similares.

El marco ayuda también a explicar por qué la preparación no puede ser puramente individual. Un individuo rico en una comunidad frágil no puede alcanzar el perfil de supervivencia de un individuo modesto en una comunidad resiliente. La comunidad provee la cohesión social, la autoridad local, la distribución de destrezas y el marco de sentido que ningún individuo puede construir solo. El individuo rico que intenta la preparación aislada carece de la mayoría de los impulsores que determinan los desenlaces. El individuo modesto en una comunidad fuerte tiene acceso a todos ellos a través de la comunidad, incluso sin grandes recursos personales.

Esta es una de las conclusiones más difíciles de comunicar a la gente cuyo modelo mental asume que la riqueza es el determinante primario de los desenlaces. La riqueza ayuda, pero la riqueza por sí sola es insuficiente. La comunidad es la unidad operativa, y unirse a una comunidad o construirla es más importante para el posicionamiento de supervivencia que acumular recursos individuales.

Para los lectores que piensan en su propio posicionamiento, el marco ofrece una lista de verificación. ¿Dónde vive usted? Puntúe la ubicación en cada uno de los siete impulsores. ¿Dónde viviría si tuviera que reubicarse? Puntúe la alternativa en los mismos impulsores. ¿Cuál es su comunidad? ¿Está usted integrado en una con cohesión fuerte y marco de sentido intacto? ¿Qué destrezas tiene? ¿Son útiles solo dentro del sistema moderno, o algunas son aplicables a través de las condiciones? ¿Cuál es su disposición psicológica? ¿Ha reflexionado sobre lo que las condiciones reducidas significarían realmente para usted?

La puntuación honesta en estas preguntas, para la mayoría de los lectores profesionales modernos, será incómoda. La mayoría descubrirá que está en lugares que puntúan mal, en comunidades que son débiles, con destrezas que son estrechas y una disposición psicológica que no ha sido puesta a prueba. La puntuación honesta es la condición previa de la acción. Reconocer dónde está uno parado realmente es el primer paso para mejorar la posición. Los capítulos que siguen desarrollan en detalle las acciones

que pueden mejorar el posicionamiento en cada uno de los impulsores, con el reconocimiento de que el trabajo toma años y de que empezar ahora importa más que la velocidad de los pasos siguientes.

CAPÍTULO 13

Análisis región por región

Este capítulo aplica el marco de los impulsores de supervivencia a las grandes regiones del mundo, recorriendo Rusia, China, Europa occidental, Europa del Este, Estados Unidos, Oriente Medio, Asia meridional y central, Asia oriental y sudoriental, África y América Latina. El análisis es necesariamente condensado; podrían escribirse libros enteros sobre cada región. El propósito es ofrecer información suficiente para orientar el pensamiento, en particular para los lectores que están considerando reubicarse o que quieren entender el cuadro global en el que su propia posición está inserta. Varias de las conclusiones serán incómodas para lectores condicionados por los medios occidentales. Rusia puntúa más alto de lo que el análisis estándar reconoce. Los petroestados del Golfo puntúan en el fondo absoluto. La India rural y el Vietnam rural puntúan por encima de las metrópolis occidentales ricas. El patrón que emerge es que los impulsores de la supervivencia en el colapso son en gran medida el inverso de los impulsores del éxito en la modernidad.

Un análisis regional a este nivel de compresión no puede hacer justicia a ninguno de los lugares que cubre. Podrían escribirse libros enteros sobre cada región, y se han escrito. El propósito de este capítulo es más limitado y más práctico: recorrer las grandes regiones y países con el marco de los impulsores de supervivencia como lente, con la especificidad suficiente para orientar el pensamiento de los lectores que están considerando reubicarse o que quieren entender el cuadro global en el que su propia posición está inserta. El análisis se concentra en lo que cada región ofrece en términos de las condiciones para la supervivencia de la población en el colapso, no en lo que cada región ofrece en tiempos normales.

Rusia

Rusia es el país más consistentemente subestimado del análisis occidental. La prensa occidental ha pasado décadas describiendo a Rusia como atrasada, corrupta, en declive e irrelevante. Las descripciones pasan por alto los hechos clave que hacen a Rusia distintiva en el marco de los impulsores de supervivencia.

Según el marco de los impulsores de supervivencia, Rusia puntúa alto en la mayoría de las dimensiones. La autosuficiencia calórica es alta y creciente. El país ha invertido fuertemente en desarrollo agrícola desde 2014, cuando las sanciones occidentales por Crimea empujaron a Rusia hacia la autosuficiencia alimentaria como prioridad estratégica. Rusia es hoy el mayor exportador de trigo del mundo y produce más grano del que su población consume. El sistema de las dachas (la institución rusa por la cual la mayoría de los hogares urbanos mantiene una pequeña parcela de tierra fuera de la ciudad, típicamente de unos cientos de metros cuadrados con una cabaña modesta, donde las familias cultivan verduras y frutas y a veces crían animales pequeños; el sistema sobrevivió a todo el período soviético y a la era postsoviética y hoy provee producción alimentaria suplementaria a aproximadamente la mitad de los hogares rusos, funcionando como una economía alimentaria paralela que opera con

independencia de la agricultura comercial), en el que aproximadamente la mitad de los hogares rusos cultiva porciones significativas de su propia comida en parcelas pequeñas, provee un sistema paralelo de producción de alimentos que opera con independencia del sector comercial. Aunque el sector comercial se viera perturbado, los hogares rusos tendrían acceso a la comida que ellos mismos cultivan.

La autosuficiencia hídrica de Rusia es alta. El país tiene más agua dulce que ningún otro, con ríos mayores, lagos abundantes y aguas subterráneas sustanciales. La infraestructura hídrica es más vieja y menos eficiente que la occidental, pero no depende de una operación continua de alta energía del modo en que dependen las regiones sujetas a la desalinización.

La coherencia defensiva es alta. El ejército ruso, pese a las dificultades de la campaña de Ucrania, ha demostrado la capacidad de absorber bajas y pérdidas de equipo significativas sin dejar de funcionar. La población rusa ha sido movilizad, con porciones sustanciales en servicio o como reservistas con entrenamiento. La disposición a defender el país, contra amenazas externas o internas, está ampliamente compartida en la población.

La cohesión social entre los rusos étnicos es fuerte y ha sido fortalecida por el conflicto de Ucrania. La identidad nacional rusa, el marco religioso ortodoxo ruso y la memoria histórica compartida proveen un terreno común para la mayoría de la población. La Iglesia ortodoxa lleva treinta años creciendo y es hoy sustancial en toda la población, con práctica activa en particular en las zonas rurales y en las generaciones mayores. La gobernanza rusa, aunque autoritaria según los estándares occidentales, es ampliamente legítima entre los rusos étnicos, que la ven como protección frente a amenazas que consideran reales.

La distribución de destrezas en Rusia es alta en términos absolutos. El sistema educativo soviético produjo capacidades técnicas y prácticas fuertes que nunca se perdieron del todo. La cultura de la dacha significa que muchos rusos tienen destrezas agrícolas prácticas. El entrenamiento militar generalizado significa que muchos tienen destrezas básicas de supervivencia y defensa. El hogar ruso ordinario tiene más capacidad práctica que el hogar suburbano estadounidense ordinario.

La disposición psicológica para la complejidad reducida es alta. La población ha vivido múltiples disrupciones económicas en la memoria reciente, incluidos el colapso soviético, la crisis financiera de 1998, las sanciones posteriores a 2014 y el aislamiento posterior a 2022. Los rusos no esperan que las cosas sean fáciles. Llevan décadas ajustándose a condiciones difíciles.

Rusia estaría entre los grandes países más resilientes en un colapso global serio. Esta conclusión sorprenderá a los lectores occidentales condicionados a ver a Rusia primariamente como una amenaza o como un Estado atrasado. La conclusión no es un juicio normativo sobre la política rusa ni sobre la corrección de la política exterior rusa. Es una observación analítica sobre los rasgos estructurales de la población y el territorio.

China

China es el caso más complejo, y el más consecuente globalmente por su escala. El país contiene a la vez las condiciones para una alta resiliencia y las condiciones para una fragilidad severa, distribuidas entre regiones y poblaciones distintas.

La autosuficiencia calórica de China ha venido declinando. China importa cantidades masivas de grano, soya, carne y otros productos agrícolas de Estados Unidos, Brasil, Argentina, Australia y otros países. La dieta china se ha desplazado dramáticamente en las últimas décadas, de una dieta primariamente vegetal a una con sustancialmente más carne, que requiere muchos más insumos agrícolas para sostenerse. Si el comercio global de productos agrícolas se viera perturbado, la población china enfrentaría un ajuste significativo. Las regiones agrícolas del interior podrían alimentarse a sí mismas y podrían alimentar a porciones sustanciales de la población urbana, pero a niveles calóricos más bajos que aquellos a los que la población está hoy acostumbrada.

El estrés hídrico en China es severo en las grandes regiones agrícolas, en particular el norte. La llanura del Norte de China, donde se produce buena parte del grano chino, depende de agua de acuíferos que lleva décadas agotándose más rápido de lo que se recarga. El Proyecto de Trasvase de Agua Sur-Norte (el esfuerzo masivo de ingeniería chino, comenzado en 2002 y aún en construcción, para mover agua desde el sur húmedo del país hacia el norte seco a través de tres grandes rutas de canales que juntas representan el mayor proyecto de trasvase de agua jamás intentado; el proyecto atiende la escasez estructural de agua de la llanura del Norte de China a un costo enorme y con requerimientos continuos de energía que dependen del funcionamiento de la infraestructura central), el esfuerzo masivo de ingeniería para mover agua del sur al norte, atiende parte del problema pero es en sí mismo intensivo en energía y depende del funcionamiento continuo de la infraestructura central. En un colapso serio, la situación del agua en el norte de China se volvería aguda rápidamente.

La coherencia defensiva en China es alta a nivel del Estado y débil a nivel de la población, y la distinción importa. El Ejército Popular de Liberación es el mayor ejército del mundo, con una estructura paramilitar extensa que incluye a la Policía Armada Popular. El Partido Comunista Chino tiene control efectivo del aparato de seguridad y ha mantenido la estabilidad interna a través de períodos difíciles. La capacidad de mantener el orden, incluso un orden duro, está bien establecida. Pero esta capacidad defensiva está por completo mediada por el Estado. La posesión civil de armas es esencialmente inexistente. La población no tiene tradición de ciudadanía armada. No hay equivalente del cuerpo de bomberos voluntarios estadounidense, de la partida del alguacil rural, de la vigilancia vecinal coordinada por la iglesia, del sustrato institucional de capacidad defensiva distribuida. Cuando la autoridad estatal es fuerte, la población está bien protegida. Cuando la autoridad estatal se debilita o es disputada, la población no tiene respaldo. Esta es la diferencia tajante entre la coherencia defensiva china y la configuración estadounidense, y es donde más importa: en los escenarios en los que la propia autoridad central está tensionada.

La cohesión social en China es alta en algunas dimensiones y débil en otras. La identidad han es fuerte y ha sido cultivada deliberadamente por el gobierno central durante décadas. El marco cultural

confuciano provee supuestos compartidos sobre la familia, la jerarquía y la obligación. Las estructuras familiares siguen siendo más fuertes que en la mayoría de los países occidentales, con hogares multigeneracionales todavía comunes, en particular en las zonas rurales. Las tradiciones budistas, taoístas y de religión popular se han venido recuperando de la supresión de la era de Mao y proveen marcos de sentido a porciones sustanciales de la población.

Pero la cohesión es en parte impuesta y no orgánica, y la fortaleza de la cohesión impuesta en condiciones de disrupción severa es incierta. La Revolución Cultural, dentro de la memoria viva, destruyó buena parte del tejido social orgánico que de otro modo habría sido el sustrato de la respuesta al colapso. La propia Revolución Cultural, la convulsión política y social lanzada por Mao Zedong en 1966 y que duró aproximadamente una década, durante la cual los Guardias Rojos atacaron la cultura tradicional, la religión, a los intelectuales y al propio Partido Comunista, mató a un estimado de uno a dos millones de personas y produjo un daño duradero al tejido social de la sociedad china que sigue siendo visible en la generación presente. La política del hijo único, el programa de control poblacional vigente de 1980 a 2015 que restringió a la mayoría de las familias urbanas a un solo hijo, ha producido distorsiones demográficas que complican las estructuras familiares hacia adelante, incluidos aproximadamente treinta millones más de hombres que de mujeres en las cohortes relevantes, más el problema estructural de adultos en edad de trabajar sosteniendo a cuatro abuelos. La urbanización que ha movido a cientos de millones de personas del campo a las ciudades en las últimas tres décadas ha separado a las poblaciones de sus comunidades tradicionales.

El escenario chino se divide tajantemente entre las poblaciones urbanas costeras y el interior rural. Las megaciudades costeras (Shanghái, Pekín, Cantón, Shenzhen y otras) son altamente frágiles en el marco de los impulsores de supervivencia. No producen comida localmente. Su agua depende de infraestructura de trasvase. Sus poblaciones son en su mayoría migrantes recientes sin lazos comunitarios profundos. Sus marcos de sentido han sido sustancialmente debilitados por la transformación dramática de la vida china en los últimos cuarenta años. En un colapso serio, estas poblaciones enfrentarían condiciones parecidas al colapso urbano del tercer mundo.

El interior rural, tomado en conjunto, tiene condiciones de fondo más fuertes para la supervivencia de la población que la costa. Pero el interior rural está a su vez bifurcado geográficamente, y la bifurcación importa. Las aldeas rurales del sur, en las tierras arroceras de la cuenca del Yangtsé y las regiones al sur de ella, se asientan sobre lluvias confiables y agua superficial abundante, con producción agrícola intacta a escala local. Estas aldeas sureñas capearían el colapso aproximadamente como lo harían la India rural o el México rural. Penuria material, pero las condiciones de fondo para la supervivencia están presentes. Las aldeas rurales del norte, en las tierras trigueras de la llanura del Norte de China, enfrentan una situación mucho más dura. Su agricultura depende de agua de acuíferos bombeada a tasas insostenibles durante décadas y de la infraestructura del Trasvase Sur-Norte, que requiere el funcionamiento continuo del centro. En un colapso serio, el agua que permite al norte rural chino cultivar grano se convierte en la pregunta, y la respuesta no es tranquilizadora. Las aldeas del norte enfrentarían una crisis que las aldeas del sur no enfrentarían. Este es uno de los hechos

geográficos más consecuentes sobre China que el análisis occidental rara vez aborda.

Las aldeas estuvieron allí durante siglos antes del Partido Comunista y seguirían estando allí después de la disrupción, pero las aldeas del norte y las aldeas del sur enfrentan versiones muy distintas de la disrupción.

Europa Occidental

Europa occidental en su conjunto puntúa mal en el marco de los impulsores de supervivencia, con variación significativa entre países. Francia produce más comida de la que consume y podría alimentarse si fuera necesario, aunque la distribución desde las regiones agrícolas hacia las poblaciones urbanas estaría tensionada. Alemania importa una porción significativa de su comida. El Reino Unido importa aproximadamente la mitad de su comida y enfrentaría problemas severos de seguridad alimentaria si el comercio global se perturbara. Italia y España tienen mayor capacidad de producción local, pero también importan sustancialmente.

La coherencia defensiva en Europa occidental es de baja a moderada. La mayoría de los ejércitos de Europa occidental ha sido vaciada durante décadas. La capacidad de defender el territorio contra amenazas militares organizadas se ha reducido sustancialmente. La posesión civil de armas está restringida. El europeo ordinario tiene una capacidad muy limitada de defensa propia. La dependencia de las fuerzas de seguridad del Estado es mucho mayor que en Estados Unidos, y cuando las fuerzas de seguridad del Estado están estiradas o comprometidas, la población tiene menos recursos a los cuales recurrir.

La cohesión social es variable. Italia conserva estructuras familiares fuertes y un marco religioso católico en buena parte del país. La cultura campesina del centro y el sur de Italia está intacta en algunos lugares, con familias multigeneracionales, producción local de alimentos y una vida comunitaria centrada en la iglesia que ha sido continua durante siglos. Estas regiones capearían el colapso razonablemente bien según los estándares de Europa occidental, porque las condiciones de fondo para la supervivencia comunitaria están presentes. La cultura campesina simplemente continuaría bajo las condiciones del colapso, tal como había continuado bajo las disrupciones anteriores.

Francia conserva una identidad cultural fuerte y una tradición de compromiso cívico, aunque la variación regional es sustancial. La Francia rural tradicional está intacta en muchos lugares. La Francia urbana, en particular las banlieues con alta población inmigrante (los suburbios que rodean a las grandes ciudades francesas, en particular París, donde se han concentrado las poblaciones inmigrantes posteriores a 1965 provenientes del norte de África, del África subsahariana y de otras partes; las banlieues han sido escenario de disturbios civiles recurrentes y representan el fracaso del modelo francés de integración en formas geográficas y sociales específicas) alrededor de las grandes ciudades, se ha debilitado significativamente.

Alemania se ha debilitado significativamente en cohesión social a lo largo de varias décadas. La urbanización, la secularización y la inmigración reciente a gran escala sin una política adecuada de integración han producido poblaciones que carecen de identidad común. El estrés económico de la desindustrialización está agravando el estrés social. Alemania enfrenta condiciones que combinan debilitamiento económico con fragmentación social, una combinación particularmente difícil para la resiliencia ante el colapso.

El Reino Unido está entre los casos más frágiles. La dependencia de las importaciones de alimentos es severa. La capacidad defensiva a nivel civil está entre las más bajas del mundo desarrollado. La cohesión social se ha debilitado sustancialmente. El fundamento económico ha sido vaciado. La histórica capacidad británica de salir del paso ante la dificultad es real, pero puede no ser adecuada a la escala de la disrupción que resultaría de las dependencias que el país ha acumulado.

Europa del Este, en particular Polonia, la República Checa, Hungría y los Estados bálticos, tiene más cohesión conservada que Europa occidental. Las poblaciones son más religiosas. Las estructuras familiares son más fuertes. La memoria histórica de la ocupación soviética ha producido culturas políticas que priorizan la independencia nacional y la autosuficiencia. Estos países manejarían el colapso mejor que sus contrapartes de Europa occidental en la mayoría de las medidas.

Estados Unidos

Estados Unidos merece un tratamiento extendido en el próximo capítulo por su configuración única. Para este panorama, el titular es que Estados Unidos contiene a la vez algunas de las comunidades más resilientes del mundo y algunas de las más frágiles, con la resiliencia concentrada en ciertas regiones y poblaciones y la fragilidad concentrada en otras.

Oriente Medio

Irán puntúa en el marco más alto de lo que el análisis occidental típicamente reconoce. La producción agrícola iraní es significativa, y el país produce la mayor parte de su propia comida. La cohesión cultural persa es fuerte y se remonta milenios. El marco religioso chiita está profundamente arraigado. La capacidad defensiva, pese al daño reciente, sigue siendo sustancial. La guerra actual y el daño reciente son reales y serios, pero la resiliencia de fondo de Irán como civilización está entre las más altas de la región.

Turquía puntúa bien en general, en particular el corazón de Anatolia. La autosuficiencia alimentaria es alta, y Turquía produce esencialmente toda su propia comida. Las estructuras familiares y comunitarias son fuertes, en particular en las regiones conservadoras. El marco religioso suní se practica ampliamente. La capacidad defensiva es significativa. La memoria histórica turca del imperio y la confianza cultural que da el ser una civilización continua durante más de mil años proveen recursos psicológicos de los que carecen las identidades nacionales más recientes.

Los Estados del Golfo (Arabia Saudita, Emiratos Árabes Unidos, Catar, Kuwait, Baréin, Omán) puntúan todos muy bajo en el marco, como se discutió extensamente en el Capítulo 4. No pueden alimentarse. Su agua depende de la desalinización continua e intensiva en energía. Sus poblaciones son mayormente mano de obra extranjera sin compromiso con el país en una crisis. Los Estados del Golfo son las sociedades de ingeniería sobre bancos de arena descritas en el Capítulo 4.

Israel es un caso complejo. La capacidad defensiva está entre las más altas del mundo en relación con el tamaño de la población. La capacidad agrícola es significativa pero no adecuada para la autosuficiencia plena. La cohesión social dentro de la sociedad judía israelí es fuerte, aunque puesta a prueba por las tensiones políticas de los años recientes. La posición estratégica es precaria en una región donde el país enfrenta vecinos hostiles. En un colapso serio, la capacidad israelí de defenderse es alta, pero la capacidad israelí de alimentarse sin importaciones continuas es incierta.

El Líbano ya está en el escenario que se discute. La sociedad ha demostrado una capacidad adaptativa notable a través de las redes confesionales, las estructuras familiares y las remesas de la diáspora. La experiencia libanesa es en cierto modo un anticipo de lo que otros países pueden enfrentar, con la observación adicional de que la resiliencia libanesa ha tenido un costo humano sustancial.

Jordania y Egipto, con su alta dependencia de las importaciones de alimentos, son altamente vulnerables. Egipto, con 110 millones de personas e importando la mayor parte de su trigo, enfrentaría una crisis alimentaria catastrófica en cualquier disrupción global seria. La situación egipcia está entre las más peligrosas de la región para las condiciones que vienen.

Armenia merece atención particular. El país es pequeño y geográficamente vulnerable, con recursos naturales limitados más allá de la agricultura y el capital humano. Pero Armenia tiene rasgos que el marco de los impulsores de supervivencia reconoce como fortalezas. La Iglesia Apostólica Armenia es una de las instituciones cristianas continuas más antiguas del mundo, profundamente arraigada en la identidad nacional. La cohesión familiar y comunitaria armenia es excepcionalmente fuerte, nacida de siglos de persecución y desplazamiento. La capacidad armenia de sobrevivir a circunstancias imposibles está demostrada históricamente una y otra vez.

La experiencia de Armenia desde el colapso soviético es particularmente informativa. El país perdió su base industrial, sus suministros de energía y sus garantías de seguridad en unos pocos años, a comienzos de los noventa. La población soportó inviernos oscuros sin calefacción, escasez de alimentos y devastación económica. El país sobrevivió no por un rescate externo sino por la cohesión interna, el apoyo de la diáspora y los hondos recursos culturales que permitieron a los armenios soportar una penuria que habría quebrado a poblaciones menos enraizadas. Esta experiencia, aunque terrible, construyó una capacidad y una confianza de las que carecería una Armenia que no la hubiera soportado. El trabajo filantrópico sostenido en las aldeas rurales armenias durante las últimas dos décadas ha demostrado que la inversión focalizada en los rasgos de resiliencia de fondo (educación, salud, infraestructura agrícola, desarrollo cultural y económico) puede mejorar sustancialmente las

condiciones para la supervivencia de la población incluso en circunstancias difíciles. El caso se examina en detalle en el Capítulo 22.

Asia Meridional y Central

Afganistán es el caso extremo. El país lleva casi cincuenta años en guerra o en conflicto de baja intensidad. La población ha continuado. Las estructuras tribales y familiares son extraordinariamente fuertes. La población afgana tiene la mayor tolerancia a la penuria del mundo, combinada con estructuras sociales premodernas intactas. El país no podría alimentarse si su limitada producción agrícola restante se viera perturbada, pero las condiciones para la supervivencia de la población en circunstancias difíciles están presentes de maneras que ningún país occidental puede igualar.

India varía enormemente entre sus regiones. La India rural, todavía el 65 por ciento de la población, vive de maneras reconociblemente continuas con los patrones antiguos y apenas cambiaría en un colapso global. La agricultura de aldea continúa. Las familias extensas continúan. La vida religiosa continúa. Las economías locales continúan. La India urbana es frágil, en particular las megaciudades de Bombay, Delhi, Bangalore, Chennai y Calcuta, que dependen de las mismas clases de cadenas de suministro que las megaciudades estadounidenses. Las vulnerabilidades de agua y alimentos son reales, pero la capacidad inmediata de supervivencia en el colapso de la India rural está entre las más altas del mundo.

Pakistán tiene una dependencia seria de las importaciones de alimentos y un estrés hídrico severo, pero también un marco religioso fuerte, estructuras familiares intactas y una población con una tolerancia extrema a la penuria. La situación de Pakistán es precaria, pero la población tiene recursos de los que carecen las poblaciones más modernizadas.

Los países de Asia Central tienen condiciones variadas, pero todos tienen niveles de modernización más bajos que Occidente, marcos religiosos intactos y estructuras sociales premodernas todavía funcionales en buena parte del territorio.

Asia Oriental y Sudoriental

Japón es alta capacidad y alta vulnerabilidad. La cohesión social está entre las más altas del mundo. Las estructuras familiares y comunitarias son fuertes. El marco cultural provee sentido. La distribución de destrezas incluye una capacidad práctica sustancial. Pero el país importa aproximadamente el 60 por ciento de su comida y más del 90 por ciento de su energía. Japón, en un colapso serio, enfrenta desafíos que su cohesión social por sí sola no puede resolver. La cohesión permitirá a la población manejar las dificultades con una disciplina que las poblaciones menos cohesionadas no pueden igualar, pero las restricciones materiales de fondo son severas.

Corea del Sur es similar a Japón, pero más. Mayor capacidad social, mayor dependencia, más la amenaza existencial de Corea del Norte que pende sobre cualquier disrupción.

El Sudeste Asiático está entre las regiones más resilientes a nivel global. Vietnam tiene alta producción de alimentos, un nacionalismo fuerte, estructuras familiares fuertes y una historia reciente de sobrevivir a la guerra total. Tailandia tiene abundancia agrícola, marco budista, una vida rural fuerte y una cultura establecida de acomodación que le ha permitido al país navegar circunstancias complicadas durante siglos. Indonesia es el mayor país musulmán del mundo, con una mayoría rural intacta y marco religioso. Filipinas, pese a desafíos específicos, conserva las estructuras familiares y comunitarias que permiten la supervivencia de la población en la dificultad.

Estos países tienen lo que Occidente ha perdido: poblaciones rurales intactas, estructuras familiares y religiosas fuertes, capacidad de producción de alimentos, poblaciones que no han perdido el hábito del trabajo físico duro y marcos culturales que sitúan la penuria dentro de marcos dotados de sentido. No son ricos según los estándares occidentales. No son tecnológicamente avanzados según los estándares occidentales. Son exactamente la clase de lugares que capearían un colapso global mejor que los países ricos que los han considerado atrasados.

África

África varía enormemente entre sus regiones y es demasiado compleja para resumirla adecuadamente en un párrafo. La observación general es que las poblaciones africanas han conservado en gran medida las estructuras familiares y comunitarias que Occidente ha perdido, que la producción africana de alimentos a escala local es real en buena parte del continente aunque está bajo presión en las regiones en urbanización, que el crecimiento poblacional africano continúa con vigor mientras las poblaciones occidentales declinan, y que la resiliencia africana ante la penuria está construida sobre una larga experiencia que no se ha olvidado. Las situaciones específicas varían según el país y la región. Algunos países africanos enfrentan dificultades severas por la dependencia de las importaciones de alimentos y la fragilidad política. Otros tienen condiciones de fondo fuertes para la supervivencia de la población. Generalizar más allá de esto es difícil.

América Latina

América Latina es más uniforme que África en su carácter general. El continente conserva un marco religioso católico fuerte en la mayor parte de su territorio. Las estructuras familiares son fuertes. La producción local de alimentos existe a escala significativa. La capacidad defensiva a nivel de la población varía, pero es en general más alta que en Europa occidental. Las situaciones políticas varían de país en país, con algunos (Brasil, México, Argentina) con economías más desarrolladas y poblaciones más expuestas, y otros (las zonas rurales de la mayoría de los países) que han conservado las condiciones para la supervivencia de la población en la dificultad. La herencia colonial española y portuguesa produjo culturas que han absorbido múltiples interrupciones a lo largo de los siglos y han desarrollado una adaptabilidad que las culturas anglosajonas no han necesitado desarrollar.

El patrón

Los países que puntúan más alto en el marco de los impulsores de supervivencia son típicamente los que conservaron rasgos premodernos. Afganistán, la India rural, el Vietnam y la Indonesia rurales, el México rural, las comunidades rurales tradicionales de muchos países puntúan en lo más alto. Las comunidades anabaptistas, mormonas y rurales tradicionales estadounidenses también puntúan a este nivel. Rusia e Irán puntúan bien en virtud de haber conservado suficientes rasgos premodernos incluso dentro de sus contextos modernizados.

La banda media la ocupan países con modernización sustancial pero con un sustrato tradicional significativo conservado. Rusia, Irán, Turquía, las poblaciones rurales griegas, el interior de China, el campo de Europa del Este, partes de América Latina. Estos lugares han absorbido suficiente modernidad para tener acceso a sus herramientas, mientras conservan suficiente tradición para mantener la cohesión a través de la tensión.

Las puntuaciones más bajas son las de los más modernizados y dependientes. Las ciudades de Europa occidental, el Reino Unido, Japón, Corea, la Australia urbana y, lo más importante, las metrópolis costeras estadounidenses y los suburbios de la corriente dominante. Los petroestados del Golfo puntúan en el fondo absoluto, como se ha discutido.

La implicación es significativa. Los impulsores de la supervivencia en el colapso son en gran medida el inverso de los impulsores del éxito en la modernidad. Los rasgos que han generado riqueza y poder durante los últimos dos siglos son precisamente los rasgos que producen fragilidad en el colapso. Los rasgos tratados como atraso resultan ser los rasgos que producen supervivencia. Esto es incómodo para poblaciones que han construido sus identidades sobre el supuesto de que la modernización es progreso y de que los rasgos tradicionales son obstáculos por superar. La incomodidad no cambia la realidad estructural. La realidad es que la prueba que viene es una prueba distinta de aquella para la que la modernidad fue optimizada, y las poblaciones mejor posicionadas para la prueba nueva no son las poblaciones que más éxito tuvieron en la vieja.

Para los lectores que piensan en su propio posicionamiento, el análisis regional informa la pregunta de la reubicación. Si usted vive en un entorno de alta modernización y baja cohesión y tiene la opción de reubicarse, las regiones y los tipos de comunidades descritos como de puntuación alta en los impulsores de supervivencia son los candidatos de reubicación. Si no puede reubicarse, el análisis informa qué construir dentro de su ubicación actual para compensar las desventajas estructurales de estar en un lugar frágil. El caso estadounidense, en el próximo capítulo, ofrece una guía específica para los lectores que están en Estados Unidos y tratan de pensar con claridad dónde estar y cómo estar allí.

CAPÍTULO 14

El caso estadounidense en profundidad

El caso estadounidense es el país individual más consecuente para el desenlace global y el país más extraño del marco. Estados Unidos tiene los recursos físicos para ser la gran nación más resiliente de la tierra: más producción de alimentos de la que su población consume, independencia energética gracias a la revolución del esquisto, una profundidad geográfica que ningún invasor ha desafiado en serio desde 1814, una gobernanza descentralizada incorporada a su estructura constitucional, comunidades religiosas y tradicionales de escala significativa y 400 millones de armas de fuego en manos privadas. También contiene algunas de las comunidades más frágiles jamás observadas en una sociedad rica. El capítulo recorre la capacidad física, luego el cuadro de la población dominante, luego las implicaciones políticas e institucionales de la transición, luego la cuestión del desorden civil armado que distingue al caso estadounidense de todos los demás países desarrollados, y luego escenarios concretos en un apartamento de Manhattan, una comunidad mormona de la Utah rural y una granja anabaptista del condado de Lancaster. El capítulo cierra enunciando, más directamente de lo que suele hacerlo el análisis de Estados Unidos, qué predice realmente el marco para el país y qué poblaciones formarán el nuevo centro de gravedad.

El capítulo anterior terminó con la observación de que Estados Unidos merece un tratamiento extendido, y este capítulo es ese tratamiento. La razón del tratamiento extendido no es el excepcionalismo estadounidense en el sentido convencional. Es que el caso estadounidense es genuinamente extraño. Ningún otro país del mundo contiene la combinación de recursos físicos y fragilidad humana que contiene Estados Unidos, y el desenlace de ningún otro país moldeará tan sustancialmente el desenlace global. La mayoría de los lectores de este libro vive dentro de la configuración estadounidense y necesita pensar con claridad dónde está parada realmente dentro de ella.

La extrañeza del caso estadounidense se enuncia mejor como paradoja. Por las medidas de capacidad física, el país tiene los recursos para ser la gran nación más resiliente de la tierra. Por las medidas de capacidad humana en sus poblaciones dominantes, alberga algunas de las comunidades más frágiles jamás observadas en una sociedad rica. Los dos hechos coexisten dentro de las mismas fronteras, a menudo dentro de los mismos estados, a veces dentro de las mismas ciudades. Producirán, en cualquier disrupción seria, desenlaces dramáticamente distintos para poblaciones estadounidenses distintas. Ambos grupos serán estadounidenses, ambos estarán en el mismo país, pero sus experiencias divergirán bruscamente en cuestión de semanas.

Empecemos por la capacidad física. Estados Unidos produce más comida de la que su población consume, por un margen sustancial. El diez por ciento de la producción agrícola estadounidense se exporta en tiempos normales. El país tiene más tierra cultivable per cápita que casi cualquier otra gran economía. Sus regiones agrícolas tienen agua de lluvias, de sistemas fluviales y de acuíferos que,

aunque tensionados en algunas zonas, siguen siendo abundantes en conjunto comparados con los de otros grandes países. Sus industrias ganaderas son las mayores del mundo. Su cinturón de grano podría alimentar a varios cientos de millones de personas adicionales si la producción se redirigiera de los actuales mercados de exportación y del alimento para ganado hacia el consumo humano directo.

La independencia energética se ha logrado en los últimos quince años mediante la revolución del esquisto (la expansión rápida de la producción estadounidense de petróleo y gas natural mediante la fracturación hidráulica de formaciones de roca de esquisto, comenzada alrededor de 2008 y continuada hasta el presente, que llevó a Estados Unidos de ser el mayor importador de petróleo del mundo a ser el mayor productor mundial de petróleo y gas; la revolución transformó la seguridad energética estadounidense y el mercado energético global de maneras que los analistas anteriores no habían anticipado como posibles). Estados Unidos es hoy el mayor productor mundial de petróleo y gas natural. Produce en conjunto más de lo que consume, aunque regiones específicas todavía dependen de importaciones por las configuraciones de las refinerías y la geografía de los oleoductos. Las reservas de carbón siguen siendo sustanciales. El uranio para la energía nuclear está disponible internamente. La capacidad eólica y solar ha crecido con rapidez. La matriz energética es diversa y los recursos subyacentes son abundantes. Un país con este perfil energético no depende de las importaciones para sus necesidades básicas del modo en que dependen los países de Europa occidental o Japón.

Los recursos minerales son extensos. Los productos forestales son abundantes. La capacidad manufacturera, aunque reducida respecto de su pico de mediados del siglo veinte, sigue siendo sustancial. La base industrial de defensa es la mayor del mundo. El sector tecnológico, pese a sus vulnerabilidades específicas, incluye capacidades que ningún otro país puede igualar.

La profundidad geográfica es enorme. El territorio continental de Estados Unidos se extiende tres mil millas (unos cuatro mil ochocientos kilómetros) de este a oeste y más de mil millas de norte a sur. Está limitado por océanos al este y al oeste, por un Canadá amistoso al norte y por México al sur. El terreno interior incluye montañas, ríos, llanuras, bosques y costas que proveen profundidad defensiva natural. Ningún invasor ha conducido jamás operaciones serias en el territorio continental estadounidense desde los británicos en 1814. La posición geográfica del país está entre las más seguras de todas las grandes naciones.

La gobernanza descentralizada está incorporada a la estructura constitucional. Los estados conservan una autoridad significativa, incluso sobre la policía, la educación, la agricultura, la infraestructura y la mayoría de los asuntos de la vida diaria. El sistema federal fue diseñado para permitir que el país funcionara aun si la autoridad central se debilitaba. En un colapso serio, este rasgo estructural podría convertirse en un activo. Los estados con gobernanza y recursos fuertes podrían seguir funcionando como entidades soberanas efectivas aun con la capacidad federal severamente reducida. El país tiene múltiples centros potenciales de autoridad, y no uno solo y frágil.

La posesión civil de armas es única en el mundo desarrollado. Aproximadamente 400 millones de armas de fuego están en manos privadas en una población de 330 millones. La tradición de la Segunda Enmienda ha preservado una cultura de ciudadanía armada que ningún otro país desarrollado tiene. En tiempos normales, esta es una fuente de alta violencia armada en relación con otros países. En el colapso, es un activo estratégico. La población estadounidense, en conjunto, tiene los medios para defenderse de la depredación organizada de un modo en que las poblaciones europeas, japonesa, coreana o australiana no los tienen. La destreza y la organización para usar esos medios con eficacia varían enormemente, pero los medios de fondo existen.

Dentro de la población estadounidense existen comunidades religiosas y tradicionales de escala significativa. Las comunidades anabaptistas (los amish del Viejo Orden, los huteritas, los menonitas conservadores) suman aproximadamente 400.000 personas en múltiples estados, y crecen con rapidez por sus altas tasas de natalidad y la retención de los hijos en la fe. La comunidad mormona tiene aproximadamente siete millones de miembros en Estados Unidos, concentrados en el Oeste de las Montañas, con una cultura y una infraestructura extensas de preparación para emergencias. La comunidad evangélica conservadora es mucho mayor, con práctica religiosa activa, familias intactas y posesión generalizada de destrezas prácticas. Existen comunidades católicas tradicionales y cristianas ortodoxas en bolsones. Las comunidades judías observantes, en particular las poblaciones ortodoxas y jasídicas, crecen con rapidez por sus altas tasas de natalidad. Cada una de estas comunidades puntúa alto en el marco de los impulsores de supervivencia, y juntas representan a millones de estadounidenses que capearían el colapso con su humanidad y su capacidad intactas.

Contrástese ahora todo esto con el cuadro de la población dominante. El Volumen Uno describió en términos generales la configuración de la fragilidad occidental, la capacidad productiva vaciada, la riqueza financiarizada, los marcos de sentido debilitados, las poblaciones cuyas destrezas existen solo dentro del sistema moderno. El caso estadounidense es donde ese cuadro general aterrizaba en su punto más agudo, y los detalles merecen examinarse directamente.

El ochenta por ciento de los estadounidenses vive en áreas metropolitanas. Las mayores son ciudades costeras cuyas poblaciones tienen características específicas que producen una fragilidad extrema. La clase profesional y gerencial concentrada en estas ciudades trabaja en finanzas, tecnología, derecho, consultoría, marketing, medios, educación e industrias similares cuyos productos son servicios y no bienes físicos. Tienen credenciales pero pocas destrezas prácticas. Tienen riqueza, pero mayormente en forma financiera. Tienen conexiones sociales, pero mayormente a través de redes profesionales y no de vínculos comunitarios. Tienen opiniones políticas, pero mayormente desconectadas de las operaciones reales de la producción de alimentos, la energía, la manufactura o la defensa.

Las encuestas de estas poblaciones muestran consistentemente que las mayorías no pueden realizar tareas básicas que las generaciones anteriores daban por sentadas. Cambiar una llanta. Coser un botón. Encender un fuego. Hornear pan desde cero. Cultivar verduras, criar una gallina, carnear un animal,

orientarse sin GPS. Estas fueron alguna vez las destrezas comunes de casi todo adulto estadounidense. Hoy son infrecuentes, y la carencia se concentra en las poblaciones más ricas y con más credenciales. Los pobres y los rurales han conservado más destrezas básicas que los educados y los urbanos.

El tejido comunitario de estas poblaciones es delgado. Las encuestas muestran que las mayorías de los estadounidenses no saben los nombres de sus vecinos. La participación cívica se ha derrumbado. La práctica religiosa ha caído bruscamente, en particular en las clases educadas y en las grandes ciudades. Las tasas de matrimonio han caído, las de divorcio han subido, las de natalidad se han derrumbado. Los hogares multigeneracionales son raros. Las relaciones de familia extendida son débiles. Las amistades se han desplazado hacia formas digitales que no proveen la obligación mutua práctica que proveían las relaciones de comunidad física. La persona de clase media profesional de 2026 tiene, en promedio, menos relaciones cercanas que las que el mismo grupo demográfico tenía en 1986, y las relaciones son más débiles en su capacidad práctica de brindar ayuda.

Los marcos de sentido de estas poblaciones se han erosionado sustancialmente. El marco cristiano que moldeó la cultura estadounidense durante siglos está debilitado hasta el punto de la irrelevancia para muchos. El patriotismo cívico se ha fragmentado según las líneas políticas. La herencia cultural común ha sido reemplazada por políticas de identidad en competencia. La experiencia histórica compartida ha sido reemplazada por narrativas históricas en competencia. Los marcos que permitieron a las generaciones anteriores de estadounidenses dar sentido a la penuria están en gran medida ausentes. Los reemplazos (el logro profesional, el consumo, la autorrealización individual, la política ideológica) no proveen lo que proveían los originales.

Las vulnerabilidades de salud están concentradas en estas poblaciones de maneras específicas. Las tasas de obesidad están en máximos históricos. La diabetes tipo 2 afecta a decenas de millones. Los diagnósticos de enfermedad mental han subido dramáticamente, con porciones sustanciales de los estadounidenses más jóvenes tomando medicación psiquiátrica. Las poblaciones que más productos farmacéuticos consumen son también las poblaciones cuyo acceso a esos productos depende del funcionamiento continuo de cadenas de suministro complejas. Un colapso que perturbe el acceso farmacéutico produce consecuencias de salud que van más allá de las enfermedades mismas y afectan el funcionamiento diario de millones.

La exposición económica está concentrada en la forma financiera. La clase profesional adinerada tiene su riqueza predominantemente en acciones, bonos, bienes raíces y activos similares que dependen de que el sistema financiero continúe. La clase media tiene su riqueza en cuentas 401(k), en el valor acumulado de la vivienda y en instrumentos similares. Los pobres suelen tener su riqueza en sus autos y sus posesiones personales. La masa de la riqueza de los hogares estadounidenses, examinada con honestidad, está en formas que dependen de que el sistema continúe aproximadamente en su forma actual. Un colapso que perturbe esas formas borra la riqueza que los estadounidenses ordinarios creían tener.

La división urbano-rural que ha sido un rasgo de la política estadounidense durante décadas tiene dimensiones económicas y de resiliencia que el encuadre político suele oscurecer. La división urbano-rural no es primariamente una división política. Es una división en cómo vive realmente la gente, qué sabe hacer, de qué depende y qué enfrentaría en una disrupción seria. El alineamiento político está aguas abajo de estas diferencias materiales.

Las grandes ciudades costeras son casos extremos atípicos dentro de la vida estadounidense. Tienen costos de vida más altos, concentraciones más altas de trabajadores de la clase profesional y gerencial, mayor dependencia de alimentos y bienes importados, lazos comunitarios más débiles, menor práctica religiosa, tasas de natalidad más bajas, tasas de divorcio más altas y menor participación cívica que el promedio estadounidense. Tienen también mayor nivel educativo, ingresos más altos, más comodidades culturales y posiciones políticas más progresistas. La combinación produce poblaciones que son dominantes en las instituciones mediáticas, académicas, financieras y políticas, pero que representan una tajada particular de la vida estadounidense y no la vida estadounidense en su conjunto.

El interior estadounidense, en particular las zonas rurales y de pueblos pequeños, está más cerca de la norma histórica estadounidense. Costos de vida más bajos. Actividad económica más productiva. Lazos comunitarios más fuertes. Mayor práctica religiosa. Tasas de natalidad más altas. Tasas de divorcio más bajas. Mayor participación cívica. Menor nivel educativo según la medida formal, pero a menudo mayor capacidad práctica. Estas poblaciones han venido perdiendo poder político a medida que su participación en la población total ha declinado y el poder institucional se ha concentrado en las ciudades costeras. Han venido perdiendo también poder económico a medida que las industrias productivas se han consolidado y deslocalizado. Pero conservan rasgos que el marco de los impulsores de supervivencia reconoce como ventajas.

La concentración geográfica de estos rasgos es identificable. Texas combina recursos significativos, población en crecimiento, economía productiva, cultura religiosa fuerte y una tradición de autosuficiencia. Idaho, Montana, Wyoming y las Dakotas tienen densidades de población bajas, bases agrícolas fuertes, comunidades rurales intactas y tradiciones religiosas significativas. Tennessee, Kentucky y buena parte del Sur rural tienen un tejido comunitario intacto, práctica religiosa fuerte y tradiciones significativas de autosuficiencia. La región de los Pennsylvania Dutch, el condado de Lancaster y sus alrededores en Pensilvania, tiene poblaciones anabaptistas sustanciales y comunidades agrícolas tradicionales. El corredor mormón (la cadena de condados de mayoría mormona que se extiende por Utah, el sureste de Idaho, el norte de Arizona y partes de Nevada y Wyoming, donde la Iglesia de los Santos de los Últimos Días ha sido la institución cultural y económica dominante desde el asentamiento original de la región por los pioneros mormones a fines de la década de 1840; el corredor tiene la cultura de preparación para emergencias más extensa de Estados Unidos, con una infraestructura que incluye ranchos, granjas e instalaciones de producción de alimentos propiedad de la Iglesia, y almacenes del obispo listos para sostener a los miembros en una disrupción) a través de Utah, Idaho, Arizona y Nevada tiene la cultura de preparación para emergencias más extensa del país. Las comunidades católicas tradicionales en partes del Medio Oeste. Las comunidades evangélicas

conservadoras por todo el Sur y el Medio Oeste. Cada una de estas representa bolsones de alta resiliencia dentro del cuadro estadounidense general.

Esta bifurcación tiene implicaciones profundas para cómo se vería el colapso. La narrativa estándar asume que el colapso afecta a todos los estadounidenses de manera similar. La realidad sería muy distinta. Las poblaciones urbanas costeras enfrentarían condiciones parecidas al colapso urbano del tercer mundo. Las poblaciones tradicionales y rurales enfrentarían condiciones parecidas a tiempos difíciles dentro de una sociedad que básicamente funciona. Ambas serían estadounidenses, ambas dentro del mismo país, pero sus experiencias divergirían bruscamente a las pocas semanas de cualquier detonante serio.

Las dinámicas migratorias resultantes son predecibles. Las poblaciones urbanas costeras con recursos intentarían reubicarse en regiones más seguras. Lo han venido haciendo en números pequeños desde 2020, y la tendencia se aceleraría enormemente en un colapso serio. Las regiones receptoras, primariamente el Oeste de las Montañas, Texas, el Sureste y partes del Medio Oeste, enfrentarían el desafío de absorber migrantes cuyos valores, expectativas y supuestos culturales difieren de los de las poblaciones locales. Algunas zonas absorberían con eficacia. Otras resistirían. Otras se verían desbordadas. Los patrones variarían según el lugar y según las características específicas tanto de la población migrante como de la comunidad receptora.

Las consecuencias políticas serían severas y específicas. La autoridad del gobierno federal depende de su capacidad de entregar servicios y mantener el orden. Si la capacidad federal se reduce, la soberanía efectiva a nivel estatal sube. El desplazamiento no sería uniforme entre las instituciones. Algunas capacidades federales sobrevivirían, incluidas la estructura básica de los tribunales federales, la operación de la Reserva Federal a escala reducida, las funciones centrales de la defensa nacional y la emisión misma de la moneda. Otras capacidades federales no. El Estado regulatorio federal en la agricultura, la energía, el ambiente, la educación, la salud y el trabajo perdería buena parte de su capacidad de ejecución, porque el personal de esas agencias enfrentaría las mismas condiciones que el resto de la población y porque el ambiente político no sostendría la aplicación de reglas disputadas durante una disrupción sostenida. Los programas federales de beneficios que dependen del desembolso mensual continuo, incluidos el Seguro Social, Medicare, Medicaid y el SNAP, experimentarían dificultades operativas aunque el Congreso mantuviera su autorización. El sistema federal de educación superior, la infraestructura federal de subvenciones que sostiene a las universidades de investigación, los subsidios federales que fluyen hacia los medios y las instituciones culturales, y los programas federales de clima y de diversidad, equidad e inclusión en todo el poder ejecutivo perderían función temprano, porque dependen de un gasto discrecional que el Congreso enfrentaría fuertes presiones para reducir.

El mapa político del poder estadounidense efectivo se desplazaría dramáticamente. Los estados con gobernanza fuerte, instituciones intactas, economías productivas, poblaciones resilientes y la disposición a actuar unilateralmente cuando la capacidad federal flaquea emergerían como los centros

de autoridad. Texas sería el mayor de ellos y operaría funcionalmente como una potencia regional dentro de la estructura federal. El Oeste de las Montañas, anclado en Idaho, Utah, Wyoming y Montana, se consolidaría como una región de capacidad significativa. Florida y el Sureste, anclados en Tennessee, Georgia, las Carolinas y las partes de Texas ya mencionadas, formarían una tercera región de capacidad de funcionamiento sustancial. El Noreste costero y la Costa Oeste perderían buena parte de su dominancia actual, porque las poblaciones que representan estarían en crisis y porque las instituciones que han construido dependen de una capacidad federal que estaría reducida.

Ningún recuento honesto de un colapso estadounidense puede eludir la pregunta de qué significarían 400 millones de armas de fuego en manos privadas cuando esas manos pertenezcan a personas hambrientas, asustadas y que han perdido la confianza en las instituciones que antes contenían sus agravios. Esta es la dimensión del caso estadounidense que más lo distingue de cualquier otro país desarrollado.

El encuadre progresista convencional trata la posesión civil de armas como un problema de salud pública que produce violencia ambiental en tiempos normales y produciría violencia catastrófica en el colapso. El encuadre conservador convencional la trata como directamente protectora. Ambos encuadres son simplistas. El análisis honesto distingue dos desenlaces, y ambos ocurrirán simultáneamente en partes distintas del país.

El primer desenlace es la defensa comunitaria armada y organizada, y esto es lo que el marco predice como la fortaleza estadounidense. Un condado rural donde la oficina del alguacil, el cuerpo de bomberos voluntarios, múltiples iglesias y porciones sustanciales de la población están armadas y se conocen entre sí produce una capacidad defensiva que ninguna depredación organizada puede superar con facilidad. Las comunidades con este perfil por el Sur rural, el Oeste de las Montañas, buena parte del Medio Oeste, Texas y partes de Pensilvania y los Apalaches capearían el colapso mejor que comunidades equivalentes de cualquier otro lugar del mundo desarrollado. La combinación de armas más cohesión social más autoridad informal legítima más marco de sentido compartido es genuinamente robusta.

El segundo desenlace es la fragmentación armada desorganizada, y este es el modo de falla. El Capítulo 10 describió en términos generales la dinámica que produce este desenlace: las zonas ricas o suburbanas con lazos débiles, instituciones débiles y marco de sentido ausente se fragmentan bajo tensión en hogares en competencia, con la riqueza que debía brindar protección convirtiéndose, en ausencia de comunidad, en una vulnerabilidad. La configuración estadounidense añade a esa dinámica las armas de fuego, con consecuencias predecibles. Los hogares individuales defienden sus propias propiedades. Los errores ocurren de noche. Los tiroteos engendran tiroteos. Comunidades que podrían haberse mantenido unidas bajo un liderazgo más sereno se fragmentan en hogares armados en competencia. Añádanse a esto los expolicías, los soldados de la Guardia Nacional y el personal de seguridad privada que pierden su estructura formal en el colapso y forman grupos improvisados cuyo carácter depende de las condiciones locales y de quién emerge como su líder. La línea entre la defensa

comunitaria informal y la depredación organizada es más delgada de lo que sugiere el análisis en tiempos de paz. Los mismos cincuenta hombres armados pueden convertirse en cualquiera de las dos.

Dos dinámicas adicionales componen estos desenlaces. La primera es la relación entre los civiles armados y las autoridades formales restantes. Esa relación funciona sobre la legitimidad. Mientras la autoridad formal sea vista como legítima, los civiles se someten a ella. Cuando la legitimidad se erosiona, los mismos civiles que eran activos para la policía local pueden convertirse en opositores de la aplicación federal. No han cambiado ellos. Ha cambiado su evaluación de quién es legítimo. El período de 2020 a 2022, con sus disturbios civiles, la resistencia a las medidas por el COVID y el convoy de camioneros canadiense, demostró esta dinámica a pequeña escala.

La segunda dinámica es la racial. Estados Unidos contiene poblaciones con experiencias históricas muy distintas de la autoridad estatal, de los grupos civiles armados y de la defensa propia organizada por la comunidad. Las dinámicas que se desplieguen en una comunidad negra de Chicago serán distintas de las que se desplieguen en una comunidad blanca de Wyoming, no porque las personas sean distintas en carácter, sino porque el contexto histórico que moldea sus respuestas al colapso es distinto. La migración que ponga a estas poblaciones en contacto en condiciones tensionadas producirá puntos de fricción que poblaciones menos armadas no producirían.

El resumen es directo. La población civil armada estadounidense es, a escala, un activo estratégico contra las peores formas del colapso. Disuade la depredación organizada y sostiene la gobernanza descentralizada. A nivel del hogar, es también una fuente de riesgos específicos. Los suicidios suben en cualquier crisis sostenida y suben más rápido en las poblaciones armadas. Las disputas que se habrían resuelto a puñetazos terminan en tiroteos. Los errores se convierten en tragedias. Las armas de fuego son herramientas cuyo valor depende por entero del contexto comunitario en el que se despliegan. La misma arma en dos manos distintas, en dos comunidades distintas, produce desenlaces distintos. Este es el caso específico de las armas de fuego del principio general que el Capítulo 11 estableció: los búnkeres fallan y las comunidades tienen éxito, y el trabajo de preparación es primariamente el trabajo de construir comunidad. Un hogar que adquiere armas de fuego sin hacer el trabajo de construir comunidad se está preparando para el escenario equivocado, tan ciertamente como el hogar que construye un búnker sin unirse a una comunidad.

Imáginese concretamente cómo se ve un colapso serio en tres escenarios estadounidenses distintos.

En un edificio de apartamentos costero de Manhattan, el residente típico es un profesional con activos financieros sustanciales, sin almacenamiento significativo de alimentos, sin lazos comunitarios más allá de conocidos casuales en el edificio, sin destrezas fuera de su especialidad profesional, sin armas de fuego y sin más plan que la esperanza de que el sistema se recupere. Las entregas de comida se detienen y las provisiones se agotan en cuestión de días. La energía parpadea y los ascensores se detienen. La presión del agua cae y los grifos se secan por encima de ciertos pisos. Los cajeros automáticos fallan y los activos financieros se vuelven inaccesibles. La primera semana es incómoda.

La tercera semana es supervivencia.

En una comunidad mormona de la Utah rural, la familia típica tiene al menos tres meses de almacenamiento de alimentos y a menudo un año, pagado a lo largo del tiempo como práctica religiosa. La fuente de agua tiene un respaldo de bomba manual. El hogar tiene armas de fuego y el conocimiento para usarlas. Las relaciones comunitarias corren por el barrio y la estaca. El apoyo pastoral corre por el obispo. La Iglesia lleva décadas entrenando a sus miembros en la preparación para emergencias. La familia echa mano del almacenamiento cuando los suministros dejan de llegar. El barrio se moviliza cuando se necesitan recursos comunitarios. El obispo brinda orientación cuando hay que tomar decisiones. Las mismas condiciones que para el residente de Manhattan significan supervivencia producen, para esta familia, penuria sin catástrofe.

En una granja anabaptista del condado de Lancaster, Pensilvania, la familia produce la mayor parte de su propia comida y usa un mínimo de electricidad de la red. La comunidad es densa, con granjas adyacentes y una red apretada por todo el asentamiento más amplio. El marco religioso estructura todas las dimensiones de la vida. Las destrezas que el hogar porta cubren la agricultura, la cría de animales, la conservación de alimentos, la carpintería, la reparación mecánica, la partería y el resto de lo que la vida diaria requiere. El colapso que destruye a la clase profesional urbana es, para esta familia, sobre todo la pérdida de los compradores de su excedente y la dificultad gradual de reemplazar los pocos artículos importados que no puede fabricar. La exposición que queda es que el compromiso anabaptista con la no resistencia significa que la familia depende del condado circundante para proveer la capa defensiva que ella no proveerá por sí misma. Mientras los alguaciles del condado y los vecinos armados aguanten, la granja anabaptista aguanta con ellos. Si el orden civil circundante falla, la granja queda expuesta.

La variación entre estos escenarios no se debe a que algunos estadounidenses sean mejores que otros. Se debe a que algunos estadounidenses viven dentro del sistema moderno de maneras que los hacen dependientes de él, mientras que otros viven parcial o totalmente fuera de él de maneras que los hacen independientes. La dependencia y la independencia son decisiones tomadas a lo largo de años y décadas, a menudo sin conciencia de qué se estaba eligiendo. Ahora las decisiones tienen consecuencias que no eran visibles cuando se tomaron.

El marco predice que las poblaciones cuyas vidas se han organizado alrededor de la comunidad, la religión, la familia, las destrezas prácticas, la autosuficiencia, la gobernanza descentralizada y la ciudadanía armada serán las poblaciones que salgan del colapso con su humanidad y su capacidad intactas. Estas poblaciones están concentradas en regiones específicas y se alinean con identidades políticas específicas. La afirmación no es que sean moralmente superiores a las demás. La afirmación es que los rasgos que las caracterizan son los rasgos que el marco identifica como protectores. Esos rasgos resultan ser los que un lado de la división política estadounidense actual ha enfatizado y el otro ha criticado o desmantelado activamente. Esto es inconveniente para el lado que los ha criticado, pero la lógica del marco lo produce al margen de a qué lado incomode. El país que emerja de un colapso serio tendrá por tanto su centro de gravedad en Texas, el Oeste de las Montañas, el Sureste, buena parte

del Medio Oeste rural y las comunidades religiosas y tradicionales incrustadas en regiones por lo demás frágiles. La cultura de la élite costera que ha dominado las instituciones estadounidenses durante sesenta años no sobrevivirá a la transición en su forma actual.

La familia mormona, la granja anabaptista, el rancho rural texano, el pueblo pequeño de Tennessee no son solo ilustraciones de la variedad estadounidense. Son plantillas. Cada uno representa decisiones tomadas a lo largo del tiempo que producen desenlaces dramáticamente distintos cuando las condiciones cambian. El trabajo de los capítulos que siguen es traducir estas plantillas en decisiones específicas sobre las que cualquier lector puede empezar a actuar. Las decisiones son trabajo de años. Empezar ahora importa más que la velocidad de los pasos siguientes.

FIN DEL VOLUMEN DOS

El Volumen Dos ha cubierto la Parte Tercera, sobre la dimensión humana del colapso, y la Parte Cuarta, sobre el análisis geográfico y civilizatorio. El lector que ha trabajado estos once capítulos tiene ahora el fundamento diagnóstico del análisis. El sistema es frágil de maneras específicas. Los detonantes están visiblemente en marcha. El colapso se despliega en etapas que se comprimen en semanas. La dimensión humana la determinan el marco de sentido y la comunidad más que los suministros. La distribución geográfica de la resiliencia no coincide con la distribución geográfica de la modernidad. El caso estadounidense contiene una resiliencia extraordinaria y una fragilidad extraordinaria dentro de las mismas fronteras.

Lo que resta es el trabajo constructivo del libro. El Volumen Tres cubrirá la Parte Quinta, sobre la senda práctica de la preparación, y la Parte Sexta, sobre quienes ya están posicionados, incluidos los casos de estudio de operaciones en funcionamiento que demuestran cómo se ve la preparación seria en la práctica.

El Volumen Cuatro continuará con la Parte Séptima, sobre el orden nuevo, la Parte Octava, sobre la conclusión y la acción, y la sección de referencias.

DONDE TERMINA EL MAPA

*Un análisis desde primeros principios del colapso sistémico global y el orden humano
emergente*

Garó H. Armen, Ph.D.

Volumen Tres

Partes Quinta y Sexta

PREFACIO AL VOLUMEN TRES

Los dos volúmenes que preceden a este fueron diagnósticos. Establecieron qué está ocurriendo, por qué importa y qué condiciones aguardan a las poblaciones que han construido su vida dentro del sistema moderno. El Volumen Uno recorrió la arquitectura de la fragilidad acumulada, las vulnerabilidades singulares de la configuración occidental y estadounidense, las burbujas específicas a punto de estallar y Oriente Medio como el detonante ya visiblemente en marcha. Describió cómo fallan los sistemas, por qué la opción del rescate está agotada, qué le ocurre a la riqueza moderna cuando el acceso desaparece y las etapas por las que el colapso serio se despliega realmente. El Volumen Dos se volvió hacia lo que el colapso les hace a las personas, con los hallazgos documentados sobre lo que la escasez sostenida le hace al carácter humano, lo que las poblaciones presas del pánico se hacen unas a otras, por qué la preparación aislada fracasa y por qué la comunidad es la unidad que sobrevive. Examinó la distribución geográfica de la resiliencia, con resultados que a menudo invierten las clasificaciones producidas por las métricas convencionales, y cerró con el caso estadounidense en profundidad.

El lector que ha trabajado esos dos volúmenes está ahora en una posición distinta de aquella en la que empezó. El diagnóstico está completo. La pregunta cambia.

La pregunta ya no es qué está ocurriendo ni qué significa. La pregunta es qué hacer al respecto. Este volumen responde esa pregunta, y la respuesta exige una clase de escritura distinta de la que exigió el diagnóstico. El diagnóstico podía permanecer en el plano del análisis. La construcción tiene que descender a lo específico, porque un principio que no se traduce en una acción específica, con un cronograma específico y un costo específico, no es todavía un principio sobre el que alguien pueda actuar. Los capítulos que siguen nombran, por tanto, cantidades, costos y elecciones concretas. Pero quiero ser claro desde el comienzo sobre cómo deben leerse esos detalles. No son una lista de verificación entregada para su cumplimiento. Son el extremo visible de una cadena de razonamiento, y el razonamiento importa más que los números, porque el razonamiento es lo que permite al lector adaptar los números a circunstancias que yo no puedo prever. Un libro que diera solamente los números sería un manual. Este no es un manual. Es la elaboración, en términos prácticos, de la comprensión que los dos primeros volúmenes establecieron.

Esa distinción tiene una raíz más honda. La afirmación central de todo este libro es que la comunidad es la unidad operativa de la supervivencia humana, que el marco de sentido es el determinante más profundo de quién llega al otro lado con su humanidad intacta, y que la resiliencia se construye a lo largo de años de vida ordinaria y no se ensambla en plena crisis. El Volumen Tres es donde esa afirmación se convierte en una manera de vivir. La preparación que describe no es un conjunto de tareas por completar. Es la expresión, en las dimensiones materiales, sociales y financieras de una vida, de una comprensión particular de lo que el mundo es y de lo que está llegando a ser. El huerto, la pertenencia a la comunidad, la riqueza reposicionada, los alimentos almacenados, no son puntos de una lista. Son el aspecto que tiene la tesis cuando un hogar la cree de verdad.

La Parte Quinta recorre en orden la jerarquía de la preparación. El Capítulo 15 establece el ordenamiento correcto, y el ordenamiento es en sí mismo un argumento: comunidad primero, luego ubicación, luego capacidad productiva, luego destrezas, luego reservas de valor, luego suministros, y solo al final la infraestructura de seguridad que la mayor parte de la literatura de preparación coloca en primer lugar. La inversión que pone primero los suministros y las armas produce hogares que parecen preparados y no lo están, porque han ensamblado los elementos de aguas abajo mientras descuidaban los de aguas arriba, que determinan si los de aguas abajo importan siquiera. El Capítulo 16 aborda la capa física, la infraestructura de agua, energía, alimentos, capacidad médica y defensa, con el razonamiento que conecta cada una con la tesis, en lugar de presentarla como un catálogo. El Capítulo 17 aborda la capa financiera, construyendo directamente sobre la comprensión del Volumen Uno de que la riqueza en el mundo moderno es una estructura de permisos que puede revocarse. El Capítulo 18 aborda la capa de sentido y comunidad, que es la preparación más honda y la que no puede comprarse. El Capítulo 19 aborda la disciplina de reconocer cuándo las condiciones están pasando del largo período previo al detonante a la disrupción activa.

La Parte Sexta pasa de lo que hay que construir a lo que ya existe y a lo que ya ha sido construido. El Capítulo 20 examina las comunidades naturalmente bien posicionadas, los anabaptistas y los mormones que el Volumen Dos presentó, y las comunidades judías ortodoxas, evangélicas conservadoras y rurales tradicionales que demuestran los mismos patrones a través de detalles distintos. El Capítulo 21 examina a los individuos y familias adinerados que se posicionan correctamente, en contraste con la fantasía del búnker. El Capítulo 22 presenta tres obras de mi propia vida, examinadas en detalle operativo, en las que la tesis de este libro ha sido la premisa operativa desde hasta dos décadas antes de que el libro se escribiera.

Varios temas recorren el volumen y deben tenerse presentes a lo largo de todo él.

El primero es que el ordenamiento de la preparación es en sí mismo una afirmación sobre la realidad, no una cuestión de conveniencia. Comunidad antes que suministros, porque la comunidad es lo que hace útiles los suministros. Ubicación antes que fortificación, porque el lugar correcto necesita poca fortificación y el lugar equivocado no puede fortificarse lo suficiente. Capacidad productiva antes que valor almacenado, porque la producción continúa mientras las reservas se agotan. El hogar que interioriza el ordenamiento ha entendido la tesis. El hogar que lo invierte ha malentendido la tesis aunque haya adquirido más equipo.

El segundo es que el trabajo es trabajo de años, y esto no es una restricción desafortunada sino un rasgo de lo que se está construyendo. Las cosas que pueden adquirirse rápido son las que menos importan. El huerto que alimenta a una familia es el huerto cuidado durante cinco años. La comunidad que se moviliza es la comunidad construida a lo largo de una década. El marco de sentido que resiste bajo presión es el practicado durante toda una vida. Nada de lo que importa puede ensamblarse en las semanas de la disrupción aguda, y por eso el trabajo debe comenzar en el tiempo ordinario, y por eso comenzar ahora importa más que la velocidad de lo que siga.

El tercero es que el trabajo tiene un valor doble, y esto es lo que separa la preparación seria de la ansiedad supervivencialista. Cada elemento produce a la vez una vida mejor en tiempos normales y una vida sobrevivible en la disrupción. La casa calentada con leña es más cálida y más agradable al margen de lo que le ocurra a la red. El huerto produce mejor comida. La comunidad proporciona la compañía diaria de la que carece el hogar aislado. El hogar serio no está esperando el fin del mundo. Está construyendo una vida mejor que la alternativa, con la propiedad adicional de ser resiliente si las condiciones se degradan. Una persona que organizara así su vida y luego viera que la disrupción nunca llega no habría perdido nada. Habría vivido mejor entretanto.

El cuarto es que el trabajo es realizable a una escala muy inferior a la que describe el programa completo, y que los retornos disminuyen bruscamente a medida que la escala sube. Los primeros diez mil dólares de preparación producen una mejora enorme respecto de nada. Los noventa mil siguientes producen una mejora adicional significativa. Los novecientos mil siguientes producen poca. El hogar de medios modestos que se compromete con la comunidad, desarrolla destrezas y hace las provisiones básicas está mejor posicionado que el hogar adinerado que ha gastado una fortuna en suministros y ha descuidado las capas de aguas arriba. La cuestión no es gastar al nivel más alto. La cuestión es entender el ordenamiento y actuar conforme a él a la escala que cada uno tenga.

Lo que sigue es el programa constructivo. El Volumen Cuatro cerrará la obra con la pregunta por el nuevo orden que puede emerger al otro lado de la transición y por lo que quienes quieran ayudar a darle forma constructivamente tendrán que hacer.

PARTE QUINTA: LA PREPARACIÓN

EL CAMINO REAL

CAPÍTULO 15

La jerarquía de la preparación

La mayor parte de la literatura de preparación comienza con los suministros y las armas y trata la comunidad como una idea de último momento. Este capítulo sostiene que ese ordenamiento está exactamente invertido, y que el ordenamiento no es una cuestión de preferencia sino una afirmación sobre cómo funciona realmente la supervivencia. Comunidad primero, luego ubicación, luego capacidad productiva, luego destrezas, luego reservas de valor, luego suministros, y al final la infraestructura de seguridad que los manuales colocan en primer lugar. El capítulo es el gozne del programa constructivo, porque todo lo que sigue depende de acertar con el orden. Un hogar que ensambla los elementos de aguas abajo mientras descuida los de aguas arriba ha producido la apariencia de la preparación sin su sustancia.

El instinto, cuando una persona toma en serio por primera vez la posibilidad de la disrupción, es comprar cosas. Alimentos, agua, un generador, combustible, armas, suministros médicos. Estos son los elementos visibles de la preparación, las cosas que uno puede comprar, almacenar y contar, y la industria que ha crecido alrededor de la preparación supervivencialista en las últimas dos décadas se ha organizado casi por completo en torno a ellos. La lista de suministros y la recomendación de equipo son la forma dominante que adopta el consejo de preparación, porque son fáciles de producir, fáciles de vender y fáciles para que el comprador sienta que está avanzando.

Este es el lugar equivocado para empezar, y el error no es menor. Es la diferencia entre un hogar que parece preparado y un hogar que está preparado. Los suministros importan, pero se sitúan cerca del fondo de una jerarquía de cosas que determinan si un hogar atraviesa la disrupción, y los elementos por encima de ellos en la jerarquía son precisamente los que el enfoque de suministros primero descuida, porque no pueden comprarse, no pueden contarse y no producen por el camino ninguna sensación satisfactoria de logro.

El ordenamiento correcto, derivado de lo que realmente distinguió a los hogares y comunidades que atravesaron los colapsos históricos de los que no lo hicieron, es el siguiente. Comunidad primero. Ubicación segundo. Capacidad productiva tercero. Destrezas cuarto. Reservas de valor quinto. Suministros sexto. Infraestructura de seguridad séptimo y último.

El ordenamiento no es una clasificación por conveniencia. Es una afirmación sobre la causalidad. Cada elemento superior determina si los inferiores valen algo. La comunidad determina si los suministros pueden defenderse, compartirse y reponerse. La ubicación determina si la capacidad productiva es siquiera posible. La capacidad productiva determina si el valor almacenado tiene algo que comprar. El hogar que invierte el orden, que compra primero los suministros y las armas y piensa llegar más tarde a la comunidad, la ubicación y las destrezas, ha construido una estructura sin cimientos. Cuando llega la carga, la estructura no aguanta, y la razón por la que no aguanta es que los elementos

portantes fueron los que se dejaron para después.

Tomemos los elementos en orden, porque el orden es el argumento.

Comunidad

El Volumen Dos, en su undécimo capítulo, estableció el argumento de que la unidad que sobrevive al colapso es la comunidad de cincuenta a varios cientos de personas que se conocen, comparten compromisos y pueden actuar como un todo coordinado. El argumento allí era que los búnkeres fracasan y las comunidades tienen éxito, que ningún hogar aislado puede cargar solo con el peso de trabajo, seguridad, destrezas y carga psicológica de una disrupción sostenida, que el registro histórico al respecto es consistente a través de siglos y culturas. Ese argumento no necesita rehacerse. Lo que este capítulo añade es la pregunta práctica que se sigue de él: si la comunidad es la primera prioridad, ¿qué hace realmente un hogar al respecto?

El primer movimiento honesto es contar. ¿Quiénes son las cincuenta a varios cientos de personas que importarían si el sistema general fallara, las personas con las que uno se coordinaría, con las que compartiría, junto a las que se defendería, de las que dependería y que dependerían de uno? La mayoría de quienes intentan esta cuenta descubre que no puede completarla, y el descubrimiento es en sí mismo el hallazgo más importante de cualquier auditoría de preparación. Un hogar con la despensa llena y la lista vacía ha malentendido para qué se está preparando. Un hogar con una despensa modesta y la lista llena lo ha entendido. El vacío de la lista es el problema de preparación más importante que tiene la mayoría de los hogares modernos, y es el que el enfoque de suministros primero nunca saca a la superficie, porque contar latas es fácil y contar personas que de verdad acudirían es difícil.

Si la lista no puede completarse, el trabajo es construirla, y el camino más confiable para construirla, demostrado a lo largo de todo el registro histórico, es el religioso. Una comunidad religiosa sería que combina un marco de sentido con un compromiso práctico con sus miembros proporciona exactamente el sustrato que sobrevive a la disrupción, porque está construida sobre la obligación y no sobre la afinidad, y porque ha sido refinada durante siglos precisamente para ligar a las personas entre sí a través de la penuria. Esto significa más que asistir. Significa ser conocido, contribuir, ser responsable ante la comunidad y aceptar sus reclamos sobre uno, de modo que cuando llegue la hora la comunidad sea una red que se moviliza y no un edificio que uno visita de vez en cuando. Para la mayoría de los lectores estadounidenses esto significa unirse o volver a una iglesia cristiana, y la denominación importa mucho menos que la seriedad de la congregación y la realidad de las relaciones dentro de ella. Para otros significa la profundidad correspondiente dentro de las tradiciones judía, musulmana u otras. La clase profesional secular, que ha pasado décadas tratando estas instituciones como obsoletas, encontrará aguda la ironía: las instituciones que desestimó son las que más importan cuando el sistema en el que confió en su lugar empieza a fallar. Unirse mientras la disrupción es todavía hipotética es mucho más fácil que unirse en plena crisis, cuando los motivos de uno resultan sospechosos y su necesidad es obvia.

Existen otros caminos. Comunidades intencionales, covivienda, pactos de familia extendida en los que varias ramas se comprometen a la proximidad y el apoyo mutuo, asociaciones vecinales que han crecido más allá de sus funciones burocráticas hasta convertirse en algo real, redes de veteranos que se han mantenido desde el servicio, comunidades de oficio y de afición que han acumulado sustancia genuina a lo largo de años. Cada uno puede funcionar. La mayoría es menos robusta de lo que la comunidad religiosa seria ha demostrado ser, porque a la mayoría le falta el marco de sentido que mantiene unida a una comunidad cuando mantenerse unida cuesta. Pero cualquiera de ellos es mejor que el aislamiento que es la condición por defecto del hogar moderno, y el trabajo de construir cualquiera de ellos es el mismo trabajo: presentarse, ayudar sin expectativa de retorno, ser confiable durante años hasta que las relaciones sean lo bastante hondas para soportar peso. Esta es la más lenta de todas las preparaciones y la que no puede acelerarse con dinero, y exactamente por eso debe venir primero y comenzar ahora.

Ubicación

El lugar donde está un hogar cuando llega la disrupción determina su suerte más que casi cualquier cosa que pueda cargar. La misma familia, con los mismos suministros y la misma comunidad, corre distinta suerte en una megaciudad costera que en un pueblo pequeño del interior, y la diferencia no es marginal.

La cuestión regional quedó resuelta en sus grandes trazos por el análisis geográfico del Volumen Dos. El Oeste montañoso, Texas, el Sur y el Sureste rurales, partes del Medio Oeste y las regiones agrícolas del Noroeste del Pacífico combinan recursos naturales, tejido comunitario intacto, menor densidad y culturas políticas amigas de la autosuficiencia. Dentro de estas regiones, el punto óptimo histórico es el pueblo de entre unos quince mil y cincuenta mil habitantes con una economía local intacta, un hospital, escuelas y tierra agrícola circundante. Un pueblo así es lo bastante grande para sostener instituciones en funcionamiento y lo bastante pequeño para conservar una identidad coherente, que es la combinación que permite a un lugar actuar como lugar en vez de disolverse en una multitud de desconocidos cuando se lo somete a tensión.

Dentro de una región, las preguntas locales se afinan. Proximidad a agua superficial que no dependa de bombeo eléctrico. Proximidad a tierra agrícola y a otras comunidades resilientes. Distancia de los grandes centros urbanos y de las autopistas que sacarían a la gente de ellos en la disrupción. Un terreno que ofrezca alguna defensa natural. Un clima que permita una temporada de cultivo lo bastante larga para importar. Y luego la propiedad misma: un pozo en lugar de una conexión municipal, bosque para leña, suelo capaz de producir alimentos, exposición al sur para la energía solar, almacenamiento que pueda asegurarse, más de una vía de entrada y salida. Estos rasgos de la propiedad pueden mejorarse con el tiempo, pero algunos vienen dados por la elección de la propiedad y no pueden añadirse después, y por eso la elección merece un peso real.

La decisión de reubicarse, para quienes pueden tomarla, está entre las más consecuentes de todo el programa, y el Volumen Dos fue honesto sobre sus dos caras. La estrategia de mudarse a un lugar más

resiliente funciona cuando el hogar llega con paciencia, acepta que la comunidad receptora ya tiene su propia estructura y su propio liderazgo, contrata localmente, envía a sus hijos a las escuelas locales y hace el trabajo lento de volverse parte del lugar a lo largo de años. Fracasa cuando el hogar llega esperando que la riqueza compre la pertenencia, porque la pertenencia no está en venta, y el hogar que intenta comprarla se convierte en un forastero tolerado cuyo dinero es bienvenido y cuya persona no lo es. La diferencia es invisible en tiempos normales y decisiva en la disrupción, cuando la familia absorbida tiene vecinos que se pondrán de su lado y el forastero tolerado tiene una escritura de propiedad en un lugar que ha decidido defender primero a los suyos. La estrategia fracasa además a escala, al margen de la conducta individual, como lo han mostrado los flujos recientes hacia Bozeman, Jackson Hole y partes de Idaho y Tennessee, donde el volumen de llegadas ha desbordado a las comunidades receptoras y generado un resentimiento que puede alcanzar incluso al recién llegado que se comportó bien.

Para los muchos que no pueden reubicarse, por el trabajo, por la familia o por los lazos sociales que hacen que cualquier lugar valga la pena, la pregunta pasa a ser cómo posicionarse dentro de la ubicación actual, quizá mientras se construye una conexión secundaria en otro lugar que pudiera activarse si alguna vez hiciera falta. Es una posición más débil que estar ya arraigado en un lugar resiliente, pero es una posición mucho más fuerte que la negación, y está al alcance de casi todos.

Capacidad productiva

Después de la comunidad y la ubicación viene la capacidad de producir lo que uno necesita, en lugar de meramente haberlo almacenado. La distinción es el punto entero. Las reservas se agotan; la producción continúa. Un hogar que vive de sus reservas está mirando una cuenta regresiva. Un hogar que produce está en un estado estable que puede persistir indefinidamente. Los dos son distintos en especie, no en grado, y la diferencia se convierte en la diferencia entre una familia que se queda sin nada en el octavo mes y una familia que no se queda sin nada.

La capacidad productiva a escala del hogar es ante todo alimentaria: suelo de huerto, árboles frutales y de frutos secos, ganado donde resulte práctico, acceso a la caza y la pesca y el conocimiento para aprovecharlo, y el conocimiento de recolección silvestre propio de la región de cada uno. Se extiende a la gestión del agua, a la generación de energía y a la capacidad básica de fabricar y reparar las herramientas de las que depende el resto. Lo que une a estas capacidades es que producen valor en lugar de consumirlo, y lo que comparten es una curva de aprendizaje que se mide en años.

Esta es la verdad dura sobre la capacidad productiva y la razón por la que ocupa el tercer lugar y no uno más bajo: no puede adquirirse cuando se la necesita. Un huerto tarda varias temporadas en volverse genuinamente productivo, porque el conocimiento del propio suelo, del clima, de las plagas y de las variedades que les convienen se acumula solamente a través de temporadas de intentar y fracasar. Los árboles frutales tardan de tres a siete años en dar fruto y más en alcanzar su rendimiento pleno. El ganado exige una competencia que solo viene de haberlo tenido. La capacidad productiva que un hogar

necesitará en la disrupción no es, por tanto, la capacidad que pueda iniciar al comienzo de la disrupción. Es la capacidad que ha venido construyendo durante años, y por eso el rumbo sabio es empezar temprano, aceptar los rendimientos modestos y la inversión constante de los primeros años, y llegar al momento de la necesidad con una capacidad que ha madurado, en lugar de una capacidad que se intenta por primera vez en las peores condiciones posibles.

Para la mayoría de las familias el punto de entrada es un huerto, valioso tanto por la destreza que construye como por los alimentos que produce, porque una familia que ha cultivado durante cinco años sabe cosas que una familia que cultiva por primera vez en una crisis no puede aprender a tiempo. Desde allí el camino pasa por las gallinas ponedoras, por los árboles frutales plantados lo antes posible precisamente porque tardan tanto, por el ganado menor, cabras, ovejas, cerdos y abejas, que está al alcance de hogares con incluso una tierra modesta. El ganado mayor exige más tierra, destreza y equipo de lo que la mayoría de los hogares puede manejar. El hogar sin tierra propia no queda excluido del todo de esta capa; puede llegar a la producción a través de la agricultura sostenida por la comunidad, los huertos comunitarios y las relaciones con agricultores locales que podrían activarse en la disrupción. Nada de esto sustituye a poseer un suelo que uno pueda trabajar, pero cada una es una medida parcial real para quienes no pueden poseerlo.

Destrezas

Las destrezas que importan en la disrupción no son, en gran medida, las que la economía moderna recompensa, y la mayoría de la gente tiene muchas menos de las relevantes de lo que supone. Las destrezas relevantes son las que producen, reparan, curan, enseñan o defienden directamente, sin la mediación de la economía de especialistas: la medicina práctica, desde el cuidado de heridas hasta el manejo de las enfermedades comunes y, donde corresponda, el parto; toda la gama de la producción y conservación de alimentos, desde cultivar y criar hasta envasar, fermentar, ahumar, secar y salar; la competencia mecánica para mantener en marcha vehículos, herramientas y motores pequeños; la construcción y reparación del refugio; el manejo de las armas y la conciencia que las vuelve útiles para la defensa; la comunicación independiente de la red; la enseñanza de los niños cuando las escuelas ya no están; la resolución de conflictos y la organización del esfuerzo común cuando las instituciones ya no los proveen; y la práctica religiosa y espiritual que sostiene el sentido, que es una destreza tanto como las demás y se desarrolla del mismo modo, mediante la práctica a lo largo del tiempo.

Lo que estas destrezas tienen en común es que la competencia en ellas viene de ejercerlas, idealmente bajo la guía de alguien que ya sabe, y que el ejercicio toma años. Los libros y los cursos ponen un cimiento pero no producen competencia; solo la práctica la produce. La mayoría de los adultos tiene una o dos de estas destrezas si es inusual, y ninguna si es típico, y la construcción de siquiera unas pocas es una inversión real de tiempo que paga en las dos direcciones, en mayor capacidad y menor dependencia en tiempos normales y en la capacidad de funcionar cuando los especialistas ya no están.

Una implicación merece nombrarse porque se pasa por alto con mucha frecuencia. Las personas que aún poseen estas destrezas en profundidad son desproporcionadamente mayores, porque la transmisión cultural de la competencia práctica seguía intacta cuando eran jóvenes y se había roto en gran medida para cuando lo fueron sus nietos. Estos mayores son un recurso de valor inmenso y de disponibilidad que disminuye con rapidez, y las familias y comunidades que extraen sistemáticamente su conocimiento y lo pasan a los jóvenes están haciendo una de las cosas más importantes que la preparación puede hacer. Las familias que lo dejan pasar sin capturarlo cuando los mayores mueren están perdiendo algo que no puede recuperarse a ningún precio.

Reservas de valor

Después de las destrezas vienen las reservas de valor, y aquí la comprensión rectora es la que el Volumen Uno estableció en su séptimo capítulo: que la riqueza en el mundo moderno es en gran medida una estructura de permisos, un conjunto de derechos que los intermediarios honran y un sistema hace cumplir, y que las formas de riqueza que no dependen de ese permiso son las formas que sobreviven a su retiro. Las categorías que siguen están ordenadas exactamente por ese principio, de la más independiente de la estructura de permisos a la menos.

Los metales preciosos físicos en posesión propia ocupan la cima, porque el oro y la plata han sido dinero en todas las civilizaciones letradas durante miles de años y no dependen de ninguna institución para conservar su valor. Se dividen, viajan y se intercambian. La moneda de plata estadounidense anterior a 1965 se reconoce por su contenido de plata y es útil para las transacciones ordinarias; las monedas de una onza sirven para las mayores; el oro en monedas soberanas fraccionarias y de una onza concentra un valor sustancial en una forma que puede llevarse encima. Una asignación razonable para un hogar se sitúa entre el cinco y el veinte por ciento de la riqueza líquida, mantenida en posesión personal o en custodia plenamente asignada en una jurisdicción a la que uno pueda llegar de verdad, y mantenida como metal y no como los derechos en papel sobre metal que reintroducen exactamente la dependencia de intermediarios de la que el metal debía escapar.

El efectivo físico es lo segundo, útil en la fase temprana de cualquier disrupción, cuando el pago electrónico falla pero la moneda todavía conserva su valor. Varios meses de gastos básicos en denominaciones pequeñas, guardados de forma segura y sin comentarlo con nadie, son genuinamente útiles en todo el rango que va de un apagón a un congelamiento bancario.

El bitcoin en custodia propia es lo tercero, valioso en el escenario específico que el Volumen Uno describió, el colapso parcial en el que el sistema bancario local falla mientras la comunicación global continúa, como ocurrió en Argentina, Venezuela y el Líbano. Una asignación modesta mantenida en una billetera física, con la frase semilla debidamente asegurada, es un seguro razonable contra ese escenario, y la custodia propia es el punto entero, puesto que las monedas mantenidas en una plataforma de intercambio son meramente otro derecho frente a un intermediario que puede congelarse o confiscarse.

La tierra productiva ocupa el cuarto lugar y es en muchos sentidos la más importante de todas, porque la tierra que produce alimentos, sostiene ganado o rinde madera se vuelve más valiosa en la disrupción y no menos, al producir las cosas reales que la gente necesita cuando las formas financieras de la riqueza están fallando. Su limitación es que requiere la capacidad de trabajarla, de la que carece la mayoría de los propietarios modernos, de modo que la posición más fuerte de todas es la combinación de tierra productiva con las destrezas o la comunidad para hacerla producir.

Las herramientas y los bienes duraderos vienen en quinto lugar, y conservan valor porque hacen posibles la producción y la reparación, de modo que la inversión en herramientas de calidad hecha ahora es riqueza preservada en una forma que el colapso no puede erosionar con facilidad. Los bienes de trueque vienen en sexto lugar, el alcohol, la sal, el café, la munición y los medicamentos básicos que han servido de moneda informal en toda crisis prolongada, útiles tanto en el hogar como en el intercambio. Y las destrezas vienen en séptimo lugar, ya tratadas, la riqueza más portátil de todas, que no puede confiscarse, no se degrada en el almacenamiento y viaja con su portador adondequiera que vaya.

Lo que importa a través de estas categorías es menos la asignación precisa que la diversificación misma. Un hogar con toda su riqueza en acciones y bonos está expuesto a un escenario; un hogar con toda ella en oro, a otro; un hogar repartido entre varias de estas formas está posicionado frente a un rango más amplio de lo que pueda venir.

Suministros

Solo ahora, en sexto lugar del orden, ocupan su sitio los suministros: los alimentos, el agua, el combustible y los materiales médicos almacenados con los que los manuales comienzan. Son genuinamente valiosos, sobre todo como el puente que lleva a un hogar a través de la disrupción temprana antes de que su propia producción haya crecido hasta cubrir la necesidad. Pero están aguas abajo de todo lo anterior, y un hogar rico en suministros pero pobre en comunidad, ubicación, capacidad productiva y destrezas está en peor posición que un hogar con suministros modestos y las capas de aguas arriba en su lugar. Los detalles de los suministros, las cantidades, los costos y las elecciones, son el tema del próximo capítulo, tratados allí en detalle. El punto aquí es solamente la colocación: sexto, no primero, y el hogar que invierte esto ha leído mal la jerarquía entera.

Infraestructura de seguridad

Al final viene la infraestructura de seguridad, las armas, las fortificaciones y la vigilancia que ocupan tanto espacio en la imaginación popular de la preparación. Tienen un lugar, pero es el último, porque la seguridad real en la disrupción viene de la comunidad, no de la fortaleza individual. El decimocuarto capítulo del Volumen Dos presentó este argumento en el contexto estadounidense: la misma arma produce desenlaces opuestos en manos distintas y en comunidades distintas, porque el factor determinante es el contexto, no el equipo. El individuo armado sin comunidad es un blanco. El miembro armado de una comunidad coordinada es parte de una defensa que de verdad puede

sostenerse.

La configuración básica del hogar es modesta y bien conocida, un rifle de fuego central de calidad en un calibre común, una escopeta, una pistola confiable, un rifle de percusión anular para caza menor y entrenamiento, con munición adecuada rotada en el tiempo, todo lo cual puede adquirirse por unos pocos miles de dólares, mucho menos de lo que el marketing de la industria da a entender. Y la destreza de usarlas importa más que el poseerlas; el hogar que ha entrenado está en una categoría distinta del hogar que meramente ha comprado. Pero todo esto se sitúa al final del orden, para añadirse una vez que las capas de aguas arriba están en marcha, y nunca debe confundirse con el cimiento como el que tan a menudo se lo vende.

El orden es el argumento

El patrón a través de las siete prioridades es consistente y es la razón del ordenamiento. Los elementos superiores tardan más en construirse y producen una resiliencia más duradera. La comunidad toma años. La ubicación toma una decisión mayor y un largo asentamiento. La capacidad productiva y las destrezas toman años de práctica. Las reservas de valor pueden ensamblarse en meses, los suministros en semanas, la infraestructura de seguridad en días. La tentación natural es hacer primero las cosas rápidas, porque producen la evidencia visible de progreso que las cosas lentas niegan durante años. La disciplina estratégica es hacer primero las cosas lentas, comenzando ahora, y añadir las rápidas a medida que las lentas maduran, de modo que cuando llegue la carga el cimiento ya esté soportando peso.

El lector que parte de una posición de ninguna preparación debería extraer de esto aliento y no desaliento. El primer paso importa más que la velocidad de los pasos que siguen. Un huerto plantado esta temporada, un compromiso serio con una comunidad de fe comenzado este mes, una conversación honesta con la familia sobre la ubicación esta semana, una primera compra de plata física este año: cada uno es progreso real, y el efecto acumulado de años de un progreso así es una preparación que funciona de verdad, mientras que la alternativa de esperar la certeza produce solamente la alternativa de llegar sin preparación. El próximo capítulo aborda la capa física en detalle, con el marco de prioridades sostenido de principio a fin, para que los detalles que nombra se entiendan como servidores del orden aquí establecido y no como la sustancia de la preparación misma.

CAPÍTULO 16

La capa física

Este es el capítulo que más riesgo corre de convertirse en un catálogo, porque es donde los detalles son más densos: galones de agua (el galón, unos 3,8 litros), cuerdas de leña, libras de grano (la libra, unos 450 gramos), kilovatios de energía solar, dólares de costo. Los detalles están aquí y son reales. Pero una lista de cantidades no es preparación, y un hogar que adquiere las cantidades sin entender para qué son se ha preparado para lo que no era. Cada elemento de la capa física existe para resolver un problema particular que la tesis de este libro ha identificado, y el razonamiento que conecta el elemento con el problema es lo que permite a un hogar adaptar los detalles a sus propias circunstancias. El capítulo está organizado por el orden en que el cuerpo falla sin cada elemento: el agua primero, porque tres días sin ella son letales; luego el calor, luego los alimentos, luego la producción que sobrevive al almacenamiento, luego la capacidad médica, luego la defensa, luego la movilidad, la comunicación y la documentación que sostienen el resto.

Todo lo que hay en este capítulo ocupa, en la jerarquía del anterior, la sexta posición. Está aguas abajo de la comunidad, la ubicación, la capacidad productiva, las destrezas y las reservas de valor, e importa solamente en el contexto que esas capas de aguas arriba establecen. El hogar que tiene los suministros y no las capas de aguas arriba ha ensamblado la parte menos importante de la preparación mientras descuidaba la más importante. Entendido esto, los suministros siguen siendo reales y sigue valiendo la pena hacerlos bien, porque en la fase temprana de cualquier disrupción son el puente que lleva a un hogar desde la falla del sistema hasta la maduración de su propia producción, y un hogar que cae de ese puente no llega al otro lado.

Los números de este capítulo están calibrados para un hogar de cuatro a seis personas con alguna capacidad de apoyar a familiares extendidos o miembros de la comunidad en la disrupción. Escalan con el tamaño del hogar y con los recursos. Un hogar más adinerado puede hacer más en algunas categorías sin hacer menos en otras. Un hogar de medios modestos puede hacer menos, pero debería hacer algo en cada categoría en lugar de todo en una, porque las categorías protegen contra fallas distintas y el vacío en cualquiera de ellas es el vacío que la disrupción encuentra.

Agua

El agua viene primero porque el cuerpo falla más rápido sin ella. Tres días es el límite exterior aproximado de la supervivencia sin agua, frente a semanas sin alimentos, y ese simple hecho fisiológico fija la prioridad. Es también el elemento donde la dependencia moderna es más completa y menos advertida. El agua municipal que llega al grifo depende de electricidad continua para bombearla y del funcionamiento continuo de las plantas de tratamiento para hacerla segura, y cuando cualquiera de los dos falla, el agua o se detiene o se vuelve peligrosa, por lo general sin aviso y por lo general antes de que el hogar haya entendido que esto era siquiera una dependencia.

La pregunta, entonces, es qué hay detrás del grifo. La respuesta más fuerte es un pozo privado con una bomba eléctrica para el uso ordinario y una bomba manual o solar como respaldo para cuando la red esté caída. La bomba manual importa más que su costo modesto, entre mil quinientos y tres mil dólares instalada por un servicio de pozos competente, porque extrae agua a través de la falla de todo lo eléctrico, y una bomba manual puede alcanzar profundidades que una bomba a batería no alcanza, lo que significa que funciona en un rango de fallas más amplio de lo que su precio sugeriría. Este es el patrón que hay que buscar a lo largo de toda la capa física: el elemento cuyo valor no es su costo sino la amplitud de las fallas que cubre.

Un hogar sin pozo tiene opciones más débiles pero reales, y el razonamiento que las ordena es el mismo. El agua de lluvia recogida del techo en tanques aptos para uso alimentario convierte la casa misma en una captación; mil pies cuadrados de techo rinden aproximadamente seiscientos galones por pulgada de lluvia, de modo que incluso un almacenamiento modesto de dos mil galones, instalado por unos pocos miles de dólares, se convierte en un seguro significativo en cualquier clima donde llueva. El agua superficial en la propiedad o cerca de ella, un arroyo, un estanque o un lago, es un respaldo que solo necesita filtración o hervor para volverse segura, y la filtración es barata en relación con lo que proporciona: un filtro de gravedad del tipo Berkey cuesta de trescientos a quinientos dólares y procesa decenas de miles de galones antes de que sus elementos se agoten. El hogar enteramente dependiente del agua municipal e incapaz de cambiar ese hecho recurre al almacenamiento, y la aritmética es lo bastante simple para razonarla directamente. Cincuenta galones por persona cubren la bebida, la cocina y la higiene básica durante un intervalo serio; para una familia de cuatro son doscientos galones, rotados para mantenerse frescos, con un almacenamiento mayor apto para uso alimentario razonable para quienes tengan el espacio.

Lo que ata entre sí las provisiones de agua es la redundancia a través de los modos de falla, porque los elementos de filtración son consumibles y cualquier método aislado puede fallar. El hogar que almacena elementos de repuesto, mantiene el tratamiento químico como respaldo químico del filtro mecánico y conserva el conocimiento para hervir agua eficazmente ha cubierto no una falla sino las varias que podrían llegar juntas. En el extremo modesto, esto son unos pocos miles de dólares y una conciencia de las fuentes locales; en el extremo serio, se extiende a pozos, bombas manuales, múltiples cisternas y distribución por gravedad, y la inversión escala con la tierra y los recursos. El principio es constante a través de las escalas: el agua es lo primero porque el cuerpo dice que es lo primero.

Calor

En la mitad norte del país el calor está a la par del agua, y por la misma razón fisiológica: la hipotermia mata más rápido que el hambre, y una casa que no puede calentarse en un invierno del norte es tan letal como una casa que no puede abastecerse de agua. El hogar moderno calentado con gas natural, gasóleo de calefacción o electricidad depende, exactamente como con el agua, de suministros que fluyen por una infraestructura que puede no aguantar, y la pregunta es otra vez qué hay detrás del termostato.

La respuesta más fuerte es la leña, porque la leña es el combustible que un hogar puede recolectar, almacenar y quemar sin ningún sistema interpuesto entre el hogar y su calor. Una estufa de leña de alta calidad de un fabricante serio cuesta de tres a cinco mil dólares correctamente instalada y convierte la casa en algo que puede calentarse desde la tierra que la rodea. Un calefactor de mampostería cuesta más y quema con más eficiencia; una cocina de leña añade la capacidad de cocinar a la de calentar, eliminando la dependencia de las cocinas eléctricas o de gas; una caldera de leña integrada con la calefacción de la casa puede templar toda la estructura y es el arreglo más eficiente de todos, al costo instalado más alto. El razonamiento que elige entre ellos es el mismo que recorre el capítulo: cuán completamente corta esto la dependencia de sistemas que pueden fallar, y a qué costo.

El combustible es el consumible, y aquí el trabajo es el costo oculto que el precio del equipo esconde. Una casa del norte que depende de la leña como calor primario quema de cinco a diez cuerdas al año, y cortar, partir y curar esa leña exige equipo real, motosierras, partidoras y cobertizos de secado, y trabajo real a lo largo del año. Un hogar en tierra arbolada puede producir la suya; un hogar sin tierra debe comprarla, aceptando que la cadena de suministro de la leña comprada está, ella misma, entre las cosas que la disrupción puede interrumpir. Por eso la provisión de calor conecta de vuelta con las capas de ubicación y capacidad productiva del capítulo anterior: la propiedad arbolada resuelve el problema del combustible de un modo que la propiedad sin bosque no puede, y la conexión no es incidental sino estructural.

La leña no está sola. El propano se almacena indefinidamente sin degradarse, a diferencia de la gasolina, y un tanque enterrado de mil galones, de cuatro a ocho mil dólares instalado, guarda años de cocina y calor suplementario que funcionan a través de los cortes de la red. La electricidad solar se ha vuelto genuinamente valiosa para la resiliencia, pero solo en una configuración específica en la que el hogar debe insistir, porque la configuración común es inútil exactamente para la situación que parecería atender. El sistema solar conectado a la red sin baterías se apaga cuando la red se apaga, porque los inversores requieren la presencia de la red para operar, de modo que el hogar con paneles en el techo y sin almacenamiento en baterías queda a oscuras durante el apagón contra el que sus paneles parecen asegurarlo. La configuración que proporciona resiliencia real empareja los paneles, en general de ocho a veinte kilovatios, con un almacenamiento en baterías de veinte a cuarenta kilovatios-hora en química de litio-hierro-fosfato, que tiene la mejor longevidad y seguridad, y con inversores capaces de modo isla, que permite al sistema funcionar cuando la red está caída, idealmente alimentando un subtablero de cargas críticas que separa los circuitos esenciales del resto. Un sistema serio con capacidad de operar fuera de la red cuesta de veinte a sesenta mil dólares, y la arquitectura importa más que el tamaño. La generación de respaldo, un generador de propano o diésel, cubre el tramo nublado prolongado del invierno en que la producción solar se queda corta, con el propano preferido por su almacenamiento indefinido y el diésel manejable con aditivos y rotación.

El hogar que integra estas piezas, la leña como calor primario independiente, el propano como respaldo almacenable, la energía solar con baterías para la electricidad, un generador para el hueco, ha construido resiliencia energética a través del rango de fallas, a un costo de implementación completa de

cuarenta a cien mil dólares. El hogar que no pueda llegar a eso debería razonar de todos modos la prioridad: el calor primero, porque el invierno es el asesino, lo que significa una estufa de leña si es de algún modo posible, o reservas grandes de combustible alternativo y como mínimo un plan elaborado para el corte prolongado, porque el hogar que ha pensado qué haría ya está por delante del que no lo ha pensado.

Alimentos

El almacenamiento de alimentos es el puente, y nombrarlo como puente es la clave para entender para qué sirve. No es el destino. El destino es la producción, que la sección siguiente aborda. El almacenamiento es lo que lleva al hogar a través del intervalo entre la falla de la cadena de suministro de los supermercados, que estará entre las primeras cosas en romperse, y el punto en el que la producción propia del hogar ha crecido hasta cubrir su necesidad. Un hogar que se ha comido sus reservas antes de que su producción madure ha caído del puente; un hogar con lo suficiente almacenado para alcanzar el otro lado ha usado el almacenamiento exactamente para lo que el almacenamiento sirve.

Qué almacenar se sigue de lo que el cuerpo necesita y de lo que se conserva. Los granos son el cimiento porque se almacenan durante décadas cuando se empaquetan correctamente, en bolsas de mylar con absorbentes de oxígeno dentro de cubetas aptas para uso alimentario, y el trigo es el que mejor se conserva de todos, más de treinta años en buenas condiciones. La cifra de trescientas libras de grano por persona por año suena enorme, y la mayoría de los hogares jamás comería tanto grano porque sus calorías vienen de otras fuentes, pero la cifra vale la pena entenderse por lo que representa y no como un objetivo literal: es seguridad calórica a un costo trivial, unos pocos cientos de dólares por persona, un seguro contra la falla más cara imaginable, la de no tener suficiente para comer. Esto conecta directamente con el hallazgo más aleccionador del Volumen Dos, el piso biológico por debajo del cual el hambre sostenida degrada el carácter mismo. El grano en las cubetas no está protegiendo solamente el cuerpo. Está protegiendo a la persona que el cuerpo sostiene, al mantener al hogar por encima del piso en el que los voluntarios de Minnesota y las poblaciones de las hambrunas dejaron de ser quienes habían sido. Visto así, trescientas libras de trigo por unos pocos cientos de dólares están entre las provisiones más baratas y más consecuentes que un hogar puede hacer.

El resto del almacenamiento sigue la misma lógica de nutrición y vida útil. Frijoles y legumbres para la proteína, que se almacenan como los granos, de veinticinco a cincuenta libras por persona por año. Grasas y aceites, críticos y a menudo olvidados, porque el cuerpo no puede usar con eficiencia las calorías del grano y los frijoles sin grasa, mejor manejados rotando el aceite de cocina en el uso ordinario, de modo que siempre haya de seis a doce meses a mano. Sal, irremplazable para la nutrición y para el curado y la salmuera que conservan otros alimentos, que se almacena para siempre, tan barata de acopiar en cantidad que no hay razón para no hacerlo. Azúcar y miel para las calorías rápidas y la conservación, y la miel se conserva esencialmente para siempre. Verduras y frutas conservadas para las vitaminas que previenen las enfermedades carenciales de una dieta estrecha, mediante el envasado

casero, la liofilización, la deshidratación y la rotación de latas comerciales en el uso normal. Vitaminas y suplementos como el seguro barato contra las deficiencias que produce una dieta restringida, un suministro anual del hogar por unos pocos cientos de dólares. Y especias y condimentos, que suenan frívolos y no lo son, porque el mismo arroz con frijoles durante meses se vuelve insoportable, y la variedad que hace comestible la comida almacenada durante un intervalo largo no cuesta casi nada y hace más por la sostenibilidad de la dieta de lo que su precio sugeriría.

Un año de almacenamiento serio de alimentos para una familia de cuatro cuesta de cuatro a ocho mil dólares, lo que no es una carga para la mayoría de las familias y produce una posición de seguro real, que solo requiere espacio, organización y rotación. El único punto de oportunidad es decisivo y se sigue de la naturaleza de la falla: la cadena minorista de suministro de alimentos se rompe temprano en cualquier disrupción seria, de modo que el almacenamiento debe estar en su lugar antes de que los estantes se vacíen, porque el hogar que intenta ensamblarlo mientras otros intentan lo mismo ha perdido la ventana que el preparador temprano usó.

Producción

El almacenamiento es el puente; la producción es el otro lado. La distinción entre ambos es la distinción entre una cuenta regresiva y un estado estable, y es la distinción más importante de la capa física. El hogar que vive de sus reservas está mirando un número caer hacia cero. El hogar que produce está en una condición que puede persistir, reponiendo mientras consume, y el paso del primer estado al segundo es el paso de sobrevivir a la disrupción a vivir a través de ella.

La producción es más difícil que el almacenamiento exactamente en el sentido que importa: no puede comprarse en el momento de la necesidad, porque descansa sobre una competencia que se acumula solo a lo largo de temporadas. Por eso está por encima de los suministros en la jerarquía y por eso debe comenzar años antes de que se la necesite. Un huerto incluso de tamaño modesto, de un cuarto a medio acre bien manejado, produce una parte sustancial de las verduras de una familia y algo de sus calorías, pero el hortelano de cinco años y el de primer año no son iguales, porque el de cinco años conoce el suelo, el clima, las plagas y las variedades que funcionan, y ese conocimiento no puede comprimirse. Los árboles frutales tardan de tres a siete años en dar fruto, lo que es el argumento para plantarlos ahora y no el argumento para no plantarlos; un huerto familiar de veinte a cincuenta árboles, a veinte a cincuenta dólares el árbol, produce en serio una vez establecido y durante décadas después. Las bayas dan más rápido, en dos o tres años, y recompensan incluso un espacio modesto. Las gallinas ponedoras son el punto de entrada al ganado, y las razas tradicionales que empollan sus propios polluelos importan de un modo que las descripciones de catálogo oscurecen, porque las razas comerciales que no crían a sus propias crías dejan al hogar dependiente de una incubadora comercial, que es exactamente la clase de dependencia externa de la que todo el ejercicio debía escapar. En una extensión real de tierra se vuelven posibles los animales mayores, la cabra lechera y la vaca familiar y las ovejas y el cerdo, cada uno con sus propias exigencias de destreza, infraestructura y trabajo diario.

La producción ata la capa física de vuelta a la capa de ubicación del capítulo anterior, porque la producción requiere tierra y el hogar sin tierra puede hacer poca de manera directa. Lo que el hogar sin tierra puede hacer es llegar a la producción a través de la comunidad, mediante la agricultura sostenida por la comunidad, los huertos comunitarios y las relaciones con agricultores locales que podrían activarse en la disrupción, que es una posición más débil que poseer suelo pero una posición real, y que es en sí misma otra forma del principio de comunidad primero que ordena el libro entero.

Capacidad médica

La preparación médica devuelve una protección grande por una inversión pequeña, y está entre las capas más descuidadas porque el hogar moderno ha delegado tan completamente su salud en un sistema de profesionales y cadenas de suministro que ha olvidado que la salud fue alguna vez una competencia del hogar. En la disrupción los profesionales pueden ser inalcanzables y la cadena de suministro farmacéutica, que pasa por un pequeño número de fabricantes extranjeros, puede estar entre las primeras en romperse, y el hogar queda arrojado de vuelta a lo que ha almacenado y lo que sabe.

Lo que debería haber almacenado se sigue de lo que sale mal. Suministros de trauma para las lesiones serias, los torniquetes, las gasas hemostáticas y los sellos torácicos que atienden el sangrado que mata antes de que ningún profesional pudiera llegar. La capacidad de cerrar heridas y de entablillarlas y vendarlas. Medicamentos para las afecciones comunes que se vuelven peligrosas sin tratamiento, los analgésicos y antifebriles y antidiarreicos y antihistamínicos y antifúngicos, los antibióticos donde puedan obtenerse legalmente, las sales de rehidratación, y una reserva extendida sería de cualesquiera medicamentos recetados de los que dependan los miembros del hogar, porque la interrupción de un medicamento crónico es una crisis médica en sí misma. Suministros dentales, que suenan menores y no lo son, porque un problema dental es común, agónico e incapacitante sin atención, y el material de empaste temporal, la cera dental, el aceite de clavo y las herramientas básicas permiten manejar una emergencia hasta que la atención real esté disponible.

Los suministros son baratos, unos pocos miles de dólares por un botiquín doméstico competente con materiales de referencia. La competencia para usarlos es la inversión mayor y la más valiosa, construida mediante cursos de primeros auxilios en zonas agrestes y formación médica de emergencia y, mejor que todo, relaciones con profesionales médicos dentro de la comunidad, que es una vez más el principio de comunidad primero reafirmandose: la resiliencia médica del hogar es, en última instancia, función de si hay una enfermera, un médico o un paramédico entre las cincuenta a varios cientos de personas con las que puede contar.

Defensa

La defensa al nivel del suministro del hogar quedó resuelta en su dimensión estratégica por el capítulo anterior y por el Volumen Dos: la seguridad real viene de la comunidad, no de la fortaleza individual, y la misma arma es un activo o un pasivo dependiendo enteramente de si la sostiene un hogar aislado o una comunidad coordinada. Establecido esto, la provisión del hogar es modesta y bien conocida, un

rifle de fuego central de calidad en un calibre común, una escopeta, una pistola confiable, un rifle de percusión anular para caza menor y entrenamiento, con munición almacenada en cantidad razonable y rotada, todo por unos pocos miles de dólares. La destreza de usarlas importa más que el poseerlas, y por eso el tiempo de práctica en el polígono y el entrenamiento transforman un hogar nominalmente armado en uno realmente capaz, y por eso el hogar que compra las armas y nunca entrena ha adquirido objetos y no capacidad. La seguridad de la propiedad, buenas cerraduras, iluminación y una conciencia modesta del perímetro, completa la provisión, pero el encuadre del Volumen Dos gobierna todo esto: el arma de fuego en manos del hogar aislado es un blanco, y el orden que coloca a la comunidad primero y a la seguridad al final no es un accidente sino la conclusión del análisis.

Movilidad, comunicación, documentación

Las provisiones restantes sostienen a las demás y pueden tratarse más brevemente, no porque no importen sino porque el razonamiento que las gobierna es el ya establecido. Los vehículos para la disrupción deben ser simples, duraderos y reparables sin los diagnósticos computarizados que atan un vehículo moderno a una red de concesionarios; la camioneta diésel antigua, de inyección mecánica y libre de la electrónica de emisiones exigida después de 2007, se valora precisamente porque un propietario capaz puede mantenerla en marcha cuando la red ya no está, que es la misma lógica de independencia de los sistemas que recorrió el agua, el calor y los alimentos. El almacenamiento de combustible extiende el alcance, y el diésel se conserva por años donde la gasolina se conserva por meses. La comunicación independiente de la red, mediante la radioafición que un fin de semana de estudio vuelve accesible, mediante receptores de manivela y mensajeros satelitales, mantiene a un hogar informado y conectado cuando las redes ordinarias fallan. Y la documentación, los registros de identidad, propiedad, médicos y financieros en múltiples copias seguras, junto con una biblioteca de referencia de libros físicos sobre medicina, conservación de alimentos, cría de animales y reparación, y las obras religiosas y literarias que sostienen el sentido, preserva a la vez el conocimiento práctico y la herencia humana que no puede confiarse a una pantalla cuando la energía y la red ya no están.

Lo que cuesta y lo que el costo significa

La inversión total varía tanto como varían los hogares. Un nivel modesto, que cubre el almacenamiento básico de alimentos, la resiliencia de agua, un respaldo energético modesto, lo médico y la defensa básicos, herramientas y reservas de valor, puede alcanzarse por diez a veinte mil dólares a lo largo de unos pocos años. Un nivel moderado, con almacenamiento y producción más sustanciales, un pozo con bomba manual, calefacción de leña, energía solar modesta, capacidad médica más completa, herramental completo, reservas de valor significativas y algo de tierra, cuesta de cincuenta a ciento cincuenta mil a lo largo de cinco a diez años. Un nivel serio, con producción y resiliencia de agua completas, independencia energética sustancial, capacidad médica y defensiva a escala comunitaria y tierra productiva significativa, va desde varios cientos de miles hasta los millones a lo largo de una década o más.

La relación entre el gasto y la resiliencia es lo más importante que hay que entender de estos números, y no es lineal. Los primeros diez mil dólares producen una mejora enorme respecto de nada. Los noventa mil siguientes producen una mejora adicional significativa. Los novecientos mil siguientes producen poca. Los retornos disminuyen bruscamente, y la consecuencia práctica es que ningún hogar debería sentirse obligado a gastar al nivel más alto, porque el hogar modesto que se ha comprometido con la comunidad, ha desarrollado sus destrezas y ha hecho las provisiones básicas está mejor posicionado que el hogar adinerado que ha gastado una fortuna en suministros mientras descuidaba las capas de aguas arriba. Esta es la misma conclusión a la que llegó la jerarquía, alcanzada ahora desde el lado del costo: la capa física es real y vale la pena hacerla bien, pero es la sexta prioridad, sirve a la resiliencia que las capas de aguas arriba establecen, y no puede fabricar esa resiliencia por sí sola. El próximo capítulo se vuelve hacia la capa financiera, donde la misma comprensión rectora, que la riqueza es una estructura de permisos que puede revocarse, organiza todo lo que sigue.

CAPÍTULO 17

La capa financiera

Este capítulo aborda qué hacer con los activos financieros a la luz del análisis que los volúmenes anteriores desarrollaron. Las recomendaciones son directas porque suavizarlas no sirve a nadie. La comprensión fundamental, establecida en el Capítulo 7 del Volumen Uno, es que la riqueza en la sociedad moderna es en gran medida una estructura de permisos otorgada por intermediarios que mantienen los registros y procesan las transacciones que hacen utilizable la riqueza. Este capítulo lleva esa comprensión del diagnóstico a la acción: qué conservar, qué liquidar, cómo manejar las complicaciones específicas que enfrentan los hogares adinerados y qué necesita hacer realmente el hogar modesto. Las recomendaciones sonarán agresivas a los lectores condicionados por el consejo financiero convencional. La agresividad está calibrada para la situación real, no para las sensibilidades de una industria que tiene razones para mantener a sus clientes en sus productos. El consejo financiero estándar que ha guiado la gestión de patrimonios durante las últimas décadas está calibrado para condiciones que pueden no continuar. Las carteras diversificadas de acciones y bonos, los bienes raíces como reserva de valor de largo plazo, las cuentas de retiro con estructuras de ventaja fiscal, los seguros de vida y las rentas vitalicias, toda la arquitectura de la planificación financiera moderna, asumen que el sistema en el que estos instrumentos operan sigue funcionando. Si el sistema entra en disrupción seria, el consejo estándar les falla a sus tenedores, y la falla puede ser súbita y completa.

La comprensión fundamental del Capítulo 7 del Volumen Uno se aplica aquí directamente. La riqueza mantenida en formas distintas responde de maneras muy distintas a escenarios distintos. La riqueza en forma de anotaciones electrónicas en instituciones financieras depende de que las instituciones sigan honrando esas anotaciones. La riqueza en forma de acciones depende de que los mercados accionarios sigan funcionando y las compañías subyacentes sigan operando. La riqueza en forma de bienes raíces depende de la infraestructura de transacciones y de la demanda de compradores con acceso al crédito. La riqueza en forma de objetos físicos en posesión propia depende solamente de la física de esos objetos.

La primera forma, la riqueza en papel dependiente de intermediarios, es aquella en la que la mayoría de los hogares modernos mantiene la mayor parte de su riqueza. Es la forma más expuesta al colapso. La última forma, los objetos físicos en posesión propia, es aquella en la que casi ningún hogar moderno mantiene riqueza significativa. Es la forma más resiliente al colapso.

El enfoque razonable no es convertir toda la riqueza de la primera forma a la última. Eso sería extremo y renunciaría a la capacidad productiva que los mercados financieros proporcionan en tiempos normales. El enfoque razonable es desplazar alguna porción de la riqueza desde las formas fuertemente dependientes de la continuación del sistema hacia formas menos dependientes de ella, en proporciones calibradas según la evaluación que cada uno haga de las probabilidades de los escenarios y según sus

recursos totales. La mayoría de los hogares modernos está masivamente sobreponderada en activos financieros frágiles e infraponderada en activos físicos resilientes. Corregir este desequilibrio, aunque sea parcialmente, mejora dramáticamente la posición a través del rango de escenarios. Las correcciones específicas dependen de la posición de partida y de los recursos.

Qué conservar

A través del espectro de los hogares, ciertas tenencias tienen sentido en proporciones distintas.

Efectivo físico mantenido fuera del sistema bancario, en denominaciones pequeñas, en almacenamiento doméstico seguro. La cantidad que tiene sentido va desde varios meses de gastos básicos para un hogar típico hasta sustancialmente más para quienes les preocupe una disrupción bancaria prolongada. El costo de mantener efectivo es el interés al que se renuncia, que en los entornos de tasas actuales es real pero soportable. El beneficio es el acceso durante la disrupción bancaria, cuando los sistemas electrónicos están restringidos. Guardar efectivo requiere seguridad básica (caja fuerte ignífuga, múltiples ubicaciones, lejos de los lugares obvios) y el reconocimiento de que las tenencias no deben comentarse con amplitud.

Oro y plata físicos en posesión propia, en formas reconocidas. Como se trató en el Capítulo 15, esta es la reserva de valor más robusta a través del rango más amplio de escenarios. Las monedas de plata antiguas de circulación (la llamada junk silver) para el uso transaccional. Las American Silver Eagles y monedas de plata de una onza similares para transacciones mayores. Las monedas soberanas de oro en tamaños fraccionarios y de una onza para la preservación seria de la riqueza. La asignación razonable para hogares con riqueza significativa está entre el cinco y el veinte por ciento de los activos líquidos, según la convicción y las circunstancias. Los metales deben estar en posesión personal o en custodia plenamente asignada en una jurisdicción a la que el tenedor pueda llegar de verdad. Las cajas de seguridad bancarias no son apropiadas para tenencias serias porque pueden sellarse por orden judicial o acción del gobierno. El almacenamiento en casa requiere seguridad real: cajas fuertes de calidad, múltiples ubicaciones dentro de la casa y fuera de ella, discreción operativa sobre las tenencias.

Bitcoin en custodia propia. El argumento a favor de alguna asignación a bitcoin es real para el escenario específico del colapso parcial con la infraestructura global intacta. Del cinco al quince por ciento de la riqueza líquida en bitcoin mantenido en billeteras físicas con la seguridad debida de la frase semilla es un seguro razonable contra la disrupción bancaria con la comunicación global continuando. La custodia propia es esencial. El bitcoin mantenido en plataformas de intercambio (Coinbase, Binance, otras) no es bitcoin en ningún sentido práctico; es un derecho contractual contra la plataforma, que puede quebrar, congelar los retiros o ser confiscada. La billetera física (Ledger, Trezor, Coldcard) más la frase semilla guardada en múltiples ubicaciones físicas seguras es lo que proporciona la custodia propia real. La curva de aprendizaje técnica es real pero alcanzable para cualquier persona motivada. Las tenencias deben estar en bitcoin específicamente y no en otras criptomonedas, que tienen vulnerabilidades adicionales y propiedades más débiles como reservas de valor.

Tierra productiva que uno posea libre de cargas y pueda usar. Esta es una de las tenencias más importantes para quienes tienen los recursos para adquirirla. La tierra que produce alimentos, sostiene ganado o rinde madera conserva su valor a través de prácticamente todos los escenarios. La tierra se vuelve más valiosa en el colapso y no menos. El desafío es el trabajo requerido para hacerla productiva, del que carece la mayoría de los propietarios modernos. La combinación de la tierra con las destrezas (o la comunidad) para trabajarla está entre las posiciones más fuertes posibles. El costo varía enormemente por región, pero hay extensiones productivas significativas disponibles en las regiones resilientes a precios muy por debajo de la propiedad urbana comparable.

Herramientas, equipo y bienes duraderos que hagan posible la actividad productiva. Las herramientas de calidad duran décadas y conservan valor porque permiten producir cosas que los seres humanos necesitan. La inversión en buenas herramientas hecha ahora es riqueza preservada a través de lo que venga. La categoría incluye herramientas manuales, herramientas eléctricas donde corresponda, implementos agrícolas, equipo mecánico, equipo de cocina y de conservación de alimentos, máquinas de coser y artículos similares.

Reservas de bienes de trueque. Tenencias modestas de artículos que han funcionado como monedas informales en disrupciones pasadas: alcohol (el whisky se almacena indefinidamente), sal, azúcar, café, té, munición, productos farmacéuticos básicos donde sea legal, combustible dentro de los límites seguros de almacenamiento. Tienen doble propósito, como suministros del hogar y como capacidad de intercambio si los sistemas formales de dinero fallan. Unos pocos miles de dólares en tenencias a través de estas categorías proporcionan una resiliencia significativa.

Destrezas y conocimiento en la cabeza y en libros físicos. Como se ha tratado a lo largo del libro, esta es la riqueza más portátil, no puede confiscarse y viaja con uno al margen de las circunstancias.

Qué liquidar

El lado más difícil de la preparación financiera es liquidar los activos que tienen valor principalmente dentro del sistema actual. Las categorías que merecen un examen serio:

Posiciones accionarias concentradas en compañías individuales, en particular en servicios financieros, bienes raíces y otros sectores más expuestos al colapso sistémico. El consejo convencional de diversificar es parcialmente correcto pero no llega lo bastante lejos. Incluso la exposición accionaria diversificada depende de que los mercados accionarios sigan funcionando, lo que depende de que el sistema financiero siga funcionando. Reducir la exposición accionaria a un nivel que uno se sienta cómodo perdiendo si los mercados fallan es una preparación razonable.

Los bonos de larga duración, en particular los bonos del Tesoro con vencimientos más allá de diez años. La caída de los bonos de 2022 a 2023 demostró que los bonos de larga duración pueden perder el cuarenta por ciento de su valor en entornos de tasas al alza. Más pérdidas son posibles si las tasas suben más, y pérdidas serias son posibles si hay una pérdida de confianza en la entidad emisora. Los bonos de

larga duración en las cuentas de retiro representan un riesgo particular, porque el horizonte de tiempo para la recuperación puede no existir para los tenedores mayores.

Los bonos corporativos de grado de inversión dependen de la solvencia corporativa en condiciones que pueden no continuar. Lo mismo con los bonos de alto rendimiento, con un riesgo aún mayor.

Los bienes raíces mantenidos como inversión más allá de la residencia personal o la tierra productiva. El inmobiliario de inversión depende de los mercados de transacciones, de la disponibilidad de hipotecas y de la capacidad de pago de los inquilinos, todo lo cual se debilita en el colapso. Liquidar las propiedades de inversión mientras los mercados funcionan y convertirlas a otras formas es razonable para muchos tenedores.

Los productos de seguros y rentas vitalicias que dependen de la solvencia de la aseguradora. Los seguros de vida, las rentas vitalicias y productos similares son derechos contra compañías de seguros que pueden enfrentar tensiones que demoren o reduzcan los pagos. Reducir la exposición a estos productos, donde sea posible, es razonable. El seguro de vida en específico debería evaluarse contra la necesidad real; muchos hogares están sobreasegurados para circunstancias que ya no se aplican.

Los diamantes, los coleccionables de lujo, el arte y otros bienes de estatus ilíquidos. Estas categorías tienen vulnerabilidades específicas. Los mercados de subastas de estos artículos dependen de la riqueza continua del grupo de compradores, del transporte en funcionamiento, de los seguros, de la infraestructura de autenticación, todo lo cual puede verse perturbado. El diferencial entre compra y venta es desfavorable en tiempos normales y se vuelve catastrófico en la tensión. Liquidar estas tenencias mientras los mercados funcionan y convertirlas a formas mejores es apropiado para muchos tenedores.

Específicamente sobre los diamantes, el análisis que vale la pena examinar es tajante. La mayoría de las tenencias de diamantes representa compras minoristas con un sobreprecio significativo sobre el mayorista, con la presión estructural de los diamantes cultivados en laboratorio reduciendo aún más los valores de mercado, y con una iliquidez extrema en los escenarios de tensión. Vender ahora en los mejores términos disponibles, conservar solo unas pocas piezas excepcionales para el caso de uso de la portabilidad y convertir lo obtenido a formas mejores es la estrategia razonable. La misma lógica se aplica a los relojes de lujo, al arte del mercado bajo y medio, a las colecciones de vinos finos y a tenencias similares. Las piezas excepcionales en la cima de sus categorías pueden conservar el valor mejor que los mercados generales, pero la mayoría de las tenencias en estas categorías no lo hará.

Las participaciones empresariales concentradas que no pueden diversificarse con facilidad. Los fundadores y los altos ejecutivos a menudo mantienen la mayoría de su riqueza en acciones de compañías que ayudaron a construir. Esto es apropiado durante la participación activa, pero representa un riesgo serio de concentración. Diversificar mediante los mecanismos que estén disponibles (ventas secundarias, fondos de intercambio, venta gradual dentro de las ventanas de negociación) reduce la exposición.

Los compromisos con fondos de capital privado y de crédito privado. Estos vehículos tienen típicamente períodos de inmovilización de siete a doce años y liquidez limitada o nula. Los hogares con una exposición sustancial a inversiones privadas enfrentan la perspectiva de no poder acceder a esos fondos en ningún plazo razonable si las circunstancias lo exigen. Los fondos mismos pueden enfrentar desafíos serios en el colapso, porque sus inversiones subyacentes dependen de la actividad económica continua. Los compromisos nuevos deben hacerse con cautela y los existentes evaluarse contra las alternativas.

La cuestión específica de los hogares adinerados

Para los hogares en el extremo alto de la riqueza, las preguntas se vuelven más complejas porque los montos absolutos en juego son mayores y las estructuras existentes son típicamente más elaboradas. La estructura convencional de las familias adineradas incluye cuentas de inversión en firmas grandes, sociedades limitadas familiares, fideicomisos de varios tipos, seguros de vida en fideicomiso, tenencias inmobiliarias en múltiples ubicaciones, arte y coleccionables, participaciones empresariales, compromisos con fundaciones benéficas y varios otros instrumentos. Cada uno fue diseñado para propósitos específicos dentro del sistema actual.

En el colapso serio, buena parte de esta arquitectura proporciona una protección limitada. Las grandes firmas que mantienen las cuentas de inversión están ellas mismas sujetas a restricciones de retiro, problemas de custodia y riesgo de contraparte. Las estructuras de fideicomiso dependen de una infraestructura legal continua para funcionar. Las tenencias inmobiliarias dependen de mercados continuos para las transacciones. El arte y los coleccionables dependen de mercados de subastas y de infraestructura de almacenamiento continuos. Los compromisos con fundaciones dependen de la capacidad continua de cumplirlos. La familia adinerada que ha construido cuidadosamente estas estructuras a lo largo de décadas puede descubrir que la construcción cuidadosa no sobrevive a los escenarios específicos que hemos venido discutiendo.

El enfoque razonable para las familias adineradas es una reestructuración significativa mientras la reestructuración sigue siendo posible. Los movimientos específicos incluyen reducir la exposición a los intermediarios financieros manteniendo una porción mayor de la riqueza en formas físicas, activos productivos y negocios operativos que produzcan cosas reales y no retornos financieros. Diversificar jurisdiccionalmente, de modo que las tenencias no estén concentradas en un solo país o sistema financiero, reconociendo que esto es más complejo de lo que suena, porque la mayoría de las familias adineradas tiene sistemas construidos alrededor de su jurisdicción primaria, y la diversificación real exige la reubicación efectiva de activos significativos, no solo estructuras de papel. Adquirir tierra productiva en regiones resilientes y construir sobre esa tierra una capacidad operativa real, en formas que la familia adinerada pueda dirigir o tener en marcha, algo distinto de poseer una propiedad vacacional sin función productiva. Las granjas en funcionamiento, los ranchos, los viñedos o explotaciones operativas similares que producen cosas reales y podrían seguir produciéndolas en condiciones de interrupción proporcionan un valor que las tenencias financieras no pueden igualar.

Construir comunidades, o unirse a ellas, que proporcionen el tejido social que la riqueza sola no puede. El Capítulo 11 del Volumen Dos estableció que la familia adinerada integrada en una comunidad funcional tiene recursos que la riqueza sola no podría comprar, y que la familia adinerada que se imagina protegida por muros y seguridad está malentendiendo el modelo de amenaza.

Invertir en las capacidades reales de la siguiente generación y no solo en su herencia financiera. Los hijos que tienen destrezas prácticas, cimientos religiosos o filosóficos, integración en la comunidad y relaciones de obligación mutua saldrán mejor parados en el colapso que los hijos que solo tienen herencia financiera y credenciales de élite. El giro de la estrategia de herencia del dinero hacia la capacidad y el carácter es consecuente.

Reducir la dependencia de asesores profesionales que dependen, ellos mismos, del sistema actual para dar consejo. Los asesores financieros de las grandes firmas no pueden recomendar los movimientos descritos en este capítulo sin violar sus obligaciones fiduciarias de recomendar carteras diversificadas convencionales. Los abogados no pueden recomendar dismantelar estructuras que ayudaron a construir. Los contadores no pueden recomendar simplificar cosas de cuya gestión dependen sus honorarios. Los asesores no son malas personas; están constreñidos por sus roles. La familia adinerada que quiere posicionarse en serio para el colapso a menudo necesita hacer un trabajo significativo fuera de los canales convencionales de asesoría, complementado por especialistas que entiendan los escenarios específicos para los que se está preparando.

Considerar si parte de la riqueza debería desplegarse ahora en lugar de preservarse. La riqueza que se despliega en inversión productiva en la propia comunidad, en las capacidades reales de la propia familia, en activos reales que sirven a propósitos reales, puede proporcionar un valor más duradero que la riqueza preservada en forma financiera que puede no sobrevivir al colapso. La prioridad convencional de la preservación de la riqueza puede necesitar equilibrarse con la prioridad de construir cosas que sobrevivan.

Para los más ricos, los de cientos de millones o miles de millones de patrimonio neto, los desafíos específicos son distintos pero paralelos. Los montos absolutos son mayores. La complejidad es mayor. Los asesores están más comprometidos con la estructura actual. Pero el análisis fundamental se aplica. La riqueza mantenida enteramente en forma financiera está en riesgo de maneras que sus tenedores típicamente no aprecian. La riqueza desplegada en formas resilientes, activos productivos y comunidad con sentido proporciona una protección que la riqueza financiera sola no puede.

El ajuste psicológico más difícil para los hogares adinerados es aceptar que sus asesores y estructuras actuales pueden no estar dándoles la orientación óptima para los escenarios específicos que hemos venido discutiendo. La mayoría de los hogares adinerados confía profundamente en sus asesores, a menudo sobre la base de relaciones de décadas. Los asesores pueden ser excelentes en lo que hacen dentro del sistema tal como ha existido. Suelen estar mal equipados para asesorar sobre el posicionamiento para el sistema rompiéndose. Reconocer esta brecha y actuar en consecuencia es

responsabilidad del tenedor de la riqueza, no del asesor. El asesor no puede recomendar su propia obsolescencia.

La posición del hogar modesto

Para los hogares de niveles de riqueza modestos, el análisis es en algunos sentidos más simple. Los montos disponibles para reestructurar son menores, pero también lo es la arquitectura existente que necesita reestructuración. Los movimientos razonables para un hogar típico de clase media incluyen establecer una resiliencia financiera básica (varios meses de gastos en efectivo accesible, tenencias modestas de metales preciosos físicos por unos pocos miles de dólares, algo de bitcoin en custodia propia si el hogar es técnicamente capaz, un almacenamiento modesto de suministros y bienes de trueque); reducir la exposición a los activos frágiles mediante una reducción modesta de la exposición accionaria si es apropiada a la edad y las circunstancias, la evaluación de los productos de seguros contra la necesidad real, la consideración cuidadosa del inmobiliario de inversión que no es productivo; invertir en capacidad mediante el desarrollo de destrezas, herramientas, huerto, ganado básico si corresponde, y la construcción o el fortalecimiento de los lazos comunitarios; y posicionar el hogar para la resiliencia sin perturbar la vida normal. La meta no es vivir como un supervivencialista sino integrar la resiliencia en la vida ordinaria, de modo que el hogar esté posicionado para lo que venga sin quedar incapacitado para funcionar en las condiciones actuales. El costo de esta clase de preparación para un hogar modesto es real pero no aplastante. De cinco a veinte mil dólares a lo largo de varios años, combinados con la inversión en destrezas y la construcción de comunidad, producen una resiliencia significativa. El hogar no está protegido contra todos los escenarios, pero está posicionado dramáticamente mejor que el hogar que no ha hecho nada.

La cuestión de la transición

Para los hogares que hacen cambios significativos, la oportunidad de las transiciones importa. Vender activos frágiles y adquirir resilientes toma tiempo e incurre en costos. Hacerlo gradualmente a lo largo de meses y años permite promediar a través de las condiciones de mercado. Hacerlo súbitamente en respuesta a preocupaciones agudas produce transacciones a precios desfavorables.

El enfoque razonable es comenzar la transición ahora, mientras los mercados funcionan con normalidad, y continuar a un ritmo mesurado. El hogar que comienza ahora y procede con constancia durante dos o tres años estará mucho mejor posicionado que el hogar que espera señales claras y luego tiene que transar en mercados perturbados.

El costo de llegar temprano es soportable. Algunos activos se habrán vendido a precios que resultaron ser inferiores a los posteriores. Algunas preparaciones resultarán haber sido innecesarias si las condiciones no se deterioran. El costo de llegar tarde, en cambio, es potencialmente catastrófico. El hogar que esperó y luego no pudo transar en absoluto ha sufrido la pérdida contra la que el preparador temprano se estaba asegurando.

La asimetría favorece la acción. El costo de prepararse y estar equivocado es real pero acotado. El costo de no prepararse y tener razón es ilimitado. La posición racional, dada cualquier probabilidad no trivial de los escenarios que hemos venido discutiendo, es prepararse de manera significativa aunque los escenarios puedan no materializarse.

Una nota final sobre la capa financiera

La comprensión más honda de este capítulo es la que el Capítulo 7 del Volumen Uno estableció y que este capítulo ha venido traduciendo en acción. La riqueza en la sociedad moderna es en gran medida una estructura de permisos. El permiso lo otorgan los intermediarios, los marcos regulatorios, los sistemas legales y el sistema general que valora los derechos que la riqueza representa. Cuando el permiso se retira, la riqueza que existe en papel se convierte en riqueza solo de nombre.

Las formas de riqueza que no dependen de este permiso son inferiores en tiempos normales porque no ganan retorno, son incómodas de mantener y son limitadas en escala. Son superiores en el colapso porque existen con independencia de la estructura de permisos. El posicionamiento sabio es el reconocimiento de que ambas clases de riqueza sirven a propósitos distintos, de que la mayoría de los hogares modernos se ha sobreasignado a la riqueza dependiente de permisos, y de que algún desplazamiento hacia las formas independientes es apropiado para las condiciones que ahora se desarrollan. Este desplazamiento no requiere pánico, no requiere abandonar la vida normal, no requiere posiciones extremas. Requiere el reconocimiento honesto de la situación real y un reposicionamiento gradual y deliberado en proporción a los recursos y la convicción de cada uno. El hogar que hace este trabajo, aunque sea modestamente, está haciendo lo que ninguna autoridad externa específica le dirá que haga pero lo que su propio análisis sugiere que es sabio. Esa es la responsabilidad del hogar, y es cada vez más una responsabilidad que no puede delegarse en asesores que sirven al sistema que puede no sobrevivir a las condiciones por delante.

CAPÍTULO 18

La capa de sentido y comunidad

Este capítulo completa la jerarquía abordando la capa que los tres capítulos anteriores no podían abordar mediante suministros, reposicionamiento financiero o infraestructura física. El Capítulo 9 del Volumen Dos estableció que lo que determina si los seres humanos sobreviven con su humanidad intacta bajo la privación sostenida es el marco de sentido, que la evidencia es consistente a través de la literatura sobre los campos de concentración, el Gulag, los campos de prisioneros de guerra, las hambrunas y las experiencias de los refugiados, y que el recurso interior que aguanta cuando las condiciones despojan de todo lo demás es el compromiso religioso o filosófico de profundidad sustantiva. Este capítulo no vuelve a argumentar ese caso. Pregunta qué hace realmente el hogar al respecto, en los años antes de que las condiciones lleguen. La respuesta es más difícil que la respuesta a cualquiera de las otras capas, porque el marco de sentido no puede adquirirse mediante la compra ni el aprendizaje técnico. Requiere un cambio real en cómo uno se relaciona consigo mismo, con los demás y con lo que uno entienda como lo último. El capítulo recorre lo que ese cambio implica en la práctica, con atención al camino de regreso para quienes se han alejado de la práctica religiosa, al camino más difícil hacia adelante para quienes nunca la tuvieron, y al trabajo de la pertenencia comunitaria que ancla el marco en la vida diaria. Los capítulos anteriores abordaron qué tener, dónde estar y qué hacer. Este capítulo aborda qué ser, porque la preparación más honda no es externa sino interna. Los suministros, la ubicación, la capacidad productiva, el reposicionamiento financiero, todos sirven a la supervivencia del cuerpo. La capa de sentido y comunidad sirve a la supervivencia de la persona.

El Capítulo 9 del Volumen Dos expuso la evidencia de por qué esto importa. El hallazgo del Experimento de Inanición de Minnesota de que la capacidad moral humana tiene un piso biológico y de que el piso varía por individuo pero existe para todos. Las observaciones convergentes de Frankl en los campos, de Solzhenitsyn en el Gulag, de Stockdale y Denton en el Hanoi Hilton, y de los sobrevivientes de hambrunas y despojos a través de los continentes, de que lo que determinó quién se mantuvo bajo condiciones que deberían haberlo destruido fue el marco de sentido y no la fuerza, la inteligencia o los recursos. La observación más honda de que los marcos contruidos sobre las circunstancias no sobreviven a la pérdida de las circunstancias, mientras que los marcos que trascienden las circunstancias sí. Nada de esto necesita volver a argumentarse. La pregunta que el presente capítulo aborda es qué hacer al respecto.

Qué hacer al respecto es la pregunta más difícil de este libro, porque la respuesta no puede operacionalizarse como en las otras capas. No hay lista de suministros que adquirir. No hay una cifra específica en dólares que asignar. No hay un procedimiento de cinco pasos que produzca el resultado. El trabajo es interior, lento, a menudo sin brillo y con frecuencia incómodo. Es también, según la evidencia, el trabajo que más importa. El hogar con todo lo demás en su lugar y esto ausente está

expuesto al nivel más hondo. El hogar con esto en su lugar y las otras capas modestas está protegido al nivel más hondo incluso donde está materialmente expuesto.

El camino de regreso

Para la mayoría de los lectores estadounidenses criados en trasfondos cristianos que se han alejado de la práctica activa, el camino es un regreso y no un comienzo. La tradición cristiana, en cualquiera de sus formas serias, ha sostenido a la civilización occidental a través de todos los colapsos anteriores durante dos milenios. El marco de sentido que proporciona coloca el sufrimiento dentro de una historia lo bastante grande para contenerlo. La comunidad que proporciona suministra la obligación mutua que la amistad secular y las redes profesionales no suministran. Las disciplinas que proporciona, la oración, el culto, el ayuno, el sacramento, el descanso sabático, la lectura, la confesión, el arrepentimiento, son tecnologías del alma que se han refinado a través de los siglos. El cristiano en práctica seria tiene disponibles recursos que el profesional secular, por consumado que sea, no tiene.

Volver a la práctica seria significa más que asistir a los servicios. Significa un compromiso real con la tradición. Leer las escrituras no por interés académico sino por lo que dicen sobre cómo vivir. Participar en los sacramentos u ordenanzas como la tradición los entiende. Aprender a orar, que es una destreza real que toma tiempo desarrollar. Someterse a la disciplina de la comunidad en las materias donde la comunidad tiene autoridad. Ser conocido por la comunidad como miembro y no como visitante. Contribuir al trabajo de la comunidad de maneras que impliquen un costo real.

La denominación importa menos que la seriedad. Una parroquia católica tradicional que se toma en serio sus sacramentos, una congregación luterana confesional o reformada que se toma en serio su teología, una parroquia ortodoxa oriental que se toma en serio su liturgia y su tradición ascética, una congregación evangélica que se toma en serio la escritura y el discipulado, un barrio de los Santos de los Últimos Días que se toma en serio sus convenios y su estructura de bienestar, todos pueden proporcionar el sustrato. La congregación protestante tradicional de las grandes denominaciones que se ha acomodado a la cultura circundante hasta el punto de no creer ya nada que la cultura circundante no crea es improbable que proporcione el sustrato, porque no discrepa realmente de la cultura circundante sobre para qué es la vida.

El lector que se ha alejado puede encontrar el regreso inicialmente incómodo. Las razones del alejamiento fueron por lo general reales. La hipocresía entre los creyentes. Las dificultades intelectuales con doctrinas específicas. El daño recibido de comunidades particulares. La presión cultural que hacía que la creencia resultara embarazosa en los contextos profesionales. Ninguna de estas es una razón para no volver. Son condiciones que deben navegarse como parte del regreso. El que regresa con madurez no finge que las dificultades no existen. Se las toma en serio y continúa de todos modos, reconociendo que la alternativa, los reemplazos seculares que surgieron en ausencia del marco religioso, ha sido puesta a prueba frente a la prueba que el diagnóstico identifica y ha sido hallada deficiente.

Para los lectores judíos que se han alejado, la misma lógica se aplica dentro de la tradición judía. La participación activa en una congregación conservadora, ortodoxa o reformista seria. Las disciplinas del sabbat, el kósher, el ciclo del año judío, el ritmo diario de la oración. La comunidad de obligación que la tradición judía ha refinado a través de milenios. El marco de sentido que sitúa el sufrimiento dentro de la larga historia del pueblo judío. El lector judío que vuelve a la práctica seria tiene disponibles recursos que el judío asimilado no tiene.

Para los lectores musulmanes, el camino es la práctica disciplinada del islam dentro de una comunidad local seria. Los cinco pilares estructuran la vida diaria y anual. El marco de la sumisión a Dios coloca las circunstancias dentro de un sentido que sobrevive a las circunstancias. La comunidad musulmana en Estados Unidos es variada; el lector necesitará encontrar la comunidad local cuya seriedad esté a la altura de la seriedad del regreso.

El camino más difícil hacia adelante

Para los lectores que nunca fueron criados en una tradición religiosa, el camino es distinto y en algunos sentidos más difícil. No hay regreso porque no hay lugar al que regresar. El camino es hacia adelante, hacia una tradición que al principio es ajena.

El primer movimiento honesto es investigar si una de las grandes tradiciones es de hecho la tradición propia por herencia, aunque no por crianza. El lector de ascendencia europea tiene herencia cristiana la haya practicado o no. El lector de ascendencia judía tiene herencia judía la haya practicado su familia o no. El lector de trasfondos indios, chinos o del sudeste asiático tiene herencia hindú, budista, confuciana o taoísta se hayan mantenido esas tradiciones en la familia o no. La herencia puede haber sido suprimida por el comunismo, el secularismo o la elección familiar, pero sigue siendo el sustrato que el propio pueblo desarrolló a lo largo de siglos. Volver a ese sustrato es por lo general más fácil que adoptar una tradición enteramente ajena a la propia historia.

Para los lectores cuya herencia es genuinamente secular, o que han examinado su herencia y han encontrado que no los llama, el camino es comprometerse en serio con la tradición que parezca más plausible en sus propios términos. Leer sus escrituras. Asistir a sus servicios. Hablar con sus practicantes serios. Probar sus prácticas. La investigación puede tomar años. No puede apurarse. El lector secular honesto que emprende esta investigación de buena fe y encuentra que una de las tradiciones de verdad lo llama ha hecho el trabajo; el lector secular que concluye tras una investigación honesta que ninguna lo hace también ha hecho el trabajo.

La tentación en esta posición es conformarse con un sustituto delgado que cumpla algunas de las funciones de la religión sin exigir sumisión a nada específico. El estoicismo. La espiritualidad genérica. La práctica de la atención plena sin su sustrato budista. Un sentido vago de lo sagrado. Estos pueden tener valor, pero son más débiles que las tradiciones de las que toman prestado, y su debilidad se muestra bajo tensión. El hogar que ha elegido uno de ellos como su marco de sentido descubre en la dificultad que no aguanta como aguantan las tradiciones desarrolladas. El sustituto delgado no es nada,

pero no es suficiente. La alternativa secular más fuerte es una tradición filosófica seriamente asumida. El estoicismo clásico como Marco Aurelio y Epicteto lo practicaron realmente, no como lo presenta la reducción popular actual. La ética de la virtud aristotélica trabajada en una comunidad de practicantes. La tradición confuciana vivida como disciplina de cultivo. Cada una de estas es más exigente de lo que las versiones populares sugieren. Ninguna es del todo equivalente a una tradición religiosa seria, en la evaluación de quienes han estudiado ambas, pero la práctica filosófica disciplinada es significativamente distinta de ninguna práctica y proporciona una protección real.

La comunidad que ancla el marco

Un marco de sentido sostenido en soledad no funciona como funciona un marco de sentido anclado en una comunidad. La fe del ermitaño es posible pero rara. El creyente ordinario necesita la comunidad, la liturgia, el calendario, la disciplina que la tradición ha desarrollado precisamente para sostener la creencia a lo largo de una vida.

El hogar que se toma en serio esta capa hace el trabajo de la pertenencia comunitaria. Esto es más que la asistencia. Es presentarse cuando presentarse es inconveniente. Es contribuir al trabajo de la comunidad cuando la contribución hace falta. Es aceptar la autoridad de la comunidad donde la comunidad tiene autoridad. Es ser conocido por el nombre, por la familia, por el oficio, por la lucha de cada uno. Es la acumulación lenta de obligación mutua que constituye la pertenencia.

Los hijos importan aquí tanto como los adultos. Los niños criados en una comunidad religiosa seria absorben el marco por inmersión, con mucha menos resistencia de la que los adultos le oponen. Los niños que asisten a los servicios, que participan en los ritmos de la comunidad, que aprenden sus historias y sus disciplinas, están posicionados para la vida de maneras en que no lo están los niños criados sin estas cosas. Al niño al que se le dice que las preguntas religiosas son para que él decida de adulto se le está dando una respuesta disfrazada de no respuesta; la respuesta es que nada trascendente importa, porque si importara los padres lo habrían transmitido. La transmisión honesta de la herencia, incluida la herencia religiosa, es una de las cosas que los padres deben a sus hijos, al margen de lo que el hijo haga finalmente con la herencia como adulto.

Para los hogares donde los cónyuges vienen de tradiciones distintas o de niveles de práctica distintos, el trabajo es más difícil pero no imposible. Conversación honesta sobre lo que cada cónyuge cree y lo que quiere transmitir a los hijos. Compromiso donde el compromiso está genuinamente disponible, y reconocimiento donde no lo está. El matrimonio de dos cristianos practicantes es sencillo en esta dimensión. El matrimonio de un cristiano practicante y un ateo serio es más difícil pero viable si ambos cónyuges son honestos. El matrimonio en el que ambos cónyuges dicen no tener posición pero viven como si nada trascendente importara es el caso más común en la clase profesional estadounidense, y es el caso menos equipado para las condiciones por delante.

El trabajo en el tiempo

El trabajo de esta capa no puede hacerse en tiempo comprimido. Toma años. El lector que comienza hoy, de buena fe, no tendrá un marco desarrollado en un mes. Tendrá un marco desarrollado al cabo de cinco o diez años de práctica consistente, y el trabajo continuará durante toda su vida al margen de cuánto avance.

La tentación de demorar hasta que las condiciones fuercen la cuestión debe resistirse. El marco adoptado en la crisis no funciona como funciona el marco desarrollado a lo largo de años, porque el marco no es solo contenido intelectual. Es la disposición del alma, los hábitos de la mente, las relaciones de confianza dentro de una comunidad, el peso acumulado de años de práctica. Nada de esto puede adquirirse en los meses entre reconocer la necesidad y necesitar el resultado.

Este es también el trabajo más resistente a ser fingido. El hogar puede comprar suministros que en realidad no usa y parecer preparado. El hogar no puede fingir la práctica religiosa. La comunidad sabe si el miembro de verdad se presenta o solo aparece en las grandes festividades. Los miembros del hogar saben si las disciplinas de verdad se practican. El marco o se está desarrollando o no, y el desarrollo no puede representarse sin hacerse.

El capítulo cierra con la misma observación que lo abrió. El hogar con toda la preparación material y nada de esto está expuesto al nivel más hondo. El hogar con esto en su lugar y las otras capas modestas está protegido al nivel más hondo. Los suministros sostienen el cuerpo. El sentido sostiene a la persona. Ambos hacen falta, pero en el análisis final el sentido importa más, porque una persona sin sentido ya no es la persona que su cuerpo alguna vez sostuvo, y un cuerpo sin persona no es lo que ninguno de nosotros se está preparando para ser.

CAPÍTULO 19

Actuar ante las señales tempranas

Los capítulos anteriores han expuesto qué hacer. Este capítulo aborda cuándo. La mayor parte de la literatura de preparación trata esto como binario, o prepararse extensamente para todo o no hacer nada. La realidad exige un enfoque más graduado, con acciones distintas apropiadas en etapas distintas y una intensidad distinta justificada por señales distintas. El capítulo recorre cómo se ven realmente las señales tempranas, distinguiéndolas de las malas noticias rutinarias que han sido la compañía constante de la vida durante las últimas décadas, y qué hacer específicamente cuando esas señales aparecen, tanto para el hogar que ha hecho una preparación sustancial como para el hogar que ha hecho menos. Cierra con las señales específicas que justifican la ejecución inmediata en lugar de la escalada gradual, en horas y días en lugar de semanas y meses. Comencemos por cómo se ven realmente las señales tempranas, distinguiéndolas de las malas noticias rutinarias que han sido la compañía constante de la vida durante las últimas décadas.

Las malas noticias rutinarias de la era moderna han incluido caídas de los mercados financieros, tensiones del sector bancario, tensiones geopolíticas, interrupciones de las cadenas de suministro, polarización política, erosión de la credibilidad institucional, desafíos demográficos y muchos otros desarrollos preocupantes. Han producido la sensación persistente de problemas en cámara lenta que define el período de la vida en 2026 para la mayoría de los observadores informados. No son, sin embargo, señales tempranas de colapso agudo. Son las condiciones en las que el colapso agudo se vuelve posible. El colapso agudo, cuando comience, será distinguible de las malas noticias rutinarias por características específicas.

La primera característica es la no linealidad. Los problemas rutinarios producen respuestas lineales: las malas noticias producen caídas de mercado del uno o el dos por ciento que se absorben en días. Las señales agudas producen respuestas no lineales: una sola noticia que normalmente produciría una reacción menor del mercado produce una caída del cinco por ciento, o del ocho por ciento, que no se revierte. La brecha entre la respuesta esperada y la real es en sí misma la señal.

La segunda característica es la incapacidad institucional de responder con eficacia. Los problemas rutinarios producen respuestas institucionales que funcionan, aunque sea imperfectamente. Las señales agudas producen respuestas institucionales que fallan visiblemente en atender la situación. Una intervención del banco central que los mercados ignoran. Una medida de emergencia del gobierno que los mercados ven como insuficiente. Un discurso presidencial que no logra tranquilizar. La brecha entre la intervención y el efecto es en sí misma la señal.

La tercera característica es la propagación a través de categorías. Los problemas rutinarios están típicamente contenidos en sectores o geografías específicos. Las señales agudas se propagan a través de categorías que históricamente no se han movido juntas. Los mercados accionarios cayendo al mismo

tiempo que los mercados de bonos del Tesoro. El inmobiliario debilitándose al mismo tiempo que los mercados financieros. Las instituciones internacionales bajo tensión al mismo tiempo que las domésticas. La amplitud de la respuesta es en sí misma la señal.

La cuarta característica son las noticias que rompen los supuestos de consenso. Las malas noticias rutinarias encajan dentro de los modelos mentales existentes aunque sean indeseadas. Las señales agudas son noticias que rompen los modelos mentales que la gente venía usando. La quiebra de un banco grande al que las agencias calificadoras habían dado grado de inversión. Un impago de gobierno en un país que se asumía estable. Un desastre natural que excede aquello para lo que la infraestructura fue diseñada. La ruptura con las expectativas previas es en sí misma la señal.

La quinta característica es el movimiento de los de adentro que contradice las declaraciones públicas. Las malas noticias rutinarias producen preocupación pública con continuación privada del comportamiento normal. Las señales agudas producen tranquilización pública combinada con reposicionamiento privado por parte de personas que tienen acceso a mejor información. Grandes accionistas vendiendo mientras las declaraciones públicas tranquilizan. Altos funcionarios retirándose o reubicándose en números inusuales. Individuos adinerados haciendo movimientos que sugieren que se están posicionando de otro modo del que sus declaraciones públicas sugieren. La divergencia entre el comportamiento público y el privado es en sí misma la señal.

La sexta característica es la aparición de condiciones que las generaciones recientes no han visto. Límites a los retiros bancarios. Controles de capital. Congelamientos del mercado de bonos. Estantes de supermercado vacíos. Filas en las gasolineras. Desorden civil en lugares que han sido pacíficos durante décadas. La aparición de condiciones que la cultura dominante trata como rasgos de lugares lejanos o de una historia lejana es en sí misma la señal.

Cuando estas características aparecen, individualmente o en combinación, la respuesta apropiada es escalar las actividades de preparación y ejecutar el reposicionamiento que se ha planeado pero aún no implementado. La escalada debe calibrarse según la fuerza y la combinación de las señales, y según el nivel general de preparación de cada uno.

Para el hogar que ha hecho una preparación sustancial

La aparición de señales tempranas significativas justifica varias acciones específicas.

Confirmar la disponibilidad de las preparaciones esenciales. Verificar que el almacenamiento de alimentos está en su lugar y accesible. Confirmar que los sistemas de agua funcionan. Comprobar que el combustible almacenado es adecuado. Probar el equipo de comunicaciones. Verificar que el equipo defensivo está en buen estado. Recorrer la propiedad e identificar cualquier debilidad que deba atenderse con prontitud.

Completar los consumibles. Los artículos que se deprecian o se usan rutinariamente deben llevarse a sus niveles máximos. Los tanques de combustible. La despensa. La farmacia. La munición. El

efectivo. El costo marginal de tener más es pequeño. El costo marginal de tener menos cuando las condiciones empeoran es potencialmente grande.

Ejecutar el reposicionamiento financiero que se ha planeado. El desplazamiento de activos financieros a activos físicos que ha sido parte del plan de más largo plazo debe acelerarse cuando las señales aparecen. Vender lo que debía venderse. Comprar lo que debía comprarse. Mover lo que debía moverse. La ventana para las transacciones en mercados bajo tensión es más corta que la ventana en mercados normales.

Verificar que los miembros del hogar están en posición. Si ciertos miembros de la familia han estado en ubicaciones distantes (la escuela, viajes de trabajo, visitas a parientes), evaluar si deberían volver a casa o trasladarse a la posición más segura. Las decisiones sobre el reencuentro son más difíciles durante la disrupción aguda que antes.

Confirmar las conexiones comunitarias. Hacer contacto con las personas con las que uno se coordinaría en una disrupción seria. Verificar su disponibilidad. Coordinar planes. Confirmar los procedimientos de comunicación.

Reducir la vulnerabilidad visible. El hogar con preparaciones extensas se convierte en un blanco si su nivel de preparación es ampliamente conocido. Reducir la visibilidad de las preparaciones ante las personas fuera del círculo de confianza. Esto no es paranoia; es discreción operativa.

Continuar la vida normal en público. Mientras se hacen las preparaciones sustantivas descritas arriba, mantener la apariencia y la rutina normales en público. Los cambios visibles súbitos atraen atención y preguntas que complican la discreción operativa. El trabajo de preparación debe ser invisible para los observadores externos.

Para el hogar que ha hecho menos preparación

La aparición de señales tempranas crea una situación más difícil. El trabajo que debió hacerse a lo largo de años no puede comprimirse en semanas. Pero la acción significativa sigue siendo posible.

Adquirir lo que puede adquirirse en tiempo comprimido. Varios meses de almacenamiento de alimentos pueden ensamblarse en días si hay dinero disponible y las tiendas siguen funcionando. El efectivo puede retirarse de los bancos dentro de los límites legales. Los metales preciosos físicos pueden comprarse a los comerciantes si están disponibles. Las armas de fuego básicas y la munición pueden comprarse si las leyes estatales lo permiten.

Saltarse la planificación elaborada que años de preparación permiten. El hogar atrasado en la preparación no puede permitirse el tiempo de investigar las elecciones óptimas. Adquirir lo funcional en lugar de lo óptimo. La solución mediocre adquirida ahora es mejor que la solución óptima no adquirida a tiempo.

Priorizar sin contemplaciones. Concentrarse en los elementos más esenciales: alimentos, agua, efectivo, lo médico básico, la seguridad básica. Las preparaciones no esenciales que años de preparación permiten pueden saltarse.

Identificar a las personas con las que se puede contar. Incluso los hogares sin lazos comunitarios fuertes suelen tener algunas personas con las que podrían coordinarse. Identificarlas y buscarlas. La capacidad de coordinación que años de construcción de comunidad producen no puede replicarse en días, pero alguna coordinación es mejor que ninguna.

Considerar la reubicación si es genuinamente una opción. El hogar que puede mudarse a una ubicación más resiliente debería considerar hacerlo antes de que las condiciones empeoren. El hogar que tiene adónde ir y un vehículo que pueda llevarlo tiene opciones que el hogar sin alternativa no tiene. La casa de un pariente. Una propiedad vacacional. La granja de un amigo. Cualquier lugar que sea más resiliente que la ubicación actual y donde uno sería bienvenido.

No entrar en pánico. Incluso en plazos comprimidos, el comportamiento racional es la ejecución calma y no el pánico. El pánico produce decisiones que son peores que las situaciones a las que el pánico responde. El hogar que mantiene la compostura y actúa deliberadamente, incluso partiendo desde atrás, a menudo produce mejores desenlaces que el hogar que entra en pánico desde una mejor posición de partida.

Señales que justifican la ejecución inmediata

Hay una categoría de señales que debería producir la ejecución inmediata en lugar de la escalada gradual. Son las señales que sugieren que la disrupción está a días y no a semanas.

Una subasta fallida del Tesoro. Que el mecanismo mediante el cual el gobierno se financia falle visiblemente está entre las señales más consecuentes posibles. Si los operadores primarios están absorbiendo porciones mayores de la emisión y los compradores finales no aparecen, si los rendimientos se disparan para absorber la emisión, si la participación extranjera cae sustancialmente, las señales apuntan hacia una disfunción del mercado de bonos que se propaga con rapidez a todo lo demás.

La quiebra de un banco grande que la respuesta regulatoria no puede contener. Si una quiebra bancaria produce contagio a otros bancos en lugar de ser absorbida, si los depósitos comienzan a moverse por el sistema bancario en volumen, si los fondos del mercado monetario comienzan a restringir los retiros, la situación está escalando más allá de lo rutinario.

La imposición de controles de capital o de restricciones significativas a los retiros. Una vez que están en su lugar, el reposicionamiento financiero que debió hacerse antes ya no es posible. La acción debe tomarse antes de que los controles se impongan.

Un impago soberano mayor o un casi impago. Si un país grande (Italia, Japón, China, Estados Unidos) enfrenta una tensión seria del mercado de bonos que sugiera que el impago es plausible, los efectos en cascada se propagan globalmente con rapidez.

Una escalada significativa de la guerra de Oriente Medio más allá de los parámetros actuales. Si la guerra se expande hasta incluir fuerzas rusas o chinas directamente, si la disrupción energética se profundiza significativamente, si la respuesta de los mercados financieros se acelera, el cronograma se comprime.

Un ciberataque mayor contra infraestructura financiera crítica. Si los sistemas bancarios, de pagos o de negociación quedan seriamente perturbados por un ciberataque, el tiempo de recuperación es incierto y las consecuencias inmediatas severas.

El colapso visible del orden público en una gran ciudad estadounidense. Si Nueva York, Los Ángeles, Chicago u otra gran ciudad experimenta un desorden civil serio que las autoridades no pueden contener con rapidez, la señal de tensión del tejido social más amplio es significativa. Cada una de estas es razón para la ejecución inmediata de los planes en lugar de más demora. El hogar que reconoce la señal y ejecuta en horas o días está en una posición distinta de la del hogar que sigue esperando más confirmación. El costo de actuar y estar equivocado es real pero acotado; el costo de esperar demasiado es potencialmente ilimitado.

Notas sobre dimensiones específicas

La recomendación a lo largo de este libro ha sido hacer el reposicionamiento financiero de manera constante a lo largo de años, en lugar de esperar señales claras. La razón es que las señales claras producirán condiciones en las que las transacciones no podrán completarse a precios aceptables. Los mercados bajo tensión no facilitan el reposicionamiento ordenado. Producen diferenciales amplios entre compra y venta, fondos con retiros restringidos, mercados ilíquidos y la incapacidad de acceder a las posiciones en absoluto. El hogar que no se ha reposicionado antes de que las señales aparezcan puede descubrir que no puede reposicionarse en absoluto una vez que aparecen.

La única excepción es la adquisición de metales preciosos y bitcoin. Estos mercados típicamente siguen funcionando incluso en condiciones de tensión, aunque los precios pueden moverse con brusquedad. Los hogares que no han adquirido metales preciosos físicos o bitcoin todavía pueden hacerlo en las etapas tempranas de la disrupción, aunque los precios serán más altos que antes. La adquisición sigue siendo mejor que nada, incluso a los precios más altos, porque la alternativa es la exposición continuada a activos financieros que pueden no sobrevivir a la disrupción.

Sobre la reubicación, el hogar que tiene la opción de trasladarse a una región más resiliente pero no lo ha hecho enfrenta una decisión difícil cuando las señales aparecen. Reubicarse en la disrupción temprana es más difícil que reubicarse en tiempos normales, pero más fácil que reubicarse en la disrupción aguda. La ventana de decisión es estrecha. La evaluación honesta de la propia ubicación y

de las propias opciones debería producir una decisión antes de que la ventana se cierre.

Sobre las decisiones familiares, los miembros de la familia en ubicaciones distantes deben evaluarse. Los hijos en la universidad lejos de casa, los padres en residencias de cuidado distantes, los hermanos en ciudades frágiles, todos se vuelven más difíciles de alcanzar a medida que las condiciones empeoran. La familia que quiere estar junta para la disrupción seria necesita comenzar a reunirse antes de que la reunión se vuelva imposible. Las decisiones tempranas que juntan a los miembros de la familia prematuramente parecen excesivas en retrospectiva si las condiciones se estabilizan. Parecen esenciales en retrospectiva si las condiciones empeoran.

La disciplina de reconocer las señales y actuar sobre ellas es en sí misma una forma de preparación. El hogar que ha pensado qué constituiría una señal, qué justificaría qué acción y qué movimientos específicos se harían está posicionado para ejecutar cuando las señales aparezcan. El hogar que no ha pensado estas cosas está posicionado para deliberar mientras la situación evoluciona a su alrededor. La deliberación produce demora, y la demora puede salir cara.

Para la mayoría de los lectores, la síntesis práctica es esta. Continuar la preparación gradual que ha sido el foco de los capítulos anteriores. Construir comunidad. Desarrollar destrezas. Adquirir capacidad productiva. Reposicionar los activos financieros. Fortalecer la capa de sentido y comunidad. Hacer este trabajo con constancia a lo largo de años, aceptando que parte de él puede resultar haber sido innecesario si las condiciones mejoran. Además, desarrollar la capacidad de reconocer las señales y la disciplina de actuar sobre ellas. La combinación de la preparación gradual en tiempos normales y la respuesta disciplinada a las señales cuando aparecen produce el mejor posicionamiento para lo que venga.

El pensamiento de cierre de este capítulo es que la disciplina de la preparación es en sí misma una disciplina de prestar atención. La mayoría de las personas modernas se ha permitido dejar de prestar atención a cualquier cosa más allá de su vida profesional y personal inmediata. El costo de no prestar atención es perderse las señales que justifican la acción. El costo de prestar atención es el esfuerzo moderado de mantenerse informado sobre las condiciones que afectan la posición real de cada uno en el mundo. El costo de prestar atención es soportable. El costo de no prestar atención, en las condiciones que se desarrollan en 2026, puede no serlo. Los capítulos que siguen muestran lo que quienes están prestando atención ya han hecho en la práctica.

Una nota sobre dónde están hoy las señales

Las señales nombradas arriba se listaron en el orden en que podrían aparecer y no en el orden en que han aparecido, porque al momento de la redacción aún no estaba claro cuál vendría primero. Eso ha cambiado. Varias de las señales están ahora presentes en forma modificada. El petróleo oscila al compás de los titulares de Oriente Medio, moviéndose por rangos amplios en la escala de semanas y no de meses, con el estrecho de Ormuz alternativamente abierto y perturbado. Los ataques a embarcaciones hacia los que apuntaba la segunda característica del capítulo están en curso. Las

tranquilizaciones públicas de los funcionarios y el reposicionamiento privado de quienes tienen mejor información han comenzado a divergir del modo que la quinta característica describió. Nada de esto ha producido todavía la señal aguda de la subasta fallida del Tesoro o de la quiebra de un banco grande que justificaría la ejecución inmediata al margen de la preparación previa. Pero las condiciones en las que una señal así se vuelve probable están visiblemente presentes, y el hogar que espera más confirmación debería ser honesto sobre qué está esperando y cuál es el costo de esperar.

La lectura honesta de la posición actual, entonces, no es que las señales justifiquen la ejecución inmediata, sino que la ventana de preparación gradual se está estrechando en lugar de abrirse. Un hogar con varios años en el trabajo que este libro describe está en una posición fundamentalmente distinta de la de un hogar que aún no ha comenzado, y la distancia entre las dos posiciones está aumentando y no disminuyendo a medida que las condiciones se desarrollan. El lector que mira las noticias y siente urgencia debería convertir esa urgencia en trabajo constante y no en pánico. El trabajo es el mismo trabajo que los capítulos anteriores han descrito. La razón para hacerlo ahora y no después es que la ventana para hacerlo deliberadamente no va a reabrirse una vez que la disrupción aguda llegue.

PARTE SEXTA: LOS QUE YA ESTÁN POSICIONADOS

CAPÍTULO 20

Comunidades y poblaciones naturalmente bien posicionadas

El Capítulo 11 del Volumen Dos presentó dos de las comunidades que demuestran en la práctica la resiliencia basada en la comunidad: los anabaptistas, con las vulnerabilidades de integración comercial y pacifismo que el marco nombra con honestidad, y los mormones, con la estructura de barrios y estacas que combina la preparación del hogar con la coordinación comunitaria. Este capítulo no vuelve a describir lo que aquel capítulo estableció. Retoma donde el Capítulo 11 lo dejó, examinando varias otras comunidades que demuestran patrones similares, mirando los detalles operativos que los tratamientos introductorios no podían incluir, y preguntando qué pueden enseñar otras comunidades, en particular las comunidades judías ortodoxas, las comunidades evangélicas conservadoras y las poblaciones rurales tradicionales en general, sobre cómo los patrones de resiliencia se despliegan en la práctica. El capítulo cierra con lo que es generalizable de estas comunidades a los lectores que no forman parte de ellas, y lo que no lo es. La clase de vida que este libro recomienda no es teórica. La están viviendo ahora mismo millones de personas en comunidades en funcionamiento, y los patrones de estas comunidades están disponibles para que otros aprendan de ellos y los adopten parcialmente. El Capítulo 11 del Volumen Dos ya examinó a los anabaptistas y a los mormones como los ejemplos norteamericanos más claros. Este capítulo extiende el examen en dos direcciones: más hondo, hacia rasgos operativos específicos de esas comunidades, y hacia afuera, hacia otras comunidades que demuestran patrones similares a través de detalles teológicos y culturales distintos.

Las comunidades anabaptistas, a nivel operativo

El Capítulo 11 del Volumen Dos estableció el cuadro básico y las dos vulnerabilidades específicas: la integración comercial con la economía no anabaptista circundante, que produce una exposición al efectivo y a los impuestos incluso cuando la producción interna de alimentos está intacta, y el pacifismo teológico, que deja a la comunidad dependiente del orden civil circundante para proveer la capa defensiva que la comunidad no proveerá por sí misma. Esta sección añade los rasgos operativos que el tratamiento introductorio no podía incluir y que importan cuando el lector pregunta qué puede aprenderse específicamente de esta tradición.

Los amish del Viejo Orden, el mayor de los grupos anabaptistas, organizan la vida comunitaria alrededor del distrito eclesial, que está definido geográficamente e incluye de unas veinte a cuarenta familias a distancia de caminata o de calesa unas de otras. El distrito se reúne domingo por medio para el culto, con los servicios rotando entre los hogares de los miembros. El obispo, dos ministros y el diácono son el liderazgo, seleccionados por sorteo entre los hombres nominados por la comunidad. El Ordnung es el conjunto no escrito de reglas que gobierna las prácticas específicas de la comunidad, incluidas qué tecnologías se aceptan y cuáles no. El Ordnung varía entre distritos y cambia lentamente con el tiempo, a medida que la comunidad discierne qué acomodos a la modernidad preservan el modo

de vida y cuáles lo amenazan. La estructura produce comunidades que son reconociblemente las mismas en sus fundamentos pero que difieren en prácticas específicas a lo largo del país y a través de las décadas.

La vida económica se estructura alrededor de la granja familiar o, cada vez más, del negocio familiar que ha surgido a medida que la tierra se ha encarecido. La granja lechera de setenta a ciento cincuenta vacas es la configuración tradicional, con la familia aportando el trabajo y el ingreso cubriendo la tierra, los impuestos, el equipo y los limitados insumos comprados que la comunidad usa. El giro de los últimos cuarenta años hacia los pequeños negocios de carpintería, manufactura y turismo refleja la dificultad de adquirir tierra agrícola a escala y la disposición de la comunidad a adaptar la base económica preservando la estructura comunitaria. El giro ha sido controvertido dentro de las propias comunidades anabaptistas, con algunos distritos más receptivos al ingreso de los negocios y otros aferrados con más rigor al compromiso agrícola.

El sistema educativo es la escuela amish de ocho grados, enseñada por maestros amish y que termina a los catorce años, tras lo cual los jóvenes entran en aprendizajes en el trabajo de su familia o en empresas comunitarias relacionadas. Las escuelas son financiadas por la comunidad, organizadas por la comunidad y orientadas a las necesidades de la comunidad y no a la acreditación externa. El resultado es una población con lo que las medidas externas llamarían un nivel educativo muy bajo, pero con una capacidad práctica sustancial y una formación comunitaria duradera.

El sistema médico se apoya en la atención profesional externa comprada con fondos comunitarios cuando hace falta, emparejada con una competencia doméstica sustancial en el parto, el cuidado básico y los remedios tradicionales. La comunidad tiene sus propios arreglos para los costos médicos catastróficos, con la iglesia cubriendo las facturas que exceden la capacidad de la familia. El resultado es una población que paga la atención médica fuera del sistema de seguros, que tiene su propia capacidad informal para los asuntos rutinarios y que ha conservado los patrones de parto en casa y cuidado en casa que la cultura general ha perdido.

Lo que el lector puede aprender de este detalle operativo son varias cosas. Las vulnerabilidades que el Capítulo 11 del Volumen Dos identificó son reales y no necesitan volver a argumentarse. Las fortalezas también son reales y operan mediante elecciones institucionales específicas que el lector puede examinar: el distrito eclesial definido geográficamente como unidad de la vida comunitaria, el culto rotativo en los hogares que mantiene a la comunidad físicamente unida en lugar de dependiente de un edificio central, el liderazgo laico seleccionado por sorteo y no por autopromoción, la educación financiada por la comunidad que no depende de instituciones externas, la atención médica financiada por la comunidad que no depende de seguros, la transmisión de destrezas por aprendizaje que no depende de la acreditación. Ninguno de estos rasgos requiere la teología anabaptista. Cada uno puede ser adoptado parcialmente por comunidades de orientación teológica distinta que compartan el reconocimiento de que la autosuficiencia institucional produce una resiliencia que las alternativas acreditadas no producen.

Las comunidades mormonas, a nivel operativo

El Capítulo 11 del Volumen Dos estableció el cuadro básico del barrio, la estaca, el obispo, la Sociedad de Socorro y el almacén del obispo. Los detalles operativos que el tratamiento introductorio no podía incluir importan para los lectores que preguntan qué hay específicamente disponible para aprender.

El barrio está definido geográficamente, con los miembros asignados al barrio cuyos límites contienen su residencia, en lugar de elegir su congregación. Esto es inusual entre las instituciones religiosas estadounidenses y tiene implicaciones específicas. Los miembros de un barrio no se han seleccionado unos a otros. Son las personas que resultan vivir cerca unas de otras y pertenecer a la misma iglesia. Las relaciones que se desarrollan son, por tanto, relaciones de obligación y no de afinidad, lo que está más cerca del patrón histórico de la comunidad que las congregaciones basadas en la afinidad que se han vuelto típicas en la vida religiosa estadounidense.

La estructura de clero laico significa que el obispo, que tiene una autoridad sustancial dentro del barrio, es también un miembro del barrio que continúa con su ocupación regular, cría a su familia dentro del barrio y rota fuera del cargo después de varios años. Esto produce una relación entre pastor y congregación distinta de las estructuras de clero profesional. El obispo no es un profesional externo que presta servicios. Es un vecino que sostiene temporalmente una autoridad que rotará a otro vecino.

El sistema de bienestar corre a través del obispo y se conecta con los Servicios de Bienestar de la Iglesia en general. Un miembro que enfrenta dificultades financieras se reúne con el obispo, que tiene autoridad para proveer asistencia con las ofrendas de ayuno que el barrio ha recogido. La asistencia no es anónima. La provee el obispo, que conoce al miembro, y viene emparejada con expectativas sobre el trabajo, la disciplina financiera y los pasos que el miembro dará para volver a la autosuficiencia. El sistema es distinto del bienestar gubernamental en que es personal y no burocrático, en que espera algo a cambio y en que opera a través de una autoridad religiosa que tiene significado dentro de la comunidad.

El almacén del obispo, la infraestructura de producción y distribución de alimentos que la Iglesia opera, incluye granjas y ranchos de propiedad de la Iglesia a través de Estados Unidos y el mundo. El complejo de Welfare Square en Salt Lake City es el ejemplo más desarrollado, con una lechería, una envasadora, un molino de grano, una panadería y un almacén que distribuye alimentos a los miembros necesitados de toda la región. Instalaciones menores comparables operan a lo largo del corredor mormón y en otras zonas de concentración mormona. El sistema representa una capacidad que ningún programa de gobierno podría igualar para la población a la que sirve, y opera enteramente fuera del sistema alimentario comercial.

Lo que el lector puede aprender de este detalle operativo son varias cosas. Las fortalezas que el Capítulo 11 del Volumen Dos identificó son reales y operan mediante elecciones institucionales específicas: barrios definidos geográficamente en lugar de congregaciones de afinidad, clero laico que entra y sale de la autoridad por rotación en lugar de clero profesional como proveedor externo de

servicios, bienestar provisto personalmente a través de la autoridad religiosa en lugar de impersonalmente a través de la burocracia, infraestructura de producción de alimentos de propiedad de la comunidad religiosa en lugar de dependiente de los mercados comerciales. Ninguno de estos rasgos requiere la teología mormona. Cada uno puede ser adoptado parcialmente por otras comunidades que reconozcan que las alternativas acreditadas y comerciales producen una dependencia que se rompe bajo tensión.

Las comunidades judías ortodoxas

Las comunidades judías ortodoxas de Estados Unidos, que incluyen tanto a las poblaciones ortodoxas modernas como a las jaredíes (ultraortodoxas), demuestran patrones similares a través de detalles distintos. La población judía ortodoxa total en Estados Unidos es de aproximadamente un millón, y crece con rapidez por las altas tasas de natalidad (las familias jaredíes tienen típicamente de cinco a ocho hijos) y por tasas de retención que se acercan a las de las comunidades anabaptistas. La concentración geográfica está en el área metropolitana de Nueva York, Lakewood en Nueva Jersey, las Five Towns, Cleveland, Baltimore, Los Ángeles y varias ciudades menores con comunidades establecidas.

La estructura comunitaria corre a través de la sinagoga y de la red mayor de instituciones judías que la rodean: yeshivás (escuelas), kolelim (programas de estudio avanzado), mikvaot (baños rituales), carniceros y panaderos kósher, restaurantes kósher, y la red de organizaciones de ayuda mutua que atiende las emergencias médicas, las dificultades financieras y el trabajo práctico de la vida comunitaria. La Hebrew Free Loan Society en las grandes comunidades judías provee préstamos sin interés a los miembros que enfrentan emergencias. Las organizaciones Bikur Cholim coordinan el cuidado de los enfermos. Las sociedades Chevra Kadisha se encargan de la preparación de los entierros. Cada una está atendida por voluntarios de la comunidad.

La vida económica se centra en el trabajo profesional de los hombres en las comunidades ortodoxas modernas y en el estudio de la Torá a tiempo completo sostenido por la comunidad en las comunidades jaredíes, con el trabajo de las mujeres variando a lo largo del espectro. Las estructuras de ingreso son diversas, pero los patrones de gasto están moldeados por el alto costo comunitario de la escolarización religiosa, la comida kósher y la concentración habitacional en áreas metropolitanas caras donde la comunidad debe vivir para mantener su infraestructura institucional.

El cuadro defensivo es distinto del cuadro anabaptista. Las comunidades judías ortodoxas no comparten el compromiso anabaptista con el pacifismo. Muchos miembros están armados, en particular en comunidades que han vivido violencia antisemita. La comunidad ha organizado la seguridad en sinagogas y escuelas a través del Community Security Service y organizaciones similares. La historia de la vulnerabilidad judía y la respuesta de armarse y organizarse para la defensa propia han producido comunidades que combinan un marco religioso intacto con la capacidad defensiva que los anabaptistas rechazan teológicamente.

Lo que el lector puede aprender de este ejemplo es que el modelo de comunidad religiosa puede producir capacidad defensiva en lugar de depender del orden civil circundante. Las comunidades judías ortodoxas han construido la capa que las comunidades anabaptistas no construirán. Las elecciones institucionales específicas, la seguridad organizada a través de organizaciones comunitarias, el entrenamiento y armado de los miembros donde corresponda, la integración con las fuerzas del orden locales manteniendo una capacidad independiente, están disponibles para otras comunidades que compartan el reconocimiento de que la comunidad religiosa sin capacidad defensiva está expuesta en condiciones como las que el diagnóstico identifica.

Las comunidades evangélicas conservadoras y las poblaciones rurales tradicionales

La población cristiana evangélica conservadora de Estados Unidos es mucho mayor que cualquiera de las comunidades tratadas hasta ahora, con decenas de millones de miembros practicantes a través de las tradiciones bautista del sur, pentecostal, no denominacional y otras. Los patrones de resiliencia dentro de esta población amplia son menos uniformes que dentro de las comunidades menores, porque la población es mayor y más variada. Pero ciertos rasgos específicos aparecen con consistencia.

La iglesia local es a menudo la institución cívica más fuerte de las comunidades evangélicas conservadoras. La iglesia funciona como el punto de reunión de la comunidad, la fuente de ayuda mutua en la dificultad, el complemento educativo a través de la escuela dominical y los programas juveniles, y la red a través de la cual se forman y mantienen los matrimonios, las relaciones de negocios y los lazos familiares. La iglesia local puede producir un funcionamiento comunitario que las instituciones seculares circundantes no producen, en particular en los pueblos pequeños y las zonas rurales donde la iglesia es la institución social dominante.

Las estructuras familiares dentro de las comunidades evangélicas conservadoras son más fuertes que en la población estadounidense general. Las tasas de matrimonio son más altas. Las tasas de divorcio son más bajas. Las tasas de natalidad están por encima del nivel de reemplazo en algunas subpoblaciones y en el nivel de reemplazo en muchas otras. La participación multigeneracional en la vida de los niños es más común. El resultado es una población que ha conservado el sustrato familiar que el marco reconoce como protector.

Las destrezas prácticas están ampliamente distribuidas en estas comunidades, en particular en las zonas rurales. La capacidad de cultivar, cazar, pescar, reparar vehículos, mantener armas de fuego, realizar construcción y reparación básicas, preparar comida a partir de ingredientes crudos, y el resto de la capacidad práctica que el marco identifica, es más común en estas poblaciones que en la clase profesional urbana. La transmisión de destrezas entre generaciones está más intacta, con los abuelos enseñando a los nietos lo que a ellos les enseñaron.

El cuadro defensivo es similar al cuadro rural estadounidense general. La posesión civil de armas es alta. La caza está extendida. Los cuerpos de bomberos voluntarios y las oficinas del alguacil atendidas por miembros de la comunidad proveen la capa defensiva cívica organizada. La combinación de

comunidad intacta más armas extendidas más instituciones cívicas organizadas produce la coherencia defensiva que el Capítulo 14 del Volumen Dos identificó como la fortaleza estadounidense en su forma alta.

La población rural tradicional en general, incluidas las comunidades que son religiosas pero no específicamente evangélicas, conserva muchos de estos rasgos. El pueblo pequeño de Tennessee, el país de ranchos de Wyoming, la comunidad agrícola del alto Medio Oeste, el Sur rural en general, son poblaciones donde los patrones que el marco identifica como protectores siguen operando. No en toda comunidad, no uniformemente, pero con la frecuencia suficiente para que los patrones sean reconocibles.

Lo que es generalizable, y lo que no

Las comunidades descritas en este capítulo no son modelos para imitar en sus detalles. El lector no puede volverse amish comprando una calesa, no puede volverse mormón almacenando trigo, no puede volverse judío ortodoxo comiendo kósher. Los compromisos teológicos y culturales específicos de estas comunidades no son separables de los patrones institucionales que producen la resiliencia. Los patrones institucionales se desarrollaron dentro de los compromisos teológicos a lo largo de siglos, y los patrones no sobreviven a ser extraídos del marco que los produjo.

Lo que es generalizable son varias cosas.

El reconocimiento de que la comunidad religiosa a profundidad sustantiva produce una resiliencia que ningún sustituto secular iguala, en todas las dimensiones medibles. El hogar serio que quiere la resiliencia que estas comunidades demuestran debe entrar en una comunidad religiosa a profundidad sustantiva. No la pertenencia simbólica común en el cristianismo estadounidense dominante, sino la integración real que el Capítulo 18 describió.

El reconocimiento de que la comunidad geográfica importa más que la comunidad de afinidad. Las personas que viven cerca de uno y con las que uno se encuentra a diario, cada semana y cada año son las personas que se movilizarán cuando las condiciones lo exijan. Los amigos en ciudades distantes y las comunidades en línea de interés compartido no pueden cumplir esta función. El trabajo de la comunidad es el trabajo de las relaciones con las personas físicamente cercanas.

El reconocimiento de que las alternativas institucionales a la provisión acreditada y comercial son posibles. La educación provista por la comunidad para sus propios hijos. La capacidad médica construida dentro de la comunidad en lugar de comprada a profesionales externos. La ayuda mutua financiada por la comunidad en lugar de provista por el gobierno. La producción de alimentos controlada por la comunidad en lugar de dependiente de las cadenas comerciales de suministro. Cada una de estas es más difícil que la alternativa acreditada, pero produce una capacidad que la alternativa acreditada no produce.

El reconocimiento de que el trabajo de formación de una comunidad toma generaciones. Las comunidades descritas en este capítulo no comenzaron con su capacidad actual. La construyeron a lo largo de siglos de práctica consistente, con cada generación transmitiendo a la siguiente lo que hacía falta. El lector que comienza ahora no puede alcanzar en una vida lo que estas comunidades han construido a lo largo de siglos, pero puede comenzar el trabajo que, continuado por los hijos y los nietos, producirá con el tiempo una capacidad comparable.

El próximo capítulo examina lo que los individuos y las familias adinerados están haciendo en sus intentos de posicionarse correctamente, con los patrones que funcionan y con los modos de fracaso que la fantasía del búnker sigue produciendo.

CAPÍTULO 21

Individuos y familias adinerados que se posicionan correctamente

El Capítulo 11 del Volumen Dos estableció el encuadre de búnker contra comunidad y el cuadro honesto de cuándo la integración de los adinerados funciona y cuándo fracasa, incluida la cuestión de la escala y los casos de Bozeman, Jackson Hole y partes de Idaho y Tennessee, donde las comunidades receptoras han sido desbordadas por los flujos de llegada. Este capítulo no vuelve a argumentar el encuadre. Examina lo que los individuos y las familias adinerados que se posicionan correctamente están haciendo realmente a nivel operativo: los patrones específicos de adquisición de propiedades, los enfoques específicos de integración comunitaria que funcionan, las elecciones generacionales y de herencia específicas que distinguen la preparación adinerada seria de la fantasía del búnker, y las reconfiguraciones específicas de asesoría y estructura que el diagnóstico exige. El capítulo cierra con lo que los lectores de medios más modestos pueden aprender de esto sin tener acceso a los mismos recursos, y lo que está genuinamente disponible solo a escala. La imagen popular de la preparación adinerada involucra búnkeres, islas privadas y complejos aislados en ubicaciones remotas. El Capítulo 11 del Volumen Dos examinó por qué esta imagen es errónea y qué funciona en su lugar. Este capítulo toma el patrón que funciona y lo examina a nivel operativo, con atención a lo que los individuos y las familias adinerados están haciendo realmente cuando se posicionan correctamente, en contraste tanto con la fantasía del búnker como con la gestión patrimonial convencional inadecuada que constituye la posición por defecto de la mayoría de los hogares adinerados.

El patrón de la propiedad

Los hogares adinerados que se posicionan correctamente adquieren propiedades que son operaciones en funcionamiento y no piezas de exhibición. El patrón es consistente a través de los casos observables.

Un rancho en Montana, Wyoming o Idaho que opera como una explotación ganadera en funcionamiento, con capataces y peones locales que llevan años con la propiedad, con ganado que se cría, se vende y se maneja en términos comerciales, con el propietario como participante en la operación y no como una figura distante que visita de vez en cuando. El rancho produce ingreso, emplea a trabajadores locales e integra al propietario en la industria ganadera regional, que es en sí misma una comunidad de operadores que se conocen y hacen negocios cara a cara.

Una granja en Tennessee, Kentucky o el norte del estado de Nueva York que produce cultivos y ganado reales, con gerentes pagados que dirigen la operación, con trabajadores estacionales de la comunidad local, con productos que se venden en los mercados de agricultores locales y a los restaurantes locales, con el propietario como figura conocida en la comunidad agrícola. La granja produce alimentos, contribuye a los sistemas alimentarios locales y proporciona la capacidad productiva que el marco reconoce como una de las tenencias más importantes. Un viñedo en Oregón, Washington, California o Virginia que opera como una bodega en funcionamiento, con un enólogo, con

personal de bodega, con relaciones con distribuidores y restaurantes, con vino producido y vendido en cada cosecha. La operación produce ingreso e integra al propietario en la comunidad vinícola regional.

Una explotación maderera en el Noroeste del Pacífico, el Noreste o partes del Sur que involucra manejo forestal activo, cosecha sostenible, capacidad de aserradero y venta de productos. La operación produce ingreso, contribuye a la economía maderera regional y proporciona recursos (madera, leña, materiales) que tienen valor a través de las condiciones.

Una granja o un rancho en funcionamiento en la costa de Maine, el país holandés de Pensilvania, el alto Medio Oeste u otras regiones con fuertes tradiciones agrícolas y comunidades intactas. Los productos específicos varían, pero el patrón es consistente: producción real, trabajadores locales pagados, integración en el comercio local y un propietario que ha invertido años en volverse parte de la comunidad.

Los rasgos comunes de estas propiedades son que producen cosas reales, emplean a personas reales, generan ingreso real y proporcionan el sustrato de la integración en comunidades que funcionan al margen de la riqueza del propietario. Las propiedades no son piezas de exhibición. Son operaciones en funcionamiento que seguirían operando, en forma modificada, incluso si las condiciones económicas generales cambiaran sustancialmente.

El patrón de integración

El Capítulo 11 del Volumen Dos examinó cuándo la integración funciona y cuándo fracasa. El patrón que funciona tiene rasgos específicos que vale la pena examinar a nivel operativo.

El hogar adinerado que se posiciona correctamente llega a la comunidad con paciencia. No espera ser aceptado el primer año, ni el segundo, ni el tercero. Espera que volverse parte de una comunidad establecida tome una década o más, y se conduce en consecuencia. Se presenta en los eventos locales sin esperar ser el centro de atención. Contribuye a las instituciones locales sin esperar que sus contribuciones vengán con influencia sobre cómo operan las instituciones. Es lo bastante visible para ser conocido pero no lo bastante visible para ser conspicuo.

Contratan trabajadores locales cuando pueden. Los peones del rancho son de la zona. El gerente de la granja creció cerca. Los contratistas que mantienen la propiedad son locales. El personal doméstico, donde lo hay, incluye a personas de la comunidad y no a profesionales importados. La contratación crea relaciones económicas y conexiones personales que, con el tiempo, se convierten en el sustrato de la obligación mutua.

Envían a sus hijos a las escuelas locales donde es práctico, o a escuelas que son parte de la cultura regional y no a internados en ciudades distantes. Los hijos forman relaciones con los niños locales. Los padres forman relaciones con otros padres. Los hijos crecen entendiendo la comunidad de la que son parte y no la cultura cosmopolita del hogar adinerado que resulta estar viviendo en la comunidad.

Asisten a las instituciones religiosas locales si son religiosos, o se mantienen fuera de las instituciones religiosas si no lo son, en lugar de intentar usar las instituciones religiosas instrumentalmente. El hogar que llega a la iglesia local porque la iglesia local es el centro de la vida comunitaria y que en realidad no cree lo que la iglesia enseña será visto por lo que es. El hogar que llega porque comparte realmente la fe de la iglesia, o que no llega en absoluto porque no la comparte, es más auténtico y por eso es absorbido con más facilidad.

Casan a sus hijos con familias locales donde esto ocurre orgánicamente. No arreglan matrimonios, lo que sería a la vez inapropiado en la cultura estadounidense contemporánea e imposible de lograr con la brecha de riqueza que suele existir entre el hogar que migra y la comunidad receptora. Pero ponen a sus hijos a disposición del mundo social local, y cuando las relaciones se desarrollan, las apoyan en lugar de dirigir a los hijos hacia matrimonios distantes dentro de su propia clase.

Contribuyen a las instituciones locales en los términos de las instituciones, en lugar de imponer prioridades externas. La escuela local que necesita un gimnasio nuevo recibe un gimnasio nuevo, no un centro de innovación que la escuela no pidió. El cuerpo de bomberos voluntarios local que necesita equipo recibe el equipo, no un rediseño de cómo opera. El banco de alimentos local recibe comida y dinero para lo que ya hace, no sermones sobre cómo debería hacer las cosas de otro modo. La contribución que respeta a la institución tal como es, es bienvenida. La contribución que viene con condiciones es resentida.

El patrón generacional

El hogar adinerado que se posiciona correctamente piensa a través de las generaciones y no a través de los trimestres de la cartera. El patrón es visible en elecciones específicas.

La herencia se estructura para transmitir capacidad y carácter y no solo riqueza. Los hijos se crían con expectativas de competencia. Aprenden a trabajar con las manos. Aprenden a manejar relaciones de obligación mutua. Aprenden el marco religioso o filosófico dentro del cual la familia opera. No se les da todo lo que quieren, sobre el reconocimiento de que recibir todo lo que uno quiere produce adultos incapaces al margen de la riqueza disponible para sostener la incapacidad.

La riqueza que eventualmente se heredará se estructura para sostener la actividad productiva y no el consumo pasivo. Los documentos del fideicomiso especifican que las distribuciones están atadas al compromiso productivo: la educación, el trabajo, la formación de una familia, la contribución a la comunidad. La estructura del fiduciario se selecciona para hacer cumplir las condiciones y no para capitular ante las demandas de los herederos. El resultado son herederos equipados para usar la riqueza productivamente y no herederos equipados solo para gastarla. Las propiedades adquiridas están posicionadas para transferirse a la siguiente generación como operaciones en funcionamiento y no como tenencias pasivas. El rancho seguirá operando. La granja seguirá produciendo. El viñedo seguirá haciendo vino. La siguiente generación estará involucrada en las operaciones desde la infancia, con la expectativa de que las dirigirá de adulta, con la formación y las relaciones en su lugar para cuando la

transferencia ocurra.

Las relaciones comunitarias están posicionadas para transferirse también. La siguiente generación ha crecido en la comunidad. Conoce a los vecinos. Ha ido a las escuelas. Ha asistido a las iglesias si la familia es religiosa. Tiene las relaciones que los padres construyeron a lo largo de décadas, disponibles para cuando asuma las operaciones por sí misma.

La reconfiguración del asesoramiento

El hogar adinerado que se posiciona correctamente reconoce que sus asesores convencionales están constreñidos de maneras que el hogar no puede resolver del todo mientras siga trabajando con ellos. El reconocimiento produce reconfiguraciones específicas.

El hogar mantiene asesores financieros convencionales para la porción de la cartera que opera dentro del sistema convencional, mientras se complementa con especialistas que puedan asesorar sobre la porción que no. Los especialistas pueden no estar asociados a firmas grandes. Pueden ser practicantes independientes con pericia en metales preciosos físicos, propiedad agrícola, sucesión de empresas familiares u otras áreas que las firmas grandes no atienden bien. La relación con estos especialistas es distinta de la relación con los asesores convencionales y exige que el hogar desarrolle su propio juicio sobre quién es confiable y competente.

La estructura legal se examina por lo que realmente se necesita frente a lo que fue vendido. Los fideicomisos que sirven a propósitos específicos se mantienen. Los fideicomisos que existen principalmente porque los fideicomisos se comercializaron se deshacen, con los activos devueltos a la propiedad directa donde es posible. Las sociedades limitadas familiares que servían a la planificación del impuesto sucesorio cuando el impuesto sucesorio era sustancialmente distinto se revisan contra la ley vigente. Los productos de seguros que existen principalmente porque los productos de seguros se comercializaron se examinan contra la necesidad real.

La estructura contable y fiscal se simplifica donde la simplificación es posible sin comprometer la planificación legítima. Los honorarios contables que se componen año tras año por estructuras cuyos propósitos no están claros se reducen eliminando las estructuras mismas.

La relación con las grandes instituciones financieras se diversifica a través de instituciones y categorías. El hogar que tiene todos sus activos en custodia en una sola firma grande enfrenta un riesgo de concentración que el mismo hogar con los activos distribuidos entre varias firmas no enfrenta. La diversificación no está en los activos mismos; los activos pueden ser los mismos en cualquiera de los dos casos. La diversificación está en los custodios, las jurisdicciones y las dependencias institucionales.

La cuestión más difícil del despliegue de la riqueza

El hogar adinerado que se posiciona correctamente enfrenta una pregunta que el hogar adinerado que no se posiciona así no enfrenta. La pregunta es si parte de la riqueza debería desplegarse en las

actividades productivas, las comunidades y las capacidades familiares que el marco reconoce como protectoras, en lugar de preservarse en forma financiera contra un futuro incierto.

La respuesta convencional a esta pregunta, codificada en la mayor parte de la práctica de gestión patrimonial, es que la riqueza debe preservarse contra la incertidumbre, con el despliegue limitado al ingreso que la riqueza preservada produce. Esta respuesta es apropiada para condiciones en las que la preservación de la riqueza es confiable. En condiciones en las que la preservación de la riqueza está ella misma en riesgo, la respuesta es menos obvia.

El hogar adinerado que se posiciona correctamente considera si el despliegue de alguna porción de la riqueza en operaciones productivas, instituciones comunitarias, capacidades familiares y trabajo con sentido produce un valor más duradero que la preservación de esa riqueza en forma financiera. La respuesta no es la misma para cada hogar y depende de las circunstancias específicas, pero la pregunta se hace en lugar de darse por descontada.

El despliegue puede tomar varias formas. Inversión de capital en operaciones en funcionamiento que producen cosas reales. Financiamiento de las instituciones comunitarias que el hogar valora. Inversión educativa y de desarrollo en la siguiente generación. Apoyo a las instituciones religiosas o culturales alineadas con los compromisos de la familia. Despliegue filantrópico hacia las causas que importan a la familia. Cada uno de estos es un uso de la riqueza que produce un efecto duradero en lugar de preservar la riqueza contra la erosión.

El argumento a favor del despliegue es más fuerte donde la alternativa es la preservación de la riqueza en formas que pueden no sobrevivir a las condiciones por delante. El argumento a favor de la preservación es más fuerte donde la familia espera que las condiciones normales continúen y que la preservación de la riqueza siga siendo confiable. La evaluación honesta de la situación real, contra el marco que los volúmenes anteriores han desarrollado, sugiere que algún despliegue es más razonable de lo que la práctica convencional de gestión patrimonial reconoce.

Lo que es generalizable, y lo que no

La mayoría de los lectores de este libro no tiene los recursos para adquirir ranchos en funcionamiento en Montana ni para mantener equipos asesores de especialistas independientes. Los patrones descritos en este capítulo son reales y operan en el extremo alto de la distribución de la riqueza. Buena parte del detalle operativo no está directamente disponible para los lectores de medios más modestos.

Lo que es generalizable son varias cosas.

El reconocimiento de que la integración en la comunidad es trabajo de años y décadas, no de semanas y meses, se aplica a todos los niveles de riqueza. El hogar adinerado que intenta comprimir el trabajo no está mejor posicionado que el hogar modesto que intenta comprimirlo. El reconocimiento de que las cosas reales producidas por trabajo real en lugares reales son más valiosas que los activos financieros en la disrupción se aplica a todos los niveles de riqueza. El hogar modesto que cultiva, que

mantiene herramientas, que desarrolla destrezas, que construye comunidad, está operando sobre los mismos principios que el hogar adinerado que adquiere una granja en funcionamiento. La escala es distinta pero los principios son los mismos.

El reconocimiento de que la herencia de capacidad y carácter importa más que la herencia de riqueza se aplica a todos los niveles de riqueza. El hogar modesto que cría hijos competentes, con cimientos religiosos o filosóficos, integrados en la comunidad y capaces de trabajar, está haciendo lo que hace el hogar adinerado correctamente orientado, a la escala que tiene disponible.

El reconocimiento de que el consejo financiero convencional está calibrado para condiciones que pueden no continuar se aplica a todos los niveles de riqueza. El hogar modesto que examina sus propias elecciones financieras contra el marco, en lugar de contra el consejo convencional, está haciendo lo que hace el hogar adinerado que reconfigura su equipo asesor, a la escala que tiene disponible.

Los casos de estudio del próximo capítulo examinan tres operaciones en detalle, tomadas de la experiencia directa del autor, en las que los principios descritos en este capítulo y los anteriores pueden examinarse a nivel operativo y no solo en principio.

CAPÍTULO 22

Casos de estudio en la práctica

He reservado estas tres obras para el final del volumen constructivo porque no son ilustraciones que salí a buscar una vez completado el análisis. Son el análisis, vivido, en algunos casos durante más de veinte años antes de que escribiera una palabra de este libro. El Children of Armenia Fund, la granja en la costa de Maine y la compañía biotecnológica que dirijo desde 1994 se construyeron, cada una, sobre la premisa que recorre todos los capítulos de esta obra: que la comunidad es la unidad que perdura, que la resiliencia se construye a lo largo de décadas y no se ensambla en plena crisis, y que las cosas reales producidas para la necesidad humana real conservan su valor cuando las abstracciones financieras fallan. No deduje esa premisa para luego encontrar estos ejemplos. Actué sobre ella, y el actuar vino primero. Escribo el capítulo en primera persona porque el trabajo es mío y la voz analítica no puede honestamente fingir otra cosa, y porque lo más útil que puedo ofrecer a un lector no es una ilustración prolija sino la verdad de lo que realmente ha costado.

Un lector tiene derecho a preguntarle a cualquiera que escriba un libro como este si el autor ha hecho algo de esto él mismo, o si el análisis es la producción de escritorio de un hombre que ha teorizado sobre la resiliencia sin haber construido ninguna. La pregunta es justa, y este capítulo es mi respuesta. Las tres obras que aquí describo son los lugares donde la tesis de este libro ha sido mi premisa operativa, en un caso durante veintitrés años, mucho antes de que tuviera pensamiento alguno de poner el marco por escrito. No son prueba de que el marco sea correcto, porque tres obras de una sola persona no prueban nada en general. Son algo más modesto y, creo, más útil: evidencia de que se puede actuar sobre el marco, de que el actuar toma las formas que el libro describe, y de que produce lo que el libro dice que produce, a lo largo de décadas, en el mundo real, a un costo real.

Las tomo en el orden en que la premisa de cada una se me hizo clara, que es también, aproximadamente, el orden de cuán directamente expresa cada una el principio comunitario que es la columna vertebral de toda la obra.

El Children of Armenia Fund

Fundé el Children of Armenia Fund, el Fondo para los Niños de Armenia, en 2003, y la premisa sobre la que lo fundé es, casi exactamente, la tesis de este libro, alcanzada dos décadas antes de que escribiera el libro.

El razonamiento fue el siguiente. Las aldeas armenias habían sido devastadas por el colapso de la Unión Soviética en 1991. El país había perdido su base industrial, sus suministros de energía, sus garantías de seguridad y las relaciones económicas integradas que lo habían sostenido, y las aldeas rurales habían sido las más golpeadas de todas. Las escuelas se desmoronaban. Las clínicas habían cerrado. Los caminos y el riego se habían deteriorado. Los jóvenes se marchaban a las ciudades y a otros países, y los nacimientos caían, y aldeas que habían sido comunidades continuas durante siglos

enfrentaban la perspectiva de simplemente terminar. El análisis convencional miraba estas aldeas y veía atraso, un problema por resolver moviendo a la gente hacia la economía urbana moderna que tenía los empleos, la infraestructura y el futuro.

Yo vi algo cercano a lo opuesto, y lo que vi es lo que este libro sostiene. Las comunidades rurales habían conservado, a través de todo el colapso, exactamente los rasgos que el marco de los impulsores de supervivencia identifica como las fuentes más hondas de resiliencia. Tenían familias intactas y un parentesco denso. Tenían un marco religioso en el cristianismo apostólico armenio que había sobrevivido a todos los intentos de extinguirlo a lo largo de quince siglos. Tenían el conocimiento agrícola en las manos de gente que nunca había dejado de cultivar. Tenían la herencia psicológica de un pueblo que había sobrevivido al genocidio y a la dispersión y sabía en los huesos cómo perdurar. Lo que habían perdido no era el sustrato de la comunidad resiliente. Lo que habían perdido era el apoyo material que permitiría a ese sustrato hacer algo más que meramente sobrevivir. La premisa del fondo fue que estas comunidades eran más resilientes y más autosuficientes que la alternativa urbana, no menos, y que por tanto merecían recursos, no abandono. El movimiento correcto no era mover a la gente hacia la economía moderna. Era llevar recursos a las comunidades para que pudieran optimizar las capacidades que ya tenían, en los tiempos buenos y frente a las disrupciones que el marco esperaba.

Esa premisa ha sido puesta a prueba ya durante veintitrés años, que es la clase de horizonte de tiempo que el resto de este libro insiste en que el trabajo real requiere. El enfoque ha sido integral y no de un solo sector, por una razón que se sigue directamente de la tesis comunitaria: una escuela sin clínica, una clínica sin economía, una economía sin la continuidad cultural que da a un lugar su identidad, cada una se queda corta, porque una comunidad es un todo integrado y no una colección de servicios. Así que el trabajo ha corrido por todas las dimensiones de la vida de la aldea a la vez. Hemos reconstruido y equipado escuelas a un estándar que permite a un niño rural armenio recibir una educación igual a la de un niño de ciudad. Hemos construido y dotado clínicas en aldeas que las habían perdido. Hemos construido centros comunitarios y jardines de infancia, renovado caminos, reparado el riego del que depende la agricultura, construido laboratorios de creatividad y tecnología, y apoyado la programación cultural y artística que mantiene viva la herencia armenia en la generación que sube. A lo largo de las dos décadas, esto ha sumado más de cien millones de dólares en proyectos en más de cien aldeas, con las mejoras de infraestructura física excediendo por sí solas las ciento cuarenta actualizaciones de instalaciones. En 2014 el trabajo evolucionó hacia la Iniciativa SMART, que construye centros rurales de última generación sobre el reconocimiento de que incluso la caridad integral puede producir dependencia si no cataliza también la actividad económica autosostenida que permite a una comunidad valerse por sí misma.

Lo que los veintitrés años han producido es lo que el marco predice. Los resultados educativos y de salud han mejorado de manera mensurable. La actividad económica ha crecido. La migración se ha revertido, con jóvenes que antes se marchaban eligiendo ahora quedarse o volver. Lo más revelador de todo: en las aldeas donde el fondo ha trabajado, los nacimientos superan hoy a las muertes, que es la firma demográfica de una comunidad que tiene futuro y no de una comunidad que está terminando. La

trayectoria de declive que había definido a la Armenia rural durante las décadas postsoviéticas se ha revertido en los lugares donde el trabajo se ha hecho. Así se ve cuando la tesis de comunidad primero se pone en práctica a la escala de una región y se sostiene durante más de dos décadas. Es la tesis de este libro, y la vengo viviendo desde 2003.

Ararat Farms

La granja en la costa de Maine vino después, y su premisa es la misma tesis expresada a la escala de un hogar y de un solo pedazo de tierra en lugar de una región.

Quiero ser honesto sobre la primera razón de la granja, porque la honestidad es en sí misma parte del punto. No compré la tierra como una cobertura sombría contra la catástrofe. La compré porque es un lugar hermoso, y porque mi familia y las personas que la trabajan podían disfrutarla como un lugar hermoso, y ese disfrute no es incidental a la tesis sino central a ella. Este libro ha sostenido desde el comienzo que la preparación sería tiene un valor doble, que produce una vida mejor en los tiempos ordinarios y una vida sobrevivible en la disrupción, y que el hogar que organiza así su vida no pierde nada si la disrupción nunca llega, porque ha vivido mejor entretanto. La granja es la encarnación de ese argumento. Es ante todo un buen lugar para vivir, y esa es razón suficiente para tenerla. Pero fue equipada, deliberadamente y desde el comienzo, para que en una disrupción tuviera todos los elementos requeridos para la autosuficiencia, y para que pudiera servir a la comunidad circundante en lugar de amurallarse frente a ella.

Lo que eso ha significado en la práctica se corresponde directamente con la capa física que este volumen ha descrito, pero la correspondencia corre en el sentido contrario a como la presentaría un manual. No leí una lista y adquirí los artículos. La comprensión vino primero, y la granja es el aspecto que tiene esa comprensión construida en la tierra. Están las zonas de producción diferenciadas: verduras intensivas en bancales elevados y parcelas de campo, múltiples invernaderos que sostienen la producción a través del invierno de Maine, huertos de frutales y plantaciones de bayas que tardaron años en entrar en producción y hoy producen, pastura para un rebaño de ovejas, gallinas ponedoras, todo manejado con prácticas orgánicas y regenerativas, porque el suelo cuidado es la capacidad productiva que el marco coloca tercera en su jerarquía. Está la infraestructura que convierte la producción en resiliencia: una cocina comercial, almacenamiento en frío, los pozos y el agua superficial, el equipo y el taller para mantenerlo en marcha. Y están las personas, los agricultores y cocineros profesionales que viven en la propiedad y han construido su vida alrededor de ella, porque el elemento más hondo de la jerarquía no es la tierra ni el equipo sino la comunidad de gente competente, y una granja trabajada por una comunidad real es una cosa distinta de una granja poseída por un solo hombre.

El principio comunitario gobierna la granja del mismo modo en que gobierna el fondo, y esta es la parte que distingue lo que hemos construido de la fantasía del búnker que el capítulo anterior desmontó. La granja no es una fortaleza. Vende a través de un puesto de granja y a los restaurantes locales, emplea

a gente local y está entrelazada en la vida de la costa media de Maine a través de años de estar yo presente allí y ser conocido allí, en lugar de ser un forastero con un complejo cerrado. En una disrupción, la producción pasaría del comercio a la provisión directa y al servicio de la comunidad de la que la granja es parte, porque para eso fue equipada la granja. El disfrute y la resiliencia y el servicio a la comunidad no son tres propósitos separados. Son una sola manera de tener la tierra, que es la manera en que este libro sostiene que la tierra debe tenerse.

Seré franco sobre lo que aún no está terminado, porque la honestidad sobre los vacíos es más útil para un lector que un retrato de la culminación. La granja todavía toma de la red más de lo que debería, para los invernaderos, el almacenamiento en frío y las bombas, y la energía solar con almacenamiento, la redundancia de agua más honda y el calor de leña para los invernaderos que cerrarían esos vacíos son trabajo todavía en curso y no trabajo completado. Incluso un lugar construido deliberadamente sobre la tesis nunca está terminado, porque la resiliencia es una dirección de marcha y no un destino, y la siguiente fase del trabajo siempre es visible desde donde uno está parado. Eso, también, es parte de lo que quiero que un lector se lleve de esto.

Agenus

La conexión entre la tesis de este libro y la compañía que dirijo desde 1994 es más laxa que en el caso del fondo y la granja, y quiero trazarla con honestidad en lugar de forzarla a una simetría que no tiene. Pero la conexión es real, y gira sobre la misma idea de comunidad que recorre todo lo demás.

Agenus existe para desarrollar inmunoterapias que vuelven el propio sistema inmunitario del cuerpo contra el cáncer. La comunidad a la que sirve es la comunidad del cáncer, y la alianza que la compañía ha intentado construir es con los pacientes que no quieren los efectos deshumanizantes de los tratamientos tradicionales, la quimioterapia y la radiación que tratan la enfermedad envenenando o quemando a la persona que la tiene. Nuestra combinación principal, botensilimab más balstilimab, es una inmunoterapia libre de quimioterapia y libre de radiación, y ese hecho no es un detalle de marketing sino la expresión de una premisa: que la medicina debe servir al paciente como ser humano entero, en lugar de subordinar al ser humano al protocolo. Esa es una premisa de beneficio comunitario de la misma familia que las que impulsan el fondo y la granja, aunque la comunidad en este caso esté definida por una enfermedad compartida y no por un lugar o un pueblo.

La compañía también ha vivido, a lo largo de más de tres décadas, el principio que este libro sostiene sobre el tiempo y sobre el valor real. El trabajo serio toma décadas, no el ciclo de tres a cinco años que los mercados financieros prefieren, y una compañía biotecnológica que produce algo real está expuesta a los ciclos financieros en algunos sentidos y aislada de ellos en otros. La valuación de mercado ha oscilado por factores de diez a lo largo de los años, como oscilan las valuaciones biotecnológicas, y a través de todo ello el trabajo de fondo ha continuado, porque el valor de una terapia que ayuda a un paciente con un cáncer en el que otros tratamientos han fracasado es independiente de a cuánto se negoció la acción el trimestre pasado. Aprendí la misma lección en una forma más aguda en

Elan Corporation, que fui llamado a dirigir en 2002, cuando se había desplomado un noventa y seis por ciento en medio de acusaciones de fraude contable y enfrentaba unos dos mil millones de dólares de deuda que ya no podía atender. En dos años reestructuramos mil millones de dólares de obligaciones, reenfoquamos la compañía en sus capacidades científicas reales y la trajimos de vuelta del borde de la quiebra, y para 2004 se la describía como una de las grandes recuperaciones corporativas. Lo que hizo posible la recuperación fue lo mismo que ha llevado a Agenus a través de sus ciclos: una base subyacente de valor real que la angustia financiera había oscurecido pero no destruido.

Y el trabajo llega a los pacientes, que es al final la única prueba que importa, incluso contra la fricción regulatoria y burocrática que el marco de este libro llevaría a esperar de los grandes sistemas institucionales bajo tensión. La evidencia reciente más clara viene de Francia, donde la agencia nacional de medicamentos ha autorizado nuestra combinación para el acceso compasivo plenamente reembolsado, y donde en enero de 2026 esa autorización se amplió desde el cáncer colorrectal refractario hasta cubrir tres indicaciones de tumores sólidos en total, añadiendo ciertos cánceres de ovario y los sarcomas de tejidos blandos, con el tratamiento reembolsado por el sistema nacional de salud para los pacientes franceses que han agotado las opciones estándar. La terapia sigue siendo experimental y no aprobada comercialmente, y está llegando a estos pacientes por una vía de acceso compasivo y no por una rutinaria, lo que es en sí mismo una pequeña instancia del tema mayor: que el trabajo de entregar un beneficio real a una comunidad avanza a pesar de la fricción institucional y no porque las instituciones lo faciliten. Estamos haciendo llegar el medicamento a los pacientes que lo necesitan. Esa, al final, es la comunidad a la que la compañía sirve.

Lo que comparten las tres obras

Pongo estas tres una junto a otra no porque se parezcan en su superficie, una filantropía en las tierras altas armenias, una granja en la costa de Maine, una compañía biotecnológica en un laboratorio de Massachusetts, sino porque la misma premisa construyó las tres, y nombrar directamente la premisa compartida es más honesto que fingir descubrirla mediante una enumeración forzada.

Cada una se construyó sobre la convicción de que la comunidad es lo que perdura, y cada una está organizada alrededor de una comunidad: las aldeas armenias, la gente de la granja y su región circundante, los pacientes que componen la comunidad del cáncer. Cada una se construyó sobre la comprensión de que el trabajo real toma décadas y de que el tiempo no es un costo por minimizar sino precisamente lo que produce el resultado, veintitrés años en Armenia, más de una década en la granja, más de tres décadas en el laboratorio. Y cada una produce algo real que conserva su valor con independencia de la abstracción financiera: una aldea con futuro, alimentos de una tierra cuidada, una terapia que mantiene a una persona viva y entera. Estos no son los subproductos de la tesis de este libro. Son la tesis, y yo estaba actuando sobre ella dos décadas antes de entenderla lo bastante bien para ponerla por escrito.

Se las ofrezco al lector en ese espíritu. No como la afirmación de que cualquiera puede fundar un fondo, comprar una granja o construir una compañía, porque la mayoría no puede, y la escala de estas obras no es el punto. El punto es que la premisa que hay debajo de ellas está disponible a cualquier escala. Cualquiera que sea la comunidad a la que uno pertenece, puede invertirse en ella durante años en lugar de tratarla como un servicio por consumir. Cualquiera que sea la tierra o el trabajo que uno tiene, puede orientarse hacia la producción de algo real. Cualesquiera que sean los recursos que uno posee, pueden desplegarse en parte hacia un efecto duradero en lugar de retenerse enteramente contra un futuro incierto. Las obras son grandes, pero el principio es el mismo principio que todo este libro ha venido describiendo, y puede vivirse a la escala de un solo hogar con la misma fidelidad que a la escala de una región. El próximo volumen pasa de este trabajo constructivo a la pregunta por el nuevo orden que puede emerger al otro lado de la transición, y por lo que quienes quieran ayudar a darle forma constructivamente necesitarán entender.

FIN DEL VOLUMEN TRES

El Volumen Tres ha expuesto el programa constructivo. La jerarquía de la preparación, correctamente ordenada, con la comunidad primero y los suministros y la seguridad con los que los manuales comienzan colocados donde les corresponde, cerca del final. La capa física, la capa financiera y la capa de sentido y comunidad, cada una tratada no como una lista de adquisiciones sino como la elaboración de una comprensión. La disciplina de reconocer cuándo el largo período previo al detonante cede ante la disrupción activa. Las comunidades que ya demuestran los principios, y los individuos adinerados que se posicionan correctamente frente a la fantasía del búnker. Y las tres obras de mi propia vida en las que la tesis de este libro ha sido la premisa operativa desde hace hasta veintitrés años.

El lector que ha trabajado los tres volúmenes sostiene ahora el argumento entero tal como se ha desarrollado hasta este punto: el diagnóstico de qué está ocurriendo y por qué, el análisis de cómo incide sobre el carácter humano, la comunidad y la geografía, y el programa constructivo de qué hacer al respecto. Lo que queda es la pregunta hacia la que el programa constructivo apunta pero que no responde por sí mismo, que es qué viene después.

El Volumen Cuatro aborda esa pregunta. Trata el nuevo orden que puede emerger al otro lado de la transición, la conclusión y la secuencia práctica de acción hacia la que toda la obra ha venido construyendo, y las referencias que documentan los acontecimientos y análisis de los que el argumento se ha nutrido. El volumen de cierre completa la obra.

DONDE TERMINA EL MAPA

*Un análisis desde primeros principios del colapso sistémico global y el orden humano
emergente*

Garó H. Armen, Ph.D.

Volumen Cuatro

Partes Séptima y Octava

PARTE SÉPTIMA: EL NUEVO ORDEN

CAPÍTULO 23

El colapso del poder actual

Cuando el colapso se despliega, la consecuencia temprana más visible es la pérdida de efectividad de las instituciones, las personas y los arreglos que habían sido los centros del poder anterior. Esto no es lo mismo que la desaparición formal de esas entidades. Típicamente conservan sus membretes, sus oficinas, su personal, su autoridad nominal. Pero su capacidad de dirigir realmente los acontecimientos cae, a veces de manera dramática y rápida, a medida que dejan de cumplirse las condiciones de las que su poder dependía. Entender qué le ocurre al poder actual durante el colapso es esencial porque aclara el espacio en el que emergen los arreglos nuevos, y porque las personas hoy insertas en los centros del poder actual necesitan entender con honestidad cuán expuestas están realmente.

Empecemos por aquello en lo que consiste realmente el poder actual. La élite occidental que ha dominado el sistema global durante las últimas décadas extrae su poder de varias fuentes específicas, cada una de ellas más contingente de lo que sus titulares suelen apreciar.

La primera fuente es la posición institucional dentro de estructuras que tienen autoridad. El miembro de la Junta de la Reserva Federal, el secretario del Tesoro, el director ejecutivo del gran banco, el socio sénior del bufete de élite, el decano de la universidad de élite, el editor de la publicación prestigiosa, el senador, el juez federal: todos derivan porciones sustanciales de su poder personal de las instituciones que encabezan o en las que sirven. Las instituciones confieren poder porque el sistema más amplio ha aceptado su autoridad. Los individuos ejercen ese poder porque ocupan la posición correspondiente. Ambos elementos son necesarios. La institución sin aceptación es solo un edificio. El individuo sin posición es solo una persona.

Cuando el sistema entra en colapso, la aceptación de la autoridad institucional se debilita. La Reserva Federal no puede gestionar una crisis financiera mediante un compromiso creíble cuando su credibilidad está cuestionada. El secretario del Tesoro no puede garantizar la estabilidad de los mercados cuando los mercados han aprendido a descontar esas garantías. El director ejecutivo del gran banco no puede impedir la fuga de depositantes cuando los depositantes ya no confían en el banco. El socio sénior no puede entregar resultados legales cuando los propios tribunales están desbordados y políticamente polarizados. Las instituciones conservan sus formas pero pierden su autoridad efectiva. Los individuos que ejercían poder a través de estas instituciones descubren que su poder era contingente de una aceptación más amplia que ya no está presente.

La segunda fuente es la riqueza mantenida en forma financiera, con el supuesto de que la riqueza transmite influencia. El individuo adinerado que podía dirigir desenlaces mediante donaciones, inversiones, contrataciones y la palanca que el dinero proporciona descubre que esa palanca se ha reducido cuando los sistemas financieros están trastocados. El gestor de fondos de cobertura cuyo fondo de miles de millones de dólares imponía la atención de los responsables de políticas descubre que esos responsables están ahora ocupados con crisis más grandes que las perspectivas de su fondo. El

gran desarrollador inmobiliario cuyos proyectos daban forma a los paisajes urbanos descubre que la cartera de desarrollos se ha detenido porque el financiamiento se ha detenido. La riqueza que compraba influencia en tiempos normales compra menos influencia cuando las condiciones de los tiempos normales han cambiado. El individuo adinerado sigue teniendo riqueza sobre el papel, pero la palanca que esa riqueza proporcionaba está disminuida.

La tercera fuente son las relaciones y redes construidas dentro de la cultura de élite. Los lazos escolares de las instituciones de élite. Las membresías en directorios que conectaban a las grandes instituciones. Los clubes sociales y las reuniones exclusivas donde se hacían los negocios. Las redes profesionales que canalizaban oportunidades hacia los de adentro. Estas relaciones importan cuando las personas al otro extremo de ellas tienen poder que desplegar. Importan menos cuando las personas al otro extremo están, ellas mismas, perdiendo poder. Las redes que transmitían ventaja recíproca cuando todos los participantes tenían poder se convierten en redes de exposición mutua cuando el poder se ha ido.

La cuarta fuente es la legitimidad conferida por la cobertura mediática y el refuerzo cultural. El ejecutivo corporativo cuyas entrevistas aparecen en los medios de negocios. El académico cuyos libros se reseñan en publicaciones respetadas. La figura política cuyas apariciones en programas respetados refuerzan su estatus. El artista o la figura cultural cuya obra se celebra en los recintos de élite. Todos dependen del funcionamiento continuo del aparato cultural que confiere estatus. Cuando ese aparato queda a su vez trastocado por la tensión económica, por la deserción de las audiencias, por las alternativas en competencia, la legitimidad que fluía de él se diluye. Las figuras que habían sido importantes porque los medios correctos decían que eran importantes descubren que los medios importan menos y que ellas mismas importan menos en correspondencia.

La quinta fuente es la infraestructura legal y regulatoria que hace cumplir los arreglos existentes. El abogado corporativo que podía hacer cumplir contratos mediante la amenaza de litigio. El responsable de cumplimiento cuya autoridad regulatoria restringía la conducta de las empresas. El regulador federal cuya producción de reglas daba forma a industrias enteras. El juez cuyos fallos determinaban desenlaces. Todos dependen de sistemas legales y regulatorios en funcionamiento. Cuando esos sistemas quedan desbordados por volúmenes abrumadores de casos, por la presión política, por el puro volumen de disputas que el colapso produce, por la incapacidad de hacer cumplir realmente las sentencias, la amenaza que respaldaba la autoridad se debilita. El abogado todavía puede amenazar con litigar, pero un litigio que tarda años en concluir, en tribunales que están ellos mismos bajo tensión, produce mucha menos palanca que un litigio que produce resultados en meses.

Estas cinco fuentes del poder actual están interrelacionadas. La posición institucional confiere una autoridad que se hace cumplir mediante una infraestructura legal que se sostiene sobre una legitimidad mediática que se paga con una riqueza que se conecta a través de redes. Cada elemento depende de los demás. Cuando empiezan a fallar juntos, la falla se refuerza mutuamente.

Qué le ocurre a las categorías específicas del poder actual cuando el colapso se despliega:

El sector financiero

El sector financiero pierde poder de la manera más dramática y más temprana, porque su autoridad está ligada de la forma más directa al funcionamiento del sistema que el colapso trastoca. Los grandes bancos pueden seguir existiendo, pero su poder de dirigir depósitos, asignar capital, fijar tasas de interés y dar forma a las condiciones económicas disminuye cuando su solvencia fundamental está en cuestión. La industria de los fondos de cobertura colapsa en escala porque sus retornos dependen de mercados en funcionamiento y de un acceso al apalancamiento que desaparece. La industria del capital privado pierde su modelo porque las transacciones apalancadas de las que depende no pueden ejecutarse en condiciones de crédito tensionadas. La industria de la gestión de inversiones se encoge porque los activos bajo gestión quedan reducidos por las caídas de los mercados y por las liquidaciones de los clientes.

Las consecuencias personales para las figuras sénior del sector financiero son sustanciales. La riqueza mantenida en forma financiera se reduce. El ingreso ligado a los activos bajo gestión o a las utilidades de negociación se reduce. La posición social que el éxito en el sector financiero transmitía en tiempos normales se reduce, porque la cultura más amplia se ha vuelto hostil a las élites del sector financiero. Las redes que sostenían la movilidad profesional dentro del sector quedan trastocadas. La figura sénior que era un amo del universo en 2024 es, para 2027, un antiguo amo en un sector que ha perdido su dominancia.

Esto no quiere decir que las finanzas desaparezcan. La banca y la asignación de capital continúan de alguna forma. Pero la escala del sector, su participación en el ingreso nacional, su dominio sobre la economía más amplia, su capacidad de reclamar para sí a las personas más talentosas, todo declina. El sector financiero que emerge al otro lado es más pequeño, menos dominante, menos rico y menos poderoso que el sector financiero que entró en el colapso.

La autoridad del gobierno federal

La autoridad del gobierno federal se debilita a través de mecanismos específicos. La capacidad fiscal que financia los programas federales se encoge porque los ingresos tributarios caen en la recesión y porque la emisión de deuda queda restringida por la resistencia del mercado de bonos. La capacidad regulatoria que hace valer la autoridad federal se debilita porque las agencias no pueden cubrir el volumen de asuntos que el colapso genera. La capacidad de coerción que respalda la autoridad federal se debilita porque las agencias correspondientes están desbordadas y la población es menos obediente.

La soberanía efectiva de nivel estatal que emerge en compensación se ha discutido en capítulos anteriores. Los estados con gobernanza y recursos fuertes expanden su ámbito efectivo para compensar la incapacidad federal. Texas, Florida, Tennessee, Idaho, Utah, estados similares con gobiernos relativamente funcionales y poblaciones resilientes, empiezan a actuar en dominios que habían sido

federales. El control fronterizo. La regulación bancaria. La política ambiental. La política educativa. La política laboral. Parte de esto es reafirmación constitucional de una autoridad que había derivado hacia el nivel federal. Parte es improvisación necesaria cuando el nivel federal no puede desempeñar funciones que necesitan desempeñarse.

Los altos funcionarios federales que tenían poder real descubren que su autoridad nominal permanece pero su autoridad real sobre los acontecimientos ha disminuido. El secretario de gabinete que podía dar forma a la política mediante la acción de su agencia descubre que la agencia no puede implementar realmente la política a la escala requerida. El senador cuyas asignaciones de comité transmitían influencia real descubre que el trabajo del comité está desbordado por asuntos más grandes que su capacidad. El juez federal cuyos fallos daban forma a desenlaces nacionales descubre que esos fallos no siempre pueden hacerse cumplir cuando la infraestructura correspondiente está fallando ella misma.

Las grandes áreas metropolitanas costeras

Las grandes áreas metropolitanas costeras pierden un poder sustancial porque las poblaciones y las industrias que les daban su importancia están expuestas a las disrupciones de maneras específicas. La concentración financiera de Nueva York se convierte en vulnerabilidad cuando las finanzas se contraen. La concentración tecnológica de San Francisco se convierte en vulnerabilidad cuando se frenan los flujos de capital que alimentaban la industria tecnológica. La concentración gubernamental de Washington se convierte en vulnerabilidad cuando el gobierno federal está perdiendo capacidad. La concentración de educación superior de Boston se convierte en vulnerabilidad cuando el modelo de negocio de la educación superior se está rompiendo. La concentración de entretenimiento de Los Ángeles se convierte en vulnerabilidad cuando el gasto discrecional en entretenimiento declina.

Estas ciudades enfrentan además los desafíos operativos que se han discutido a lo largo del libro. La incapacidad de alimentarse. La dependencia de una infraestructura continua. El tejido comunitario débil. Poblaciones concentradas que incluyen a la vez riqueza extrema y vulnerabilidad extrema. Las migraciones fuera de estas ciudades, que habían sido graduales desde 2020, se aceleran sustancialmente cuando el colapso se despliega. Las poblaciones que permanecen enfrentan condiciones que exceden la capacidad local de gestionarlas.

El poder político y cultural que se había concentrado en estas ciudades a través de la concentración de medios, academia, finanzas y gobierno se desplaza a medida que esas concentraciones declinan. Las decisiones que se habían tomado en las ciudades costeras y exportado al resto del país se toman ahora en otra parte o no se toman en absoluto. Los productos culturales que se habían producido en las ciudades costeras y consumido nacionalmente pierden audiencia cuando las audiencias tienen otras preocupaciones. Las coaliciones políticas que se habían construido alrededor de los intereses costeros pierden relevancia nacional cuando otros intereses ascienden en importancia.

La industria de la educación superior

La industria de la educación superior, que ha sido una de las fuerzas dominantes de la cultura estadounidense durante décadas, enfrenta una tensión severa que afecta su poder. La economía de la educación superior depende de la disposición continuada de las familias a pagar costos de matrícula que han subido mucho más rápido que la inflación, de la disposición continuada de los gobiernos a proporcionar financiamiento para la investigación y programas de préstamos estudiantiles, y de la disposición continuada de los empleadores a acreditar a los postulantes sobre la base de títulos de instituciones prestigiosas. Cada uno de estos soportes se ha venido debilitando, y el colapso acelera el debilitamiento.

Las grandes universidades siguen existiendo, pero sus recursos, sus bolsas de postulantes, sus programas de investigación y su influencia cultural se contraen todos. Las universidades de la Ivy League y las instituciones equivalentes conservan sus fondos patrimoniales pero enfrentan dificultades para desplegarlos con efectividad cuando los canales tradicionales de influencia están contrayéndose ellos mismos. Las universidades públicas enfrentan recortes presupuestarios estatales y una caída de inscripciones de estudiantes que ya no pueden costear los precios. Las facultades de artes liberales más pequeñas enfrentan amenazas existenciales a medida que las inscripciones caen y los costos no pueden reducirse con la rapidez suficiente. Cientos de instituciones cierran en los años que siguen a un colapso serio.

Las figuras sénior que habían construido poder dentro de la educación superior, los rectores, los vicerrectores, los decanos sénior, los catedráticos celebrados, encuentran que sus instituciones importan menos en la cultura más amplia de lo que importaban. La función acreditadora que había sido central para su poder se debilita a medida que los empleadores buscan capacidad demostrable en lugar de credenciales, a medida que emergen acreditaciones alternativas y a medida que las condiciones económicas reducen la demanda de muchas de las carreras que habían sido los destinos de las credenciales de élite.

La industria de los medios

Los medios tradicionales llevan más de dos décadas perdiendo audiencia y autoridad, y el colapso acelera la tendencia. Los grandes periódicos siguen publicando, pero con menos personal, menos alcance y menos influencia. Las cadenas de noticias por cable siguen transmitiendo, pero para audiencias más pequeñas y más polarizadas. Las revistas de actualidad que habían dado forma a la opinión han desaparecido en su mayoría o han quedado reducidas a restos digitales. La industria editorial se contrae a medida que el gasto discrecional en libros declina y el modelo económico de las grandes editoriales se debilita.

Las figuras sénior de los medios tradicionales, los periodistas celebrados, los presentadores conocidos, los editores de las publicaciones prestigiosas, encuentran que sus voces llegan a audiencias más pequeñas y transmiten menos autoridad. La capacidad de dar forma a las narrativas, que había sido

sustancial en su mejor momento, está reducida. El refuerzo cultural del consenso de élite que había fluido por estos canales queda trastocado porque los canales mismos están trastocados.

La clase profesional en general

Más allá de los sectores específicos, la clase profesional y gerencial más amplia pierde terreno en varias dimensiones. Las carreras que habían sido los destinos de la educación de élite, las finanzas, la consultoría, el derecho, el marketing, los servicios tecnológicos, se vuelven menos abundantes y menos remunerativas a medida que las industrias subyacentes se contraen. El estilo de vida que había sido el marcador del éxito de la clase profesional, la vida urbana, el consumo costoso, los viajes regulares, las actividades caras de los hijos, se vuelve más difícil de mantener con ingresos reducidos en entornos de costos inflados.

Los hábitos culturales de la clase profesional, el consumo de ciertos medios, la participación en ciertos movimientos políticos, la búsqueda de ciertos marcadores de estatus, se vuelven menos centrales para la cultura más amplia a medida que esa cultura pasa a otras preocupaciones. La persona de clase profesional que había construido su identidad alrededor de estos marcadores encuentra que los marcadores ya no marcan lo que solían marcar.

La élite internacional

La élite internacional que había operado a través de las fronteras, el círculo de Davos, las figuras de la gobernanza global, los ejecutivos de las corporaciones multinacionales, las figuras sénior de las instituciones internacionales, enfrenta tensiones específicas. La cooperación internacional que había sido su entorno de operación se reduce a medida que los países se concentran en sus propias preocupaciones. Las instituciones que habían proporcionado sus plataformas, el Banco Mundial, el FMI, el Foro Económico Mundial, las diversas agencias de las Naciones Unidas, se vuelven menos centrales para la toma de decisiones real. El estilo de vida de viaje constante entre las capitales globales se vuelve más difícil a medida que el propio viajar se complica y las reuniones se vuelven menos consecuentes.

Las figuras que habían construido carreras dentro de esta élite internacional descubren que sus redes son menos poderosas de lo que habían sido, que las instituciones son menos autorizadas y que los asuntos en los que se habían especializado son menos centrales para lo que ahora está ocurriendo en el mundo.

La clase de los grandes donantes

La clase de los grandes donantes que había dirigido recursos enormes hacia causas que iban de la política a la filantropía y la producción cultural enfrenta varias tensiones específicas. Su riqueza queda reducida por las caídas de los mercados y por la disrupción de los negocios que la habían producido. Su disposición a desplegar lo que queda está restringida por la incertidumbre sobre el futuro. Las

instituciones que habían recibido sus donaciones están ellas mismas bajo tensión, con universidades, hospitales, museos, organizaciones de incidencia y centros de estudio de políticas enfrentando todas presiones presupuestarias.

Los patrones de donación que habían sido sustanciales declinan. Los proyectos culturales y políticos que habían dependido de esa donación se contraen en correspondencia. El gran donante que había dirigido porciones sustanciales de la agenda cultural y política del país descubre que su palanca se ha reducido, tanto porque sus recursos se han reducido como porque las instituciones receptoras importan menos.

El modo de falla específico: la inversión en posición sin sustancia

El patrón común a través de las categorías anteriores es que las figuras que habían invertido en posición y no en sustancia enfrentan la mayor exposición. El banquero sénior que había construido su carrera alrededor de gestionar relaciones y navegar instituciones, sin ser realmente capaz de hacer nada productivo con sus manos o con su cabeza, enfrenta un desafío existencial cuando las instituciones quedan reducidas. El abogado corporativo que había construido su carrera alrededor de entender una complejidad regulatoria que dependía a su vez de reguladores en funcionamiento enfrenta un desafío existencial cuando esos reguladores están desbordados. El ejecutivo de marketing que había construido su carrera alrededor de moldear las percepciones del consumidor en una economía de consumo enfrenta un desafío existencial cuando el consumo se reduce.

En contraste, las figuras con capacidad sustantiva real, aunque hubieran sido menos prominentes en la cultura de élite, enfrentan menos exposición. El médico que realmente puede tratar pacientes. El ingeniero que realmente puede diseñar cosas. El plomero que realmente puede arreglar tuberías. El agricultor que realmente puede cultivar alimentos. El maestro que realmente puede enseñar a los niños. Estas figuras pueden tener menos riqueza y menos prestigio en la valoración de la cultura de élite, pero tienen una capacidad sustantiva real que conserva su valor cuando las condiciones cambian.

La inversión en posición y no en sustancia es un error estratégico que ha sido visible en toda la cultura de élite durante décadas. El error se agrava con el tiempo, porque las condiciones que recompensaban la posición por encima de la sustancia recompensan a quienes se especializan aún más en la posición, mientras penalizan a quienes siguen desarrollando sustancia. La figura sénior que ha pasado treinta años escalando la escalera institucional es, en muchos casos, menos capaz de producir valor real que el trabajador de nivel inicial que ha estado haciendo trabajo real todo el tiempo. Esto no era visible durante el período en que la posición imponía las recompensas. Se vuelve visible rápidamente cuando las condiciones cambian.

Qué significa esto para lectores específicos

Los lectores de este libro que están ellos mismos en posiciones del poder actual enfrentan una autoevaluación honesta difícil. La posición que ocupan puede no sobrevivir al colapso en su forma

actual. La riqueza que han acumulado puede no conservar su valor en una disrupción seria. Las redes que han construido pueden no funcionar en las condiciones que emerjan. Las destrezas que han desarrollado pueden no ser relevantes para las condiciones nuevas.

La respuesta honesta no es el pánico ni la negación. Es el reconocimiento. El poder que hoy detentan es real pero contingente. La riqueza que han acumulado es real pero expuesta. El trabajo que hay que hacer es el trabajo que este libro ha descrito a lo largo de sus páginas. Construir comunidad. Desarrollar sustancia. Adquirir destrezas útiles al margen de las condiciones. Reposicionar la riqueza en formas resilientes. Comprometerse con una tradición religiosa o filosófica que trascienda las circunstancias. Formar a los hijos y a los nietos de maneras que les permitan llevar adelante la capacidad y el carácter de la familia.

Las figuras del poder actual que hacen este trabajo tienen la opción de convertirse en figuras del poder nuevo, transformadas por el colapso en lugar de destruidas por él. Las figuras que no hacen este trabajo enfrentan la perspectiva de ser figuras cuyo poder simplemente se termina. La elección es de cada individuo, y la elección se está haciendo ahora, mediante las acciones o inacciones de cada día.

Qué significa esto para categorías específicas

Las categorías específicas del poder actual responden de manera distinta al colapso:

Las figuras institucionales que habían derivado su poder de posiciones en instituciones que están ellas mismas debilitándose enfrentan la pérdida más directa. Su poder personal era el poder de la institución fluyendo a través de ellas. Cuando la institución se debilita, su poder se debilita en correspondencia.

Las figuras adineradas que habían derivado su poder de la riqueza financiera enfrentan una pérdida proporcional a la disrupción de los sistemas financieros. Las figuras adineradas que habían derivado su poder de la empresa productiva enfrentan menos pérdida, porque las empresas siguen produciendo cosas reales.

Las figuras culturales que habían derivado su poder de las plataformas mediáticas enfrentan una pérdida proporcional a la disrupción de esas plataformas. Las figuras culturales que habían derivado su poder del trabajo sustantivo enfrentan menos pérdida, porque el trabajo sustantivo conserva su valor.

Las figuras de la clase profesional que habían derivado su poder de credenciales en industrias que dependen del sistema moderno enfrentan la pérdida más directa. Las figuras de la clase profesional que habían derivado su poder de destrezas que son útiles en cualquier caso enfrentan menos pérdida.

La concentración geográfica del poder actual en las ciudades costeras, en las instituciones de élite, en industrias particulares, en formaciones culturales específicas, es en sí misma vulnerabilidad. Las figuras que se habían concentrado en esas geografías enfrentan la pérdida a medida que las concentraciones se diluyen. Las figuras que se habían distribuido más ampliamente enfrentan menos

pérdida, porque su posición dependía menos de las concentraciones específicas.

La observación final

El colapso del poder actual no es el fin del poder. Es la redistribución del poder. Nuevos centros emergen para reemplazar a los centros viejos. Nuevas figuras ascienden para reemplazar a las figuras viejas. Nuevos arreglos se forman para reemplazar a los arreglos viejos. El próximo capítulo examina cómo se ven esos nuevos centros, figuras y arreglos, con el reconocimiento de que el nuevo orden no está aún plenamente formado, pero está tomando forma de maneras cada vez más visibles para quienes están dispuestos a verlas.

CAPÍTULO 24

Las nuevas clases emergentes

Cuando el poder actual se debilita, nuevos patrones de poder emergen para reemplazarlo. Los patrones nuevos no son aleatorios. Siguen lógicas específicas que pueden entenderse a partir de las condiciones que los producen. Las poblaciones y capacidades que fueron subvaloradas durante la modernidad, porque no encajaban en los criterios de optimización de la modernidad, se vuelven valiosas cuando cambian las condiciones para las que la modernidad optimizaba. Las poblaciones y capacidades que fueron altamente valoradas durante la modernidad, porque servían bien a sus criterios de optimización, se vuelven menos valiosas cuando esos criterios dejan de aplicarse.

Este capítulo describe las clases emergentes que están ganando importancia durante el colapso y que probablemente constituirán los centros del nuevo orden que sigue. Las descripciones se extraen de patrones observables y del precedente histórico de períodos de colapso anteriores. Los patrones no son perfectamente predecibles, pero la forma general es lo bastante visible como para informar cómo pueden posicionarse las personas y las familias para las condiciones que vienen.

Los productores

La primera clase emergente es la de los productores, quienes realmente hacen las cosas reales que los seres humanos necesitan. Los agricultores que cultivan alimentos. Los ganaderos que crían el ganado. Los fabricantes que hacen bienes. Los productores de energía que extraen o generan la potencia que alimenta todo lo demás. Los constructores que levantan edificios e infraestructura. Los reparadores y mecánicos que arreglan lo que se rompe. Los artesanos que hacen artículos duraderos que conservan valor a través de las condiciones.

Estas figuras llevaban décadas declinando en estatus cultural. La teoría económica moderna las había tratado como mercancías intercambiables, con su trabajo convertido en materia indiferenciada mediante el comercio global y la deslocalización. La sensibilidad cultural moderna las había tratado como obsoletas, con sus vidas presentadas como atrasadas frente a las vidas supuestamente más sofisticadas de los profesionales urbanos. La orientación profesional moderna había alejado a los jóvenes de la producción hacia los servicios, con padres que disuadían a los hijos de seguir a sus padres en los oficios productivos.

En el colapso, los productores ascienden rápidamente en importancia. Los alimentos que producen se convierten en lo más valioso de la economía, porque los alimentos son lo que los seres humanos realmente necesitan. La energía que generan se convierte en el fundamento sobre el que descansa todo lo demás. Los bienes que fabrican se convierten en el sustrato de la vida material que continúa. Los edificios que construyen y la infraestructura que mantienen se convierten en el fundamento literal de la continuidad de la comunidad. Las reparaciones que realizan permiten seguir usando equipos que no pueden reemplazarse. Las artesanías que producen se vuelven valiosas a la vez para el uso y como

depósitos de valor.

La posición económica de los productores mejora sustancialmente. La granja que había producido alimentos con márgenes de pocos puntos porcentuales durante la modernidad encuentra que sus productos imponen precios superiores en mercados trastocados, con las ventas directas al consumidor reemplazando los precios mayoristas deprimidos que habían definido la agricultura moderna. El mecánico que había estado luchando contra vehículos cada vez más complejos en los que no podía trabajar encuentra que sus destrezas son esenciales para los vehículos más viejos que pueden mantenerse sin diagnóstico computarizado. El carpintero y el albañil que habían estado compitiendo contra mano de obra de construcción barata encuentran que su trabajo de calidad vuelve a ser valioso cuando las alternativas baratas dejan de estar disponibles.

La posición social de los productores mejora sustancialmente. El agricultor que había sido tratado como una figura atrasada en la cultura de élite es tratado ahora con el respeto que su contribución real amerita. El camionero que había sido invisible en la cultura de élite es reconocido ahora como esencial. El trabajador de oficio que había sido tratado como un fracasado frente a los profesionales con título universitario es tratado ahora con respeto. La inversión cultural que había devaluado la producción se invierte a su vez cuando la producción reafirma su importancia real.

La posición política de los productores mejora sustancialmente. Las coaliciones políticas que habían marginado los intereses de los productores en favor de los intereses de las finanzas, la tecnología y el sector de servicios se encuentran perdiendo poder a medida que las regiones productoras y los electorados productores se vuelven más importantes. Los estados con economías productoras fuertes (Texas, el Oeste montañoso, el Medio Oeste agrícola, las regiones productoras de energía, los restos manufactureros del viejo corazón industrial) ven aumentar su peso político. Las ciudades y regiones que habían dominado a través de las finanzas, la tecnología, el gobierno y la educación ven disminuir su peso político.

La nueva generación de productores está emergiendo de varias corrientes. Jóvenes de familias productoras que habían sido presionados por las generaciones anteriores para irse en busca de credenciales de élite están regresando a las ocupaciones productoras de sus padres y abuelos. Jóvenes de familias profesionales que habían sido criados en los suburbios están dejando carreras acreditadas para aprender oficios productivos. Inmigrantes que habían sido subvalorados en sus capacidades profesionales están reconstruyendo sus vidas alrededor de sus capacidades productivas. Trabajadores mayores de sectores de servicios en declive se están reentrenando en oficios productivos. El efecto acumulado es una expansión sustancial de la clase productora a medida que las condiciones nuevas recompensan la producción de maneras que no habían sido visibles durante la modernidad.

Los defensores

La segunda clase emergente es la de los defensores, quienes pueden proporcionar protección a escala comunitaria e individual. Esto incluye a los veteranos militares con experiencia de combate, a los

agentes del orden que mantuvieron capacidad e integridad a través de tiempos difíciles, a los cazadores y hombres de campo con destrezas prácticas, y a la población más amplia de estadounidenses armados que han mantenido su capacidad y su disposición a usarla de manera apropiada.

Los defensores habían sido culturalmente marginados durante la modernidad de maneras específicas. El veterano militar era tratado como un caso de beneficencia que requería servicios, y no como un ciudadano con capacidades en las que el país había invertido. El agente del orden era tratado como un antagonista, y no como un activo de la comunidad. El cazador era tratado como un atrasado y sometido a una regulación creciente que limitaba su capacidad. El ciudadano armado era tratado como una amenaza potencial, y no como parte de la capacidad defensiva de la comunidad.

En el colapso, los defensores ascienden rápidamente en importancia. La comunidad que tiene una capacidad defensiva seria a través de su población de veteranos, su comunidad de agentes del orden, su cultura de caza y de vida al aire libre y su ciudadanía armada más amplia puede mantener el orden, defender sus recursos y proporcionar una seguridad que los extraños no pueden amenazar. La comunidad sin esta capacidad enfrenta la depredación de quienes querrían tomar lo que tiene, lo cual, en un colapso serio, no es una preocupación hipotética.

La posición económica de los defensores mejora a través de varios mecanismos. Las comunidades pagan por una capacidad de seguridad que había sido provista por fuerzas policiales financiadas con impuestos que pueden ya no ser adecuadas. El trabajo de seguridad privada se expande a medida que comunidades y propiedades contratan defensores para complementar o reemplazar una seguridad pública que falla. Algunos defensores se integran a las milicias y organizaciones de seguridad que emergen para llenar el vacío de seguridad, siendo estas organizaciones defensa comunitaria legítima y no las formas ilegítimas que emergen en los lugares donde la comunidad es más débil.

La posición social de los defensores mejora mediante la revaloración cultural. El veterano que había sido tratado como un hombre roto o peligroso en la cultura de élite es tratado como un activo comunitario por vecinos que reconocen lo que el veterano puede aportar. El policía retirado que había sido blanco de la crítica cultural es buscado por su experiencia y su capacidad. Al cazador que había sido crecientemente marginado se le pide que enseñe a otros. El ciudadano armado que se había sentido incómodo por portar armas en público es ahora parte de una comunidad que valora su capacidad y depende de ella.

La posición política de los defensores mejora a medida que las coaliciones políticas que habían sido hostiles a los militares, la policía y el derecho a las armas pierden poder. Los estados y regiones que habían apoyado a estas poblaciones ganan peso político. Las posiciones federales que habían presionado por restricciones sobre estas capacidades pierden efectividad. Las instituciones culturales y educativas que habían enseñado hostilidad hacia los valores de los defensores pierden influencia. El péndulo que había oscilado contra los valores de los defensores durante décadas oscila de regreso, con la cultura emergente tratando estas capacidades como esenciales y no como problemáticas.

El carácter de la clase defensora importa significativamente. Los defensores que mantienen su integridad, que sirven a la comunidad legítimamente, que son contenidos en su uso de la fuerza, que operan dentro de estructuras de autoridad reconocidas, son parte de la defensa comunitaria legítima. Los defensores que no se contienen, que sirven solo a sus propios intereses, que se vuelven depredadores en lugar de protectores, se convierten en la clase de señores de la guerra que emerge en los lugares donde la comunidad es más débil. El carácter de la población defensora local es la diferencia entre las comunidades que se mantienen con orden y las comunidades que se fragmentan en depredación.

Las instituciones formadoras de carácter que producen defensores contenidos, las fuerzas armadas con sus tradiciones éticas, el entrenamiento policial con su énfasis en el uso legítimo de la fuerza, la cultura de caza con su ética de la caza justa y el respeto por la presa, las tradiciones religiosas que restringen la violencia a los propósitos legítimos, son recursos esenciales. Las comunidades con instituciones formadoras de carácter fuertes producen defensores que sirven bien a la comunidad. Las comunidades sin esas instituciones producen defensores que se sirven a sí mismos, a veces con brutalidad.

Los sanadores

La tercera clase emergente es la de los sanadores, quienes pueden proporcionar atención médica, curación y apoyo a la recuperación a escala comunitaria e individual. Esto incluye a los médicos y enfermeras que mantienen su capacidad a través de la disrupción de los sistemas médicos formales, a las parteras que pueden atender un parto sin infraestructura hospitalaria, a los herbolarios con conocimiento de los remedios tradicionales, a los dentistas que pueden tratar las afecciones que se vuelven graves rápidamente sin intervención, a los trabajadores de la salud mental que pueden acompañar a las personas a través del trauma, y a la población más amplia de personas con conocimiento médico serio.

Los sanadores habían sido crecientemente marginados dentro del sistema médico moderno. Los médicos habían sido empujados a relaciones de empleo con grandes sistemas hospitalarios que restringían su juicio y reducían su autonomía. Las enfermeras habían sido sobrecargadas y subvaloradas. Las parteras habían sido excluidas de los entornos hospitalarios salvo en roles estrechos. Los herbolarios habían sido tratados como charlatanería pese a poseer un conocimiento tradicional con valor real. Los dentistas habían sido empujados a prácticas corporativas que priorizaban la facturación por encima de la atención al paciente. Los trabajadores de la salud mental habían sido desbordados por una demanda que no podían atender.

En el colapso, los sanadores ascienden rápidamente en importancia, porque las necesidades médicas no se detienen cuando los sistemas médicos fallan. El médico que puede ejercer sin infraestructura hospitalaria, que puede usar su juicio sin el filtro de las aseguradoras, que puede tratar a los pacientes con los medicamentos disponibles y no con los medicamentos óptimos, se vuelve mucho

más valioso de lo que era dentro del sistema restringido. La enfermera que puede brindar atención en entornos no hospitalarios se vuelve esencial. La partera que puede atender un parto en casa se convierte en la diferencia entre un nacimiento seguro y una tragedia para muchas familias. El herbolario cuyo conocimiento tradicional había sido desestimado se convierte en la fuente de remedios cuando los suministros farmacéuticos están trastocados.

La posición económica de los sanadores mejora sustancialmente. Las relaciones de pago directo con los pacientes reemplazan a los intermediarios del sistema de seguros que habían capturado buena parte del valor del trabajo médico. Las comunidades pagan a los sanadores por estar presentes y disponibles, en lugar de canalizar toda la atención médica a través de sistemas distantes. Los sanadores que se establecen en comunidades resilientes se convierten en miembros esenciales de la comunidad, con la correspondiente seguridad económica.

La posición social de los sanadores mejora por la misma dinámica. El médico que es parte de la comunidad, conocido por los vecinos, disponible cuando se lo necesita, es tratado con el respeto que recibían los médicos tradicionales antes de que el sistema médico moderno despersonalizara el rol. La enfermera que brinda atención directamente a personas que conoce es respetada de manera similar. La partera y el herbolario cuyo conocimiento tradicional había sido marginado son reintegrados a roles legítimos de curación.

El carácter de los sanadores importa tanto como su capacidad. Los sanadores que sirven fielmente a sus pacientes, que usan su conocimiento para curar y no solamente para lucrar, que mantienen estándares éticos bajo presión, se convierten en figuras comunitarias de confianza cuya influencia se extiende más allá de la atención médica. Los sanadores que se vuelven extractivos, que explotan su posición, que sirven solo a los ricos que pueden pagar precios superiores, se convierten en figuras problemáticas cuya influencia queda limitada y genera resentimiento.

Los maestros

La cuarta clase emergente es la de los maestros, quienes pueden transmitir conocimiento, destrezas y cultura a través de las generaciones y hacia quienes carecen de lo que los maestros pueden aportar. Esto incluye a los educadores que pueden enseñar sin apoyo institucional, a los padres que asumen la responsabilidad por la educación de sus propios hijos, a las figuras religiosas que enseñan la fe y la tradición, a los mentores que transmiten destrezas prácticas a aprendices, y a la población más amplia de personas que pueden transmitir lo que saben a otros que lo necesitan.

Los maestros habían sido confinados dentro de estructuras institucionales que restringían lo que podían enseñar. Las escuelas públicas se habían convertido primordialmente en instituciones de acreditación y socialización, y no de educación sustantiva. Las universidades se habían convertido en instituciones de acreditación combinada con formación ideológica, y no de desarrollo del pensamiento capaz. Las escuelas privadas habían quedado a precios fuera del alcance de la mayoría de las familias. Las familias que educaban en el hogar habían sido tratadas como marginales y sometidas a una presión

regulatoria creciente.

En el colapso, los maestros se vuelven esenciales, porque el sistema educativo formal está él mismo trastocado. Las escuelas que dependían de financiamiento estable, poblaciones estables, infraestructura estable y apoyo cultural estable enfrentan todas dificultades. La capacidad de educar a los niños sigue siendo necesaria, pero los medios institucionales para hacerlo están reducidos. El maestro que puede educar fuera de las instituciones formales, el padre o la madre que educa en el hogar y ha asumido la responsabilidad, el educador religioso que enseña en los sótanos de las iglesias, el mentor que transmite destrezas prácticas mediante el aprendizaje de oficio, todos ascienden en importancia a medida que las alternativas institucionales se debilitan.

La posición económica de los maestros mejora mediante relaciones directas con las familias y comunidades que pagan por la educación provista. La escuela clásica que había sido un actor de nicho se convierte en una alternativa sustancial a medida que las familias buscan educación seria. El movimiento de educación en el hogar que llevaba décadas creciendo se expande rápidamente a medida que las familias reconocen que la educación institucional no es adecuada. El modelo de aprendices que había sido reemplazado por la educación formal regresa a medida que las familias buscan formación práctica para sus hijos.

La posición social de los maestros mejora a medida que su importancia se hace visible. El maestro que realmente puede enseñar algo sustantivo es reconocido como un activo comunitario. La madre o el padre que asume una responsabilidad seria por la educación de sus hijos es respetado. El educador religioso que mantiene la tradición es integrado a la vida de la comunidad. El maestro artesano que toma aprendices es honrado.

La posición política de los maestros mejora a medida que las coaliciones políticas que habían sostenido los monopolios educativos institucionales pierden poder. Los movimientos de libre elección escolar que habían sido resistidos ganan terreno. La educación en el hogar que había sido fuertemente regulada gana protección. La educación clásica que había sido marginada gana apoyo. Las batallas culturales y políticas que se habían librado contra la educación alternativa se vuelven irrelevantes a medida que las propias alternativas institucionales se contraen.

Los conectores

La quinta clase emergente es la de los conectores, quienes pueden construir y mantener las relaciones y redes que sostienen unidas a las comunidades. Esto incluye a las figuras religiosas que sirven como líderes espirituales de la comunidad, a las figuras cívicas que organizan las respuestas comunitarias a los desafíos, a los mediadores que pueden resolver las disputas que surgen dentro de las comunidades, a los organizadores que pueden coordinar la acción colectiva, y a la población más amplia de personas que hacen el trabajo social de construir y mantener el tejido comunitario.

Los conectores habían sido marginados de maneras distintas durante la modernidad. Las figuras religiosas habían sido tratadas como obsoletas y su influencia había sido deliberadamente reducida por medios culturales y legales. Las figuras cívicas habían sido reemplazadas por empleados públicos profesionales y burócratas. Los mediadores habían sido reemplazados por los abogados y el sistema legal. Los organizadores habían sido reemplazados por organizaciones profesionales de incidencia y cabilderos. El trabajo social de construcción de comunidad había sido reemplazado por servicios formales entregados por profesionales pagados.

En el colapso, los conectores se vuelven esenciales, porque el funcionamiento de la comunidad depende de relaciones que tienen que mantenerse activamente. El pastor, el sacerdote o el rabino que puede sostener unida a una congregación a través de la dificultad, que puede ofrecer una guía espiritual que coloque la penuria en un contexto con sentido, que puede movilizar a la congregación para la ayuda mutua, se convierte en una figura central de su comunidad. La figura cívica que puede organizar a los vecinos, mediar disputas, coordinar la respuesta a los desafíos, se vuelve esencial para el funcionamiento de la comunidad. Las figuras que hacen el trabajo social de la comunidad sin credenciales formales pero con capacidad real llegan a ser reconocidas como los líderes que realmente son.

La posición económica de los conectores mejora mediante un apoyo comunitario que reconoce su importancia. Las congregaciones religiosas sostienen a sus pastores más sustancialmente a medida que la importancia de los pastores se hace visible. Las comunidades sostienen a sus figuras cívicas por diversos medios que reconocen el trabajo que se está haciendo. A los mediadores se les paga por el trabajo de resolver disputas. Los organizadores son sostenidos por las comunidades que se benefician de su trabajo.

La posición social de los conectores mejora a medida que el funcionamiento de la comunidad se hace visible. El pastor que había sido tratado como una figura irrelevante en la cultura de élite es tratado como central para su comunidad. La figura cívica que había sido pasada por alto es reconocida como el conector que es. El mediador y el organizador son integrados a la vida comunitaria como figuras esenciales.

Las autoridades espirituales

Una subcategoría específica que merece atención propia es la de las autoridades espirituales. A medida que los marcos de sentido que la modernidad secular había intentado proporcionar fallan en proporcionar lo que habían prometido, las tradiciones religiosas que la modernidad había marginado regresan a la importancia. Los pastores, sacerdotes, rabinos, imanes y demás autoridades espirituales que mantuvieron sus tradiciones a través de la era secular están posicionados para liderar el regreso más amplio a la vida religiosa que el colapso produce.

El carácter de estas autoridades espirituales importa enormemente. Las autoridades que mantienen la tradición ortodoxa, que sirven fielmente a sus congregaciones, que enseñan la verdad tal como la

entienden en lugar de acomodarse a la presión cultural, se convierten en figuras de confianza cuya influencia se extiende más allá de sus congregaciones. Las autoridades que habían comprometido la ortodoxia para ajustarse a las modas culturales, que habían servido a sus propios intereses y no a sus congregaciones, que habían perdido la sustancia de sus tradiciones, no tienen la misma autoridad, porque no tienen la sustancia que transmitir.

Las tradiciones que se han mantenido con seriedad, las comunidades católicas tradicionales, las parroquias ortodoxas orientales, las congregaciones protestantes confesionales, las comunidades judías ortodoxas, las comunidades musulmanas serias, las comunidades anabaptistas y mormonas discutidas en capítulos anteriores, tienen todas autoridades espirituales con sustancia. Las tradiciones que se han liberalizado hasta la incoherencia en busca de aceptación cultural tienen autoridades espirituales con menos sustancia, y la brecha se hace visible cuando las condiciones ponen a prueba lo que las autoridades pueden realmente ofrecer.

Para la cultura más amplia, la importancia creciente de las autoridades espirituales significa que las decisiones sobre en qué autoridades confiar y a cuáles seguir se vuelven importantes de maneras que no lo habían sido durante la era secular. El mercado espiritual que había tratado la afiliación religiosa como una elección de consumo se convierte en un asunto más serio cuando la comunidad religiosa es realmente constitutiva de la vida. Elegir bien, con atención a lo que la tradición realmente enseña y a lo que las autoridades locales realmente representan, se vuelve parte del trabajo de posicionarse para las condiciones que vienen.

El patrón común

El patrón común a través de las clases emergentes es que las poblaciones y capacidades que fueron subvaloradas durante la modernidad se vuelven valoradas en el colapso. Los sistemas culturales y económicos que habían tratado la producción, la defensa, la curación, la enseñanza y la construcción de comunidad como trabajo de bajo estatus frente a la ingeniería financiera, el marketing, la consultoría y actividades similares encuentran que el ordenamiento cultural y económico se invierte cuando las condiciones cambian.

Este patrón no es nuevo. Es un patrón que emerge en todos los colapsos históricos anteriores que se han estudiado. Las clases que habían sido marginadas durante el período de la modernidad tardía ascienden cuando esa modernidad termina. Las clases que habían sido dominantes durante la modernidad declinan cuando su base se debilita. El nuevo orden que se forma se construye alrededor de las clases ascendentes y refleja sus valores, capacidades y preocupaciones.

Para las personas que piensan en su propio posicionamiento, el patrón es informativo. El trabajo que uno hace, las destrezas que desarrolla, las relaciones que construye, pueden evaluarse a la luz de la clase en la que encajan. El joven que elige carrera tiene la opción de elegir un trabajo que será valorado en las condiciones nuevas, y no un trabajo que era valorado en las viejas. La persona a mitad de carrera tiene la opción de redirigirse hacia capacidades que conservan valor, en lugar de continuar en

capacidades que lo están perdiendo. La persona mayor tiene la opción de concentrarse en transmitir lo que tiene a los más jóvenes, de maneras que pueden importar más que seguir haciendo lo que había sido su trabajo principal.

La transición es real y está ocurriendo ahora. Las figuras que habían tenido bajo estatus están ganando estatus. Las figuras que habían tenido alto estatus lo están perdiendo. Las inversiones culturales que producen esta clase de redistribución han ocurrido muchas veces antes y están ocurriendo otra vez. Entender lo que está ocurriendo permite a las personas y a las familias posicionarse racionalmente para las condiciones que vienen, en lugar de seguir optimizando para condiciones que ya están pasando.

CAPÍTULO 25

La forma del nuevo orden

Los capítulos anteriores han descrito la disolución del poder actual y la emergencia de las clases nuevas. Este capítulo intenta describir la forma del nuevo orden que estas dinámicas están produciendo, con el debido reconocimiento de que el nuevo orden no está aún plenamente formado y de que persiste una incertidumbre significativa sobre sus rasgos específicos. La forma general es lo bastante visible como para informar el pensamiento. Los detalles específicos los resolverán las personas que vivan la transición, de maneras que no pueden predecirse perfectamente por adelantado.

El nuevo orden no será un reemplazo limpio de un sistema por otro. Será una transición por capas, en la que las estructuras viejas siguen existiendo en forma modificada mientras las estructuras nuevas emergen junto a ellas, con el peso relativo desplazándose gradualmente de lo viejo a lo nuevo a lo largo de años y décadas. La transición ha sido visible en forma temprana desde hace tiempo, y el colapso acelera dinámicas que ya estaban en movimiento.

Los rasgos que probablemente caracterizarán el nuevo orden incluyen los siguientes.

Ciudades más pequeñas y menos dominantes

Las grandes ciudades que habían dominado la vida económica, política y cultural estadounidense serán más pequeñas y menos dominantes. Las poblaciones que se habían concentrado en las megaciudades costeras por las oportunidades que esas ciudades ofrecían en las finanzas, la tecnología, los medios, el gobierno y la educación se redistribuirán a medida que esas oportunidades disminuyan. Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, Boston, Washington D. C. y Chicago serán todas más pequeñas en población, menos centrales para la vida nacional y menos ricas de lo que habían sido en su punto máximo.

Esto no es predecir la desaparición de estas ciudades. Seguirán existiendo como centros urbanos significativos. Pero su participación en la población nacional, en el ingreso nacional, en el peso político nacional y en la influencia cultural nacional quedará reducida. La descentralización de Estados Unidos que comenzó con las relocalizaciones pospandémicas continuará y se profundizará a medida que se debiliten las condiciones que sostenían la concentración costera.

La nueva geografía urbana incluirá más ciudades medianas que combinan economías funcionales con condiciones de vida llevaderas. Ciudades como Boise, Nashville, Indianápolis, Columbus, Salt Lake City, Tampa, Greenville, Charleston, Birmingham y centros regionales similares seguirán creciendo a medida que la gente se redistribuya desde las megaciudades. Estas ciudades tienen varias ventajas: menor costo de vida, gobernanza a menudo funcional, tejido comunitario intacto en las regiones circundantes y bases económicas que no están dominadas por las industrias más frágiles.

Los pueblos más pequeños y las zonas rurales que habían venido perdiendo población verán una estabilización de la población, o crecimiento en algunos casos. La despoblación rural que había definido a muchas regiones se revertirá a medida que las condiciones que habían hecho atractivas a las ciudades (oportunidades de carrera, servicios, amenidades culturales) se vuelvan menos confiables, mientras que las condiciones que hacen atractiva la vida rural (menor costo, capacidad de producción de alimentos, tejido comunitario, características defensivas) se vuelven más valoradas.

Gobiernos estatales más fuertes

Los gobiernos estatales serán más significativos en el nuevo orden de lo que han sido desde quizá comienzos del siglo veinte. El federalismo incorporado a la estructura constitucional estuvo siempre disponible. Fue suprimido por la expansión y la centralización federales del último siglo. El colapso revierte la centralización, en parte porque la capacidad del gobierno federal declina y en parte porque los gobiernos estatales demuestran que pueden desempeñar funciones que habían sido federales.

Algunos estados funcionarán con efectividad en las condiciones nuevas. Texas, Florida, Tennessee, Idaho, Utah, Wyoming, las Dakotas y estados similares, con gobernanza relativamente funcional, economías intactas y poblaciones resilientes, operarán como unidades soberanas efectivas dentro del marco federal. Sus gobiernos estatales desempeñarán funciones regulatorias, económicas, de seguridad y de otro tipo que se habían desempeñado a nivel federal. Su capacidad para hacerlo será limitada pero real, y las limitaciones se irán atendiendo pragmáticamente a medida que los estados aprendan qué pueden y qué no pueden hacer.

Otros estados pasarán apuros. California, Nueva York, Illinois y estados similares, con problemas fiscales severos, economías frágiles y poblaciones trastocadas, enfrentarán desafíos que exceden su capacidad de nivel estatal. La combinación de ingresos tributarios en declive, demandas de servicios en expansión por parte de poblaciones golpeadas por la disrupción y apoyo federal reducido producirá condiciones de crisis fiscal estatal que algunos estados no podrán gestionar. Las consecuencias políticas serán sustanciales, con migraciones significativas fuera de los estados en apuros y una reestructuración política significativa dentro de ellos.

El gobierno federal seguirá existiendo, pero con un ámbito efectivo reducido. La defensa nacional, la estructura básica de los tribunales federales, la emisión de la moneda y las demás funciones federales centrales continuarán. Las funciones regulatorias y de bienestar expansivas que habían crecido durante décadas se contraerán, porque la capacidad fiscal para sostenerlas ha declinado. El resultado será un gobierno federal reconocible en su estructura pero reducido en su alcance, con los gobiernos estatales y locales desempeñando funciones que habían derivado hacia el nivel federal.

Una estructura económica distinta

La estructura económica que emerja se verá distinta de la estructura económica que definió la modernidad tardía. Varios rasgos específicos caracterizarán el cambio.

El sector financiero será más pequeño como proporción de la economía. La posición dominante que las finanzas habían alcanzado en la economía estadounidense fue un rasgo de las condiciones de las últimas décadas y se reduce a medida que esas condiciones cambian. La banca de inversión, los fondos de cobertura, el capital privado y las actividades similares continuarán, pero a menor escala y con menor remuneración. El talento que había sido atraído hacia las finanzas se redirigirá a otros campos.

El sector tecnológico será más pequeño como proporción de la economía. El capital que había estado fluyendo hacia la tecnología durante dos décadas, buena parte de él proveniente del mismo entorno de tasas de interés bajas que sostuvo los excesos del sector financiero, no fluirá a la misma escala. Algunas compañías tecnológicas seguirán prosperando porque producen valor real. Otras no sobrevivirán la contracción. El ecosistema de empresas emergentes que había sido un rasgo definitorio de la economía estadounidense será más pequeño y más selectivo.

El sector de servicios será más pequeño como proporción de la economía. Los servicios profesionales, la consultoría, el marketing, la publicidad y las actividades similares que habían crecido hasta una escala enorme durante la modernidad se contraerán a medida que se contraiga su demanda subyacente. Los abogados, consultores, contadores, especialistas en marketing y profesionales similares seguirán existiendo, pero en números reducidos y con remuneración reducida.

Los sectores productores serán más grandes como proporción de la economía. La manufactura, la agricultura, la producción de energía, la construcción y las actividades similares recuperarán participación a medida que se reviertan las condiciones que habían alentado su deslocalización o su marginación. Parte de esta recuperación será eficiente, con capacidad productiva reconstruida donde tiene sentido. Parte será ineficiente, con capacidad reconstruida a un costo mayor que las alternativas del exterior, porque las alternativas del exterior ya no están disponibles de manera confiable.

La estructura de remuneraciones se comprimirá. La desigualdad extrema que se había desarrollado durante la modernidad, con ejecutivos de las finanzas y la tecnología ganando cientos de veces lo que ganaban los productores, se moderará. Los productores serán mejor pagados en relación con su posición de las décadas pasadas. Los ejecutivos del sector de servicios serán peor pagados. La clase media que había sido vaciada se recuperará parcialmente a medida que se reduzca la polarización que la había estado vaciando.

Un orden cultural distinto

El orden cultural se verá distinto del orden cultural que definió la modernidad tardía. Varios rasgos específicos caracterizarán el cambio.

La dominancia de la cultura de élite secular y cosmopolita se debilitará. Los productos culturales, los patrones sociales y los valores que se habían propagado a través de los medios nacionales y las instituciones de élite llegarán a audiencias más pequeñas e impondrán menos autoridad. El reemplazo no será una única cultura competidora, sino múltiples culturas organizadas alrededor de tradiciones

religiosas específicas, identidades regionales y compromisos comunitarios. La cultura nacional unificada que la élite había intentado producir fue siempre más frágil de lo que sus proponentes entendían, y se fragmenta cuando su infraestructura de soporte se debilita.

La cultura religiosa será más central en la vida estadounidense de lo que ha sido en décadas. Las denominaciones cristianas que mantuvieron la ortodoxia, las comunidades judías ortodoxas y las tradiciones religiosas similares serán más visibles en la vida pública, porque tienen más que decirle a una población en aflicción y porque su vitalidad interna producirá un crecimiento continuado incluso mientras las alternativas más seculares se encogen. Los productos culturales de estas comunidades, su música, su literatura, su arte, su educación, sus modos de vivir, serán objeto de un contacto mucho más amplio por parte de poblaciones que encuentran en ellos más de lo que encuentran en las alternativas seculares.

La cultura educativa será distinta. Las universidades que habían sido las instituciones dominantes de la formación cultural serán más pequeñas y menos centrales. Las formas educativas alternativas (escuelas clásicas, escuelas religiosas, redes de educación en el hogar, estructuras de aprendizaje de oficio, comunidades en línea organizadas alrededor de maestros sustantivos) serán más importantes. La función acreditadora que las universidades habían monopolizado será parcialmente reemplazada por la demostración directa de capacidad. La función de formación cultural que las universidades habían desempeñado, propagar la cultura de élite a cada nueva generación, será desempeñada por otras instituciones o no será desempeñada en absoluto.

La cultura mediática será distinta. Las instituciones de los medios tradicionales que llevaban dos décadas declinando seguirán declinando. Las instituciones de medios alternativos, incluidos los periodistas independientes, las redes de pódcast y las diversas formas de medios distribuidos, seguirán creciendo. La fragmentación de los medios que había comenzado durante la era de internet se profundizará, con las audiencias ordenadas en comunidades de interés y valor compartidos que se relacionan primordialmente con los medios producidos dentro de esas comunidades, y no con unos medios tradicionales universales. La conversación nacional quedará reducida a medida que se debiliten los canales que la habían transportado.

Los valores culturales se desplazarán. Los valores que habían sido promovidos por la cultura de élite (el individualismo, la autonomía, el consumo, el carrerismo, la política identitaria expresiva) serán menos centrales. Los valores que habían sido promovidos por las culturas religiosas y comunitarias tradicionales (el compromiso, la fidelidad, la familia, la comunidad, la obligación religiosa, el trabajo productivo) serán más centrales. El desplazamiento no será uniforme; distintas regiones y comunidades reflejarán mezclas distintas de valores. Pero el promedio se moverá en esta dirección.

Una estructura familiar distinta

La estructura familiar se verá distinta de la estructura familiar que definió la modernidad tardía. Varios rasgos específicos caracterizarán el cambio.

Las tasas de matrimonio se recuperarán desde sus mínimos. El declive del matrimonio que había sido un rasgo definitorio de las décadas recientes estaba sostenido por condiciones económicas y culturales que producen incentivos distintos en el nuevo orden. Las condiciones económicas favorecerán el matrimonio, porque los individuos que viven solos son más vulnerables que las parejas y las familias. Las condiciones culturales favorecerán el matrimonio, porque las tradiciones religiosas que lo sostienen serán más centrales. La combinación producirá una recuperación gradual de las tasas de matrimonio desde los mínimos históricos actuales.

Las tasas de natalidad se recuperarán desde sus mínimos. Las mismas dinámicas que sostienen el matrimonio sostienen la crianza. Los hijos vuelven a ser activos económicos en lugar de costos económicos a medida que regresa la economía productiva del hogar. El énfasis cultural en las carreras como fuente primaria de sentido e identidad se debilita, permitiendo que más personas elijan la familia. Las tradiciones religiosas que sostienen la natalidad se vuelven más centrales. El resultado será una recuperación gradual de las tasas de natalidad, aunque probablemente no hasta los niveles de eras anteriores.

Los hogares multigeneracionales serán más comunes. Las condiciones económicas que sostenían los hogares atomizados de familia nuclear se están debilitando. El costo de hogares separados para cada generación, cuando los recursos del hogar están restringidos, se vuelve prohibitivo para muchos. El énfasis cultural en la autonomía y la independencia respecto de la familia se debilita a medida que las ventajas prácticas de la vida multigeneracional se hacen visibles. Aumentarán los abuelos que viven con los hijos adultos, los hijos adultos que viven con sus padres y las diversas configuraciones de familia extendida.

Las tasas de divorcio caerán. Las condiciones económicas hacen el divorcio más costoso. Las condiciones culturales debilitan los incentivos hacia el divorcio que se habían promovido en la modernidad tardía. Las tradiciones religiosas que restringen el divorcio se vuelven más centrales. La combinación reducirá las tasas de divorcio, aunque no hasta los niveles que prevalecían antes de los cambios culturales de los años sesenta y setenta.

Los niños serán criados de otra manera. La educación ocurrirá más a menudo en el hogar o en escuelas religiosas. Los niños estarán más integrados a la actividad productiva del hogar desde edades más tempranas. Los niños pasarán menos tiempo en entornos de pares de su misma edad y más tiempo en entornos de edades mixtas. La relación de los niños con la familia extendida será más densa. El efecto acumulado serán niños formados de otra manera, con más capacidad práctica, lazos familiares más fuertes y una formación religiosa o filosófica que la escolarización secular no proporcionaba.

Un orden político distinto

El orden político se verá distinto. Varios rasgos específicos caracterizarán el cambio.

La dominancia ideológica del progresismo tardío se debilitará. Las coaliciones culturales y políticas que habían impulsado las prioridades progresistas durante décadas perderán parte de su base a medida que las instituciones que las sostenían se contraigan. Esto no es predecir la desaparición de la política progresista. Seguirá existiendo y siendo significativa. Pero su dominancia sobre las instituciones nacionales quedará reducida.

El lado conservador del espectro político será distinto de lo que ha sido. La fusión de economía de libre mercado, valores culturales tradicionales y política exterior asertiva que definió al conservadurismo estadounidense posterior a la Segunda Guerra Mundial se fragmentará a medida que cambien las condiciones que sostenían la fusión. La economía de libre mercado será moderada por el reconocimiento práctico de que los mercados puros no producen resiliencia comunitaria. Los valores culturales tradicionales serán más enfatizados a medida que las tradiciones religiosas y familiares se vuelvan más centrales. La política exterior será más contenida a medida que el agotamiento del poder estadounidense se haga visible. La coalición conservadora que emerja será distinta en carácter de la coalición conservadora que definió la era precedente.

Los movimientos populistas serán más significativos. Las energías populistas que se habían venido acumulando tanto a la izquierda como a la derecha en los años recientes serán más centrales en el nuevo orden político, aunque tomarán formas distintas en regiones distintas. El consenso de élite que había contenido a los movimientos populistas será más débil, porque la élite es más débil. Las coaliciones populistas no necesariamente producirán programas de gobierno coherentes, pero reconfigurarán las posibilidades políticas de manera significativa.

La propia clase política será distinta. Los políticos profesionales que habían construido carreras dentro de las instituciones de élite serán menos dominantes. Nuevas figuras políticas emergerán de la clase productora, de las tradiciones religiosas, de los movimientos populistas y de las culturas políticas regionales que habían sido suprimidas por la clase política nacional. El carácter del liderazgo político será distinto de maneras que aún no son predecibles en el detalle.

Un orden internacional distinto

El orden internacional se verá distinto de la dominancia estadounidense unipolar que ha prevalecido desde el colapso soviético. Varios rasgos específicos caracterizarán el cambio.

La multipolaridad será la realidad operante. Estados Unidos seguirá siendo una gran potencia, pero no la potencia dominante unipolar. China, Rusia, India, posiblemente un bloque europeo más independiente, posiblemente una civilización islámica más coherente, y diversas potencias regionales tendrán todas un peso significativo en los asuntos internacionales. Ninguna potencia individual dominará. El patrón se parecerá más a los sistemas multipolares que prevalecieron en períodos históricos anteriores que al sistema unipolar que prevaleció en el período postsoviético.

El dólar no será la moneda de reserva singular. El dólar seguirá siendo una moneda de reserva importante, quizá incluso la mayor moneda de reserva individual. Pero compartirá ese rol con otras monedas y otras formas de activos de reserva (el oro, quizá diversas monedas soberanas, quizá eventualmente arreglos digitales que aún no han emergido) de un modo que pone fin al privilegio exorbitante estadounidense sobre el sistema financiero global.

Las instituciones internacionales quedarán reducidas en importancia. El sistema de las Naciones Unidas, el FMI, el Banco Mundial y las instituciones similares seguirán existiendo, pero con una autoridad efectiva reducida. La toma de decisiones se desplazará hacia arreglos bilaterales y regionales directos que pasan por encima de las instituciones internacionales cuando esos arreglos funcionan mejor.

El comercio internacional continuará, pero con un volumen reducido en relación con el PIB y con regionalización. La hiperglobalización de las últimas décadas representó una configuración específica que dependía de condiciones que están cambiando. El comercio que sobreviva será más regional, con menos cadenas de suministro extendidas y más abastecimiento local o regional para los bienes esenciales.

La distribución geográfica de la actividad económica será distinta. La concentración de la manufactura en China, de las finanzas en Nueva York y Londres, de la tecnología en Silicon Valley, de otras diversas actividades en sus ubicaciones características, se moderará a medida que cambien las condiciones que sostenían la concentración. La producción estará más distribuida. Algunas actividades regresarán a zonas que habían abandonado. El patrón geográfico de la actividad económica será más diversificado.

La transición tomará décadas

La transición hacia el nuevo orden tomará décadas en completarse. La fase aguda del colapso durará años, no meses. La reorganización que sigue continuará durante años adicionales. El establecimiento pleno del nuevo orden, con sus instituciones características, sus patrones culturales, sus estructuras económicas y sus arreglos políticos, tomará una generación o más.

Esto significa que las personas hoy en su vida laboral vivirán la transición. Las personas hoy en la infancia crecerán a lo largo de la transición y vivirán el grueso de sus vidas adultas en el nuevo orden. Las personas hoy en la vejez quizá no vivan para ver el nuevo orden plenamente establecido, pero vivirán la disolución del orden viejo.

La paciencia requerida es real. El trabajo de construir hacia el nuevo orden es el trabajo de una vida, no el trabajo de unos pocos años. Las inversiones que se hagan ahora en comunidad, en capacidad productiva, en destrezas, en formación de familia, en compromiso religioso o filosófico, pagarán retornos a lo largo de décadas, no de meses. La expectativa de una resolución rápida es errónea. La expectativa de una transformación sostenida es correcta.

El desenlace no está predeterminado

La forma del nuevo orden descrita arriba es el desenlace que emerge si las dinámicas hoy en movimiento continúan por sus trayectorias actuales sin grandes sorpresas. El desenlace real dependerá de elecciones que todavía se están haciendo, por personas, por comunidades, por estados y por países. Las elecciones que se hagan durante la próxima década darán forma al nuevo orden de maneras que no pueden predecirse perfectamente por adelantado.

Esto significa que el nuevo orden no es un futuro fatal que haya que esperar pasivamente. Es una realidad emergente a la que están dando forma las decisiones que se toman ahora. Las decisiones de las personas sobre cómo vivir, de las familias sobre cómo criar a los hijos, de las comunidades sobre cómo organizarse, de las instituciones religiosas sobre cómo mantener sus tradiciones, de los líderes políticos sobre cómo usar la autoridad que tienen, todas contribuyen a lo que el nuevo orden realmente será.

Para los lectores que han asimilado el análisis de este libro, la implicación es directa. El trabajo de contribuir a un buen orden nuevo es el trabajo de vivir bien dentro de las condiciones que ahora se desarrollan. Construir comunidades funcionales. Producir cosas reales. Formar hijos con carácter y capacidad. Mantener las tradiciones religiosas y filosóficas. Vivir con integridad en roles que tienen sustancia. Cada una de estas cosas es contribución al nuevo orden, aun cuando no se sienta como contribución. El nuevo orden estará hecho de millones de elecciones individuales, hechas por personas que hacen lo mejor que pueden con las condiciones que enfrentan. Las elecciones bien hechas, por suficientes personas, producen un orden nuevo que retiene lo que vale la pena retener de lo que está pasando, mientras construye algo que atiende las condiciones que produjeron ese pasar.

La observación de cierre es que el nuevo orden no está garantizado de ser mejor que el viejo. Podría ser peor. Las condiciones del colapso pueden producir desenlaces más oscuros que lo que había antes. El registro histórico incluye tanto transiciones que produjeron renovación como transiciones que produjeron catástrofe. El factor que distingue los desenlaces mejores de los peores es la calidad de las personas que viven la transición. Las personas que se mantienen con integridad, que viven en comunidad, que cuidan a la generación siguiente, que mantienen tradiciones de sentido, que sirven a las necesidades humanas reales que tienen alrededor, contribuyen a un desenlace mejor. Las personas que sucumben al miedo, que explotan las condiciones para su propia ventaja, que abandonan sus compromisos y obligaciones, que pierden su humanidad bajo la presión de las circunstancias, contribuyen a un desenlace peor.

La elección entre contribuir a un desenlace mejor y contribuir a uno peor es la elección que cada persona hace a través de las condiciones del colapso. La elección no puede aplazarse y no puede delegarse. Se hace en las pequeñas decisiones de cada día, en el modo en que uno trata a las personas que tiene delante, en el trabajo que hace, en los compromisos que mantiene, en el carácter que sostiene. Estos son los materiales con los que se construirá el nuevo orden. El libro cierra, en los capítulos que siguen, con atención a cómo se ven estas elecciones en la práctica y a cómo se conectan con las preguntas más hondas de sentido que los seres humanos siempre han enfrentado y que las condiciones

del colapso vuelven imposibles de evitar.

PARTE OCTAVA: TRANSICIÓN Y CONCLUSIÓN

CAPÍTULO 26

Quiénes llegan al otro lado

Cuando ocurre un colapso de la clase descrita en este libro, la población que lo vive queda seleccionada por condiciones que están en parte bajo control individual y en parte no. Algunos que están bien preparados no llegan al otro lado, por circunstancias que no anticiparon ni controlaron. Algunos que no están preparados sí llegan, por circunstancias que los favorecieron. El elemento de contingencia es real, y todo análisis honesto debe reconocerlo.

Pero dentro de la contingencia, hay patrones visibles a lo largo del registro histórico de los colapsos y de los colapsos más recientes del último siglo. Ciertas configuraciones de preparación, carácter, comunidad y circunstancia producen probabilidades mucho más altas de llegar al otro lado con la humanidad intacta que otras. Este capítulo describe esas configuraciones directamente, apoyándose en el análisis de los capítulos anteriores pero reuniéndolo de un modo que permita a los lectores evaluar sus propias situaciones con honestidad.

Las configuraciones que llegan al otro lado

La primera configuración que llega al otro lado es la comunidad religiosa de profundidad sustantiva y escala adecuada. Las comunidades anabaptistas, las comunidades mormonas, las comunidades judías ortodoxas, las comunidades cristianas católicas y ortodoxas tradicionales, ciertas comunidades evangélicas serias, y las comunidades similares de profundidad religiosa atraviesan el colapso por razones que se han descrito a lo largo del libro. Tienen marcos de sentido que trascienden las circunstancias. Tienen estructuras comunitarias que se mantienen unidas bajo tensión. Tienen capacidades prácticas, estabilidad familiar, continuidad intergeneracional y ayuda mutua que les permiten funcionar como unidades al margen de lo que haga el sistema más amplio. Producen hijos que llevan adelante sus patrones. Sobreviven no porque estén protegidas de la disrupción, sino porque tienen lo que se necesita para funcionar a través de ella.

La membresía en estas comunidades es el camino más directamente disponible para los lectores que buscan llegar al otro lado. Unirse o regresar a una comunidad así, con la seriedad que la comunidad exige, con la paciencia que la integración exige, produce el sustrato de la protección que estas comunidades ofrecen. El trabajo de convertirse en un miembro real, y no en un participante periférico, es trabajo de años. El trabajo comienza ahora.

La segunda configuración que llega al otro lado es la comunidad estadounidense rural o de pueblo pequeño bien integrada. Pueblos de unos pocos miles a unas pocas decenas de miles de habitantes, con economías locales intactas, instituciones que funcionan, poblaciones estables, capacidad agrícola circundante y un tejido comunitario que se extiende a través de la población. Estas comunidades no son comunidades religiosas en el sentido estricto, pero tienen muchos de los mismos rasgos por mecanismos distintos. Tienen continuidad intergeneracional a través de poblaciones estables. Tienen

capacidades prácticas distribuidas por la población. Tienen una ayuda mutua que se activa cuando se la necesita. Tienen marcos de sentido que pueden ser cristianos de trasfondo pero que están integrados con las identidades cívicas y familiares. Funcionan como comunidades incluso cuando el sistema más amplio está trastocado.

La membresía en tales comunidades requiere o bien haber crecido en una, o bien mudarse a una con la actitud correcta a lo largo de años de integración. La integración toma tiempo, pero las comunidades existen y dan la bienvenida a los recién llegados serios que traen contribución y no un sentido de derecho adquirido.

La tercera configuración que llega al otro lado es la familia adinerada que se ha posicionado correctamente según las líneas descritas en el Capítulo 21. La integración en una comunidad funcional de una región resiliente, la operación productiva que produce cosas reales, la formación familiar que enfatiza el carácter y la capacidad, la riqueza diversificada en formas resilientes, la seriedad religiosa o filosófica, el despliegue de recursos al servicio del valor duradero y no solo de la seguridad individual. La familia adinerada que ha hecho este trabajo durante años tiene recursos que las familias adineradas menos preparadas no tienen, y esos recursos están posicionados para servirle a través de lo que venga.

El número de familias adineradas que realmente han hecho este trabajo es pequeño. La mayoría de las familias adineradas se ha posicionado según líneas convencionales que no funcionarán tan bien como se espera. El lector adinerado que no ha hecho este trabajo tiene la opción de comenzar ahora, con los recursos para lograr un progreso significativo en el tiempo disponible.

La cuarta configuración que llega al otro lado es el hogar modesto que ha hecho el trabajo de preparación con seriedad. El hogar que ha construido lazos comunitarios, desarrollado destrezas prácticas, mantenido un marco de sentido, adquirido reservas modestas de valor en formas resilientes, y que vive en una ubicación razonable con una resiliencia doméstica razonable. El hogar no tiene los recursos de la familia adinerada, pero tiene muchos de los mismos rasgos protectores a menor escala. Los miembros del hogar tienen destrezas, la familia está intacta, la comunidad es real, el marco de sentido está presente.

La configuración del hogar modesto está disponible para muchos lectores, porque los recursos requeridos son modestos. El trabajo es real, pero no requiere riqueza. El hogar con ingresos modestos pero con un compromiso serio con el trabajo que este libro ha descrito está en una posición distinta de la del hogar adinerado que no ha hecho el trabajo. El hogar modesto puede estar en mejor posición que el hogar adinerado sin preparación.

La quinta configuración que llega al otro lado es el individuo o la familia con una capacidad seria que se vuelve valiosa en las condiciones nuevas. El médico hábil, el agricultor práctico, el mecánico experimentado, la partera formada, el constructor competente, el maestro capaz. Estas personas tienen destrezas que son valoradas en cualquier condición, pero se vuelven particularmente valoradas en condiciones de colapso, cuando sus capacidades se vuelven esenciales. Serán bienvenidas por las

comunidades que las necesitan. Tendrán seguridad económica a través de la demanda por su trabajo. Quizá tengan que mudarse para estar en comunidades que puedan sostenerlas, pero la mudanza es factible porque sus destrezas las convierten en miembros deseables.

Esta configuración requiere capacidad real, no solo credenciales. El médico en ejercicio que puede diagnosticar y tratar pacientes sin la infraestructura médica moderna es distinto del médico acreditado que solo puede funcionar dentro de esa infraestructura. El agricultor que realmente puede cultivar alimentos a escala es distinto de la persona con credenciales agrícolas que nunca ha llevado una granja. La capacidad es lo que importa, no la credencial.

Las configuraciones que no llegan al otro lado

Las configuraciones que no llegan al otro lado, o que llegan con daño significativo, también son predecibles.

El individuo o la familia adinerada aislada que confía en una preparación de estilo búnker no llega al otro lado, por las razones discutidas extensamente en el Capítulo 11. El búnker falla en las dimensiones del trabajo, la seguridad, las destrezas y la psicología en los escenarios prolongados. La riqueza se convierte en blanco. El aislamiento se vuelve opresivo. Los errores de los que no puede recuperarse se acumulan. El modelo del búnker es una fantasía que sustituye la preparación real por la apariencia de preparación.

El individuo o la familia adinerada con activos financieros extensos pero sin comunidad, sin operación productiva y sin destrezas no llega bien al otro lado. Los activos financieros no funcionan como se esperaba. La comunidad que no existe no puede activarse. La operación productiva que nunca se construyó no puede producir. Las destrezas que nunca se adquirieron no pueden desplegarse. El individuo adinerado queda reducido al efectivo que tenga a mano y a los activos físicos que haya llegado a adquirir, mientras su estilo de vida y sus obligaciones exceden lo que puede sostener.

El hogar de clase profesional en una gran área metropolitana costera, con una carrera acreditada en un sector que no sobrevive, con lazos comunitarios débiles, con destrezas prácticas limitadas, con obligaciones de deuda que dependen del empleo continuo, con ahorros de retiro en forma financiera frágil, no llega bien al otro lado. La carrera falla. La riqueza en forma financiera queda reducida. La comunidad no está presente. Las destrezas no son relevantes. El hogar está expuesto en múltiples dimensiones simultáneamente.

El hogar de una gran ciudad costera que no se ha mudado, no se ha preparado y no tiene plan enfrenta condiciones que exceden lo que los hogares sin preparación pueden manejar. La disrupción de la cadena alimentaria lo afecta. La tensión de la infraestructura de agua y energía lo afecta. El desorden civil lo afecta. No tiene nada en reserva de lo cual echar mano. Depende de una respuesta gubernamental de emergencia que está ella misma desbordada.

El individuo solo, sin familia, sin comunidad, sin un compromiso religioso o filosófico serio, sin destrezas prácticas, sin recursos, enfrenta las condiciones esencialmente solo. Incluso dentro de un colapso más amplio, las estructuras sociales de las que dependen los individuos ordinarios exigen que el individuo aporte algo a las estructuras. El individuo que no aporta nada no tiene nada de lo cual echar mano.

Las configuraciones que no llegan al otro lado no son configuraciones de personas que merezcan fracasar. Son configuraciones de personas que fueron socializadas por la modernidad para aceptar arreglos que funcionan en las condiciones de la modernidad pero no funcionan en condiciones de colapso. El hogar profesional moderno ha estado haciendo lo que la modernidad le dijo que hiciera. Las condiciones están cambiando de maneras para las que la modernidad no preparó a sus participantes, y las configuraciones que funcionaban no son las configuraciones que funcionan de aquí en adelante.

La autoevaluación honesta

La autoevaluación honesta para cualquier lector consiste en identificar qué configuración se acerca más a su situación y en evaluar las brechas entre su situación actual y las configuraciones que llegan al otro lado.

Para los lectores en comunidades religiosas de profundidad sustantiva, la pregunta es si el compromiso es lo bastante serio como para que la comunidad funcione como comunidad cuando se la necesite. Los miembros que asisten a los servicios pero no son conocidos por los demás miembros, que no contribuyen a la ayuda mutua, que no crían a sus hijos en el marco, son miembros solo de nombre. La membresía real exige un compromiso real.

Para los lectores en comunidades rurales o de pueblo pequeño bien integradas, la pregunta es si la integración es real y si el hogar ha construido las capacidades y relaciones que la comunidad sostiene. Vivir en una comunidad así sin comprometerse con ella no es membresía.

Para los lectores adinerados, la pregunta es si el trabajo del posicionamiento correcto se ha hecho realmente o si se ha delegado en asesores que han producido resultados convencionales. La evaluación honesta suele revelar brechas significativas.

Para los hogares modestos, la pregunta es si el trabajo ha comenzado y si avanza a un ritmo adecuado. El trabajo no puede completarse rápido, pero puede comenzarse de inmediato y continuarse con constancia.

Para los lectores que se reconocen en las configuraciones que no llegan al otro lado, la pregunta es si quedan tiempo y recursos suficientes para reubicarse entre las configuraciones que sí llegan. Para algunos lectores la respuesta es sí. La ventana sigue abierta. Las condiciones no son aún agudas. El trabajo puede hacerse. Para otros la respuesta puede ser no, en cuyo caso la pregunta pasa a ser cómo posicionarse dentro de las restricciones que realmente enfrentan. Incluso dentro de las restricciones, el trabajo parcial es mejor que ningún trabajo.

El elemento de gracia

El análisis honesto debe reconocer que más allá de todo el análisis, más allá de toda la preparación, más allá de todas las configuraciones, hay un elemento de gracia que opera en los asuntos humanos y que ningún análisis puede capturar. Personas que deberían haber llegado al otro lado no llegan, por razones que ningún análisis habría predicho. Personas que no deberían haber llegado sí llegan, por razones que ningún análisis habría predicho. El elemento de contingencia es real y opera más allá de toda capacidad humana de controlar o predecir.

Esto no es un argumento contra la preparación. La preparación aumenta las probabilidades de manera significativa, y las probabilidades aumentadas importan enormemente. Pero la preparación no produce certeza. La posición honesta es hacer el trabajo de preparación reconociendo que el desenlace está en parte en manos distintas de las propias.

Para los lectores religiosos, este es el reconocimiento de que la providencia opera de maneras que la planificación humana no puede abarcar del todo. Para los lectores seculares, es el reconocimiento de que los sistemas complejos producen desenlaces que exceden la capacidad de cualquier individuo de predecir o controlar. Cualquiera de los dos encuadres lleva a la misma conclusión práctica. Hacer el trabajo que puede hacerse. Mantener las disposiciones que producen una buena respuesta a lo que venga. Aceptar que el desenlace no está enteramente bajo el propio control. Vivir bien dentro de las condiciones que uno puede moldear, y aceptar con la ecuanimidad apropiada las que no.

El capítulo cierra con una observación simple. Las configuraciones que llegan al otro lado son configuraciones de personas que han vivido bien, en comunidad, con sentido, con contribución a los demás, con las familias intactas, con el carácter formado. Las configuraciones que no llegan son configuraciones de personas que han vivido de maneras que funcionaban bajo condiciones específicas pero que no produjeron los bienes más hondos que protegen cuando las condiciones cambian.

Esto significa que la preparación para el colapso no es una actividad separada de vivir bien. Es la misma actividad. El hogar que vive bien se ha preparado. El hogar que se ha preparado ha vivido bien. La integración es real. La dicotomía entre vivir bien ahora y prepararse para lo que viene es falsa. La sabiduría de la preparación es la sabiduría de vivir bien, y la sabiduría de vivir bien incluye la preparación que llega al otro lado.

CAPÍTULO 27

El sentido más hondo

Los capítulos anteriores han abordado qué hacer, cuándo hacerlo y qué esperar. Este capítulo aborda por qué importa todo esto. La pregunta es esencial, porque el trabajo de preparación, si se emprende por motivos puramente instrumentales, produce una clase particular de persona cuya preparación puede no servirle realmente. El trabajo emprendido desde motivos más hondos produce una clase distinta de persona, cuya preparación le sirve de maneras que la instrumentalidad pura no puede.

El enfoque instrumental de la preparación trata las condiciones del colapso como un problema por resolver mediante medios técnicos. Identificar las amenazas. Adquirir los suministros. Construir la infraestructura. Desarrollar las destrezas. Posicionar la riqueza. Cada elemento es una tarea discreta con productos medibles. La persona que completa todas las tareas está preparada. La que no, no lo está. El encuadre es ingenieril, con el ser humano tratado como el ingeniero de su propia supervivencia.

Este encuadre, aunque produce acciones útiles, pasa por alto lo que realmente determina los desenlaces en lo extremo. El registro histórico de la supervivencia en los colapsos, examinado con honestidad, es un registro de personas cuya supervivencia dependió de recursos interiores que la ingeniería no puede producir. Las observaciones de Frankl desde los campos. Las observaciones de Solzhenitsyn desde el Gulag. Los testimonios de todas las privaciones serias a lo largo de la historia humana. El patrón es consistente. Las personas que se mantuvieron tenían algo que las condiciones no podían quitarles, y ese algo no eran sus suministros ni sus destrezas, por importantes que fueran cuando estaban presentes. Ese algo era su marco de sentido, su sensación de propósito más allá de lo inmediato, su conexión con algo más grande que ellas mismas.

Esto significa que la preparación más honda no es técnica sino espiritual, no exterior sino interior, no lo que uno adquiere sino lo que uno llega a ser. La preparación que produce la clase de persona que llega al otro lado con la humanidad intacta es la preparación de convertirse en esa clase de persona, y eso no puede reducirse a una lista de verificación ni completarse mediante compras.

¿Cuál es el sentido más hondo que protege a las personas a través del colapso? La respuesta honesta exige abordar preguntas que la modernidad secular ha pasado décadas evitando. Las preguntas no son opcionales en lo extremo, aunque hayan podido parecer opcionales durante la larga paz y abundancia de la era moderna.

La primera pregunta es para qué es uno. No qué hace uno, no qué posee, no qué logra, sino para qué es, en el sentido más hondo. La carrera, la familia, los logros, las posesiones, son todas cosas que uno podría perder. No pueden constituir el propósito de uno, porque un propósito que depende de lo que uno podría perder es un propósito que falla cuando las cosas se pierden. El propósito más hondo, si existe, debe ser algo que no pueda perderse. La respuesta religiosa tradicional es que el propósito más hondo es el servicio a Dios, como quiera que Dios se entienda dentro de la propia tradición. La

respuesta filosófica tradicional es el servicio a la verdad, la belleza y el bien. Estas respuestas pueden parecer abstractas hasta que las condiciones arrancan los sustitutos que las habían estado ocultando. Cuando los sustitutos son arrancados, la pregunta se vuelve inmediata.

La segunda pregunta es qué son realmente las relaciones de uno. La vida moderna facilita muchas relaciones de poca profundidad. Conocidos, contactos profesionales, conexiones de redes sociales, amistades casuales mantenidas mediante la interacción ocasional. Estas relaciones tienen valor en los tiempos normales y proporcionan buena parte de lo que la gente experimenta como vida social. Pero no son las relaciones que resisten bajo tensión. Las relaciones que resisten son más hondas. Matrimonios de compromiso real. Hijos criados con atención real. Amistades mantenidas mediante inversión real a lo largo de años. Comunidades de obligación real. Estas relaciones son menos numerosas, pero constituyen el tejido social real de la vida de uno cuando las condiciones ponen a prueba lo que es real. El hogar que ha construido relaciones hondas tiene acceso a recursos que el hogar con relaciones amplias y superficiales no tiene.

La tercera pregunta es por qué está uno dispuesto a sacrificarse. La capacidad de sacrificarse por algo más allá de uno mismo está entre los rasgos distintivos más hondos del ser humano, y es la capacidad que las condiciones de colapso ponen a prueba de la manera más directa. El padre que se sacrificará por el hijo. El creyente que se sacrificará por la fe. El patriota que se sacrificará por el país. El amigo que se sacrificará por el amigo. Estos compromisos no se vuelven operativos solamente en lo extremo. Están presentes o ausentes a lo largo de la vida ordinaria. Las personas que han vivido sus vidas sin un sacrificio serio por nada más allá de sus propias preferencias enfrentan las condiciones del colapso sin la capacidad practicada de extenderse por ninguna otra cosa. Las personas que han vivido con compromisos serios encuentran que la capacidad practicada sigue disponible.

La cuarta pregunta es qué agradece uno. La cultura moderna ha cultivado una postura de derecho adquirido, en la que lo que uno tiene se trata como lo que le corresponde y no como don. Las condiciones del colapso a menudo arrancan buena parte de lo que se había dado por sentado, y la población que responde con la indignación del despojado ante la pérdida está en una posición distinta de la población que responde con un duelo templado por la gratitud por lo que había recibido. La capacidad de gratitud, cultivada a lo largo de la vida ordinaria, se vuelve protectora en lo extremo, porque proporciona la postura interior que permite seguir funcionando cuando mucho se ha perdido.

La quinta pregunta es en qué confía uno. La cultura secular moderna ha eliminado progresivamente los objetos de confianza más allá del individuo humano y del mundo práctico inmediato. De Dios se duda. De la tradición se sospecha. La autoridad se cuestiona. La historia se reinterpreta. El resultado son poblaciones que no tienen nada en qué confiar más allá de sí mismas y de su experiencia inmediata, y que por lo tanto no tienen nada a lo cual replegarse cuando su experiencia inmediata se vuelve abrumadora. Las poblaciones que mantienen la confianza en Dios, en la tradición, en la autoridad legítima, en la sabiduría heredada, tienen recursos interiores de los que las demás carecen. La confianza puede ser puesta a prueba por las condiciones del colapso, pero la confianza que sobrevive a la prueba

sale más fuerte de haber sido probada.

Estas cinco preguntas, tomadas juntas, apuntan hacia la clase de formación interior que protege a las personas a través de lo extremo. La formación no se adquiere leyendo libros, incluido este. Se adquiere mediante el compromiso serio con tradiciones de sentido, con comunidades religiosas o filosóficas, con relaciones de profundidad, con compromisos sacrificiales, con prácticas de gratitud y de confianza. La formación toma años y décadas, no semanas y meses. Comenzar la formación ahora, mientras todavía es posible, es el trabajo hacia el que apunta en última instancia el análisis de este libro.

Para los lectores cristianos, el trabajo de formación está bien establecido. La participación activa en una iglesia seria. El contacto regular con la Escritura. La vida sacramental, si la propia tradición la incluye. La formación catequética apropiada a la etapa de la vida de cada uno. La dirección espiritual o la mentoría de un creyente más experimentado. El servicio a los demás a través de la iglesia y más allá de ella. El matrimonio y la vida familiar vividos como vocación cristiana. Los hijos criados en la fe. Cada una de estas cosas es parte de la formación, y el efecto acumulado a lo largo de los años es la formación que protege al creyente a través de lo que venga.

Para los lectores judíos, caminos similares existen dentro de la tradición judía. La práctica observante, el estudio de la Torá, el cumplimiento de las mitzvot, la comunidad de la sinagoga, la vida familiar vivida dentro del marco judío, la transmisión a los hijos. La profundidad de la tradición judía proporciona recursos que han sostenido al pueblo judío a través de circunstancias que deberían haber acabado con él muchas veces.

Para los lectores de otros trasfondos religiosos, caminos comparables existen dentro de sus tradiciones. El compromiso serio con las prácticas, las escrituras, las comunidades y las disciplinas de la tradición produce una formación que ha sostenido a las personas a través de muchos colapsos de muchas clases a lo largo de la historia humana.

Para los lectores sin trasfondo religioso, o para quienes el regreso a la tradición heredada no es honesto, el camino es más difícil pero no imposible. El compromiso serio con las tradiciones filosóficas que abordan estas preguntas puede proporcionar un sustrato parcial. La filosofía estoica, ciertas formas de práctica budista y tradiciones similares ofrecen prácticas y marcos que pueden abordarse con seriedad. La tradición debe abordarse con seriedad, no como ejercicio intelectual. Las prácticas deben emprenderse con constancia. Al marco debe permitírsele dar forma real a la vida, en lugar de sostenerse como opinión.

El reconocimiento honesto es que los caminos filosóficos seculares son típicamente menos robustos que los caminos religiosos serios, porque carecen de la comunidad, de la transmisión a través de las generaciones, de la conexión con algo más allá del individuo que las tradiciones religiosas proporcionan. El filósofo secular que mantiene su filosofía a través de la dificultad es admirable, pero raro. El miembro de una comunidad religiosa es sostenido por la comunidad de un modo en que el filósofo secular no lo es. Para la mayoría de las personas, el camino religioso es más sostenible que el

filosófico.

Pero para los lectores que genuinamente no pueden abordar la tradición religiosa con honestidad, el camino filosófico es mejor que ningún camino. El desarrollo de recursos interiores mediante la práctica filosófica sería real, aunque menos robusto que la alternativa religiosa. El trabajo debe emprenderse si el trabajo religioso no puede emprenderse.

A lo que todo esto llega es a que el sentido más hondo es lo que hace que el resto de la preparación valga la pena. Los suministros que sostienen el cuerpo necesitan estar al servicio de alguien cuya vida merezca sostenerse. La comunidad que se mantiene unida necesita ser una comunidad de personas cuyas vidas tengan sentido. El orden nuevo que emerja necesita ser construido por personas con recursos interiores adecuados para construirlo bien y no mal. La preparación que no aborda el sentido más hondo es una preparación que produce supervivencia sin los bienes humanos que hacen que la supervivencia valga la pena perseguirse.

Esta es la comprensión más honda de este libro. Las condiciones que se desarrollan en 2026 pondrán a prueba a las poblaciones no solo en su preparación material sino en su formación interior. Las poblaciones que hayan hecho el trabajo interior responderán de manera distinta que las poblaciones que no lo hayan hecho. Las diferencias se irán componiendo con el tiempo. El orden nuevo que emerja será moldeado por la formación interior de las personas que emerjan hacia él. El trabajo de formación, por lo tanto, no es opcional. Es el trabajo que determina si aquello que llega al otro lado merece la llegada.

Para cada lector, esto significa que el trabajo de preparación descrito en los capítulos anteriores debe ir acompañado de un trabajo de formación de la clase descrita aquí. Los suministros no bastan. Las destrezas no bastan. La comunidad no basta. La riqueza no basta. La ubicación no basta. Todo esto importa, pero son vehículos de algo. Aquello de lo que son vehículos es el ser humano que vive dentro de las condiciones, con capacidad de sentido, de relación, de compromiso, de gratitud, de confianza, de propósito más allá de lo inmediato.

El hogar que ha construido esta clase de formación, junto a su preparación material, está en una posición fundamentalmente distinta de la del hogar que ha construido solo la preparación material. El hogar con formación puede usar sus suministros al servicio de fines con sentido, puede usar su comunidad al servicio del amor y la obligación, puede usar su riqueza al servicio de la contribución y no de la mera preservación, puede enfrentar las condiciones con la ecuanimidad interior que permite la respuesta sabia en lugar de la reacción de pánico. El hogar sin formación tiene suministros y destrezas, pero carece de la organización interior que permite usarlos bien, y esa carencia a menudo produce desenlaces peores que los que una mejor formación habría producido.

El trabajo de formación comienza ahora y continúa por el resto de la vida de uno. Es el trabajo más importante que cualquier persona emprende, y es el trabajo que las condiciones que se desarrollan en 2026 vuelven imposible de descuidar con honestidad. El lector que ha descuidado este trabajo tiene

tiempo, pero no tiempo ilimitado. El lector que ha hecho parte de este trabajo puede continuarlo y profundizarlo. El lector que no ha hecho nada de él puede comenzar.

Los capítulos restantes abordan la secuencia práctica de acción y la meditación final. Pero el sentido más hondo abordado en este capítulo es lo que le da su peso a la acción práctica. Sin él, la acción práctica es técnica sin propósito. Con él, la acción práctica es la implementación de una visión de cómo vivir bien en condiciones difíciles y de cómo contribuir a un mundo que puede emerger de esas condiciones en mejor forma de lo que parece posible desde donde hoy estamos.

CAPÍTULO 28

Probabilidad y momento

Un libro que ha pasado veintisiete capítulos describiendo las condiciones para el colapso sistémico les debe a sus lectores una evaluación honesta de cuán probable es realmente el colapso y de cuán pronto podría ocurrir. La respuesta honesta es que nadie lo sabe con precisión, y que cualquiera que afirme precisión está siendo deshonesto. Dentro de esa restricción, pueden discutirse rangos y estimarse probabilidades sobre la base de lo observable.

Este capítulo aborda la probabilidad y el momento directamente. Las estimaciones son necesariamente gruesas, con intervalos de confianza que deben reconocerse con honestidad. El punto no es convencer a los lectores de ninguna probabilidad específica, sino proporcionar un marco dentro del cual los lectores puedan formar sus propias estimaciones y actuar en consecuencia.

La estimación de probabilidad

¿Cuál es la probabilidad de que las condiciones descritas en este libro resulten en un colapso sistémico serio dentro del futuro previsible? La estimación honesta, apoyada en el análisis de la fragilidad estructural acumulada, los detonantes activos y la capacidad de respuesta agotada, es que la probabilidad es significativa: en algún punto del rango del cincuenta al setenta por ciento dentro de los próximos diez años para un colapso de escala significativa, y en algún punto del rango del veinte al cuarenta por ciento para un colapso de escala catastrófica. Estos rangos son anchos porque la incertidumbre subyacente es real.

Los lectores variarán naturalmente en sus estimaciones según su lectura de la misma evidencia. Algunos evaluarán la probabilidad como más alta, citando la profundidad de la fragilidad acumulada y la falla visible de los mecanismos de respuesta. Algunos la evaluarán como más baja, citando la resiliencia histórica del sistema y la capacidad demostrada de salir del paso en crisis pasadas. Ambas lecturas son defendibles a partir de la evidencia disponible.

El punto no es insistir en ninguna probabilidad específica, sino reconocer que la probabilidad es no trivial. Una probabilidad del cincuenta por ciento, o incluso del treinta por ciento, de colapso serio dentro de diez años es lo bastante alta como para justificar una preparación seria. La pregunta no es si el colapso es seguro. La pregunta es si el colapso es lo bastante probable como para justificar actuar como si pudiera ocurrir. La respuesta honesta es que sí.

Compárese esto con otros riesgos que motivan una preparación seria en la vida convencional. La gente compra seguros de vida contra probabilidades de muerte dentro del período de la póliza que son típicamente muy inferiores al cincuenta por ciento. La gente compra seguros contra incendio contra probabilidades de incendio de la casa muy inferiores al cincuenta por ciento. La gente ahorra para el retiro contra probabilidades de necesitar el dinero superiores al cincuenta por ciento. El umbral de

acción en la vida convencional es típicamente mucho más bajo que la probabilidad que estamos discutiendo para el colapso.

Si los umbrales convencionales de acción se satisfacen con probabilidades más bajas, la probabilidad de colapso que estamos discutiendo satisface el umbral de acción con un margen sustancial. La acción es la preparación. La probabilidad es lo bastante alta como para justificarla.

La estimación del momento

Dentro de la probabilidad de que el colapso ocurra, ¿cuándo ocurre? La respuesta honesta es que el momento es aún más incierto que la probabilidad. El colapso puede ocurrir de manera súbita cuando las condiciones alcanzan un estado crítico, y el momento de la transición no puede predecirse por adelantado. También puede demorarse por desarrollos inesperados, por más salidas del paso, por intervenciones que compran tiempo aunque no resuelvan los problemas de fondo.

El marco más útil para pensar el momento es distinguir entre el detonante y la acumulación. La acumulación es el incremento gradual de tensión que lleva años en curso y que continuará. El detonante es el evento específico que empuja al sistema de la acumulación al colapso agudo. La acumulación podemos observarla directamente. El detonante solo podemos anticiparlo en términos generales, porque el evento específico es impredecible.

Los detonantes que podrían iniciar el colapso dentro de los próximos años incluyen los siguientes.

Una subasta fallida del Tesoro que demuestre que Estados Unidos no puede financiar sus déficits a tasas aceptables. Las condiciones para esto se están desarrollando visiblemente, a medida que la demanda extranjera de bonos del Tesoro declina y las trayectorias fiscales estadounidenses empeoran. Una falla específica de subasta podría ocurrir en cualquier momento, con la probabilidad subiendo a medida que las condiciones se acumulan.

Una crisis mayor de deuda soberana en Europa o Japón que se propague a los mercados globales. Italia, Francia, Japón y otros cargan con niveles de deuda insostenibles según cualquier análisis convencional, y las condiciones que han permitido el financiamiento continuado de esas deudas pueden no continuar. Una crisis específica podría ser detonada por un evento de mercado, por desarrollos políticos o por choques internacionales que afecten las condiciones del servicio de la deuda.

Una escalada seria de la guerra de Oriente Medio más allá de los parámetros actuales. La guerra que comenzó en febrero de 2026 no ha concluido. Los arreglos actuales son frágiles. Una escalada específica, que involucre a Irán más allá de sus capacidades actuales, que involucre a Rusia o China directamente, que involucre una disrupción de la infraestructura energética más allá del daño actual, podría detonar consecuencias más amplias que el sistema financiero global no puede absorber.

Una quiebra bancaria mayor que exceda la capacidad de respuesta regulatoria. Las condiciones que produjeron múltiples quiebras bancarias en 2023 no se han resuelto del todo. Quiebras adicionales son

posibles en cualquier momento. Una quiebra específica que detone un contagio más amplio sería un detonante reconocible.

Un ciberataque significativo contra infraestructura financiera crítica. Las capacidades de ataque están demostradas. Las capacidades defensivas son imperfectas. Un ataque específico que trastocara significativamente la banca, los pagos o los sistemas de negociación podría detonar consecuencias más amplias.

Un impago soberano mayor, o un cuasi impago, de un país cuyo impago se propagaría. Varios países emergentes grandes están en condiciones de tensión que podrían producir eventos específicos de impago. La propagación desde un evento así dependería de qué tenedores de la deuda estén más expuestos y de cuáles sean sus propias condiciones.

Un desastre natural mayor o una pandemia que exceda la capacidad de respuesta en condiciones de tensión más amplia. Las condiciones que permitieron la respuesta al COVID en 2020 se han debilitado. Un evento nuevo de escala similar enfrentaría una capacidad de respuesta que está agotada.

Un evento político específico en Estados Unidos que detone un desorden civil serio. La polarización política es real y no se ha resuelto. Eventos específicos que cristalicen tensiones más amplias podrían producir un desorden que exceda la capacidad de contención.

Cada uno de estos detonantes tiene individualmente alguna probabilidad de ocurrir dentro de los próximos años. La probabilidad acumulada a través de todos ellos es más alta que la probabilidad de cualquier detonante individual, porque las condiciones favorecen la clase de eventos de esta lista.

El marco temporal

¿Para qué marco temporal deben prepararse los lectores? La respuesta honesta es que una preparación significativa debe estar en pie dentro de los próximos dos a tres años, con el reconocimiento de que parte del trabajo de preparación continúa indefinidamente más allá de eso.

La razón de este marco temporal no es que el colapso vaya a ocurrir con certeza dentro de dos a tres años. Es que la ventana para la preparación se está estrechando. Los precios inmobiliarios en las regiones resilientes siguen subiendo. El tiempo disponible para el desarrollo de destrezas disminuye a medida que uno se acerca al momento en que las destrezas se necesitan. La capacidad de los mercados financieros de facilitar los movimientos necesarios para el reposicionamiento puede no continuar indefinidamente. Los lazos comunitarios que hay que construir requieren años.

El hogar que comienza una preparación sería ahora y avanza con constancia durante los próximos dos a tres años puede tener una preparación sustancial en pie. El hogar que demora el comienzo hasta que aparezcan señales más claras puede encontrar que las condiciones han cambiado de maneras que vuelven la preparación más difícil o imposible.

La asimetría de los desenlaces favorece la acción. El hogar que se prepara y encuentra que el colapso no ocurre, o que ocurre con menos severidad de la temida, ha perdido algo de dinero y algo de tiempo. El hogar que no se prepara y encuentra que el colapso ocurre ha perdido sustancialmente más, potencialmente todo. El cálculo de valor esperado, incluso con estimaciones conservadoras de probabilidad, favorece la preparación.

Qué pasa si no ocurre nada

Una pregunta justa para cualquier lector es qué pasa si el análisis resulta estar equivocado. ¿Qué pasa si el sistema sale del paso sin un colapso serio durante otra década o dos? ¿Qué pasa si las condiciones descritas se estabilizan o mejoran por desarrollos que no pueden preverse?

Esta pregunta merece respuesta directa.

Si no ocurre nada serio, el hogar que se ha preparado no ha perdido mucho. El hogar ha adquirido destrezas que son útiles en la vida normal y que producen beneficios diarios. Los lazos comunitarios que se han construido proporcionan bienes sociales que mejoran la vida al margen del colapso. La capacidad productiva que se ha desarrollado produce alimentos reales y otros bienes que son valiosos. La diversificación de la riqueza hacia formas resilientes produce retornos más bajos que los que habrían producido las asignaciones financieras agresivas, pero los retornos más bajos no son catastróficos.

El hogar ha desarrollado un modo de vida más sostenible, con más sentido y más conectado que el del hogar que no se preparó. Los beneficios de este modo de vida son reales incluso en condiciones normales. El hogar tiene matrimonios más fuertes, mejores hijos, relaciones más hondas, más capacidad, más sentido, más contribución a los demás. Estos bienes no dependen del colapso para ser valiosos. Son valiosos en cualquier condición.

Compárese esto con el hogar que no se preparó. Si no ocurre nada serio, el hogar sin preparación continúa con su vida. Si los problemas serios sí ocurren, el hogar sin preparación los enfrenta sin nada en reserva. Los desenlaces asimétricos favorecen otra vez la preparación. El costo de prepararse y estar equivocado es pequeño. El costo de no prepararse y haber tenido razón es grande.

La estimación personal específica

Cada lector formará su propia estimación de la probabilidad y el momento según su propia lectura de la evidencia. La estimación importa porque informa con cuánta agresividad prepararse y con qué calendario.

Los lectores que estimen la probabilidad y el momento como yo los he descrito, con un colapso serio plausible dentro de una década y un trabajo de preparación significativo necesario dentro de dos a tres años, se prepararán agresivamente. Reordenarán sus vidas para hacer movimientos significativos. Aceptarán inconvenientes y costos al servicio de un posicionamiento serio. No demorarán.

Los lectores que estimen la probabilidad como más baja o el momento como más lejano se prepararán con menos agresividad. Harán algunos movimientos pero mantendrán más de sus arreglos existentes. Aceptarán menos interrupción. Tratarán el trabajo como un proyecto de más largo plazo.

Los lectores que estimen la probabilidad como muy baja o el momento como muy distante quizá no se preparen seriamente. Continuarán sus vidas como las han venido viviendo, con ajustes quizá menores. Aceptarán el riesgo de estar equivocados.

Cada una de estas posiciones es defendible a partir de la evidencia disponible. La evidencia no produce certeza. Cada lector debe elegir cómo actuar bajo incertidumbre, y la elección es de cada lector.

Lo que yo les diría a los lectores de la tercera posición, quienes estiman la probabilidad como muy baja, es que consideren los supuestos sobre los que descansa la estimación baja. La mayoría de las estimaciones muy bajas descansa sobre el supuesto de que el sistema ha demostrado ser más resiliente de lo que los alarmistas predijeron, y de que esa resiliencia pasada es evidencia de resiliencia futura. Es un supuesto razonable con límites. El sistema ha sido más resiliente de lo predicho en muchas instancias específicas. También ha sido menos resiliente en algunas instancias específicas. El colapso soviético no fue predicho por la mayoría de los observadores poco antes de que ocurriera. La crisis financiera de 2008 no fue predicha por la mayoría de los observadores. La pandemia de COVID no fue predicha por la mayoría de los observadores. La reciente guerra de Oriente Medio no fue predicha por la mayoría de los observadores. El patrón de eventos serios no predichos que ocurren es, en sí mismo, razón para dar peso a la posibilidad de más eventos serios no predichos.

Lo que yo les diría a los lectores de la primera posición, quienes estiman la probabilidad como muy alta, es que se cuiden de no quedar paralizados por la certeza. Incluso los eventos de alta probabilidad pueden no ocurrir. El trabajo de preparación debe hacerse porque la probabilidad es lo bastante alta como para justificarlo, pero el trabajo no debe emprenderse en un modo de crisis que trastoque la vida normal más allá de lo que la probabilidad real amerita. El trabajo se hace mejor con un compromiso constante en el tiempo que con una intensidad febril.

La posición intermedia, la de quienes estiman una probabilidad moderada y proceden con una preparación sustancial pero no febril, es probablemente la posición que la mayoría de los lectores debería adoptar. La probabilidad es lo bastante alta como para justificar un trabajo serio. La probabilidad no es tan alta como para que la vida deba trastocarse más allá de lo que el propio trabajo requiere.

La palabra honesta final

La palabra honesta final sobre la probabilidad y el momento es que estamos en territorio no cartografiado. Las condiciones que se desarrollan en 2026 no tienen un precedente histórico cercano. La interconexión del sistema global, la profundidad de la deuda acumulada, el agotamiento de la

capacidad de respuesta de las políticas, los cambios demográficos y culturales que afectan a las grandes poblaciones, las disrupciones visibles en movimiento, todo se combina de maneras en que los colapsos anteriores no se combinaron. El futuro puede parecerse a los colapsos pasados en algunos aspectos, pero probablemente incluirá también rasgos que ningún colapso pasado incluyó.

Esto significa que la preparación no puede reducirse a seguir un manual histórico específico. Debe basarse en principios que probablemente se apliquen a través de un rango de escenarios, con el reconocimiento de que el escenario específico que se materialice puede no ser exactamente el anticipado. Los principios de este libro han sido articulados a la luz de esta restricción. Están calibrados para la resiliencia a través de escenarios, y no para la respuesta a un escenario específico.

El trabajo de preparación es el trabajo de construir la clase de hogar, comunidad, capacidad y formación interior que produce buenos desenlaces a través del rango de condiciones plausibles. El hogar que hace este trabajo está posicionado a través de un rango de futuros. El hogar que no lo hace está posicionado solo para el futuro que se parezca al pasado reciente, y ese futuro puede ser o no ser el futuro que llegue.

Cada lector, conociendo sus propias circunstancias y su propia evaluación de la probabilidad y el momento, debe hacer su propia elección. La elección no puede aplazarse indefinidamente. La ventana de decisión es, ella misma, una de las cosas que pueden no continuar indefinidamente. La elección que se hace mediante la inacción es la elección de no prepararse. Esa elección tiene consecuencias que pueden ser tolerables o no, según lo que realmente ocurra. Para la mayoría de los lectores, mi consejo honesto es actuar, con la calibración que corresponda a sus propias circunstancias, con la seriedad que las condiciones ameritan, con la constancia que el trabajo requiere, comenzando ahora.

CAPÍTULO 29

La secuencia práctica de acción

Este capítulo consolida la guía práctica del libro en un plan de acción secuenciado. Los capítulos anteriores han explicado el por qué y el qué. Este capítulo aborda el cómo, en el orden específico que produce los mejores desenlaces para lectores que parten de posiciones diversas. La secuencia no es rígida; los lectores necesitarán adaptarla a sus propias circunstancias. Pero el orden general importa, porque algunas preparaciones sostienen a otras, y equivocar el orden produce trabajo que hay que rehacer.

Los primeros treinta días

Los primeros treinta días de preparación serían consisten en establecer una conciencia de línea de base, comenzar el trabajo más sensible al tiempo y orientar al hogar hacia el trabajo que continuará.

Comience con la autoevaluación honesta. Dedique la primera semana a entender dónde está realmente parado. Lea o relea el análisis de los impulsores de supervivencia del Capítulo 12. Califique con honestidad su ubicación actual, su comunidad, sus destrezas, la estructura de su riqueza, su marco de sentido y su preparación psicológica. Identifique las brechas más grandes. Resista la tentación de calificarse favorablemente; la evaluación honesta es la condición previa de la acción.

Tenga la conversación familiar. El trabajo que sigue requiere que el hogar esté alineado. El cónyuge que no está alineado resistirá los cambios. Los hijos que no entienden no desarrollarán las capacidades que el trabajo produce. La conversación debe ser honesta sobre lo que se está evaluando y lo que se está proponiendo. No debe ser alarmista ni coercitiva. Debe estar abierta a las opiniones y preocupaciones de los propios miembros de la familia. La conversación puede tomar varias sesiones a lo largo de semanas.

Comience el trabajo comunitario. Identifique la comunidad religiosa más apropiada a su trasfondo y a su inclinación. Empiece a asistir. Si no ha sido parte de una comunidad religiosa seria, el contacto se sentirá incómodo al principio. Persista a través de la incomodidad. Las relaciones se construyen a lo largo de meses y años, pero no pueden construirse en absoluto si usted no comienza. Si ha sido parte de una comunidad religiosa de manera casual, profundice el compromiso. Ofrezcase como voluntario. Únase al grupo pequeño. Conozca al pastor o al sacerdote. Hágase conocido de los demás miembros.

Comience el reposicionamiento financiero. Dentro de los primeros treinta días, usted puede retirar unos pocos meses de efectivo físico, establecer una cuenta para la compra de metales preciosos físicos, identificar el intermediario o el mecanismo para esa compra, y configurar una billetera de hardware para Bitcoin si eso es parte de su plan. Los movimientos reales pueden comenzar en el primer mes, aunque continúen durante los meses siguientes.

Ordene los suministros básicos que aún no se hayan adquirido. Dentro de los primeros treinta días puede colocar los pedidos del almacenamiento de alimentos, la filtración de agua, los suministros médicos, las herramientas básicas y las armas de fuego y municiones que formarán la base del hogar. Los pedidos pueden tardar en llegar. Comenzarlos en los primeros treinta días asegura que los artículos lleguen antes de que puedan volverse más difíciles de adquirir.

Comience a leer. Las destrezas que usted necesita no pueden aprenderse en treinta días, pero la orientación hacia ellas puede comenzar. Adquiera los libros fundamentales de las destrezas que necesita desarrollar: horticultura, conservación de alimentos, cría de animales, reparación mecánica, referencia médica, formación religiosa o filosófica. Los libros en el estante no son lo mismo que las destrezas, pero son el comienzo del camino hacia las destrezas.

Los primeros seis meses

Los primeros seis meses extienden el trabajo de los primeros treinta días y añaden movimientos estructurales que toman más tiempo.

Continúe el trabajo comunitario. Para el final de los seis meses, usted debería ser una presencia reconocible en su comunidad religiosa. Los demás miembros deberían conocerlo. Usted debería estar participando en la vida regular de la comunidad. Las relaciones siguen construyéndose, pero el cimiento se está poniendo.

Tome la decisión de ubicación. Para el mes seis, el hogar debería haber decidido si la mudanza es parte del plan y, de serlo, adónde. La decisión es consecuente y se beneficia de una deliberación sustancial, pero no debe extenderse indefinidamente. Entre los factores relevantes: sus lazos existentes, la resiliencia de su ubicación actual, los recursos para la mudanza, la situación familiar, los destinos específicos disponibles y el calendario en el que usted opera. La decisión puede implementarse a lo largo de años, pero la decisión misma debe tomarse.

Adquiera capacidad productiva. Comience el huerto si aún no lo ha hecho. Plante árboles frutales. Adquiera gallinas si su situación lo permite. Comience la conservación de alimentos a pequeña escala. Los resultados de la primera temporada serán modestos. Las destrezas y la infraestructura que se desarrollan a lo largo de la temporada son el comienzo de una capacidad que se compone a lo largo de los años.

Continúe el reposicionamiento financiero. Para el mes seis, los movimientos mayores de liquidar activos frágiles y adquirir activos resilientes deberían estar sustancialmente en marcha. El trabajo no necesariamente se completa en seis meses, pero la trayectoria debería ser clara.

Desarrolle las relaciones de defensa comunitaria. Identifique a sus vecinos. Conózcalos. Establezca los fundamentos de la coordinación mutua por si llega a necesitarse. Esto puede incluir rondas vecinales, acuerdos de comunicación o simplemente relaciones genuinas que podrían activarse en la dificultad. El trabajo es gradual, pero debería estar en marcha.

Comprométase con el desarrollo de destrezas. Tome un curso. Encuentre un mentor. Practique. Únase a una clase. Las destrezas que usted identificó como brechas en su autoevaluación inicial deberían estar recibiendo atención activa para el mes seis. La adquisición es gradual, pero debería estar en movimiento.

Fortalezca el compromiso con el marco religioso o de sentido. Si el contacto que comenzó en los primeros treinta días ha sido superficial, profundícelo. Comience el estudio de la Escritura o una práctica comparable. Tome catequesis si corresponde a su tradición. Participe de la vida sacramental si su tradición incluye una. El trabajo de formación es el trabajo más hondo y se beneficia de la atención sostenida.

Los primeros dos años

Los primeros dos años son cuando se completan los movimientos sustanciales y cuando los cimientos puestos en los primeros seis meses maduran en capacidad real.

Complete el trabajo de ubicación si la mudanza es parte del plan. Adquiera la propiedad. Haga los traslados. Establezca el hogar en la ubicación nueva. El trabajo de integrarse en la ubicación nueva apenas comienza, pero el traslado físico debería estar completo. Si la mudanza no es parte del plan, el trabajo de optimizar dentro de la ubicación actual debería estar sustancialmente completo.

Complete el grueso del reposicionamiento financiero. El desplazamiento de activos frágiles hacia activos resilientes que ha estado en marcha debería estar mayormente completo para el año dos. El hogar tiene sus metales preciosos físicos, sus reservas de efectivo físico, su tierra u operación productiva si corresponde, su asignación modesta de Bitcoin, su exposición apropiada a los activos financieros en proporciones calibradas para las condiciones.

Tenga una capacidad productiva sustancial en operación. El huerto ha tenido dos temporadas. Los árboles frutales se están estableciendo. Las gallinas son productivas. La conservación de alimentos ocurre con regularidad. El hogar está produciendo porciones significativas de su propia comida y puede escalar esa producción si las condiciones lo requieren.

Tenga suministros sustanciales en pie. El almacenamiento de alimentos es sustancial. La resiliencia de agua está construida. El respaldo de energía está en su lugar. Los suministros médicos son profundos. El dispositivo defensivo está completo y los miembros relevantes de la familia están entrenados. Los suministros se inventarían y se rotan con regularidad.

Tenga lazos comunitarios sustanciales. Para el año dos, el compromiso con la comunidad religiosa debería ser profundo. Usted debería ser un miembro conocido y valorado. Las relaciones de ayuda mutua deberían ser reales. Los demás miembros de la comunidad deberían ser personas a las que usted ayudaría y podría ayudar, y que lo ayudarían y podrían ayudarlo. La comunidad, a nivel vecinal y a niveles más amplios, debería estar sustancialmente construida.

Tenga destrezas sustanciales. Para el año dos, usted debería tener una capacidad significativa en varias de las destrezas identificadas como brechas. Debería poder cultivar en serio, conservar alimentos, realizar reparaciones mecánicas básicas, manejar asuntos médicos básicos, defenderse con las armas de fuego que tiene y hacer otros trabajos prácticos según se necesiten. Las destrezas no están aún a nivel de maestría, pero están a nivel funcional.

Tenga una formación interior sustancial. Para el año dos, el compromiso religioso o filosófico debería estar produciendo cambios en cómo usted vive. Su vida de oración, si la tiene, debería ser seria. Su estudio de la Escritura o práctica comparable debería ser sustantivo. Su sensación de propósito debería ser más clara. Sus relaciones deberían reflejar un compromiso más hondo. Su capacidad de sacrificio y de gratitud debería estar más desarrollada. La formación continúa, pero debería estar visiblemente en marcha.

Los primeros cinco años

Los primeros cinco años son cuando lo construido se vuelve sustancial y cuando el trabajo de largo plazo continúa.

El hogar debería ser reconocible en su vida como el hogar que este libro describe. Viviendo en una ubicación resiliente. Insertado en una comunidad religiosa seria. Produciendo porciones significativas de su propia comida. Manteniendo activos resilientes sustanciales. Poseyendo destrezas serias. Formando hijos con carácter y capacidad. Viviendo dentro de un marco de sentido que realmente da forma a la vida.

Los lazos comunitarios deberían ser lo bastante profundos como para que el hogar esté genuinamente insertado. Los vecinos deberían ser amigos. El pastor o el sacerdote debería ser una relación real. Los demás miembros de la comunidad religiosa deberían ser personas a las que el hogar acudiría y podría acudir. La comunidad podría funcionar como comunidad en condiciones de disrupción.

La formación interior debería ser profunda. El compromiso religioso debería haber producido cambio. Las prioridades deberían ser distintas de lo que eran. Las relaciones deberían ser distintas. El trabajo debería ser distinto. La inversión en las cosas que importan debería ser sustancial.

El trabajo de la generación siguiente debería ser significativo. Los hijos deberían estar recibiendo una educación distinta de la que habrían recibido. Deberían estar desarrollando destrezas distintas. Deberían estar formando relaciones distintas. Deberían estar creciendo hacia adultos capaces de llevar adelante lo que la familia ha construido.

El trabajo continúa más allá de los cinco años, pero para los cinco años el hogar ha completado sustancialmente el trabajo fundacional y está ya en mantenimiento y profundización, no en construcción inicial.

Las variaciones específicas

La secuencia de acción anterior está calibrada para un hogar que parte de una posición de preparación baja a moderada, con recursos adecuados para hacer los movimientos descritos. No todo lector encaja en este perfil. Aplican variaciones específicas.

Los lectores con recursos limitados no deben intentar hacerlo todo. Concéntrese en lo esencial: el compromiso comunitario, las destrezas más útiles que pueda desarrollar, reservas modestas de valor en formas resilientes, suministros básicos, armas de fuego básicas con entrenamiento. Los movimientos costosos (la mudanza, la tierra productiva, la infraestructura extensa) pueden no ser factibles. Haga los movimientos modestos con seriedad, en lugar de hacer mal los movimientos costosos.

Los lectores con recursos sustanciales pueden ejecutar el plan más rápido y a mayor escala. Los movimientos que toman cinco años para los hogares moderados pueden tomar dos para los adinerados. La escala de la operación productiva puede ser mayor. La resiliencia puede ser más profunda. Pero los principios siguen siendo los mismos. La riqueza permite escala, pero la escala no sustituye el trabajo de fondo.

Los lectores de edad avanzada enfrentan calendarios distintos. El trabajo de formación continúa al margen de la edad. El trabajo de compromiso comunitario y de relaciones familiares continúa al margen de ella. El trabajo de preparación física puede necesitar modificarse según la capacidad física. El trabajo de preparar a la generación siguiente se vuelve más central, con el foco puesto en transmitir a los hijos y a los nietos, más que en construir necesariamente capacidades extensas uno mismo.

Los lectores en la adultez temprana tienen el calendario más largo y la mayor flexibilidad. Las elecciones de carrera, de matrimonio, de ubicación, religiosas y de formación de familia que usted haga ahora darán forma al resto de su vida. Hágalas con las condiciones que se desarrollan en 2026 en mente. Las carreras que serán valiosas. Las ubicaciones que serán resilientes. Las tradiciones religiosas que importarán. La formación de familia que sostendrá. Las elecciones hechas ahora se componen a lo largo de décadas.

La nota final sobre la acción

El punto más importante sobre la secuencia de acción es que el trabajo ocurre haciéndolo realmente. Leer sobre él no produce nada. Planificar no produce nada. Discutir no produce nada. El trabajo ocurre presentándose en la iglesia, plantando el huerto, teniendo las conversaciones, haciendo las compras, desarrollando las destrezas, profundizando las relaciones, formando a los hijos. Cada acción específica es pequeña. El efecto acumulado de años de acciones pequeñas es una preparación sustancial.

El hogar que toma en serio el análisis de este libro y avanza con acción constante a lo largo de los años estará en una posición distinta de la del hogar que toma en serio el análisis y sigue discutiéndolo sin actuar. La diferencia es real y la determina lo que realmente se hace, no lo que se entiende.

Cada lector está parado al comienzo del trabajo que le corresponde. El trabajo no ha comenzado aún. Después de que este libro se deje sobre la mesa, el trabajo o comienza en los días que siguen o no comienza. La decisión sobre cuál de las dos cosas es de cada lector. Las condiciones que se desarrollan en 2026 no esperarán a que los lectores decidan. El trabajo comienza o no comienza. Las consecuencias siguen.

CAPÍTULO 30

Una meditación final

Este libro ha sido un acto de análisis. El análisis se ha perseguido con seriedad, con atención a la evidencia, con la disposición a seguir las conclusiones hacia donde la evidencia lleva, con la negativa a suavizar las observaciones por comodidad política o psicológica. El resultado ha sido un libro que algunos lectores encontrarán demasiado oscuro y otros encontrarán apropiadamente serio. El libro cierra en un modo distinto, menos analítico y más reflexivo, dirigido a los lectores que han asimilado el análisis y ahora deben decidir qué hacer con él.

Las condiciones que se desarrollan en 2026 son reales. La fragilidad acumulada es real. Los detonantes activos son reales. El agotamiento de la capacidad de respuesta es real. La probabilidad de un colapso serio dentro del futuro previsible es significativa, como quiera que los lectores calibren la estimación específica. Nada de esto es sensacionalismo. El análisis a lo largo de este libro ha sido calibrado para ser honestamente conservador respecto de lo que la evidencia sostiene, y no alarmista más allá de lo que la evidencia sostiene. Las conclusiones siguen del análisis. El análisis sigue de la evidencia.

Lo que queda, más allá del análisis, es la pregunta de cómo vivir a su luz. Esta no es primordialmente una pregunta técnica. Es una pregunta humana, y los seres humanos han enfrentado versiones de ella a lo largo de la historia. Cada generación ha enfrentado su propia versión de la pregunta de cómo vivir en condiciones que no son las que uno elegiría. Algunas generaciones han vivido guerras que no querían, plagas que no causaron, disrupciones políticas que trastornaron sus vidas, colapsos económicos que destruyeron lo que sus padres habían construido. Las generaciones anteriores a nosotros enfrentaron sus condiciones y vivieron lo mejor que pudieron. Nosotros enfrentaremos las nuestras. La pregunta es cómo.

La respuesta fundamental es que la pregunta de cómo vivir bien no depende de que las condiciones sean favorables. La pregunta de cómo vivir bien ha sido siempre la misma pregunta, en condiciones favorables y en condiciones desfavorables. Las tradiciones de sabiduría de la humanidad la han abordado durante miles de años. Sus respuestas han sido notablemente consistentes a través de las culturas y de los siglos. Vivir con integridad. Honrar las obligaciones. Cuidar a quienes le han sido confiados a uno. Mantener la fe en algo más grande que uno mismo. Cultivar la gratitud por lo que se ha recibido. Sacrificarse por lo que importa más que uno mismo. Soportar el sufrimiento con dignidad cuando no puede evitarse. Encontrar sentido en el servicio a los demás y a las verdades que trascienden las circunstancias inmediatas. Estas respuestas las ha dado toda tradición seria. Son las respuestas que funcionan.

Las condiciones que se desarrollan en 2026 no cambian estas respuestas. Las vuelven más centrales. Las condiciones favorables que nos han permitido a muchos vivir sin enfrentar estas preguntas seriamente son condiciones que pueden no continuar. Cuando las condiciones favorables

terminan, las preguntas se vuelven ineludibles. Las tradiciones que las han abordado siguen disponibles. Las respuestas siguen disponibles. El trabajo de vivir bien en las condiciones que vienen es el mismo trabajo que los seres humanos siempre han enfrentado cuando las condiciones fueron difíciles. El trabajo se ha hecho antes. Puede hacerse otra vez.

Para los lectores que han vivido sus vidas como yo he vivido la mía, con recursos sustanciales y un trabajo con sentido, las condiciones que vienen presentan un desafío específico. Hemos construido cosas que pueden no sobrevivir. Hemos acumulado riqueza que puede no conservar su valor. Hemos invertido en arreglos que dependen de la continuación de condiciones que pueden no continuar. La cuenta honesta es que mucho de lo que hemos construido se construyó sobre supuestos que pueden no sostenerse.

Pero esta cuenta honesta no es el final del asunto. Las mismas vidas que han construido cosas incluyen recursos para lo que viene. Las relaciones que se han construido pueden continuar. Las destrezas que se han desarrollado pueden aplicarse a condiciones nuevas. Las lecciones que se han aprendido pueden transmitirse a quienes siguen. La riqueza que se ha acumulado puede desplegarse al servicio de lo que importa, y no solo preservarse contra lo que pueda venir. El trabajo que se ha hecho ha producido una capacidad que puede redesplegarse.

En lo personal, las condiciones que vienen no son las condiciones que yo habría elegido. Habría preferido que mis hijos y mis nietos crecieran en el mundo que esperaba para ellos, con la abundancia y la seguridad que definieron el período de mi propia adultez. El mundo que esperaba para ellos no es el mundo que probablemente habitarán. Esta es una pérdida que es real y que siento como tal.

Pero también reconozco que el mundo que yo esperaba era un mundo que fue siempre más frágil de lo que sus participantes entendían. La abundancia no la producían condiciones ordinarias, sino arreglos específicos que han agotado su curso. La seguridad no la proporcionaba una paz ordinaria, sino estructuras específicas que se están debilitando. El mundo que venga después será distinto, no porque las condiciones de mis expectativas fueran innecesarias, sino porque las condiciones de esas expectativas eran insostenibles. El mundo que viene requerirá capacidades distintas, compromisos distintos, arreglos distintos que el mundo que está pasando. El trabajo de construir esas cosas distintas es el trabajo que enfrentan las personas que hoy viven. Mis hijos y mis nietos estarán entre esas personas. También los suyos.

El pueblo armenio ha enfrentado condiciones que deberían haber acabado con él muchas veces a lo largo de los milenios. El genocidio. La dispersión. La ocupación soviética. El colapso postsoviético. La exposición geopolítica continua. El pueblo armenio ha continuado a través de todo ello, con su identidad intacta, su fe en pie, su lengua viva, sus comunidades funcionando a través de los continentes. Ha continuado porque ha mantenido las cosas que perduran: la fe en Dios, la fidelidad a la familia, el compromiso con la comunidad, la transmisión de la cultura a través de las generaciones. Las condiciones específicas han variado a lo largo de los siglos. La capacidad de mantener la humanidad a

través de las condiciones ha permanecido. El ejemplo armenio es un ejemplo. Hay otros. Cada uno representa a un pueblo que ha atravesado lo que debería haber acabado con él, manteniendo lo que no podía serle quitado.

La misma posibilidad está disponible para quienes enfrentan las condiciones que se desarrollan en 2026. Las condiciones no tienen por qué determinar lo que llegamos a ser. Pueden ser condiciones a través de las cuales seguimos siendo lo que somos en nuestro mejor momento. La fe que nos ancla. Las familias que amamos. Las comunidades a las que pertenecemos. El trabajo que hacemos. Las verdades que servimos. Nada de esto necesita perderse en lo que viene. Pueden llevarse a través. Pueden ser el fundamento de lo que se construya después. Pueden transmitirse a quienes siguen. La elección entre perderlas y llevarlas a través es una elección que se está haciendo ahora, en el trabajo de preparación que es el tema de este libro y en la formación que es su propósito más hondo.

Para los lectores que han asimilado el análisis y están decidiendo qué hacer con él, mi palabra final es que hagan el trabajo. Comience el compromiso con la tradición religiosa o filosófica que ha venido postergando. Tenga las conversaciones con la familia que hay que tener. Haga los movimientos que hay que hacer. Construya las destrezas que necesita construir. Forme las relaciones que necesita formar. Desarrolle la formación interior que las condiciones que vienen requerirán. Cada pieza del trabajo es factible. El efecto acumulado es la diferencia entre llegar al otro lado y no llegar.

Para los lectores que se sienten abrumados por el alcance de lo descrito, mi consejo es comenzar por alguna parte. No todo tiene que hacerse de inmediato. El trabajo de años puede comenzar con el trabajo de hoy. Una conversación. Una compra. Un paso del compromiso. Una promesa cumplida. Cada acción pequeña es parte del trabajo mayor, y el trabajo mayor se construye con las acciones pequeñas. El lector que comienza hoy con un paso pequeño y continúa mañana con otro ha comenzado el trabajo. El lector que espera el plan más grande o las condiciones mejores antes de comenzar, no.

Para los lectores que sienten que el cuadro que he pintado es demasiado oscuro y que mi análisis es excesivo, mi respuesta es que pueden tener razón, y espero que la tengan. Nada en este libro compromete a sus lectores con sus predicciones específicas. El análisis se ofrece como una evaluación honesta de las condiciones tal como las veo, no como profecía. Si las condiciones mejoran, si la capacidad de respuesta demuestra ser más duradera de lo que he estimado, si los detonantes que he identificado no producen las cascadas que he anticipado, el trabajo de preparación habrá producido vidas mejor vividas de lo que habrían sido sin preparación, y los desenlaces más extremos no se habrán materializado. Este no es un mal desenlace.

Para los lectores que sienten que mi análisis no es lo bastante extremo, que hay en movimiento condiciones peores que las que he descrito, mi respuesta es que también pueden tener razón. He intentado escribir dentro de los límites de lo que la evidencia sostiene, en lugar de estirarme hacia los escenarios más extremos que la imaginación puede producir. Si las condiciones reales exceden lo que he descrito, los principios de este libro siguen aplicándose. El trabajo de construir comunidad,

capacidad productiva, destrezas, activos resilientes y formación interior produce resiliencia a través de los escenarios. No está optimizado para ningún escenario específico. Está calibrado para disrupciones serias de diversos tipos.

El libro cierra con una observación simple sobre lo que importa. Lo que importa al final no es lo que uno poseyó sino lo que llegó a ser, no lo que acumuló sino lo que transmitió, no lo que consumió sino lo que contribuyó. Estas son las medidas de una vida que las condiciones que vienen harán más obvias de lo que las condiciones de las décadas recientes las han hecho. La vida vivida para la acumulación enfrentará la pérdida de lo acumulado. La vida vivida para el estatus enfrentará la pérdida del estatus. La vida vivida para el yo enfrentará los límites del yo. La vida vivida para lo que es más grande que el yo seguirá siendo la vida que era, porque aquello para lo que existía no puede serle quitado.

Esto no es abstracción filosófica. Es la realidad práctica que las condiciones que vienen revelarán. La elección entre vidas orientadas hacia lo que puede perderse y vidas orientadas hacia lo que no puede perderse es una elección que cada persona hace mediante el efecto acumulado de su vivir real. La elección no puede hacerse solo con la intención. Se hace con las inversiones reales de tiempo, atención y compromiso. Esas inversiones o construyen una vida que tiene recursos para lo que pueda venir o no los construyen.

He escrito este libro porque creo que las condiciones que se desarrollan en 2026 merecen un compromiso serio, y porque los modos de vida que han servido a los seres humanos a través de las situaciones extremas anteriores siguen disponibles para quienes los eligen. Lo he escrito para los lectores dispuestos a enfrentar el análisis con honestidad y a hacer los cambios que el análisis sugiere. Lo he escrito para mis hijos y mis nietos y para las generaciones futuras que ellos producirán, con la esperanza de que hereden no solo la riqueza de sus padres sino la sabiduría que produce y protege la riqueza a través de cualesquiera condiciones que surjan. Lo he escrito para la población más amplia de lectores que no conozco, que puedan encontrar en estas páginas un marco para pensar qué deben hacer con sus propias vidas en las condiciones que enfrentan.

El libro está terminado. El trabajo no. El trabajo es de cada lector, en sus propias circunstancias, comenzando ahora. Las condiciones son reales. La probabilidad es significativa. El tiempo disponible es finito. La capacidad de actuar está presente. La decisión es de cada lector.

Que quienes lean este libro encuentren la sabiduría para enfrentar lo que venga con ojos claros, la fuerza para hacer lo que hay que hacer, los compromisos que sostienen a través de la dificultad y la fe que coloca todo en un contexto más grande que la circunstancia inmediata. Que lleguen al otro lado, con la humanidad intacta, con las familias mantenidas, con las comunidades preservadas, con lo mejor de sí llevado adelante hacia lo que viene después. Que contribuyan, a través de las condiciones que vienen, a un mundo que sea mejor por su presencia en él, aun si las condiciones en que vivan no son las que habrían elegido.

La palabra de cierre es la palabra que las tradiciones de sabiduría siempre han ofrecido para momentos como este. No tema. Haga el trabajo. Mantenga la fe. Honre los compromisos. Sirva a lo que importa más que usted mismo. El resto está en manos más allá de las nuestras, donde siempre ha estado.

REFERENCIAS

Esta sección documenta los eventos, figuras, instituciones y circunstancias específicos sobre los que el análisis de este libro se ha apoyado. Las referencias son deliberadamente directas, porque las condiciones descritas exigen nombrar directamente. Las referencias vagas oscurecerían lo que realmente se está discutiendo. Los nombres y los datos específicos son parte del análisis. Las referencias están organizadas por tema y no por capítulo, para permitir al lector ubicar las referencias sobre asuntos específicos sin recorrer la secuencia completa.

Sobre la guerra de Oriente Medio de 2026

La guerra contra Irán que comenzó en febrero de 2026 fue iniciada por una operación coordinada de Estados Unidos e Israel que golpeó instalaciones nucleares e infraestructura militar iraníes. La decisión fue tomada conjuntamente por el presidente Donald Trump, en su segundo mandato, y el primer ministro israelí Benjamin Netanyahu. La base política cristiana evangélica sionista del presidente Trump proporcionó un fuerte apoyo doméstico a la acción contra Irán. El riesgo legal del primer ministro Netanyahu ante los tribunales israelíes y su necesidad política de redefinir su legado crearon incentivos para una campaña exitosa que pudiera eclipsar otras preocupaciones.

La respuesta iraní apuntó a infraestructura militar y civil israelí y se extendió a los Estados del Golfo que habían proporcionado bases o apoyo político a la operación. Baréin fue atacado. Catar fue atacado, del modo más consecuente en la instalación de Ras Laffan, uno de los mayores complejos de exportación de gas natural licuado del mundo. Los ataques a Ras Laffan demostraron que la infraestructura física de la que depende la prosperidad del Golfo es vulnerable de maneras que la arquitectura de la riqueza del Golfo se había construido para negar.

Los arreglos de cese del fuego al momento de escribir son frágiles. El régimen iraní tiene incentivos políticos para continuar la resistencia, porque arreglar en términos occidentales significaría una humillación política que el régimen no puede sobrevivir. La administración Trump conserva incentivos políticos para escalar, por la base religiosa y política que apoya la acción contra Irán. El gobierno de Netanyahu conserva incentivos políticos para escalar, porque un cambio de régimen en Teherán proporcionaría la victoria definitiva que el primer ministro necesita para su legado. La combinación de incentivos apunta hacia una potencial escalada adicional, más que hacia la resolución.

La respuesta de los mercados financieros a la guerra ha sido más moderada de lo que lo realmente en juego amerita. El crudo Brent tocó brevemente los 110 dólares por barril durante la fase más aguda, antes de asentarse en un rango elevado respecto de los niveles de preguerra. Las tarifas de seguro para la navegación por el golfo Pérsico se han multiplicado. Los compradores asiáticos de energía del Golfo han estado buscando alternativas, acelerando el desplazamiento fuera de la liquidación en dólares que venía desplegándose gradualmente desde hace años. Los mercados de bonos han absorbido las implicaciones inflacionarias del salto energético elevando los rendimientos de largo plazo, lo que

presiona las valuaciones bursátiles y las finanzas públicas.

Sobre la posición fiscal de Estados Unidos

La deuda federal en manos del público ha cruzado los veintiocho billones de dólares y sigue subiendo. La deuda federal total, incluidas las tenencias intragubernamentales, ha cruzado los treinta y siete billones de dólares. La relación deuda-PIB se acerca al cien por ciento del PIB, un nivel históricamente asociado con crisis de deuda soberana en otros países.

El gasto federal en intereses ha cruzado el billón de dólares anuales por primera vez en la historia, superando el presupuesto de defensa. La Oficina Presupuestaria del Congreso (Congressional Budget Office) proyecta déficits promedio de 2,4 billones de dólares anuales hasta 2036. La trayectoria implica una acumulación continuada de deuda a ritmos que no producen ninguna senda plausible hacia la estabilidad fiscal con la ley vigente.

El proceso de subastas del Tesoro ha venido mostrando señales de tensión. Las subastas han venido cerrando con cola con mayor frecuencia, con los compradores finales absorbiendo porciones menores de la emisión y los operadores primarios obligados a tomar más. Las tenencias extranjeras de bonos del Tesoro han estado planas o en descenso como porcentaje de la emisión. La participación del dólar en las reservas de los bancos centrales del mundo ha venido declinando de manera gradual pero consistente.

La respuesta fiscal de 2008 involucró billones de dólares de intervención monetaria y fiscal. La respuesta fiscal de 2020 involucró aproximadamente diez billones de dólares de acción monetaria y fiscal combinada. La capacidad de desplegar respuestas de magnitud comparable en crisis futuras está restringida por la disposición demostrada del mercado de bonos a absorber emisión adicional, por las consecuencias inflacionarias de una expansión adicional del balance del banco central y por un entorno político que ya no sostiene la clase de paquetes de emergencia bipartidistas que las crisis anteriores produjeron.

Sobre el sistema bancario y la estabilidad financiera

La quiebra de Silicon Valley Bank de marzo de 2023, seguida por la quiebra de Signature Bank y la adquisición de First Republic Bank por JP Morgan Chase, demostró que la banca regional cargaba pérdidas no realizadas sustanciales en sus carteras de bonos que podían volverse agudas bajo tensión. El Bank Term Funding Program de la Reserva Federal proporcionó un apoyo de emergencia que contuvo la crisis inmediata pero no atendió las condiciones de fondo que la habían producido.

Las pérdidas no realizadas sobre bonos del Tesoro y títulos respaldados por hipotecas en el conjunto del sistema financiero siguen siendo sustanciales, distribuidas entre bancos, aseguradoras, fondos de pensión y la propia Reserva Federal. Mientras los tenedores no se vean forzados a vender, las pérdidas no afectan al sistema financiero. Condiciones que forzaran la venta cristalizarían las pérdidas

en múltiples instituciones simultáneamente.

El inmobiliario comercial, en particular el sector de oficinas, enfrenta un muro de refinanciaciones de deuda a tasas muy superiores a las de los préstamos originales. Las estimaciones de las pérdidas del inmobiliario comercial que eventualmente se reconocerán ascienden a billones de dólares, con los bancos regionales cargando buena parte de la exposición. Las pérdidas se han reconocido lentamente porque los préstamos aún no han vencido a escala.

El mercado global de derivados tiene una exposición nocional que supera los seiscientos billones de dólares, seis veces el PIB global. La gran mayoría corresponde a derivados de tasas de interés, con concentraciones sustanciales en los grandes bancos que dominan la emisión de derivados. Los modelos de riesgo que los bancos usan dependen de supuestos sobre correlación, volatilidad y liquidez que se cumplen en tiempos normales y fallan en tiempos de tensión. La crisis de 2008 demostró que instituciones que se creían cubiertas estaban en realidad concentradas, que contrapartes que habían asumido sólidas estaban deterioradas y que la liquidez que habían asumido disponible no estaba disponible. Las reformas posteriores a 2008 redujeron algunos de los peores rasgos, pero no eliminaron el problema de fondo.

La quiebra de Lehman Brothers en septiembre de 2008 fue el detonante que desplazó la crisis financiera de contenida a sistémica. La adquisición de Bear Stearns por JP Morgan Chase seis meses antes había sido un caso de prueba similar a menor escala. Ambos eventos demostraron la velocidad a la que las instituciones pueden pasar de sanas a adquiridas o quebradas en condiciones de tensión, con la transición ocurriendo típicamente a lo largo de un solo fin de semana.

Sobre la deuda soberana internacional y el sistema financiero global

Italia carga con una deuda sobre el PIB que supera el 130 por ciento. Francia lleva años incurriendo en déficits que violan las reglas fiscales de la Unión Europea. Bélgica, España, Portugal y Grecia cargan todas con niveles de deuda que se considerarían alarmantes si tuvieran monedas propias. El Banco Central Europeo, bajo Mario Draghi, se comprometió en 2012 a hacer lo que hiciera falta para preservar el euro, y el compromiso implícito ha sido desde entonces el soporte marginal de estas deudas. El espacio político para compras ilimitadas de bonos se ha estrechado a medida que las preocupaciones alemanas por la inflación se han endurecido.

Japón carga con la mayor relación entre deuda soberana y PIB de todos los países desarrollados, superior al 250 por ciento del PIB. La deuda japonesa está abrumadoramente en manos de instituciones y hogares japoneses. El Banco de Japón posee más de la mitad de todos los bonos del gobierno japonés. La configuración es insostenible en cualquier plazo razonable, pero el momento de su resolución es impredecible. Cuando Japón llegue al punto de quiebre, las consecuencias para los mercados globales de bonos serán sustanciales, porque las instituciones japonesas son grandes tenedoras de deuda extranjera que necesitarán liquidar para financiar sus obligaciones domésticas.

China carga con una deuda total sobre el PIB, medida correctamente, comparable a la de las economías desarrolladas más endeudadas. Buena parte de la deuda está en los gobiernos provinciales, las empresas estatales y los vehículos de financiamiento de los gobiernos locales, que no se consolidan en los números que informa el gobierno central. El sector inmobiliario que había sido el motor de la acumulación de riqueza de los hogares chinos está en un colapso en cámara lenta desde 2021. Grandes desarrolladores, incluidos Evergrande y Country Garden, han caído en impago. La construcción nueva ha caído bruscamente.

El congelamiento de las reservas del banco central ruso tras la invasión de Ucrania de febrero de 2022 demostró a todos los bancos centrales del mundo que tener dólares no era seguro si Washington decidía otra cosa. La acción aceleró el desplazamiento de largo plazo fuera de las reservas en dólares que venía desarrollándose gradualmente. China, India, Brasil y un número creciente de otros países han venido desarrollando activamente sistemas de pago alternativos, acumulando reservas de oro y reduciendo sus exposiciones al dólar.

Sobre las condiciones demográficas y sociales estadounidenses

Las grandes áreas metropolitanas costeras de Estados Unidos albergan poblaciones con características específicas. El ochenta por ciento de los estadounidenses vive en áreas metropolitanas. Las mayores de estas son las ciudades costeras de Nueva York, Los Ángeles, San Francisco, Boston, Washington D. C., Seattle y Chicago. Estas ciudades tienen costos de vida más altos, mayores concentraciones de trabajadores de la clase profesional y gerencial, lazos comunitarios más débiles, menor práctica religiosa, tasas de natalidad más bajas y mayor nivel educativo que el promedio estadounidense.

Estas ciudades no producen esencialmente nada de su propia comida. La ciudad de Nueva York produce menos del dos por ciento de lo que sus residentes consumen. Los Ángeles produce cantidades igualmente pequeñas. La mayoría de las grandes áreas metropolitanas estadounidenses produce menos del cinco por ciento de lo que sus residentes consumen. Las cadenas de suministro que llevan alimentos a estas ciudades dependen del funcionamiento continuo de cadenas largas.

Las encuestas de adultos estadounidenses muestran consistentemente que las mayorías no pueden realizar tareas básicas que las generaciones anteriores daban por sentadas: cambiar una llanta, coser un botón, encender un fuego, hornear pan desde cero, cultivar verduras, criar una gallina, faenar un animal, orientarse sin GPS. La carencia de destrezas prácticas se concentra en las poblaciones más ricas y con más credenciales. Los pobres y los rurales han conservado más destrezas prácticas que los educados y los urbanos.

La comunidad mormona suma aproximadamente siete millones de miembros en Estados Unidos, concentrados fuertemente en Utah, Idaho, Arizona y Nevada. La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días mantiene recursos de bienestar sustanciales, incluidos los almacenes del obispo, ranchos y granjas propiedad de la iglesia y Welfare Square en Salt Lake City. A los miembros se les enseña a mantener una reserva de alimentos de al menos tres meses y un almacenamiento de más largo

plazo de alimentos básicos.

Las comunidades anabaptistas (los amish del Viejo Orden, los huteritas, los menonitas conservadores) suman aproximadamente cuatrocientas mil personas entre Estados Unidos y Canadá. Han crecido rápidamente mediante altas tasas de natalidad y una alta retención de los hijos en la fe. Están concentradas en Pensilvania, Ohio, Indiana, Iowa, Wisconsin y estados similares. Sus tasas de natalidad superan en más de dos veces y media el promedio nacional. Sus tasas de retención son del ochenta al noventa por ciento.

La comunidad judía ortodoxa está creciendo rápidamente mediante altas tasas de natalidad, con las comunidades jasídicas y yeshivistas en particular duplicándose aproximadamente cada veinte a treinta años. Brooklyn, Lakewood en Nueva Jersey, partes del condado de Rockland en el estado de Nueva York y partes del sur de Florida contienen las concentraciones más grandes.

Sobre los ejemplos históricos específicos citados

El Experimento de Inanición de Minnesota se realizó en la Universidad de Minnesota de 1944 a 1945 bajo la dirección de Ancel Keys. Treinta y seis hombres jóvenes sanos, objetores de conciencia que se habían ofrecido como servicio alternativo al deber militar, fueron sometidos a una dieta controlada de aproximadamente 1.560 calorías por día durante seis meses. Los hallazgos experimentales sobre los cambios de personalidad, la obsesión con la comida, la depresión y el deterioro conductual bajo restricción calórica sostenida han sido documentados extensamente en la literatura posterior.

Las observaciones de Viktor Frankl desde los campos de concentración fueron publicadas en *Man's Search for Meaning*, originalmente en alemán en 1946. Frankl era un psiquiatra formado antes de su encarcelamiento en Auschwitz y otros campos. Sus observaciones sobre qué prisioneros se mantenían y cuáles colapsaban han sido confirmadas por la investigación psicológica posterior y por observaciones similares de otra literatura de lo extremo.

Aleksandr Solzhenitsyn pasó ocho años en el sistema soviético del Gulag, de 1945 a 1953. Su obra en tres volúmenes *The Gulag Archipelago*, completada en los años setenta, documenta las condiciones y los patrones de supervivencia o colapso en los campos. Sus observaciones son paralelas a las de Frankl en muchos aspectos.

El sitio de Leningrado duró de septiembre de 1941 a enero de 1944 y produjo aproximadamente un millón de muertes civiles por inanición y causas relacionadas. El Invierno del Hambre en los Países Bajos, de fines de 1944 a comienzos de 1945, produjo aproximadamente veinte mil muertes y produjo el experimento natural sobre la nutrición materna durante el embarazo que ha informado desde entonces la comprensión de los efectos epigenéticos.

La Gran Hambruna china de 1959 a 1961 produjo muertes estimadas entre quince y cuarenta y cinco millones según la metodología. El Holodomor en Ucrania, de 1932 a 1933, produjo varios millones de muertes mediante una inanición deliberadamente diseñada. El genocidio armenio de 1915 a

1923 produjo aproximadamente 1,5 millones de muertes, con la privación sostenida como herramienta primaria de exterminio.

El huracán Katrina golpeó Nueva Orleans a fines de agosto de 2005, con la falla del sistema de diques produciendo las condiciones documentadas en la respuesta. El apagón del noreste de 2003 dejó a aproximadamente cincuenta millones de personas sin electricidad por períodos que fueron de horas a días. El huracán Sandy golpeó la ciudad de Nueva York y la región circundante a fines de octubre de 2012, produciendo las disrupciones en el bajo Manhattan y en la región más amplia que demostraron la fragilidad de la gran infraestructura urbana estadounidense.

El colapso bancario libanés comenzó en octubre de 2019 y ha continuado hasta el momento de escribir. Los depositantes que habían mantenido decenas de miles de millones de dólares en el sistema bancario libanés han encontrado sus depósitos bloqueados, con retiros limitados a montos pequeños en libras libanesas a tipos de cambio oficiales que representan una pequeña fracción del valor real de mercado. El corralito argentino de 2001 a 2002, la quita de depósitos de Chipre de 2013, los controles de capital griegos de 2015 a 2019 y episodios similares proporcionan ejemplos adicionales de los patrones que el análisis describe.

El colapso soviético de 1991 representó una transición de la estabilidad aparente a la disolución en el plazo de un año. Las condiciones postsoviéticas en Rusia y en las exrepúblicas soviéticas produjeron la experiencia de colapso que ha informado la preparación rusa posterior para la autosuficiencia y que ha dado forma a los patrones de supervivencia de esas poblaciones.

Sobre las estructuras específicas de riqueza y poder

El dólar representa aproximadamente el sesenta por ciento de las reservas globales de divisas al momento de escribir, desde aproximadamente el setenta y dos por ciento en 2000. Alrededor de la mitad del comercio internacional fuera de Estados Unidos se factura en dólares. La mayor parte de la deuda transfronteriza soberana y corporativa está denominada en dólares.

El balance de la Reserva Federal rondaba los ochocientos mil millones de dólares antes de la crisis de 2008, llegó a un máximo de casi nueve billones de dólares durante el COVID y se mantiene en aproximadamente siete billones de dólares al momento de escribir.

Los fondos soberanos de los Estados del Golfo mantienen colectivamente entre tres y cuatro billones de dólares de inversiones por los mercados globales. El Public Investment Fund de Arabia Saudita, la Abu Dhabi Investment Authority, la Qatar Investment Authority y la Kuwait Investment Authority son los mayores. Estos fondos son grandes inversores en capital privado, bienes raíces, empresas tecnológicas, proyectos de infraestructura y bonos de gobiernos occidentales.

La tenencia civil de armas en Estados Unidos es de aproximadamente cuatrocientos millones de armas de fuego en una población de trescientos treinta millones. Es la tasa más alta de tenencia civil de armas de fuego del mundo desarrollado por un margen sustancial. El contexto cultural y legal relevante

es la Segunda Enmienda de la Constitución de Estados Unidos y el cuerpo de tradición legal posterior que sostiene la tenencia civil de armas de fuego.

La tenencia civil de armas en la mayoría de los países europeos está restringida a pequeñas fracciones de la tasa estadounidense. Japón, Corea, Australia y la mayor parte de Europa occidental tienen tasas de tenencia civil de armas de fuego que están un orden de magnitud o más por debajo de la tasa estadounidense. La capacidad defensiva de las poblaciones varía en correspondencia.

Sobre la metodología y las fuentes

El análisis de este libro se apoya en múltiples categorías de material de fuente. Los ejemplos históricos se extraen de la literatura establecida sobre cada evento, siendo los hechos específicos citados los que están ampliamente documentados en múltiples fuentes. Las condiciones actuales se extraen de datos públicamente disponibles de la Reserva Federal, el Departamento del Tesoro, la Oficina de Estadísticas Laborales (Bureau of Labor Statistics), la Oficina de Análisis Económico (Bureau of Economic Analysis), la Oficina Presupuestaria del Congreso, el Fondo Monetario Internacional, el Banco Mundial y fuentes similares.

El marco analítico se apoya en la literatura sobre sistemas complejos, en la literatura sobre fallas en cascada, en la literatura sobre inestabilidad financiera y en la literatura más amplia sobre análisis civilizatorio. Entre los autores específicos que han dado forma al marco están Hyman Minsky sobre la inestabilidad financiera, Joseph Tainter sobre la complejidad civilizatoria, Niall Ferguson sobre el auge y la caída de los imperios, Charles Kindleberger sobre las crisis financieras, y varios otros cuya obra ha informado el análisis.

El material de caso de estudio sobre las operaciones específicas descritas en el Capítulo 22 se extrae del conocimiento directo del autor, siendo los hechos específicos presentados los que el autor puede confirmar por experiencia personal.

Las referencias a lo largo de esta sección se han mantenido directas porque las condiciones discutidas exigen un tratamiento directo. Las referencias vagas oscurecerían en lugar de iluminar. El lector que desee verificar cualquier afirmación específica tiene los nombres, las fechas y las instituciones para hacerlo. El proceso de verificación producirá contexto adicional que el análisis de este libro ha comprimido por necesidad.

El libro no ha intentado una anotación exhaustiva, porque el análisis es sintético y no estrechamente empírico, apoyándose en un rango amplio de fuentes para desarrollar un marco, y no para sostener afirmaciones estrechas específicas. El marco se ofrece a la evaluación del lector frente a su propio conocimiento y juicio. Los lectores que encuentren útil el marco lo abordarán críticamente. Los lectores que lo encuentren deficiente lo rechazarán. Ambas respuestas son apropiadas para un libro de esta clase.

Sobre dónde acudir por más información

Los lectores que quieran aprender más sobre los temas específicos cubiertos en este libro tienen varias avenidas. Los temas financieros pueden explorarse a través de los análisis de autores como John Mauldin, Jim Rickards, Lyn Alden y varios otros que han escrito sobre la fragilidad financiera sistémica. Los temas de energía y cadenas de suministro pueden explorarse a través de los análisis de autores como Vaclav Smil, Doomberg y diversos analistas de la infraestructura física. Los temas geopolíticos pueden explorarse a través de los análisis de autores como Peter Zeihan, Alfred McCoy y varios otros.

Los temas de preparación pueden explorarse a través de obras más enfocadas en cada dimensión. Steve Solomon sobre el cultivo de secano y la producción de alimentos. Eliot Coleman y Joel Salatin sobre la agricultura regenerativa. Los libros de Joseph Alton sobre medicina práctica. Las diversas obras sobre destrezas tradicionales publicadas por Storey Publishing. La literatura clásica de preparación, incluida la obra de Ragnar Benson y otros, con el reconocimiento de que esta literatura tiene limitaciones que el análisis de este libro ha atendido.

Los temas religiosos y filosóficos merecen el contacto con las fuentes primarias, no con el análisis de segunda mano. El lector que quiera abordar el cristianismo serio debe abordar directamente la Escritura y la literatura catequética de su tradición. El lector que quiera abordar el judaísmo serio debe abordar la Torá, la literatura rabínica y a los maestros judíos serios. El lector que quiera abordar el estoicismo debe leer a Marco Aurelio, Epicteto y Séneca, no las interpretaciones modernas.

El aprendizaje más importante no vendrá de los libros en absoluto, sino de la práctica real de las cosas que este libro ha discutido. Comience a comprometerse con una comunidad religiosa seria. Comience a cultivar. Comience a desarrollar destrezas. Comience a construir relaciones con los vecinos. Comience el reposicionamiento financiero. El aprendizaje que produce capacidad viene de hacer, no de leer. La lectura es preparación para el hacer. El hacer es lo que realmente importa.

FIN DEL VOLUMEN CUATRO

FIN DEL LIBRO

Los cuatro volúmenes de Donde termina el mapa están ahora completos. El lector que ha recorrido los treinta capítulos a lo largo de los cuatro volúmenes tiene ahora el análisis completo: el diagnóstico de la fragilidad sistémica acumulada y los detonantes activos en movimiento, la mecánica de cómo se despliega el colapso y el agotamiento de la capacidad de respuesta, la dimensión humana del colapso y la distribución geográfica de la resiliencia, el camino práctico de la preparación y quienes ya están posicionados, el nuevo orden que emerge y la conclusión de la obra.

El libro ha sido un intento de enfrentar con honestidad lo que las condiciones que se desarrollan en 2026 realmente exigen. El análisis se ha perseguido al servicio de la visión clara, la acción práctica y los bienes humanos que vale la pena preservar a través de la transición que venga. Lo que el lector haga con el análisis es responsabilidad del propio lector. El trabajo comienza o no comienza. Las condiciones no esperarán. La elección es de cada persona.

Que quienes han leído este libro lleguen al otro lado, con la humanidad intacta, con las familias mantenidas, con las comunidades preservadas, con lo mejor de sí llevado adelante hacia lo que viene después. Que contribuyan, a través de las condiciones que vienen, a un mundo que sea mejor por su presencia en él.

El libro está terminado. El trabajo no.